

se

MARGERY
ALLINGHAM

el CÁLIZ
de los
GYRTH



Lectulandia

Un grupo de ladrones internacionales tiene como objetivo el Cáliz de Gyrth, una copa de valor incalculable custodiada por siglos de Gyrths en nombre de la corona británica. Mantenido en una capilla sin ventanas, y protegido por una temible maldición, el Cáliz debería ser inmune al robo, pero llega la desgracia y sólo el despistado Albert Campion se interpone en su camino.

Lectulandia

Margery Allingham

El cáliz de los Gyrth

Albert Campion - 3

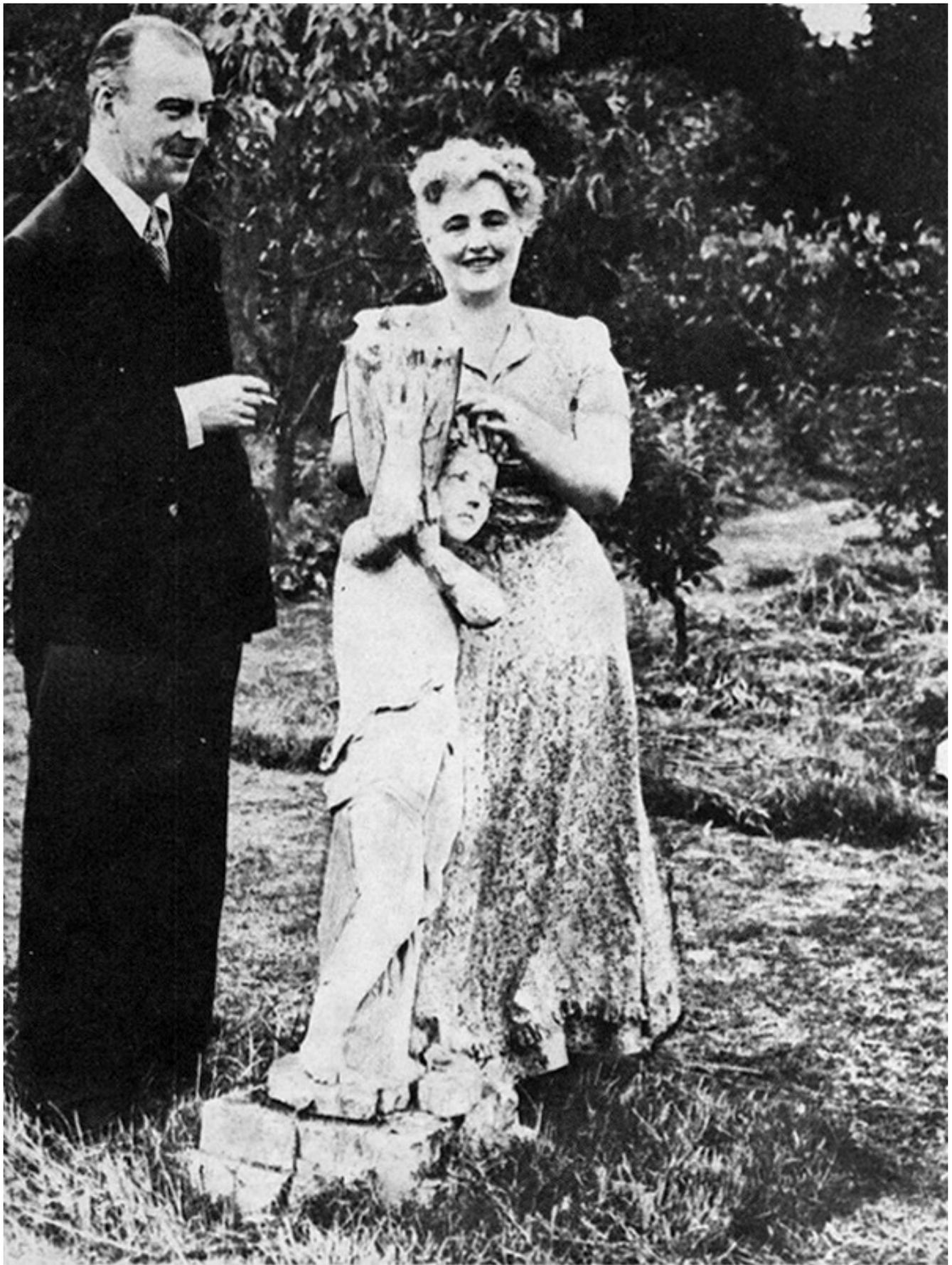
ePub r1.0

Titivillus 03.05.2018

Título original: *Look to the Lady*
Margery Allingham, 1931
Traducción: M^a del Carmen Márquez Odriozola

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



MARGERY ALLINGHAM, escritora policiaca inglesa, en el jardín de su casa D'Arcy House, Tolleshunt D'Arcy, Essex, acompañada de su esposo Philip Yougman Carter, editor de una revista londinense

PRÓLOGO^[1]

MARGERY ALLINGHAM

Margery Allingham nació en Londres el año 1904. Era la primogénita de H. J. Allingham, célebre escritor de folletines, cuyas entregas se publicaban en todas las revistas semanales más populares de la época.

Margery, como ella misma dice a quien quiera oírla, tiene en sus venas sangre de escritores, pues, aparte de su padre, en su familia hubo otros miembros que se dedicaron también al noble arte de la literatura. Entre ellos merecen destacarse John Till Allingham, que en el siglo XIX escribió melodramas, representados con buen éxito, y John Allingham, que floreció por los años noventa del pasado siglo, célebre y muy popular escritor de cuentos pedagógicos para niños.

Los padres de Margery eran primos. Desde pequeños habían tenido una gran amistad, que continuó cuando los niños se convirtieron en personas mayores. La afinidad de ideas y de caracteres transformó aquella amistad en amor, y un buen día se casaron.

El abuelo de Margery era propietario de un periódico religioso, y la niña, desde su más tierna infancia, estuvo siempre metida en una atmósfera de tintas y papeles.

Poco después de su nacimiento, sus padres se trasladaron a Laver Breton, un pueblecito de Norman Essex, situado a cinco millas de Tolleshunt d'Arcy, donde en la actualidad vive la escritora.

Cuando cumplió los siete años, su padre empezó a educarla para que fuera una escritora como él. Hizo un estudio sobre sí misma y redactó un argumento para un cuento de hadas.

Bajo la dirección de su padre, la niña escribió una y otra vez ese cuento. Casi un año estuvo escribiendo, rompiendo y volviéndolo a escribir. En el intervalo empezó otro. Para ella era una diversión. Y su padre, viendo que Margery tenía una gran disposición para la literatura, influyó sobre ella para encauzarla hacia un arte que con el tiempo le daría la fama.

Entre los siete y los dieciséis años, escribió su primera novela publicable. Su educación siguió una línea más o menos ortodoxa. Estuvo interna en el Perse Girl's School de Cambridge, dedicando sus vacaciones a sus aficiones de autora.

De una inteligencia excepcional, Margery se hizo estudiante de arte dramático con la ilusión de llegar a ser una buena escritora de comedias y dramas, pero no consiguió triunfar en el teatro.

En el año 1927 contrajo matrimonio con Philip Youngman Carter, artista de su misma edad, al que conocía desde hacía mucho tiempo.

Al año siguiente escribió The Crime at Black Dudley la primera de sus novelas policíacas, en la que presentaba a míster Albert Campion, que luego sería el protagonista de sus más celebrados relatos policíacos.

Campion es un detective que puede ponerse al mismo nivel de Maigret, Poirot, Philo Vance, Perry Mason y tantos otros, célebres entre los amantes de la novela policíaca...

Después de residir varios años en Londres, Margery Allingham y su marido se trasladaron al campo para vivir en una casa estilo reina Ana, que la escritora conocía desde su infancia y siempre había tenido grandes deseos de habitar. Ahora, casada y de regreso a Tolleshunt d'Arcy, podía satisfacer un afán que desde niña la obsesionaba.

La propia Margery dice que “nuestros caballos, nuestros perros, nuestro jardín y las actividades del pueblo ocupan la mayoría de nuestro tiempo”.

La escritora se autodefine diciendo que es “una mujer muy amante de su hogar, con principios democráticos y convicciones muy poco heterodoxas”.

Durante la guerra, dejó de escribir novelas policíacas para dedicarse a lo social. De esta época son sus libros The Oaken Heart y The Dance of the Years, que le proporcionaron grandes éxitos en otras esferas. Pero, una vez acabada la contienda, volvió a resurgir míster Campion, y con él los triunfos más resonantes para la novelista inglesa.

Su nombre, tan popular como el de Agatha Christie, es conocido en las cinco partes del mundo, y sus obras han sido traducidas a todos los idiomas.

Aparte de las novelas, ha escrito muchos cuentos, seriales y revistas de libros. Y cuando le queda tiempo libre, cartas.

Su autor favorito es Don Marquis, norteamericano, y los escritores que más han influido en su vida son Shakespeare, Sterne y Alejandro Dumas.

Uno de los grandes méritos de Margery Allingham es el haber sabido combinar lo policíaco con la novela de carácter y psicológica, hasta tal punto que John Strachey la llama “una de las tres mayores esperanzas del moderno relato policíaco”, siendo las otras dos, según su opinión, Nicholas Blake y Michael Ynnes.

Entre las muchas novelas escritas por Margery Allingham, hemos elegido cinco que, por su interés y su dinamismo, han de ser muy del agrado del público aficionado a lo policíaco.

En primer lugar publicamos El cáliz de los Gyrth, novela que vio la luz el año 1930. Es una de las primeras obras de Margery Allingham —el segundo de sus relatos policíacos—, en la que nos presenta a Albert Campion en una de sus más notables aventuras. La familia Gyrth es guardiana del cáliz desde hace cientos de años. Su antigüedad, su belleza y la extraordinaria leyenda que va unida a él lo hacen único en

su clase. Ningún ladrón puede apoderarse de él por los medios ordinarios. Pero no son los ladrones vulgares los que piensan en el cáliz. Son otras clases de ladrones, los que solo viven para su pasión por los objetos dignos de figurar en las colecciones. Esos individuos que gozan viendo en su colección particular los objetos más extraños, que aspiran a poseer un jarrón chino o una espada malaya, aunque para ello tengan que matar a sus legítimos dueños.

Y una de estas personas es la que, en su afán de conseguir el cáliz, pone en peligro la vida y la felicidad de sus guardianes.

Es relativamente fácil —aunque a costa de tiempo— defenderse contra lo posible, pero no es tan fácil defenderse contra lo imposible.

Albert Campion les contará a ustedes esta historia, explicándoles el porqué de cuanto en ella sucede.

Mystery Mile se publicó el año 1931, a continuación de la reseñada anteriormente. En ella se habla de la banda de Simister, que persigue a un tal Crowdy Lobbet, un individuo que sabe mucho... o demasiado poco: Pero posee información suficiente, que es la clave para descubrir la identidad de Simister, que nadie sabe quién es. Por tal motivo, su idea es eliminar a Lobbet. Para ello le persigue por todas partes, intentando matarle una y otra vez. Le persigue a través del Atlántico; le sigue hasta el corazón de una mansión inglesa, en donde... Pero, bueno, esta es la historia de Mystery Mile, y no hay que decir que Campion estuvo presente en los sucesos que allí se desarrollaron... ¡Ah! Tenemos que advertir que Campion y Simister no se habían visto nunca antes de los acontecimientos de Mystery Mile.

La tercera de las novelas incluidas en este tomo se titula Duelo en el ballet. Fue escrita en 1937, y en el orden cronológico de las novelas policíacas de Margery Allingham ocupa el octavo lugar.

Como en las dos anteriores, su protagonista es también el detective Campion, que, en una atmósfera de tensión alucinante, resuelve uno de sus más intrincados problemas.

Un célebre bailarín e ídolo de la revista musical, Jimmy Sutane, es víctima de una serie de bromas de mal gusto. Esta malsana persecución llega a tal grado, que invitan a Campion a que investigue el asunto. El detective visita White Walls, la casa de campo de Sutane, y la primera noche se comete el primero de una serie de crímenes repugnantes. La víctima es Chloe Pye, una mujer intrigante y sin escrúpulos, y su muerte pudo ser un accidente o un suicidio, pero en cualquier caso ha sido muy conveniente para unas cuantas personas.

Campion lleva el asunto adelante hasta esclarecer estos misterios y dar con el asesino, todo dentro de un clima inesperado y excitante.

Plumas negras apareció el año 1940. En ella no interviene el detective Campion, pero su tema es tan original que atrae al lector, de modo que logra aislarle del medio

ambiente que le rodea.

Lucar era una persona desagradable, a veces insoportable. Nadie le quería, ni aun Robert Madrigal, cuya vida había salvado y que le ayudaba a dirigir La Galería, salón de arte de gran reputación, mientras su dueño, el suegro de Madrigal, se hallaba en el extranjero. Cuando asesinan a Madrigal y Lucar se va del país, todos cuantos le conocían creen que con seguir su pista encontrarán al asesino. Pero de pronto, con gran sorpresa de todos, Lucar regresa a Inglaterra, tan impertinente y descarado como siempre, casi al mismo tiempo que un antiguo pretendiente de la esposa de Madrigal.

Todas estas entradas y salidas, la serie de luchas y circunstancias que acusan y luego van eliminando a cada uno de los personajes, crean un ambiente trágico en casa de la familia Ivory, bajo la autoridad de la anciana e indomable mistress Gabrielle Ivory, persona tan noble que ni siquiera Scotland Yard podía perturbar su dignidad.

Novela escrita con gran maestría y en la que Margery Allingham hace un estudio concienzudo de la psicología de cada uno de sus personajes.

Por último, El caso del difunto Pig, una de las últimas novelas salidas de la pluma de la genial novelista inglesa.

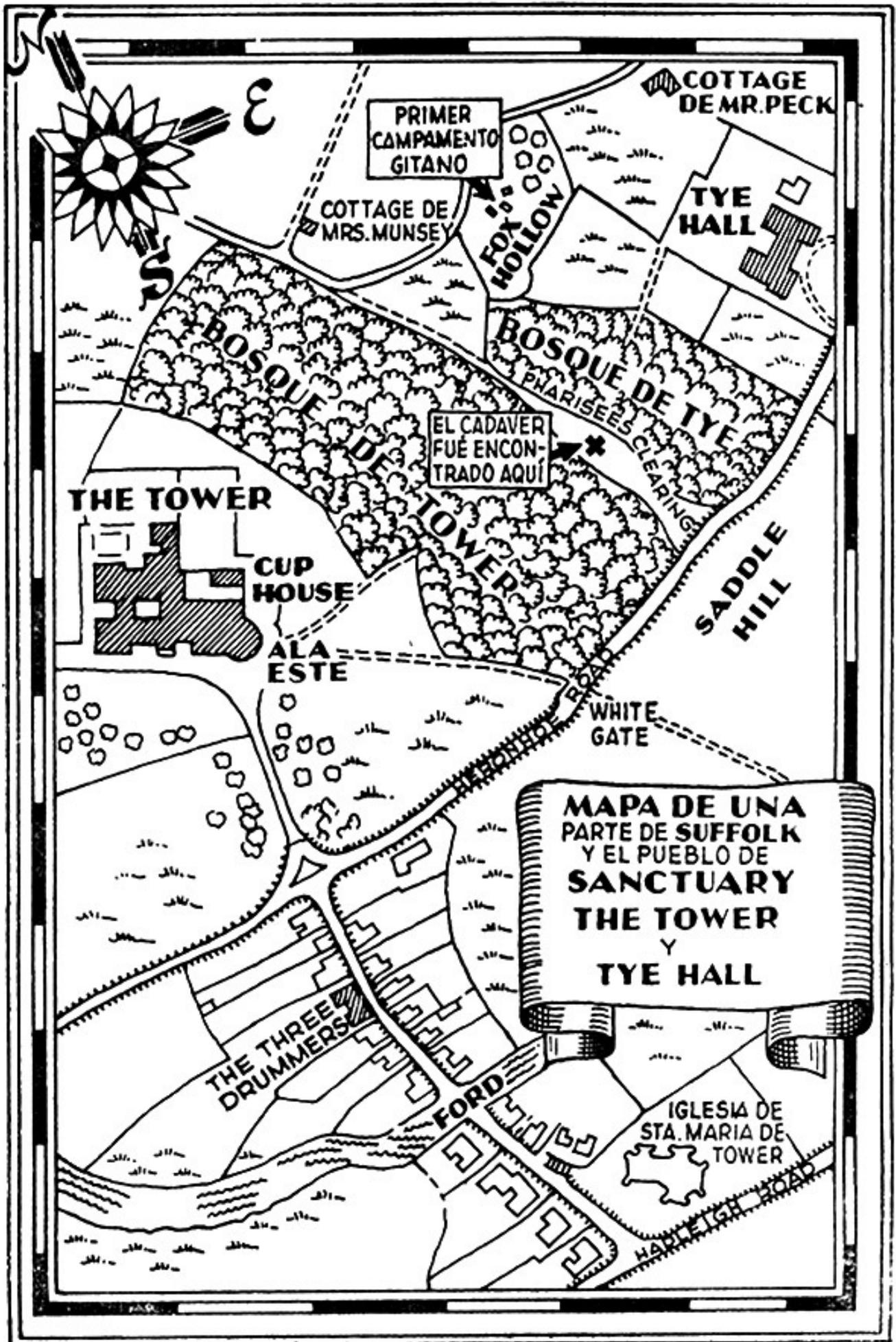
En ella, Champion, el siempre bien admirado detective, de gran inteligencia y perspicaz mirada, nos cuenta una de sus primeras aventuras.

Empieza con la noticia del funeral de un hombre que Champion recuerda vivamente como compañero suyo de colegio, Pig Peters. En este funeral hubo algo que no estaba muy claro, y cuando meses después Champion es llamado para investigar un crimen en un respetable club, se da cuenta de que el funeral de Pig no fue más que el prólogo de una serie de crímenes desagradables, que casi terminan con la muerte violenta del propio Champion y de su inseparable ayudante Lugg.

En El caso del difunto Pig, Margery Allingham nos lleva a un mundo de misterio, de personas extrañas, haciéndonos vivir una aventura extraordinaria, una aventura de esas que ponen los nervios en tensión. Además de las cinco novelas incluidas en este tomo, Margery Allingham ha escrito las siguientes: Blakerchief Dick, The Crime at Black Dudley, Police at the Funeral, Sweet Danger, Death of a Ghost, Flowers for the Judge, Mr. Champion criminalogist (cuentos), The Fashion in Shrouds, Traitor's Purse, The Oaken Heart, etcétera.

SALVADOR BORDOY LUQUE

Para
ORLANDO



CAPÍTULO I

¿PREMIO A QUIEN LO ENCUENTRE?

Si usted acepta esto, señor —dijo el policía, poniéndole un chelín en la mano—, tendrá dinero y no habré de llevarle conmigo. Pero —añadió con una encantadora nota de turbación— tengo que pedirle que siga su camino; el inspector se dará una vuelta por aquí dentro de un momento.

Percival St. John Wykes Gyrth, el único hijo del coronel sir Percival Christian St. John Gyrth, Bt., de Tower Sanctuary, enrojeció penosamente, se metió la moneda en el bolsillo del pantalón y sonrió a su bienhechor.

—Gracias, Baker —contestó—. Es usted extraordinariamente amable. No lo olvidaré.

—No tiene importancia, señor —replicó el policía, y la turbación del hombre creció—. Usted me dio cinco libras la noche que se casó.

Abrió la boca como para continuar, pero lo pensó mejor, y la siguiente observación del joven indicó claramente que no estaba de humor para remover recuerdos.

—¿Dónde diablos puedo sentarme para que no me hagan levantar?

El policía dirigió una mirada inquieta hacia South Molton Street, por donde el inspector se acercaba lentamente.

—En Ebury Square, al lado de Southampton Row —murmuró rápidamente—. Allí estará tan seguro como las casas. Buenas noches, señor.

Las últimas palabras eran una despedida; el inspector estaba casi a su lado. Val Gyrth se echó su destrozado sombrero sobre los ojos y, encogiéndose de hombros, se fue hacia Oxford Street. Su “único medio de vida” saltaba solitario en un bolsillo seguro del traje, que una vez había salido reverentemente de manos del sastre ante cuya tienda pasaba en aquel preciso momento. Cruzó Oxford Street y torció hacia Circus.

Era poco después de medianoche y la ancha calle estaba casi desierta. Solamente se veía algún trasnochador de regreso, dos o tres taxis y algún que otro autobús.

Val Gyrth escogió la parte interior de la acera, procurando andar por la sombra. El olor familiar de la ciudad en verano, caliente y un poco perfumado como una farmacia, llegaba a sus narices, y, a pesar de su cansancio, su andar era impaciente. Estaba amargamente enfadado consigo mismo. La situación era imposible, quijotesca y ridícula. El viejo Baker le había dado un chelín para salvarle de un arresto como vagabundo a la entrada de su propia casa. Era increíble.

No había comido desde la noche anterior, pero pasó sin detenerse por delante de la cafetería, al lado de la sombrerería francesa, en Circus. Había dejado de sentir hambre aquella tarde, a eso de las cuatro; se sorprendió y agradeció el respiro. La sensación de balanceo que le dominaba desde entonces era preferible.

A través del agujero de sus caros zapatos sentía el calor de la acera, y al dar la vuelta por el edificio de Mudis empezó a cojear. A los cinco minutos, se encontró en una pequeña y desnivelada plazoleta, en cuyo centro había dos hileras de árboles y unos cuantos bancos de madera, casi deshechos. Sobre ellos se veían bultos oscuros: solo quedaban dos desocupados. Val Gyrth escogió uno de estos debajo de un farol; el más lejano. Se dejó caer en él, notando por primera vez todo su cansancio.

El viento agitó las polvorientas hojas sobre su cabeza, y al dirigir la vista en derredor se obsesionó con un Curioso sentido de aprensión, que no explicaba el repentino fresco de la noche. Un coche cruzó la plazoleta, y más allá del Strand se oyó la sirena de un barco en el río. Ninguno de los bultos acurrucados en los otros bancos se movió; pero al muchacho, uno de los menos imaginativos de una raza sin imaginación, le pareció que iba a ocurrir, o que ya estaba sucediendo a su alrededor, algo de enorme importancia; una sensación explicable por su inanición y la tormenta que se avecinaba.

Se destocó y pasó los dedos por el rubísimo cabello, enojándose, como tantas veces, por lo rápidamente que le crecía. Era un joven de veintitantos años, de rostro duro, pero no desagradable, con una habitual expresión obstinada; un tipo puramente anglosajón, más acentuado por la delgadez extraordinaria que hacía resaltar sus grandes huesos.

Suspiró, se subió el cuello de la chaqueta y estaba a punto de levantar los pies del montón de papeles, cáscaras de naranja y cajetillas vacías de tabaco, cuando se detuvo y se irguió, contemplando el suelo delante de él. Notó que le atravesaba una repentina ola de calor, mientras su corazón saltaba apresuradamente.

En un sucio sobre, que yacía boca arriba entre toda la basura, se leía su propio nombre.

Lo recogió, sorprendiéndose de que su mano temblase. No había duda de que era su nombre: “P. St. J. W. Gyrth, Esq.”. Estaba escrito a mano, con una escritura desconocida.

Le dio la vuelta. Era de buena calidad. Estaba vacío. Había sido abierto por arriba, impacientemente. Por un momento lo contempló, y le invadió una sensación de irrealidad. La dirección, “Kemp’s, 32a Wembley Road, Clerkenwell, EC1”, le era completamente desconocida.

Lo miraba como si esperase que cambiasen las palabras delante de sus ojos, pero continuaron claras e inequívocas: “P. St. J. W. Gyrth, Esq.”.

Al principio no se le ocurrió dudar que fuese para él, ni que fuera otra la intención de la persona remitente. Gyrth era un nombre poco corriente, y la extraña combinación de iniciales hacía imposible pensar que perteneciese a otra persona.

Cuidadosamente estudió la escritura, intentando reconocerla. Su pensamiento había aceptado la extraña coincidencia que le había llevado a aquella plazoleta y a aquel banco para recoger un sobre con su nombre. Revolvió la basura a sus pies, con la esperanza de encontrar el contenido del sobre, hasta que una búsqueda concienzuda le convenció de que el papel que tenía en la mano era lo único relacionado con él.

La escritura le intrigaba. Era clara, recta, con rasgos muy acusados y finos y nada fácil de olvidar. Volvió su atención al matasellos, y su expresión de sorpresa se convirtió en pasmó. Llevaba fecha del 15 de junio. Y finalizaba el día 19. Por tanto, la carta era de hacía cuatro días.

Hacía más de una semana que no tenía dirección. Sin embargo, estaba convencido, y el hecho era ligeramente misterioso y excitante, de que alguien le había escrito y que otra persona recibió la carta, tiró el sobre, y de este modo había llegado a sus manos.

Una de las cosas más sobresalientes de una coincidencia es que, una vez que ha ocurrido, se nombra, se acepta y eso es todo.

Gyrth estaba sentado en el polvoriento banco debajo del farol, mirando el sobre. El ruido de las hojas sobre su cabeza había aumentado y un incierto vientecillo se arremolinaba en la plazoleta; dentro de unos minutos empezaría a llover.

Una vez más tuvo la extraña sensación de estar casi al borde de un drama que se estaba desarrollando a su alrededor. Lo había sentido antes de esa noche. Varias veces durante los últimos días. Lo había sentido cuando iba por una concurrida calle, a mediodía, o por la noche, en las oscuras callejas donde había intentado dormir. Los criminales curtidos reconocen esta sensación como la seguridad instintiva de ser perseguidos; pero el joven Gyrth no era ningún criminal y no tenía experiencia en nada que no fuesen los aspectos más desafortunados de matrimonio.

Examinó otra vez la dirección del sobre: “32a Wembley Road, Clerkenwell”. No debía de estar lejos de donde se encontraba, reflexionó, y sintió un fuerte deseo de ir a enterarse de si no era el único P. St. J. W. Gyrth en el mundo, o, si lo era, descubrir quién le estaba representando.

Era de naturaleza prudente, y quizá si la experiencia hubiera sucedido en circunstancias normales, se hubiese encogido de hombros, sin preocuparse más por ello; pero en aquel momento estaba en la completa ruina. Un hombre que está literalmente en la miseria es como una paja al viento: cualquier pequeña corriente puede llevarle de una parte a otra. Su tiempo y energía no tienen valor para él; todo vale la pena intentarlo. Llevado, pues, por la curiosidad, cruzó la plazoleta, mientras la tormenta rugía detrás de él.

No sabía qué era lo que esperaba encontrar, pero el sobre le fascinaba. Dejó de hacer conjeturas y apretó el paso.

En las tempranas horas de la mañana, Clerkenwell es uno de los vecindarios más hediondos de todo el East Central London, lo que ya es decir, y las ropas destrozadas del joven eran lo único que podía pasar inadvertido para los pocos transeúntes que

todavía andaban por la calle.

Encontró dos policías, a quienes preguntó la dirección que debía tomar, apretando en su mano el chelín que le había dado uno de sus colegas. Le informaron con esa completa indiferencia que los caracteriza, y, por fin, se halló en el cruce de una calle sucia y mal alumbrada, con raíles, casas de huéspedes repugnantes y míseras, y tiendas polvorientas donde todo parecía de segunda mano.

El número 32a pertenecía a un establecimiento todavía abierto.

Era una casa de comidas, hedionda hasta para aquel vecindario, y había que bajar su buen medio metro para llegar a ella. Incluso Val Gyrth, ahora uno de los hombres de menos prejuicios, dudó antes de entrar.

La media puerta de cristal estaba llena de anuncios de crema de zapatos y clases de caramelos, y la luz del interior se esforzaba inútilmente en traspasar los aceitosos papeles.

Gyrth ojeó una vez más el sobre y decidió que, sin duda alguna, este era su destino. El número 32a estaba escrito en una placa de esmalte sobre la puerta, y el nombre de *Kemp* destacaba con grandes letras encima de la puerta.

De nuevo se dio cuenta de lo absurdo de su investigación y dudó; pero reflexionó que no tenía nada que perder y que necesitaba aplacar su curiosidad. Dio vuelta al picaporte y penetró en la estancia.

La fétida atmósfera estaba tan cargada de *humo*, que durante un momento no pudo ver dónde se encontraba. Se quedó parado unos segundos, intentando penetrar la espesa capa de humo, y por fin pudo distinguir una habitación sucia, con bancos de madera que parecían vacíos.

Al fondo se vislumbraban un mostrador y una cocina, de donde la atmósfera adquiría la mayor parte de su calidad. El joven se dirigió hacia ese altar gastronómico con el sobre apretado en el bolsillo.

No se descubría a nadie, por lo que hubo de golpear sobre el mostrador. Casi inmediatamente se abrió una puerta al lado de la cocina y apareció un hombre como una montaña, con el rostro más largo y más lúgubre que jamás había visto. Alrededor del estómago del recién llegado se ceñía un mantel que hacía las veces de delantal, y sus brazos musculosos permanecían desnudos hasta el codo. En cuanto al resto, la cabeza era completamente calva, y el hueso de su nariz había recibido un deterioro irreparable.

Contempló al joven con ojos tristes.

—¡Buena hora es esta para pensar en tomar un poco de alimento! —observó, con más pena que enfado, dejando oír una voz sepulcral—. Todo se ha terminado, excepto las longanizas y el puré de patatas. Yo me estoy comiendo lo poco que quedaba de potaje.

Gyrth se sintió reconfortado por su melancólica afabilidad. Hacía mucho tiempo que un dueño de casa de comidas no le trataba como a un ser humano. Sacó el sobre del bolsillo y lo extendió sobre el mostrador delante del hombre.

—Mire —dijo—. ¿Sabe algo de esto?

Ni un solo músculo se contrajo en el rostro lúgubre. El enorme hombre contempló el sobre como si no hubiese visto nada parecido en su vida y no estuviese seguro de que valiera la pena preocuparse por ello. Entonces, dando media vuelta rápida, miró fijamente a los ojos del joven e hizo la observación más extraordinaria en aquellas circunstancias.

—Ya veo —dijo con una deliberación ligeramente innecesaria—. *Usted toma el camino más largo.*

Gyrth le miró fijamente. Tuvo la sensación de que había de dar una respuesta determinada, que las palabras tenían un significado incomprensible para él. Rió torpemente.

—No le comprendo —respondió—. Supongo que estoy vagabundeando, si es eso lo que quiere decir. Pero he venido a saber algo de este sobre. ¿Lo ha visto antes de ahora?

El hombre grande hizo el gesto más parecido a una sonrisa.

—Suponga que lo he visto —observó con precaución—. ¿Y qué?

—Solamente que está dirigido a mí, y estoy ansioso por saber quién lo ha abierto —repuso Gyrth fríamente—. ¿Puede decirme quién lo recogió?

—¿Es ese su nombre? —preguntó el hombre grande, poniendo un dedo sobre la inscripción—. Supongo que no podrá probarlo, ¿verdad?

Gyrth enrojeció y se sintió incómodo.

—No puedo conseguir nadie que me identifique, si es eso lo que quiere decir, y no tengo tarjetas de visita. Pero —añadió— si quiere aceptar la palabra de mi sastre, aquí dentro de mi chaqueta hay una etiqueta.

Se desabrochó la estropeada chaqueta y le dio la vuelta para mostrarle el bolsillo interior, donde destacaba una etiqueta con su nombre escrito con tinta. En su ansia no se daba cuenta de la incongruencia de la situación.

El hombre triste leyó la etiqueta y estudió al visitante con ojos críticos.

—Supongo que *fue* hecha para usted —dijo.

Gyrth se abrochó la chaqueta.

—He adelgazado —explicó.

—Bueno. Sin ofenderse —dijo el otro—. Le creo... Algunos no lo harían. Me llamo Lugg. Me alegro de conocerle. A propósito, tengo otra carta para usted.

Después de rebuscar entre los platos y las tazas detrás de él, regresó con un sobre muy parecido al que Gyrth había puesto sobre el mostrador. Estaba sin abrir.

El joven lo tomó con una sensación de completo aturdimiento. Estaba a punto de abrirlo, cuando el hombre que se había presentado con tan amistosa simplicidad le tocó en el hombro.

—Suponga que se va allí y se sienta —observó—. Le llevaré un poco de café y un par de *zapps* a toda marcha. A estas horas de la noche siempre se está un poco hambriento.

—Solo tengo un chelín... —empezó a decir Gyrth torpemente.

Míster Lugg alzó las cejas.

—¿Un chelín? —repitió—. ¿Dónde cree que va a comer? ¿En el Cheshire Cheese? Siéntese, amigo. Le daré bien de comer por medio chelín. Y aún le quedarán unos peniques para gastar por ahí.

Gyrth le obedeció. Fue hacia uno de los grasientos bancos y se sentó a una mesa cubierta con una hoja de periódico limpia. Rompió el grueso sobre con dedos torpes. El olor le había despertado el hambre, y le dolía fuertemente la cabeza.

Sobre la mesa cayeron tres objetos: dos billetes de una libra y una tarjeta postal impresa. Contempló la tarjeta estupefacto:

MR. ALBERT CAMPION
Ciudad

Y debajo, con la ya familiar escritura recta:

Cualquier noche, después de las doce.
Mejoramiento de conversación.
Cerveza, Vinos suaves y Pasteles color de rosa.
Venga.

La dirección estaba impresa:

17, Bottle Street, W1
(Entrada a la izquierda de la
Estación de Policía.)

En el reverso, escrito de cualquier manera, destacaban las siguientes palabras: “Por favor, perdone el préstamo temporal. Venga en cuanto pueda. Es urgente. Tenga cuidado. A. C.”.

Val Gyrth dio vueltas y más vueltas a la tarjeta.

Todo aquel episodio se estaba volviendo fantástico. En ello había algo sin sentido; le pasó por la imaginación que quizá hubiera tenido un accidente en la calle y que todo aquello fuera producto de la anestesia.

Todavía estaba examinando el extraordinario mensaje cuando apareció el triste y también fantástico míster Lugg con lo que evidentemente era su idea de un banquete. Gyrth se comió lo que le puso delante con una sensación creciente de gratitud y

realidad. Cuando hubo terminado, levantó la vista hacia el hombre que permanecía en pie a su lado.

—Oiga —preguntó—: ¿ha oído hablar de míster Albert Campion?

Los ojillos del hombre le estudiaron solemnemente.

—Me es familiar —respondió—. Ahora que no puedo recordar exactamente.

En su rostro había una expresión determinada que demostró al joven que sería inútil continuar preguntando. Una vez más Gyrth tomó la postal y los dos billetes de Banco.

—¿Cómo sabe —preguntó repentinamente— que soy la persona que debe recibir esta carta?

Míster Lugg miró el segundo sobre por encima de su hombro.

—Ese es su nombre, ¿no? —comentó—. Por lo menos es el que lleva por dentro de su chaqueta. Me lo ha enseñado.

—Sí, ya lo sé —repuso Val, impaciente—. Pero ¿cómo sabe que yo soy ese Percival St. John Wykes Gyrth?...

—¡Cielos! Eso es lo que significan tantas iniciales, ¿no? —opinó míster Lugg, impresionado—. Eso contesta su propia pregunta, amigo. No hay dos madres que le pongan a un crío todo eso. Esa es su invitación, no cabe duda. No se preocupe. Yo me iría... Se está haciendo tarde.

Gyrth miró la tarjeta otra vez. Era una locura, naturalmente. Ahora que, habiendo llegado hasta allí, parecía ilógico no continuar. Como para rematar el asunto con él mismo, pagó la comida con su nueva fortuna, y después de dejarle una buena propina se despidió y salió de la desierta casa de comidas.

Hasta que estuvo en la calle no pensó en la manera de llegar a su destino. Había sus buenas tres millas a través de la ciudad hasta Piccadilly, y aunque ya no sentía hambre continuaba muy cansado. Para colmo de males, era muy tarde y estaba lloviendo a cántaros.

No sabía qué hacer, cuando oyó tras él el ruido de un coche que se aproximaba.

—¿Taxi, señor?

Gyrth se volvió agradecido, le dio al taxista la dirección de la tarjeta y se metió en el acogedor vehículo.

Al arrellanarse sintió la vieja sensación de comodidad. El taxi corría por las calles que una hora antes él había pasado cansado y hambriento. Durante unos minutos reflexionó sobre la extraña invitación que había aceptado sin hacer preguntas. La ridícula tarjeta parecía una burla, claro; pero dos libras no son ninguna broma para un hombre a punto de morir de inanición, y como no tenía nada que perder, no veía razón alguna para no investigar. Además, le picaba la curiosidad.

Sacó la tarjeta y se inclinó para leerla a la luz del taxímetro. Difícilmente podía leer el mensaje: “Venga en cuanto pueda. Es urgente. Tenga cuidado”.

Las dos últimas palabras le extrañaban. En aquellas circunstancias parecían tan ridículas que casi se echó a reír.

En aquel preciso momento el vehículo torció a la derecha y entró en Gray Inn Road; se divisaba Bloomsbury Square, tranquila y bordeada de árboles.

Entonces precisamente se dio cuenta de que las probabilidades de conseguir un taxi en Wembley Road a las tres de la mañana eran de una entre un millón, y además, que un taxista le tomase a él, con su raído traje, por un probable pasajero era un absurdo. Se inclinó hacia adelante y pasó la mano por las portezuelas. No tenían manivela. Los cristales también parecían estar fijos.

Bastante asustado, pero casi avergonzado de si mismo al sospechar un peligro casi imposible en su actual situación, golpeó, vigorosamente el cristal que le separaba del taxista. Cuando le estaba mirando Gyrth, el conductor pisó el acelerador con toda su alma.

CAPÍTULO 2

PASTELITOS COLOR DE ROSA

Val se inclinó hacia delante y escudriñó las tinieblas exteriores. El viejo taxi rodaba, supuso, a unas treinta y cinco millas por hora. Las calles estaban mojadas y desiertas. Observó que el vehículo iba en dirección completamente opuesta.

Según parecía, lo estaban raptando; pero esta idea era tan ridícula para él en aquellos momentos que la rechazó de inmediato. Suponiendo que el taxista debía de estar borracho o sordo, volvió a golpear el cristal y gritó por el tubo:

—Quiero ir a Bottle Street... más allá de Piccadilly.

Esta vez no hubo duda de que el taxista le había oído, porque el hombre sacudió la cabeza en ademán negativo, mientras el taxi se balanceaba e inclinaba peligrosamente. Val Gyrth tuvo que aceptar la situación, por absurda que fuere. Era un prisionero a quien llevaban precipitadamente a un destino desconocido.

Durante los pasados dieciocho meses se había encontrado en muchos momentos desagradables, pero nunca en ninguno que requiriese, como aquel, una acción inmediata. En otra ocasión hubiese dudado hasta que hubiera sido demasiado tarde; pero esa noche, los efectos acumulados de inanición y cansancio le habían producido un moderado atrevimiento, y el humor con que se había permitido seguir aquella fantástica aventura, porque su nombre estuviese en un sobre, y más tarde aceptar aquella nada convincente invitación del misterioso míster Campion, aún le duraba. Lo que es más, las atenciones de míster Lugg habían hecho revivir su fuerza y su temperamento.

En aquel momento, encerrado en el taxi, era una persona peligrosa. Los puños cerrados fuertemente y los músculos contraídos de la mandíbula delataban su estado de ánimo.

En el instante mismo en que la idea le vino a la imaginación la puso en práctica.

Se quitó el pesado zapato de suela delgada, del que hacía tiempo habían desaparecido los cordones. Con esta formidable arma en su mano, asió con la otra el asiento delantero. Todavía poseía una fuerza prodigiosa, y la puso toda en el golpe. Su mano cayó como un mazo, rompiendo el cristal y dando en la cabeza del conductor.

Inmediatamente se dejó caer al suelo, encogido, cubriéndose la cabeza con los brazos. La gorra del taxista había aminorado el golpe, pero el ataque había sido tan repentino que perdió el control del volante. El vehículo patinó violentamente sobre la

grasienta calle, subió la acera y chocó contra una balaustrada de piedra.

El impacto fue terrible: el coche rebotó contra la pared de piedra, se balanceó un instante y cayó sobre un costado, Gyrth estaba encogido dentro de la vieja capota del coche, que se rasgó bajo su peso. Sintió que la sangre le resbalaba por el rostro, debido a un corte en la frente; uno de sus hombros estaba dolorido, pero al estar preparado para el golpe no se había hecho mucho daño. Continuaba furioso y salvaje. Peleó para salir a través de la capota rota a la acera, y por un instante miró a su alrededor para hacerse cargo de la escena,

Su raptor yacía debajo de una masa de metal retorcido y no dejaba escapar sonido alguno. La calle ya no estaba desierta. Empezaban a abrirse ventanas. Por los dos lados de la calle se oían voces y el sonido de pisadas aceleradas.

Gyrth no estaba de humor para detenerse y contestar preguntas. Se limpió la sangre de la cara con la manga de la chaqueta, alejándose al saber que el daño había sido menor del que había temido. Se puso el zapato, que aún tenía en la mano, y se deslizó por una calle transversal.

El resto del camino lo hizo a pie.

Fue a la dirección de Bottle Street lleno de curiosidad, pero más que nada, porque no tenía ningún otro sitio adonde ir. Escogió las callejuelas oscuras, cortando por la parte antigua de Holbom y los malolientes callejones de Soho.

Ahora, por primera vez en muchos días, cayó en la cuenta de que estaba libre de la curiosa sensación de opresión que le había confundido vagamente. No le seguía nadie cuando torció una esquina oscura hacia una calle iluminada y llegó al *cul-de-sac* de Piccadilly, que es Bottle Street.

La solitaria luz azul de la Estación de Policía no era invitadora, pero la puerta número 17, justamente al lado, estaba entreabierta. La empujó decidido.

Le dominaba el cansancio, y aun así toda su precaución había desaparecido. Consolándose de que nada podría ser peor que su situación actual, subió las escaleras penosamente. A partir del primer piso había una luz y la escalera estaba alfombrada; por fin llegó a un rellano con una bonita puerta de nogal. Una simple placa de metal ostentaba el letrero

MR. ALBERT CAMPION
DEPARTAMENTO DE MERCANCÍAS

También tenía una lujosa aldaba florentina, que no pudo utilizar, porque se abrió la puerta y apareció una figura completamente inesperada.

Era la de un hombre joven, de rostro pálido e inofensivo, de ojos con mirada vaga, que le sonreían de manera amistosa tras unas gafas de gruesa montura de concha. Iba cuidadosamente, por no decir fastidiosamente, vestido de etiqueta, pero la corrección de su apariencia quedaba estropeada por un hecho sorprendente: en su

mano sostenía un cordón al que estaba sujeto un globo de un rosa particularmente chillón.

En el momento en que vio a su visitante cayó en la cuenta de su extraña estampa, porque hizo varios intentos inútiles para esconderlo detrás de su espalda. Le tendió la mano.

—Supongo que es usted el doctor Livingstone —dijo con educación y voz ligeramente chillona.

Muy sorprendido, Gyrth le tendió su mano.

—No sé quién es usted —empezó—, pero yo soy Val Gyrth y estoy buscando a un hombre que se llama a sí mismo Albert Campion.

—Eso es —admitió el extraño, dejando escapar el globo, que se elevó al techo con aire de quien abandona un problema pesado—. Ese soy yo; esta, mi puerta; ese, mi globo. Por favor, entre y tome una copa. Ha llegado usted bastante tarde; temía que no viniese —continuó, escoltando a su visitante a través de un estrecho pasillo a un pequeño pero enormemente cómodo salón, amueblado y decorado de una forma curiosa y original. De las paredes colgaban varios raros trofeos, y sobre la repisa, entre un Rosenberg y lo que parecía una página de una original *Danza de la Muerte*, se veía un curioso grupo compuesto por una especie de llave inglesa coronada por un retrato de la galería de criminales de Scotland Yard: un individuo bien conocido, con un marco bueno. El cuadro estaba afectuosamente dedicado. Una llave grande de forma singular completaba el *tableau*.

Val Gyrth se hundió en la cómoda butaca que le ofrecía su huésped. Este peculiar final de una noche de aventuras, que en sí había sido bastante asombrosa, le había dejado momentáneamente estupefacto. Aceptó la copa que el pálido joven le puso en la mano y comenzó a sorber el coñac sin hacer preguntas.

En ese momento, míster Campion se dio cuenta del corte en la frente de su visitante. Su preocupación fue inmediata.

—¿Así que ha tenido un poco de dificultad en llegar aquí? —preguntó—. Espero que no hayan hecho las cosas a lo bruto.

Val bajó la copa, e irguiéndose en su butaca levantó la vista hacia el rostro de su huésped.

—Bueno —respondió—, no tengo ni idea de quién es usted, y todo el asunto de esta noche parece un cuento de hadas. Encuentro un sobre dirigido a mí, abierto, en el centro de Ebury Square. Lleno de curiosidad, le sigo la pista. En la casa de comidas de Kemp, en Clerkenwell, me esperaba una carta de usted con dos libras y una extraordinaria tarjeta de invitación. Tomo un taxi para venir, y el conductor intenta raptarme. Salí del atolladero con considerable daño para mí mismo, y más para el conductor, y cuando llego aquí le encuentro a usted aparentemente bastante *au fait* con mis asuntos y haciendo el tonto con un globo. Puede que yo esté loco... No lo sé.

Míster Campion pareció sentirse herido.

—Siento lo del globo —se disculpó—. Terminaba de llegar de una gala en el

Ateneo, cuando me telefoneó Lugg para decirme que venía usted. Él ha salido esta noche, así que tuve que abrirle yo mismo. No veo que pueda quejarse de eso. Lo del taxi no me gusta. Supongo que eso es lo que le ha hecho llegar tarde.

—Exactamente —asintió Val, que continuaba molesto—. Pero debe comprender que desee una explicación completa, y sabe muy bien que me la debe.

Entonces míster Campion se hizo a un lado, de forma que la luz de la lámpara sobre la mesa detrás de él diese de lleno en el rostro de su visitante. Se aclaró la garganta con curiosa decisión, bastante distinta de sus previos modales.

—*Veo que usted toma el camino más largo, míster Gyrth* —observó suavemente.

Val alzó los ojos hacia su huésped con expresión interrogante. Era la segunda vez que le decían lo mismo aquella noche, y las dos veces había un curioso trasfondo en tales palabras.

Miró fijamente a su huésped, pero la pálida cara del joven no tenía expresión alguna; sus ojos quedaban oscurecidos detrás de las pesadas gafas. No se movió y se veía claramente que esperaba una respuesta; en aquel instante, el más joven de ambos se dio cuenta de que existía algo demasiado profundo para él.

CAPÍTULO 3

EL CUENTO DE HADAS

Val Gyrth se incorporó.

—El hombre de Kemp me dijo lo mismo —observó—. No sé lo que quiere decir..., pero está claro que quiere decir algo. ¿Qué espera que conteste?

Los modales de míster Campion cambiaron súbitamente. Se volvió afable y encantador.

—Siéntese —rogó—. Debo excusarme. Resulta, ¿sabe?, que no soy la única persona que está interesada en usted. Tendré que explicarle mi interés. Pero si mis rivales le hubiesen echado mano antes que yo...

—¿Bien? —inquirió Val.

—Bien —repitió Campion—; entonces hubiese comprendido lo del camino más largo. De todas formas, ahora que podemos hablar, suponga que he de decirle todo lo que llevo dentro...; pero antes es preferible que se ponga un poco de yodo blanco en su cabeza.

Val dudó, pero su huésped le tomó del brazo.

—Un poco de agua templada y una buena hilaza de mi botiquín de la Cruz Roja le arreglará —dijo—. Nadie puede absorberse en una buena historia si tiene una gotera en un ojo. Venga.

A los diez minutos de una cura de urgencia en el cuarto de baño regresaron al salón, y míster Campion volvió a llenar el vaso de su invitado.

—En primer lugar —comenzó—, creo que debería ver cierta página del *Society Illustrated* de la semana pasada. Se relaciona con usted.

Cruzó el cuarto, abrió un cajón de un *bureau* reina Ana, y regresó en seguida con un ejemplar del bien conocido semanario. Lo hojeó rápidamente, doblándolo por una hoja en la que aparecía una fotografía a toda página de una mujer de unos cincuenta años, con expresión lunática, vestida con traje medieval en adaptación moderna y que sostenía en las manos un cáliz de atractivo diseño. El inteligente fotógrafo había tenido buen cuidado de dirigir la atención sobre el precioso objeto, en vez de hacerlo sobre las imperfecciones de quien lo sostenía.

El cáliz tenía unos cincuenta centímetros de altura, era de oro pulido y descansaba sobre un pie de pedrería. Debajo del retrato había unas cuantas líneas impresas. *Una adorable sacerdotisa*, decía el título, y debajo:

«Lady Pethwick —quien antes del matrimonio con sir Lionel Pethwick era, naturalmente, miss Diana Gyrth— es la hermana del coronel sir Percival Gyrth, Bt., dueño de la histórica Tower de Sanctuary, en Suffolk, y guardián del antiquísimo cáliz Gyrth. Lady Pethwick sostiene el precioso cáliz, del que se dice data de antes de la Conquista. También es poseedora del título honorario de “camarera del Cáliz”. Los Gyrth tienen la custodia del cáliz como un cargo sagrado de la familia. Esta es la primera vez que ha sido fotografiado. Nuestros lectores recordarán que de Gyrth Tower se cuenta la famosa historia del Cuarto Secreto».

Val Gyrth tomó la revista con inusitada curiosidad, y en el momento en que vio la fotografía saltó de su asiento y quedó en pie, en el centro del salón de míster Champion; su rostro estaba escarlata, y sus ojos, intensamente azules, parecían encogidos. Al intentar leer las líneas impresas, sus manos temblaron violentamente y tuvo que dejar el semanario sobre una mesita para poderlo hacer. Cuando hubo terminado se irguió, encarándose con su huésped. A pesar de sus deterioradas ropas y de su desastrosa apariencia, había adquirido una nueva dignidad.

—Naturalmente —admitió con gravedad—. Comprendo bastante bien. Usted está haciendo esto por mi padre. Debería ir a casa.

Míster Champion dedicó una sonrisa a su visitante.

—Me alegro de que piense así —asintió—. Pero no lo estoy haciendo por su padre, y no creí que abrigase sentimientos tan profundos por esta pieza de mal gusto.

Val gruñó.

—¿Mal gusto? Naturalmente, usted es un extraño y se dará cuenta de lo difícil que es para mí explicar lo que sentimos... —dudó— por el cáliz.

En las últimas palabras bajó la voz instintivamente.

Míster Champion tosió.

—Mire —dijo al fin—: si pudiera comprender mi situación, creo que podría interesarle enormemente. Por el amor de Dios, siéntese y sea un poco humano.

El joven sonrió y se dejó caer en la butaca; por un momento, su juventud se reflejó claramente en su rostro...

—Perdón —repuso—, pero no sé quién es usted. Perdóneme por insistir sobre esto —añadió torpemente—, pero lo hace difícil, ¿sabe? En casa nunca mencionamos el cáliz. Es una de esas cosas tremendamente importantes de las que nunca se habla. La fotografía me hizo perder el dominio de mí mismo. Mi padre debe de estar loco o... —se sentó erguido; un brillo de sospecha apareció en sus ojos—. ¿Se encuentra mal?

El joven, pálido, negó con la cabeza.

—No; está perfectamente, creo —respondió—. Estoy casi seguro de que esa

fotografía fue tomada y entregada a la Prensa sin que él lo supiese. Supongo que ha habido algo de jaleo sobre ello.

—Me apuesto algo a que ha sido así —dijo Val—. Usted no lo entenderá, naturalmente, pero esto es un sacrilegio.

Enrojeció, y míster Campion comprendió que era de vergüenza.

Gyrth quedó sentado en su butaca con el semanario sobre sus rodillas. Míster Campion suspiró y, apoyándose contra el borde de la mesa, empezó a hablar.

—Mire —comenzó—, le voy a dar una lección de economía y luego le voy a contar un cuento de hadas. Todo lo que le pido es que me escuche. Creo que valdrá la pena.

Val asintió con la cabeza.

—No sé quién es usted —observó—, pero empiece.

Míster Campion sonrió.

—Escuche, y después le enseñaré el certificado de nacimiento, si le interesa. Póngase cómodo y entraré en detalles.

Val obedeció y míster Campion se inclinó hacia adelante con expresión ligeramente más expresiva y más afable de lo corriente.

—No sé si usted es de los que estudian psicología, economía y demás —empezó—; pero si lo hace, habrá notado que llega un momento en que, si usted es muy rico, ya no le interesa nada más que lo que desea en ese mismo momento. Quiero decir que se está por encima de tonterías como leyes, orden o quién va a ganar las regatas.

Dudó. Val parecía no comprender. Míster Campion continuó:

—Bien; hace unos cincuenta años, media docena de los hombres más ricos del mundo: dos ingleses, un americano, dos españoles y un francés, hicieron este interesante descubrimiento en relación con los *objets d'art*. Cada uno gozaba con un pasatiempo distinto, afortunadamente, pero todos ellos estaban poseídos de la divina manía.

Una vez más, hizo una pausa.

—Aquí es donde termina la lección y comienza el cuento de hadas. Había una vez seis caballeros que se enteraron de que podían comprar casi todo lo que desearan para las diferentes colecciones a las que eran tan aficionados. Entonces uno de ellos quiso adquirir lo que no se podía comprar con dinero: cosas tan valiosas como las que eminentes filántropos habían donado a los museos. También se encapricharon por las reliquias de gran valor histórico. ¿Me comprende?

Gyrth asintió.

—No sé adónde quiere ir a parar —observó—, pero le escucho.

—El primer hombre —prosiguió míster; Campion—, al que vamos a llamar Ethel, porque, evidentemente, no era su nombre, se dijo a sí mismo: “Ethel, a ti te gustaría ese retrato de María Antonieta que se halla en el Louvre, pero no está a la venta, y si intentases comprarlo, seguramente habría una guerra y ya no serías rico como lo eres ahora. Por tanto, solo hay una forma de conseguir esa preciosa pintura”.

Así que le dijo a su criado George, que era un genio, pero una mala persona, siento decirlo: “¿Qué te parece, George?”. Y George pensó que se podía robar si estaba dispuesto a dar bastante dinero, ya que conocía al hombre adecuado, famoso por sus astutos robos. Y así es —continuó mister Campion con voz ligeramente ridícula, que se elevaba a medida que crecía su entusiasmo— como empezó todo.

Gyrth se irguió.

—No esperará que tome eso en serio, ¿verdad? —comentó.

—Escuche —repuso su huésped fríamente—. Es todo lo que le pido. Cuando Ethel entró en posesión de ese cuadro y la Policía de cuatro países se dedicaba a buscarlo por todas partes, menos en la colección privada de Ethel, en su casa de campo, adonde no se les ocurrió ir, dada la importancia de tal personaje, Evelyn, un amigo suyo tan rico como él y un entusiasta coleccionista de cerámicas, fue a casa de Ethel, y este no pudo resistir la tentación de enseñarle la pintura. Bueno; Evelyn quedó impresionadísimo. “¿Cómo lo has conseguido? —preguntó—. Si has podido conseguir el retrato de María Antonieta, ¿por qué no puedo yo hacer otro tanto con el jarrón Ming del Museo Británico, siendo tan rico como tú?”. “Mira —replicó Ethel—, como eres amigo mío y no vas a hacerme chantaje, porque eres demasiado honorable para eso, voy a presentarte a George, mi ayuda de cámara, que tal vez te arregle las cosas”. Y así lo hizo. Y George lo arregló, aunque esta vez intervino otro ladrón, experto en el robo de jarrones. Evelyn quedó contentísimo y no pudo ocultárselo a su amigo Cecil, que era una especie de rey en sus negocios y un gran coleccionista de joyas. Y, claro, Cecil terminó por acudir a George y se repitió la historia. A lo largo de medio siglo —continuó Campion—, un buen número de personas ricas ha empleado a George y a su sucesor, con el resultado de que hoy en día hay una buena cantidad de ricos Ethel, Cecil y Evelyn. No forman una sociedad, pero quizá se los pueda definir como un círculo, el más poderoso y el más rico del mundo. No son delincuentes, en toda la acepción de la palabra. George y sus amigos son los que dan la cara cuando es necesario, aunque también los que se embolsan todo el dinero. Además, nunca roban nada que pueda comprarse en el mercado. Los Ethel y Cecil son intocables, porque: primero, son gente muy importante, y segundo, nadie más que George y su sucesor saben adónde van los objetos. Ese es el intrínquilis de todo el asunto. ¿Comprende ahora lo que quiero decir?

Al morir su voz, el silencio del cuarto se tornó opresivo. A pesar de la ligereza de sus palabras, se las había compuesto para dar una sensación de realidad a su historia. Gyrth le miraba fijamente.

—¿Es eso cierto? —preguntó—. Si lo es, es extraordinario. Casi tan extraordinario como el resto de las cosas que me han sucedido esta noche. Pero no veo qué relación pueda tener conmigo.

—A eso voy —manifestó mister Campion pacientemente—. Pero antes de continuar quiero que se meta en la cabeza que mi cuento de hadas tiene una cosa que mitiga lo que pueda tener de absurdo... Y es que es la pura verdad. ¿No desapareció

en una ocasión *Monna Lisa* y apareció más tarde, en circunstancias bastante extrañas? Si piensa un poco, verá que, de cuando en cuando, han desaparecido varios tesoros incomparables; observará que todos ellos son imposibles de vender a causa de su fama.

—Supongo que alguno de los miembros originales de... de este “círculo” murieron —dijo Gyrth dejándose llevar, a pesar de todo, por el interés de la historia.

—¡Ah! —subrayó míster Campion—. A eso quería ir a parar. Durante los últimos cincuenta años, el número de millonarios ha crecido considerablemente. Este pequeño círculo de coleccionistas ha aumentado. Apenas terminada la guerra, el número de miembros se elevaba a veinte: hombres de todas las razas y colores. Y la organización, que había tenido tanto éxito para un número más reducido, sufrió un pequeño bache. Fue en este punto cuando uno de los miembros, un genio de la organización, un hombre cuyo nombre es famoso en tres continentes, tomó las cosas por su cuenta y sentó cuatro o cinco principios: puso las cosas en claro y lo dispuso todo como un negocio. Así que la sociedad, o como quiera llamarla, pues que yo sepa no tiene nombre, es prácticamente omnipotente en su propia esfera.

Hizo una pausa, dejando que sus palabras penetrasen en la mente de Val, y poniéndose en pie paseó arriba y abajo.

—No sé los nombres de todos los miembros —admitió—. Tampoco puedo decirle los de aquellos a quienes conozco. Pero sí le digo que ni Scotland Yard, ni el Central Office, ni la Sûreté admitirían el hecho que está continuamente ante sus narices. Comprenderá usted que Ethel y sus amigos son gente bastante importante. Porque, si lo aceptasen, se produciría un escándalo que liaría tambalear, por lo menos, un par de tronos y comprometería los gobiernos de cuatro o cinco países.

Gyrth dejó el vaso sobre una mesita a su lado.

—Es un cuento endiablado —dijo—, pero me parece que le creo.

El joven pálido le dirigió una sonrisa de agradecimiento.

—Me alegro —respondió—. Esto hace posible que continuemos nuestra conversación.

Val frunció el ceño.

—No sé *cómo* lo hicieron —alegó, ignorando la última observación de Campion—. Ese George de su cuento de hadas, ¿cómo logró situarse?

Míster Campion se encogió de hombros.

—Eso fue muy fácil —respondió—. Sencilísimo. En eso demostró el ayuda de cámara del caballero su listeza. Así es como el negocio llegó a su actual volumen. Simplemente se colocó como “valla lindante” entre ambas partes. Dejaba “caer” en el sitio adecuado que pagaría una fabulosa suma por el objeto que interesaba. Me atrevo a decir que suena como un sorteo —añadió alegremente—. Pero debe aceptar la palabra de tío Albert. Pagan su dinero por una oportunidad.

Gyrth suspiró.

—Es extraordinario —confesó—. Pero ¿dónde entro yo? No soy un ladrón

famoso —añadió, riendo—. Me temo que no podría robar nada para usted.

Míster Campion sacudió la cabeza.

—Me ha comprendido mal —dijo—. Yo *no* pertenezco a la organización. ¿No ve por qué le he traído aquí?

Una ola de comprensión pasó por su rostro y miró a Campion francamente horrorizado.

—¡Cielo santo! —exclamó—. ¡El cáliz!

—Sí —asintió gravemente—; el cáliz.

—Pero ¡eso es imposible! —un momento de reflexión había convencido a Val de lo absurdo de tal sugerencia—. No voy a discutirlo —prosiguió—. ¡Al diablo con todo! Usted es un extraño. No sabe, no puede comprender lo absurdo de una historia así.

—Mi querido amigo —objetó Campion pacientemente—, no se puede proteger nada si no se acepta la realidad del peligro. Me he pasado las dos últimas semanas intentando encontrarle, porque resulta que sé que, a menos que haga algo, el cáliz de los Gyrth pasará a la colección particular de un ilustre mahometano antes de medio año.

Por un momento, el joven se quedó sin habla. Luego, rió.

—Mi querido señor —dijo—, usted está loco.

Míster Campion se ofendió.

—Como usted quiera —repuso—. Pero ¿quién cree que intentó raptarle en el taxi? ¿Por qué imagina que hay por lo menos cuatro caballeros vigilando mi puerta principal en este preciso momento? Probablemente los verá si se toma la molestia de mirar.

El joven continuaba incrédulo, pero considerablemente confundido. Toda la vaguedad había desaparecido de los modales de su huésped. Míster Campion estaba alerta, impaciente, casi inteligente.

Val sacudió la cabeza.

—No lo dice en serio —replicó.

Campion se quitó las gafas y miró a su visitante directamente a los ojos.

—Ahora escuche, Val Gyrth —dijo—. Tiene que creerme. No ignoro, como usted se imagina, la posición que ocupa el cáliz Gyrth en su familia y *en el país*. Advirtiéndole a usted, me enfrento con una de las organizaciones más poderosas del mundo. Ofreciéndole mi ayuda, pongo mi vida en peligro.

Hizo una pausa, pero inmediatamente continuó:

—¿Quiere que le diga la ceremonia que va conectada con el cáliz? ¿La visita que el chambelán del rey le hace cada diez años desde la Restauración? ¿O el hecho de que todas las posesiones de la familia pasarían a la Corona si se perdiese el cáliz? Podría decirle mucho más. De acuerdo con la costumbre familiar, se les declara mayores de edad a los veinticinco años, y el día del cumpleaños se monta una ceremonia en el ala este de Tower. Y usted tendrá que ir a Sanctuary en su momento.

Val hizo una inspiración profunda. Las últimas barreras de sus prejuicios habían caído. Había algo convincente en el cambio de modales de su interlocutor.

Míster Campion, que paseaba arriba y abajo de la habitación, se volvió.

—Lo mire como lo mire, creo que usted y su familia van a pasar una mala temporada. Por eso le he buscado. Ethel y sus amigos van detrás del cáliz. Y lo conseguirán, a menos que hagamos algo.

Durante unos minutos Val guardó Silencio, estudiando a su huésped con ojos críticos. Su color sé había oscurecido y los pesados músculos de su mandíbula, debajo de su hirsuta barba, estaban tensos.

—¡El cerdo! —exclamó repentinamente—. Si esto se sabe, será el fin de todos nosotros. Ya que está tan enterado, sabrá que esta reliquia es la razón de nuestra existencia. Somos una de las familias más antiguas de Inglaterra. A pesar de ello, no tomamos parte en política ni en ninguna otra cosa. Nos basta con la conservación del cáliz.

Se detuvo en seco y miró a su huésped con una repentina sospecha en sus ojos.

—¿Por qué se interesa en este asunto? —demandó.

Míster Campion dudó un instante.

—Es bastante difícil de explicar —respondió—. Soy, o más bien era, una especie de tío universal, un amigo de los policías y el secretario de un ladrón maestro. Lo que en realidad me ha excitado, supongo, es que solía meterme en las aventuras de los demás por una pequeña gratificación. Si es necesario, puedo darle referencias mías de Scotland Yard, no oficiales, naturalmente, o de casi cualquier autoridad que quiera mencionar. Pero el año pasado mi querido tío, su gracia el obispo de Devizes, el único de la familia que me ha apreciado, murió, dejándome los ahorros de una vida episcopal. Habiéndome convertido en capitalista, no podía continuar con mi negocio de cuatro peniques la hora; así que he tenido que buscar casos apropiados para poder demostrar mi inteligencia y mi apostura. Esa es una razón. En segundo lugar, y espero que respete mi confidencia, tengo un interés ligeramente personal en el asunto. Prácticamente, he sido arrojado del seno de mi familia. Por cierto, la mayor parte de ella vive bajo la impresión de que hace diez años me fui a las colonias...

Gyrth le detuvo.

—Cuando se quitó las gafas hace un momento —dijo— me recordó a...

La pálida cara de míster Campion enrojeció.

—¿Lo dejamos como está? —sugirió.

Por el rostro del joven pasó una ráfaga de comprensión. Se sirvió otra bebida.

—Espero que no le importe —añadió—, pero usted me ha dado una serie de sustos y me ha abierto un abismo a mis pies. Es un poco duro de tragar, ¿sabe? Sobre todo, por la forma que me ha traído aquí. ¿Cómo lo hizo?

—Conjurando —dijo míster Campion simple e insatisfactoriamente—. Todo está hecho con espejos. La verdad —continuó, recobrando su seriedad—, he estado buscándole durante quince días. Y cuando le encontré no pude acercarme, porque los

amigos de George también estaban interesados en usted, y no quise meter mi cabeza en un avispero. Como ve, me conocen mejor que yo a ellos.

—¿Me seguían? —preguntó Val—. ¿Por qué?

—Bien; querían echarle el guante, lo mismo que yo —respondió míster Campion—. Si un amigo mío le llega a tocar en el hombro y le lleva a un bar, uno de los amigos de George hubiese ido también. Tenía que llegar aquí voluntariamente, por lo menos en apariencia. Eso explica por qué mi gente dejó caer una serie de sobres debajo de sus narices para que usted picase. Lugg pasó las últimas quince noches en Kemp esperándole. A propósito, él es mi hombre. ¿Comprende? —añadió excusándose—. Primero tenía que llevarle a Clerkenwell para asegurarme de que todavía no se habían acercado a usted. Supongo que esperaban verle en una situación más desesperada antes de hacerle su proposición —hizo una pausa y miró a su visitante—. ¿Me comprende? —inquirió.

—Lo estoy intentando —respondió Gyrth—. Pero no veo por qué querían echarme mano. Heme aquí, sin un penique. No soy útil para nadie. Ni siquiera puedo conseguir un empleo.

—Ahí —dijo el joven pálido gravemente— es donde llegamos a un asunto personal y difícil. Usted está... apartado de su padre.

Val afirmó con la cabeza, y las obstinadas líneas de su boca se oscurecieron.

—Es verdad —dijo.

Míster Campion se inclinó para atender el fuego.

—Mi querido joven —prosiguió—, como le he dicho, la práctica de esos coleccionistas es emplear los agentes más adecuados para el trabajo que tienen entre manos. Y aunque para cualquiera que le conociese podía ser perfectamente obvio que las probabilidades de comprar sus servicios eran tantas como las de que yo aceptase un trabajo de alfarero, el pez gordo que está haciendo este trabajo no piensa así. Algunas personas creen que cuando uno está hambriento es capaz de vender cualquier cosa.

Val montó en cólera. Su huésped esperó hasta que pasó el paroxismo y luego habló suavemente.

—Exactamente —dijo—. Pero así se explica, ¿no?

Val afirmó con la cabeza.

—¿Y el “camino más largo”? —preguntó.

—Una forma de saludo entre los amigos de George.

Val suspiró.

—Es increíble —dijo—. Me pongo en sus manos, si le parece bien. ¿Qué va a hacer? ¿Llamar a la Policía?

Campion se dejó caer en una silla, al lado de su visitante.

—Me gustaría poder hacerlo —manifestó—. Pero ya ve nuestra dificultad. Si llamo a la Policía cuando no han robado nada, no se mostrarán muy simpáticos, y no van a estar dando vueltas indefinidamente. Una vez que el tesoro haya sido robado,

pasará con toda rapidez a manos de gente que es intocable. No sería agradable para la Policía. He trabajado en Scotland Yard. Uno de mis mejores amigos es un jefe en esa institución. Hará todo lo posible por ayudarnos, pero ya ve usted las dificultades de la situación.

Val se pasó la mano por su frente vendada.

—¿Y qué he de hacer? —preguntó.

Míster Campion reflexionó.

—Tiene que arreglar las cosas con su padre —rogó suavemente—. Supongo que lo comprenderá.

El joven sonrió ligeramente.

—Tiene gracia observar cómo un simple trozo de información puede hacer que una cosa por la que valía morir de hambre esta mañana, parezca ahora pequeña —observó—. Sabía que habría de acudir a Sanctuary en julio. El día dos cumpla los veinticinco años; pero pensaba venirme otra vez. No sé cómo le vamos a explicar esto a mi padre. Y —añadió sin expresión alguna— si esto es verdad, ¿qué hacemos? No podemos pelear contra un círculo así durante toda una vida. Es increíble; son demasiado fuertes.

—Ese —profirió Campion— es el punto donde se concentra todo el problema, en un precioso “¿qué debe hacer A?”. Tenemos una sola oportunidad, viejo; de otra forma no valdría la pena pelear y no haría falta que nos hubiésemos conocido. Las reglas de esta adquisitiva sociedad de amigos son pocas, pero estrictas. Aproximadamente, se basan en lo siguiente: todas las comisiones nombradas (para cosas incomprables, naturalmente) se tratan con igual deferencia; se escoge para el trabajo el mejor agente; se aporta dinero ilimitado, y ahí termina el trabajo de George y Ethel hasta que se obtiene el tesoro —hizo una pausa y miró fijamente al hombre sentado delante de él—. De todas formas, y esta es una de nuestras oportunidades, si el experto escogido para llevar a cabo la faena encuentra la muerte a manos del dueño del tesoro antes de conseguirlo, la sociedad desecha el asunto para siempre y busca en el álbum de otra familia.

—¿Y si le cogen...? —empezó Val, dudoso.

Míster Campion se encogió de hombros.

—Si le cogen, tiene que cargar con las consecuencias. ¿Quién diablos iba a creerle si gritaba? No; en ese caso la sociedad deja que reciba su castigo y emplea a cualquier otro. Eso es bastante comprensible. Solo se quedan fríos si lo quitan de en medio. No les importa el derramamiento de sangre —añadió—. Los ladrones, asesinos y salteadores de casas pueden morir como moscas. George y Ethel no tienen nada que ver con eso. Solo cuando su propio agente queda fuera de combate consideran que el asunto ha llegado al final, por decirlo así.

—¿Quién es el agente para apoderarse del cáliz? —preguntó Gyrth abruptamente.

Los pálidos ojos de míster Campion estaban preocupados detrás de las pesadas gafas.

—Esa es la dificultad —recalcó—. No lo sé. Así, pues, ya ve en qué lío estamos metidos.

Gyrth se levantó y miró a Campion con horror.

—En consecuencia, ¿lo que usted quiere decir es que si queremos proteger la única cosa que es preciosa para mí y para mi familia, lo que para mí está por encima de todo, debemos encontrar al hombre que ha empleado esta sociedad y matarlo?

Míster Campion observó a su visitante con la mayor gravedad.

—Digamos... “disponer de él” —sugirió suavemente.

CAPÍTULO 4

UNA OJEADA AL CONDADO

— **L**a última vez que pasé por aquí —dijo míster Lugg sepulcralmente desde la trasera del coche— fue en una furgoneta de la Policía. Lo recuerdo porque estuve a la sombra tres meses. La broma fue para Beak. Sucedió que yo no era el hombre que buscaba, y esa coartada valió de algo, puedo decirlo.

Campion, que conducía, habló sin volverse.

—Desearía que cerrases la boca —sugirió—. Puede que vayamos a una casa donde tengan verdaderos criados. Tendrás que comportarte.

—Criados —repitió míster Lugg indignado—. Estoy al servicio de un caballero, y déjeme decirle que no gasto broma. Míster Gyrth sabe quién soy. Se lo he contado esta mañana, cuando le afeitaba.

Val, sentado al lado de Campion, rió entre dientes.

—Lugg y Branch, mi viejo mayordomo, se llevarán bien —observó—. Branch tuvo una juventud bastante salvaje, creo, aunque su familia nos ha servido durante años.

—Por casualidad, ¿su otro nombre no es Roger? —la voz de míster Lugg denotaba un suave interés—. ¿Es un tipo delgado, con nariz ganchuda, que habla con un desagradable acento provinciano?

—Eso es —Val se volvió en su asiento con divertida sorpresa—. ¿Le conoce?

Lugg se sorbió los mocos y afirmó con la cabeza.

—Solíamos llamarle el príncipe de Parkhurst; lo recuerdo muy bien —dijo, abandonando la conversación.

Val se dirigió a Campion.

—Ustedes hacen una pareja fantástica —comentó.

—En absoluto —replicó el pálido joven que conducía—. Desde que aprendimos a hablar francés, podemos codearnos con cualquiera sin sentirnos incómodos. Deberían editar las memorias de Lugg. Sé que las ha escrito.

Val rió, y la conversación languideció varios minutos. Iban por la calle Cochester, unas dieciséis horas después que Gyrth entrase en el piso de Campion, junto a Piccadilly. Oponiendo un poco de resistencia, había dejado que le equipasen y le ayudase el inapreciable Lugg, y ahora presentaba un aspecto bastante distinto a la persona andrajosa que llegó al piso. Después de la primera entrevista con el extraordinario joven, se había puesto en sus manos incondicionalmente.

Su partida de Londres no había estado exenta de emociones. Le habían sacado del

piso por un ascensor de servicio a un restaurante, en Regent Street, y de allí le introdujeron en un Bentley que partió a una velocidad pasmosa. No cabía duda que, a menos que su huésped fuese un completo lunático, había que enfrentarse con un peligro genuino.

La suave voz de míster Campion cortó sus pensamientos.

—Sin parecer indebidamente curioso —aventuró—, quisiera saber si anticipa serias dificultades en hacer las paces con su padre. En este momento, me parece un punto muy importante.

El joven movió la cabeza.

—No lo creo —respondió—. Ha sido mi cabezonería lo que me ha impedido ir hasta ahora... —cortó en seco, pareciendo no tener ganas de terminar la frase.

Míster Campion abrió la boca, sin duda para hacer alguna observación, cuando fue interrumpido por el incorregible Lugg.

—Si es asunto de mujeres, puede decírselo. Él también ha estado desilusionado.

Míster Campion permaneció impávido, sin expresión. Iban por una de las estrechísimas carreteras de un pueblo, y aceleró la marcha enfrente de una posada estilo Tudor.

—El míster Campion interno protesta —dijo—. Debemos comer. Desaparece, Lugg.

—Bueno —dijo míster Lugg.

Se daba cuenta de su coladura y había adoptado cierto aire de desafío. Luego continuó:

—Mientras ustedes hacen el tonto con “la merienda de viaje”, yo iré a tomar algo al bar.

Salió del coche, abriéndole la portezuela a Campion, pero sin molestarse en sostenérsela abierta. Su amo le miró alegremente.

—Bufón —dijo—. Eso es lo malo de Lugg. Siempre tiene el valor de sus convicciones previas. Era uno de los ladrones de más porvenir, ¿sabe? Entremos a ver qué tiene que ofrecernos la casa.

Val siguió a la esbelta figura, bajando dos escalones para entrar en el comedor de suelo de ladrillo. Las talladas viguetas de nogal que sostenían el techo estaban ennegrecidas y la chimenea que había al fondo de la habitación era una masa de perros y asadores herrumbrosos, en una profusión que hubiese sorprendido a sus originales dueños.

—Esto parece un buen lugar para ramonear —observó míster Campion, indicando una mesa en un reservado, a alguna distancia del resto de la gente.

Al sentarse, Val miró en derredor un poco aprensivo. No estaba ansioso de encontrar viejos amigos. Míster Campion también hizo lo mismo, aunque por distintas razones; pero la gente que todavía comía estaba sumergida en sus cosas; personas bovinas más interesadas en *The East Anglian* y su comida que en sus vecinos.

Míster Campion frunció el ceño.

—Si por lo menos supiera —comentó— a quién han escogido para este trabajo...

Val se inclinó sobre la mesa.

—Cualquier tipo dudoso en el vecindario sería sospechoso hasta cierto punto —murmuró—. Los nativos no son aficionados a dejarse cazar.

Campion no sonrió.

—Lo sé —dijo—. Y eso lo empeora. Me temo que nuestros amigos nos hagan el honor de escoger un extraño para hacer el trabajo. Seguramente será un talento aficionado, y eso, normalmente, es ilógico, así que uno no sabe nunca qué pensar. Oiga, Val —continuó, bajando la voz—, es una pregunta personal: ¿es su tía Diana... una... como la esposa del César? Quiero decir si no podrían acercarse a ella con halagos.

Val frunció el ceño.

—Mi tía Diana —expuso suavemente— se trata a sí misma como una especie de virgen vestal. Ha vivido en Cup House..., eso está en la propiedad, ¿sabe?... desde que murió mi tío Lionel, y desde que mi padre enviudó tomó como cosa suya el mando. Creo que Penny lo pasa muy mal con ella.

—¿Penny? —preguntó míster Campion.

—Mi hermana Penélope —explicó Val—. Una de las mejores.

Míster Campion tomó nota mentalmente.

—Volviendo, a su tía —continuó—, siento insistir en esto, pero ¿está un poco... chalada?

Val sonrió.

—No oficialmente —respondió—. Pero es una tonta, bastante engreída, y se imagina que tiene corazón; y ha vuelto a recordar lo de “camarera del Cáliz”. Hasta que llegó ella, eso se había dejado un poquito de lado. Lo buscó en el archivo e insistió en sus derechos. Es una persona de gran imaginación, y mi padre la deja hacer, creo, para tenerla quieta.

Míster Campion parecía dudar.

—¿Qué es exactamente eso de “camarera del Cáliz”? No lo he oído nunca.

El joven reflexionó.

—Bueno; es bastante sencillo —respondió al fin—. Según se dice, en la Edad Media, cuando los hombres estaban guerreando, la hija mayor de la casa debía permanecer soltera, encerrarse en Cup House y tener cuidado de la reliquia. Naturalmente, esta costumbre murió cuando los tiempos se volvieron más pacíficos, y esa parte del asunto fue abolida hasta que tía Diana lo sacó a relucir cuando se quedó viuda. Se adjudicó el título completo. Mi padre estaba enfadado, claro; pero no hay quien detenga a una mujer así.

—No —admitió míster Campion—. ¿Alguna otra peculiaridad?

—Ahora le ha entrado la casi mística manía del arte; por lo menos, era así antes de marcharme de casa —continuó Val—. Lleva ropa rara y por las noches sale a

pasear, comunicándose con las estrellas y espantando la caza. Es bastante inofensiva, pero tonta. Supongo que si alguien le hiciese una sugerencia poco clara, gritaría por catorce y lo dejaría en el sitio.

Un camarero decrepito les trajo el inevitable rosbif frío, y se retiró.

Val parecía dispuesto a hacer más confidencias.

—No espero tener dificultades con mi padre —repitió—. Usted sabe por qué me marché, ¿verdad?

Míster Campion pareció más ausente que de costumbre.

—No —dijo—. Se metió en un lío en Cambridge, ¿no es cierto?

—Me casé en Cambridge —explicó Val amargamente—. El cuento de siempre, ¿sabe? Ella era terriblemente atractiva, un parásito universitario. Hay un montón de ellas, supongo. Le telefoneé la noticia a mi padre. Se enfureció y me retiró la pensión, así que... —se encogió de hombros— ella regresó a Cambridge.

Hizo una pequeña pausa y añadió torpemente:

—No le molesta que le cuente todo esto, ¿verdad? Como ya está metido en el asunto, creo que se lo debo contar todo. Bien; regresé a Sanctuary, y Hepplewhite, el abogado de mi padre, estaba arreglando los papeles para la separación, cuando recibí una carta de ella. Estaba enferma y en un sitio horrible de Londres. Papá se enfadó, pero fui y la cuidé, vendiendo mi piso y todo lo demás, hasta que murió. Entonces tuvimos una asquerosa discusión, y ya no regresé nunca. Hepplewhite intentó convencerme varias veces, pero nunca quise ver a mi padre. Me temo que es una historia bastante desesperada, pero así puede hacerse una idea de lo que sucedió. Parece que las mujeres siempre enredan las cosas —añadió, una pizca pagado de sí mismo.

Míster Campion lo consideró.

—¡Oh, no lo sé! —dijo, y guardó silencio.

Habían estado tan enfrascados en esta conversación, que no se dieron cuenta de cierta conmoción producida al fondo del comedor al entrar una mujer y saludar a varias personas conocidas mientras se dirigía hacia su mesa. Cuando su estridente voz ahogó la conversación de los dos jóvenes del rincón, la observaron.

Era de un tipo bastante corriente entre los propietarios de tierras, aunque, por fortuna, raro en otros sitios. Muy pagada de sí misma, su aspecto era ligeramente masculino, de anchos hombros y caderas estrechas. Llevaba el cabello corto, casi oculto bajo el hombruno fieltro, y un bien cortado traje sastre.

Se las arregló para que su entrada fuese sonora y se sentó de forma que les daba la cara. Su rostro era agradable; sin embargo, el calificativo de “hermoso” hubiera resultado absurdo. Era pálida, de nariz prominente y ojos azules muy juntos. Depositó en confuso montón sobre una silla situada ante ella sus guantes, pañuelo del cuello y papeles, y llamó a gritos al camarero.

Era un personaje, sin duda alguna, y en el comedor estaba patente esa vaga sensación de incomodidad que invariablemente se observa en una habitación llena de

gente cuando hay una personalidad. Val volvió el rostro rápidamente.

—¡Oh Señor! —exclamó.

Míster Campion alzó las cejas.

—¿Quién es esa señora tan grosera? —inquirió.

Val bajó la voz.

—Es mistress Dick Shannon —murmuró—. Seguramente habrá oído hablar de ella. Posee caballos de carreras en Heronhoe Heath. Es una de esas condenadas señoras con personalidad. Ella también me conoce. ¿Podría ponerse delante de mí, compañero? Tiene una vista de águila.

Al salir, míster Campion hizo lo que pudo; pero el camino hacia la puerta pasaba justo por delante de su mesa. Su protegido fue rápido, pero no lo suficiente.

—¡Val Gyrth!

El nombre fue gritado a través del comedor hasta que la víctima de mistress Dick Shannon sintió que lo debían de haber oído en todo el pueblo. La mujer se agarró a la manga de la chaqueta del joven y tiró de él con una muñeca de acero.

—Así que ha vuelto, ¿eh? No sabía que había hecho las paces con su padre —esta información también fue emitida a gritos—. ¿Cuándo fue eso?

Ignoró a Campion con la grosería típica de su tipo. Este estuvo dando vueltas un momento sin resultado alguno, y salió al pasillo.

Sin su protección, Val se encaró con su raptora y procuró disculparse. Se daba cuenta de que todo el comedor estaba pendiente de él, esperando su respuesta, Gyrth era un nombre muy conocido en aquella parte del país.

Mistress Dick parecía estar enterada y complacida de su audiencia.

—En este momento vengo de Tower —explicó—. Estoy intentando que su padre me venda dos añojos. ¿Qué va a hacer él con caballos de carreras? Le he dicho que no tiene sentido para adiestrarlos debidamente; y ese caballero que tiene es un estúpido. También vi a su tía —continuó, sin esperar comentario alguno—. Cada día está más tonta.

Val tragó saliva y murmuró unas cuantas palabras incoherentes de despedida. Mistress Dick le tomó la mano y la sacudió vigorosamente.

—Bien, adiós. Ya le veré. Puede decir a su padre que voy a conseguir esos añojos aunque tenga que robarlos. Él no es capaz de adiestrarlos.

El joven sonrió correcto y un poco nerviosamente, y se retiró.

—He oído que ha muerto su mujer; lo siento —voceó mistress Dick para que lo oyese todo el mundo.

Val puso pies en polvorosa.

Cuando se reunió con Campion en los escalones de entrada de la posada, su frente estaba perlada de sudor.

—Vámonos de aquí —rugió—. Odio a esa mujer.

—“La he visto pasar por mi lado”. El resto de la canción no es apropiado —observó míster Campion—. Ese es su coche, supongo —indicó un Frazer Nash rojo,

soberbio—. Hola, ahí viene Lugg, como si tuviera algo que contar.

En aquel momento salía Lugg del bar. Su lúgubre rostro parecía casi animado.

—Adentro —indicó secamente al llegar a ellos—. Tengo algo que decirles. Mientras ustedes han estado jugando a ser señores, yo he observado.

Hasta que no estuvieron acomodados en el Bentley no empezó a hablar. Al salir del pueblo se reclinó sobre el asiento delantero y respiró pesadamente en la oreja de míster Campion.

—¿A quién cree que he visto en el bar? —murmuró.

—A alguno de tus viejos amigos, sin duda —respondió su amo, esquivando una furgoneta de reparto que había cruzado por delante de un camión.

—Al pequeño Natty Johnson, uno de los más asquerosos y repugnantes matones que he conocido.

Míster Campion aguzó el oído.

—¿La banda del trébol? —preguntó—. ¿Estaba con alguien?

—A eso voy —se quejó Lugg—. Siempre está quitándome la palabra de la boca. Estaba parlotando con un individuo de pinta rara, con barba. Un artista. Le diré lo que me recordó: a aquel Bloomsbury que vino a mi piso y se sentó en el suelo y me envió por salmón y *chianti*. Estaban cacareando como gallinas roncadas, sentados solos en la ventana. Aunque tuviese tenido algodones en los oídos, hubiese oído lo que decían. De todas formas, eso no es lo importante. Ese tipo artista, y algunos otros como él, están invitados en Tower, Sanctuary. Lo sé, porque me lo ha dicho el *barman* cuando me estaba riendo de ellos. “Son amigos de lady Pethwick”, dijo, como si eso lo explicase todo.

Los pálidos ojos de míster Campion chispearon detrás de sus gafas.

—Eso es interesante —admitió—. Y ese hombre...

—Sí —le interrumpió Lugg—, estaba hablando confidencialmente con Natty Johnson. Conozco detectives de primera clase que le arrestarían por eso.

CAPÍTULO 5

PENNY: POR TUS NOTICIAS

El pueblo de Sanctuary estaba en la parte de Suffolk que el ferrocarril había ignorado y no habían descubierto los turistas. Por otra parte, el valle en pendiente que lo formaba, con la iglesia normanda en una parte y Tower en la otra, no estaba en la ruta directa a ningún sitio, así que nadie entraba por el camino bordeado de cerezos, que era la entrada sur, a menos que tuviese negocios en el pueblo. El lugar en sí era una de esas piezas preciosas que hicieron posible la pintura de Morland.

Dividiendo las dos colinas había un riachuelo; los *cottages*, la mayoría isabelinos puros, estaban diseminados a ambos lados de la calle, como corderos dormidos en un prado. La verdad es que la fragua tenía gran cantidad de gasolina guardada en una decrepita caldera que habían obtenido Dios sabe dónde, pero hasta eso tenía cualidad rústica. Era un pueblo de cuento de hadas habitado por duendes, que si no llevaban los típicos trajes rojos que tanto les gusta a los productores cinematográficos, por lo menos trepaban por los escalones de la iglesia los domingos por la mañana, con sombreros de copa de una antigüedad indiscutible.

The Three Drummers se alzaba extravagante en la colina del Norte, con su lado izquierdo su buen medio metro más bajo que el derecho. Estaba construido de nogal sin pulir, con ventanas enrejadas y tejado rojo. Tenía tres entradas: la principal, al corredor, al nivel de la calle; la de la izquierda, con cuatro escalones, al bar, y la de la derecha, bajando dos escalones.

Eran alrededor de las cinco de la tarde, y todo el pueblo estaba envuelto en una luz amarillenta, cuando el Bentley depositó a Val Gyrrh y a Campion a la puerta de The Three Drummers. Lugg llevó el coche al otro lado de la calle, al garaje de la fragua, y los dos jóvenes entraron en el pasillo fresco y oloroso. Val se alzó el cuello de la chaqueta.

—No quiero ser visto todavía —murmuró—; quiero charlar con Penny antes de ver al gobernador. Si puedo Hacerme con mistress Bullock, ella lo arreglará todo.

Anduvo de puntillas por el corredor y metió la cabeza por la puerta de la cocina, que estaba al final.

—¡Bully! —llamó suavemente.

Se oyó un grito y ruido de pucheros que caían al suelo de piedra. En seguida apareció la buena cocinera de la casa, una mujer grande y encarnada, con un vestido de algodón estampado y un gran delantal azul. Llevaba las mangas arrolladas por

encima de sus gruesos codos, y su cabello castaño flotaba en el aire. Tomó al joven por el brazo, conteniendo su impulso de abrazarle vigorosamente.

—Lo ha hecho —exclamó—. Lo sabía... estando tan próximo su cumpleaños, y por todo.

Tenía una voz sonora y profunda, con muy poco acento a pesar de su excitación.

—¿No quiere entrar en el bar, para que le vean..., señor? —añadió como final.

Val sacudió la cabeza.

—Bully —comentó—, las cosas no están completamente arregladas todavía. ¿Podría darle una habitación, aquí, a mi amigo, míster Campion, y encontrarnos algún sitio donde podamos hablar? Si es posible, quisiera que le llevaran una nota a Penny. ¿Cómo están todos en Tower? ¿Lo sabe?

Mistress Bullock, que había comprendido la urgencia de su petición, tuvo la discreción de no hacer preguntas. Desde sus primeros días como cocinera del establecimiento había sido la amiga fiel y confidente de los niños de Tower, y sus asuntos eran siempre de gran importancia para ella.

Condujo a sus visitantes al piso de arriba, a un dormitorio con un saloncito anexo.

—Escriba la nota, señor, mientras le subo algo —dijo abriendo la ventana para que entrase el perfumado aire del atardecer—. Usted ha preguntado por su familia, míster Val. Su padre está bien, pero parece preocupado. Y Penny... es encantadora. ¡Oh, puedo ver a su madre en ella: los mismos ojos, la misma forma de andar; todo lo mismo!

—¿Y la tía? —preguntó Val, curioso.

Mistress Bullock refunfuñó:

—Muy pronto oírás hablar de su tía —anunció—. ¡Haberse fotografiado con la cosa! —Bajó los ojos al pronunciar la última palabra, como si experimentase embarazo al referirse al cáliz.

—Ya he oído algo —expuso Val suavemente—. Aparte de eso, ¿está bien?

—Bastante bien, salvo que llena el lugar de locos nada buenos, que pasean por ahí con ropas raras como si fueran actores y actrices. Su mamá se removerá en la tumba, si no lo ha hecho ya.

—¿Los artistas? —preguntó Val.

—¿Artistas? No son artistas —replicó mistress Bullock—. Conozco a los artistas. Los he tenido aquí. Son gente tranquila y arreglada. Exigentes con sus artefactos. Yo no sé a qué ha echado mano su tía. No me extrañaría que fuera bolchevique. Allí encontrará papel y pluma, míster Val.

Con un crujido de faldas salió de la habitación.

Val se sentó a la cuadrada mesa colocada en el centro de la habitación y escribió unas cuantas palabras.

“Querida Penny: Estoy aquí, en The Drummers. ¿Puedes venir un

momento? Te quiere,

Val”.

Dobló el papel, lo metió en un sobre y salió a la escalera. La cabeza de mistress Bullock apareció al pie de la misma.

—Échemelo —susurró—; enviaré al pequeño George a que lo lleve.

Val regresó a donde estaba Champion.

—¿Qué hay de Lugg? —inquirió—. No hablará, ¿verdad?

Míster Champion pareció divertido.

—En su vida —aseguró—. Lugg está en el bar bebiendo cerveza con las orejas bien abiertas.

Val se fue a la ventana y miró por encima del jardín de la posada una masa de rosales y delfinios que se extendía a lo largo de las rojas paredes hasta el minúsculo riachuelo que cruzaba el pueblo.

—Parece imposible —dijo lentamente—. En su piso, la historia parecía increíble; pero aquí abajo, donde todo está exactamente igual que estuvo siempre, tan quieto, tan pacífico y a muchas millas de cualquier sitio, es absurda. Me alegro estar de vuelta.

Míster Champion no habló; en aquel momento se abrió la puerta y regresó mistress Bullock con una bandeja con dos jarras de cerveza, pan, mantequilla y un gran plato de galletas.

—Está hecho en casa —explicó confidencialmente—. Solo lo hago para nosotros. Lo que envía la compañía no es lo que solía ser. Se puede notar la mano del Gobierno. En cuanto llegue miss Penny la enviaré aquí.

Al pasar por el lado de Val, apoyó una mano gruesa y roja en su hombro, con un gesto inefablemente cariñoso, y salió cerrando la puerta tras ella.

—Por usted —brindó Champion alzando su jarra—. Hay algo tan de viejo inglés en usted, Val, que espero que en cualquier momento llegue un coro de rústicas ninfas llevando su árbol de mayo.

Repentinamente Val se volvió a su compañero, con una sombra de sospecha en sus ojos.

—Oiga, Champion —advirtió—, esto no es una estúpida acrobacia teatral para devolverme al seno de la familia, ¿verdad? ¿No estará empleado por Hepplewhite?

Míster Champion pareció herido.

—¡Oh, no! —negó—. Soy mi propio dueño. Ya no vendo mi alma al comercio..., por lo menos mientras dure el dinero de mi tío. Soy uno de esos fisgones capitalistas. Solamente se encuentra uno de cada cinco.

Val sonrió.

—Perdón —se disculpó—. Pero, pensándolo fríamente, supongo que usted sabe que el cáliz está en la capilla de Cup House, y es a prueba de ladrones. Ningún ladrón

corriente podría tocarlo.

—Ningún ladrón corriente lo haría —dijo míster Campion—. Parece que ha olvidado su diversión en el taxi. Supongo que sabe que marcó a ese individuo casi para toda la vida y que, sin embargo, ni siquiera ha mencionado a las autoridades del hospital que llevaba un pasajero. Si no intentan matarnos a uno de los dos cada dos días, usted creerá que no están tramando algo. Bébase la cerveza como un buen chico, y el viejo tío Al encontrará un buen ladrón para que le pegue una paliza. Todo lo que me preocupa es si ya han empezado a trabajar mientras nosotros estamos dando vueltas. Me gustaría que viniese su hermana. Tower está lejos, ¿verdad?

—Está en la cima de la colina —respondió Val—. No puede verla por los árboles. Calle un momento; creo que es ella.

En la escalera se oía una conversación femenina. Campion se fue hacia el dormitorio.

—Me estaré aquí hasta que la emocionante reunión haya terminado —dijo.

—No sea loco —amonestó Val.

No pudo continuar porque se abrió la puerta, y no una, sino dos jóvenes entraron con mistress Bullock.

A primera vista era fácil saber quién era la hermana de Val. Penélope Gyrth era alta como su hermano, con las mismas facciones bien marcadas y los mismos ojos azules. Su cabello, aún más rubio que el de Val, estaba peinado en dos gruesas trenzas alrededor de la cabeza. No llevaba sombrero, y su vestido blanco estaba estampado en escarlata. Sonrió a su hermano, revelando repentinamente lo joven que era.

—Hola, querido —saludó, y cruzando la habitación pasó la mano por el brazo de su hermano.

Era difícil de imaginar un saludo menos cariñoso, pero su alegría era obvia; irradiaba de su sonrisa y de sus ojos.

Val la besó, y luego miró a su acompañante. Penny explicó:

—Esta es Beth. Íbamos a Correos cuando nos encontramos a George y nos dio tu nota; así que la he traído conmigo. Beth, este es mi hermano; y Val, esta es Beth Cairey. ¡Oh, claro!, no has oído hablar de los Cairey, ¿verdad?

La chica era muy diferente de su compañera. Era *petite* y viva, con el cabello negro como el azabache, con raya en medio y un moño detrás. Sus ojos, castaños, eran redondos y llenos de alegría; toda ella reflejaba un irresistible aire de regocijo. Tenía pocos años más que la joven Penny, que acababa de entrar en los veinte.

Val presentó a míster Campion y se produjo una torpe pausa. Una rápida mirada de comprensión pasó entre él y la mayor de las jóvenes con un silencioso destello de reconocimiento, pero ninguno habló. Penny notó el embarazo general y lo resolvió charlando sin cesar.

—Olvidé que no conocías a Beth —se disculpó—. Vino en seguida de marcharte tú. Ella y su familia viven en Tye Hall. Son americanos, ¿sabes? Es maravilloso volver a tener vecinos, o lo sería si tía Di no se hubiese comportado

desagradablemente. Querido, si Beth y yo no nos hubiéramos portado como respetables seres humanos, hubiera habido una riña.

Beth rió.

—A lady Pethwick no le gustan los extraños —expuso, revelando una voz profunda y suave con una sombra de encantador acento de Nueva Inglaterra.

Penny estaba incómoda. Era evidente que intentaba comportarse como creía que preferiría su hermano, forzándose deliberadamente a sí misma a tomar el inesperado regreso de su hermano como la cosa más natural del mundo.

Campion la observaba curioso; sus pálidos ojos estaban llenos de interés tras las pesadas gafas. A pesar de su alegría y de la brillantez de su cutis, había trazas de esfuerzo en las líneas de sus ojos y se retorció las manos, nerviosa.

Val comprendió a su hermana y le agradeció lo que estaba haciendo. Se volvió a Beth, sonriendo.

—Tía Di siempre ha sido bastante difícil —afirmó—. Espero que mi padre haya contrarrestado sus estupideces.

Las dos chicas cambiaron una mirada.

—Padre —dijo Penny—, está enfadado por algo. Ya sabes lo estricto que es. Creo que está descontento con el profesor, el padre de Beth, por permitir un campamento gitano en Fox Hollow. Está bastante cerca del bosque, ¿sabes? Es muy propio de él sentirse herido por una cosa así y enfadarse sin intentar explicarlo.

Beth rió.

—De lo de los gitanos tiene la culpa mi madre —explicó—. Cree que son muy pintorescos. Pero esta mañana han desaparecido cuatro de sus gallinas; así que no me extrañaría que la preocupación de tu padre desapareciera muy pronto.

Val miró a una y otra jóvenes.

—Oye —preguntó después de una pausa—: ¿va todo bien?

Su hermana se puso escarlata; el color le subió por el cuello, hasta desaparecer en las raíces del cabello. Beth parecía incómoda. Penny dudó.

—Val, eres extraordinario —alabó—. Parece que hueles las cosas como un perro de caza. No importa hablar delante de Beth, porque es la única persona con quien podía hablar aquí, y lo sabe todo. En casa, está pasando algo terriblemente extraño.

Míster Campion se había desentendido por completo. Estaba sentado a la mesa con una expresión de completa sandez en su pálido rostro. Val estaba visiblemente sorprendido. Esta confirmación de sus temores era enteramente inesperada.

—¿Qué sucede? —demandó.

La siguiente observación de Penny no era nada tranquilizadora.

—Bien, es el cáliz —respondió. Había cierta desgana en la voz, como si le disgustara hablar de la reliquia—. Claro que es posible que yo sea ultrasensitiva, y no sé por qué te estoy molestando con todo esto en el momento que llegas, pero he estado terriblemente preocupada. Tú recuerdas que Cup House ha sido un lugar sagrado desde que éramos niños; quiero decir, que no es el lugar donde dejemos

entrar extraños, excepto en el día señalado, ¿verdad? Bien; últimamente, parece que tía Diana se ha vuelto loca del todo. Siempre ha sido indiscreta sobre el asunto, claro; pero ahora... Bueno —hizo una inspiración profunda y miró a su hermano, casi con miedo—: se ha fotografiado con él. Supongo que eso es lo que te ha traído a casa. Papá casi tuvo una apoplejía, pero ella le intimidó.

Al no responder Val, prosiguió:

—Aunque no es eso lo peor. Cuando estuvo en Londres la última vez, recogió el grupo más repugnante, una especie de semiartistas de una nueva religión. La han convertido en una especie de alta sacerdotisa y van por ahí cantando y haciendo ejercicios raros, con túnicas blancas y sandalias. Los hombres, también. Es repugnante. Los deja entrar a ver el cáliz. Y un hombre le está haciendo un dibujo perfectamente asqueroso, sosteniéndolo.

Val estaba sorprendido.

—¿Y papá? —preguntó.

Penny se encogió de hombros.

—No se le puede sacar nada —repuso—. Desde que tú te fuiste, parece haberse encerrado en su concha y está más retraído que nunca. Hay algo que le preocupa. La mayoría de las comidas las hace en sus habitaciones. Casi nunca le vemos. Y, Val —bajó la voz—, la noche pasada había una luz en el ala este.

El joven alzó las cejas en silenciosa pregunta, y sacudió la cabeza.

Val tomó su chaqueta.

—Mira —decidió—, iré contigo si me puedes meter en la casa sin que me vean los visitantes. —Se volvió a Champion—. Aquí estará bien, ¿verdad? —preguntó—. Por la mañana vendré a buscarle. Será mejor que nos adaptemos a los planes originales.

Míster Champion afirmó con la cabeza vigorosamente.

—Debo de hacer que Lugg se instruya para entrar en una sociedad educada —observó alegre.

Al decirles adiós a los tres, en la escalera, descubrió una mirada de hostil curiosidad dirigida a él.

Cuando quedó solo cerró la puerta cuidadosamente y se sentó a la mesa; quitóse las gafas y sacó dos objetos de su maleta: una trinchera de goma de mal aspecto y un revólver Colt. Del bolsillo de la cadera sacó otra arma exactamente igual, aunque todo el peligro de esta consistía en disparar agua. Estudió las dos armas con gravedad.

Finalmente suspiró, volvió el juguete a la maleta y se guardó el revólver en el bolsillo.

CAPÍTULO 6

ESTALLA LA TORMENTA

— ¿Qué, cree que está haciendo?
Por la rendija de la puerta apareció el escandalizado rostro de míster Lugg.

—Métete en tus asuntos —dijo Campion, sin levantar la vista—. Y a propósito, llámame “señor”.

—Supongo que ha sido armado caballero —observó míster Lugg, entrando en el cuarto y cerrando la puerta tras él—. Me alegro que se haya largado ese tipo. Estoy harto de *snoobs*. En cuanto le he visto por la calle con su harén, he venido a ver qué había..., señor.

Míster Campion se puso las gafas.

—Eres una desgracia —dijo—. Antes de mañana por la mañana has de aprender a ser un ayuda de cámara, sea como sea. No sé si te das cuenta de que eres una desventaja social.

—Venga, nada de esconderse detrás de conversación de colegio de pago —dijo míster Lugg, poniendo una pesada mano sobre la mesa—. Enséñeme lo que tiene en el bolsillo.

Míster Campion metió la mano en el bolsillo de la cadera y, obedientemente, sacó el revólver.

—Me lo imaginaba —míster Lugg examinó el Colt cuidadosamente y se lo devolvió a su amo con evidente contento—. Usted sabe que está metido en algo. Está tan nervioso como un gato. Yo también estoy preparado, a mi manera —se metió la mano en el bolsillo y extrajo una cachiporra con el mango considerablemente desgastado—. No me pescarán llevando un revólver. No me van a hacer bailar en un pie por un vaso cualquiera; además, no soy ningún caballero. No sé qué se propone, fanfarroneando con el dinero que le dejó su tío. Si sigue tan blando de corazón que toma empleos peligrosos por caridad, nos veremos los dos cobrando por meses.

Guardó silencio un momento; luego, se inclinó hacia adelante. Sus modales habían cambiado por completo y en sus ojillos negros había una seriedad desacostumbrada.

—Señor —dijo con profunda seriedad—. Dejémoslo.

—Mi querido muchacho —respondió míster Campion, con afable tontería—. Yo me metí en el agua y ahora no tengo más remedio que nadar. Y tú, mi preciosidad, tienes que seguirme mansamente. Es difícil, lo admito. Gyrth es un sujeto encantador,

pero todavía no sabemos contra quién estamos jugando. Después de todo, no puedes esperar que comprenda el significado de la *Société Anonyme* a la primera. ¿Estás seguro de que era Natty Johnson?

—¿Por quién me toma? ¿Por un detective privado? —preguntó míster Lugg, con desdén—. Claro que le he *guipado*. Tan enano y tan birria como siempre. No me gusta.

Miró en derredor casi nerviosamente y se acercó un paso más.

—Hay algo anormal en este asunto —susurró—. Estaba escuchando ahí abajo en el bar y entró un tipo viejo con un cuento horrible e increíble. ¿Sabe que ahí arriba tienen un monstruo de dos cabezas?

—¿Dónde? —preguntó míster Campion, muy sorprendido.

—Arriba, en Tower, donde tenemos que ir a hacer el trabajo. Yo no pienso mezclarme con lo sobrenatural, se lo aviso.

Campion observó a su fiel servidor con interés.

—Me gusta tu cuento —dijo—. Pero te han estado tomando el pelo.

—Muy bien, listo —dijo míster Lugg, irritado—. Pero le advierto que es un hecho. En el ala este tienen un cuarto secreto que contiene algún asqueroso secreto de familia. Hay una ventana, pero no tiene puerta, y cuando el hijo de la casa cumple los veinticinco años, el padre le lleva a ver esa cosa horrible, y de entonces en adelante ya no es el mismo. Como el rey que se comió el caracol marino. Por eso no los declaran mayores de edad hasta que tienen la suficiente para soportar el golpe —hizo una pausa dramática y añadió, como para confirmar sus palabras—: El tipo que me lo ha contado estaba un poco chispa y los otros intentaban hacerle callar. Podía verse que era verdad por lo asustados que estaban. Puede ser un monstruo..., algo que hay que alimentar con una bomba.

—Lugg, siéntate.

El tono con que fueron dichas estas palabras era bastante extraño en míster Campion. Muy sorprendido, el hombre grande le obedeció.

—Ahora escucha —dijo su amo—; tienes que olvidar todo eso, Lugg. Ya que sabes tanto, será mejor que oigas la verdad. La familia Gyrth era poderosa cuando tú todavía ibas saltando de rama en rama. Y en Tower hay, según creo, un cuarto que no tiene entrada visible. La historia de introducir al hijo de la casa en el cuarto al cumplir los veinticinco años no tiene nada de misterioso. Es una ceremonia semirreligiosa de la familia; pero que se te meta esto en la cabeza: no tiene nada que ver con nosotros. Sea cual fuere el secreto de los Gyrth, solo les interesa a ellos, y si lo refieres, aunque sea al más humilde de los sirvientes de la casa, habrás hecho una estupidez y no querré tenerte ni a diez millas de mí.

—Tiene razón, gobernador. Tiene razón —míster Lugg intentaba excusarse un poquito nervioso—. Me alegro que me lo haya dicho —añadió—. Ese tipo me ha asustado un poco. De todas formas, hay varias cosas que no van bien aquí. Por ejemplo, al cruzar al garaje, una mujer sacó la cabeza por la puerta de esa tienda de

aquí al lado. No hizo más que echarme una mirada. Era calva; no un poquito encima de la cabeza, ¿sabe?, sino completamente. He preguntado quién era, y como una pandilla de gallinas me han salido con un cuento de brujería y maldiciones. Hay demasiadas habladorías en este lugar. No creo en ello, pero no me gusta. Hay un bosque encantado, y una caravana de gitanos está viviendo en un agujero. Vámonos a casa.

Míster Campion dirigió una mirada de lechuza a su ayudante.

—Bien; a tu manera has estado divirtiéndote —observó—. ¿Estás seguro de que tu locuaz amigo no era un guía de Cook vendiéndote información rural de Inglaterra? ¿Cuánta cerveza te ha costado recoger toda esa información?

—Ya lo verá cuando le presente la cuenta de mis gastos —respondió descaradamente míster Lugg—. ¿Qué vamos a hacer esta noche? ¿Darnos una vuelta por ahí o quedarnos aquí?

—No vamos a dejarnos ver —contestó míster Campion—. Te he comprado un libro de *Etiqueta para sirvientes de categoría*. No te hará daño estudiarlo. Tú te estás aquí y haces tus deberes.

—¡Porras! —gruñó míster Lugg—. Voy a deshacer sus maletas. Bueno; un comienzo tranquilo significa un final rápido. Encima de su tumba le haré construir un monumento. Su imagen, de tamaño natural, vestido como un ángel, con gafas de aro de oro.

Se retiró. Míster Campion se acercó a la ventana y miró por encima del jardín en sombras, todavía perfumado. No había nada más hermoso, más pacífico ni más benigno. Más allá, a través de los campos, había empezado a cantar un ruiseñor, haciendo burla a todos los pájaros del día. Del bar de abajo flotaban hasta él fragmentos de la estridente conversación en el dialecto de Suffolk, mezclado con risas broncas.

A pesar de todo, míster Campion no se hallaba tranquilo. Sus pálidos ojos, tras las gafas, estaban preocupados, y varias veces un escalofrío recorrió su espalda. Se sentía incómodo a cada paso. Las fuerzas se movían y no tenía poder para detenerlas; fuerzas tanto más terribles por desconocidas. Eran enemigos que no podía reconocer.

El recuerdo de Val y de las dos chicas sonriendo en el claro y antiguo cuarto le ponían enfermo. Había, como dijo Lugg, algo anormal en todo aquel asunto, algo más que peligro corriente: ¡y los tres jóvenes eran tan jóvenes, tan ignorantes y encantadores! Su pensamiento voló al cuarto secreto, pero lo apartó rápidamente. No podía tener significado en el asunto que llevaba entre manos; de lo contrario, se lo hubiesen notificado.

Cerró la ventana y fue hacia la mesa, donde le esperaba una inmejorable cena preparada por mistress Bullock. Comió distraído, deteniéndose a cada momento para escuchar los suaves ruidos del campo.

Pero hasta la mañana siguiente, cuando yacía sobre el colchón de plumas, bajo un edredón de ganchillo de precioso dibujo, no estalló la tormenta.

Le despertó una fuerte llamada a su puerta y se alzó sobre un codo para ver a mistress Bullock, roja y aterrorizada.

—¡Oh, señor! —exclamó—; como es amigo de Val, creo que debería ir a Tower inmediatamente. Se trata de lady Pethwick, señor, la tía de míster Val. La han encontrado esta mañana, señor..., muerta.

CAPÍTULO 7

MUERTE EN LA CASA

A pesar de todo, Tower, en Sanctuary, se las arreglaba para parecer preciosa. Se alzaba en la cima de la colina, casi oculta por enormes robles y cedros, rodeada en todas direcciones por media milla de parque. Era una masa de reliquias, excelentes ejemplos de casi todos los períodos de arquitectura inglesa. Su centro era Tudor, con la fachada georgiana; el ala oeste era Queen Arme, pero la parte más antigua, y sin duda la más importante, era el ala este, de la que la casa tomaba su nombre. Esta consistía en un gran cúmulo de vieja piedra sajona y ladrillo romano, de forma circular, terminado en una torrecilla de sus buenos dieciocho metros por encima del resto del edificio. Los muros, enormemente gruesos, estaban decorados en la parte alta con piedra mucho más moderna, tachonada de ventanillas; tras una de ellas se decía que estaba el cuarto secreto que no tenía puerta.

A pesar del conglomerado de épocas, había algo particularmente agradable y hasta majestuoso. Para empezar, su tamaño era prodigioso, hasta para una mansión en el campo. Cada período la había agrandado.

Los ligeros signos de negligencia, debidos a un repentino encarecimiento de la mano de obra, combinado con un gravoso impuesto sobre la tierra, solamente habían tenido éxito en suavizar las pretensiones de la posesión, y en la bruma de la mañana parecía amable e invitadora, a pesar del hecho de que el venerable coche del doctor estaba aparcado ante la cuadrada puerta principal, y las persianas permanecían bajadas en todas las ventanas de la fachada.

Val y Penny estaban en pie tras la ventana de un viejo cuarto del ala oeste. Había sido su cuarto de jugar cuando eran niños, y desde entonces lo consideraron como su propio dominio especial. En los anchos armarios aún había juguetes, y los sencillos y estropeados muebles eran acogedores.

La vista desde la ventana, medio oscurecida por las hojas de un enorme roble, llevaba hasta la ladera de la colina empinada y verde, por donde corría una carretera que se extendía hasta la línea del horizonte.

La escena era increíblemente hermosa, pero los jóvenes no le prestaban la menor atención. Penny estaba muy pálida. Desde la noche anterior, parecía haber envejecido unos cuantos años. Su sencillísimo vestido blanco realzaba la palidez de su rostro, y sus ojos parecían haberse agrandado y oscurecido. Val también estaba considerablemente agitado.

—Mira —explicó—, he enviado aviso a Campion para que venga, como

quedamos anoche. Fue el corazón de la tía, claro; pero es peliagudo el que haya ocurrido así. Anoche, durante la cena, pensé que estaba desagradablemente animada. Ya sé que no debería hablar así de ella —se excusó—; en realidad, es estúpido pretender que la queríamos.

Guardó silencio un momento; luego, continuó alicaído:

—El pueblo estará hirviendo, claro. Ser recogida así en Pharisees Clearing. ¿Para qué diablos iría dando vueltas por la noche?

Penny se estremeció y de pronto se cubrió el rostro con las manos.

—¡Oh Val! —exclamó—, ¿la has visto? Yo fui la primera en bajar al vestíbulo esta mañana cuando la trajeron Will y su hijo. Esa expresión de su cara... no la olvidaré nunca. Vio algo horrible, Val. Murió de miedo.

El muchacho puso sus brazos alrededor de ella y la sacudió casi rudamente.

—No pienses en ello —aconsejó—. Estaba enferma del corazón y murió, eso es todo. No tiene nada que ver con... con otra cosa.

Pero su tono no era convincente y no consiguió reconfortar a la muchacha, que se daba cuenta de que él hablaba tanto para asegurarse como para calmarla.

Sus nervios estaban tan tensos que un golpe en la puerta les hizo saltar violentamente. Entró, sin dilación, el doctor Cobden, el hombre que los había ayudado a venir al mundo, y cuya palabra había sido siempre de ley para ellos.

Era un caballero alto y afable, con el cabello muy corto y blanco e inmensas cejas del mismo color; llevaba un traje de *tweed* que se ajustaba a su redonda figura.

Avanzó a través del cuarto, con la mano extendida, exhalando un débil aroma a yodoformo.

—Val, muchacho, me alegro de verte —saludó—. No has podido venir en mejor momento. Últimamente tu padre y la propiedad te han necesitado ineludiblemente, pero nunca tanto como ahora —se volvió a Penny y palmoteó su mano con cariño—. Anímate, querida —dijo—. Ha sido un golpe muy fuerte, lo sé, pero no hay que espantarse. Me alegro de haberos encontrado solos. Quería charlar con vosotros. Vuestro padre, pobre hombre, no es de gran ayuda en momentos como este.

Hablaba vivamente, con una rectitud que habían aprendido a respetar. Val le disparó una mirada por debajo de sus pestañas.

—Supongo que habrá investigación, señor, ¿no?

El doctor Cobden sacó un par de lentes de pinza y empezó a limpiarlos contemplativamente con su enorme pañuelo blanco.

—No, Val. No creo que sea necesario —sentenció—. Soy el *coroner* de este distrito, ¿no lo sabes? Quizá si no hubiese estado atendiéndola tan a menudo últimamente, la hubiera creído necesaria; en realidad, no veo la necesidad de removerlo todo otra vez —hizo una pausa y los estudió solemnemente—. Siempre ha habido un peligro, claro. Cualquier susto podría haber agravado su regulación aórtica, ¿sabes? Pero la pobre era una criatura nerviosa, y nunca he visto una razón para asustarla.

—Pero, doctor, algo la asustó. Su rostro... —Penny no pudo contenerse. La cara del viejo adquirió un ligero tono más rojo.

—Querida —repuso—, la muerte muchas veces es fea. Siento que hayas tenido que ver a tu tía. Naturalmente —continuó con rapidez al ver la duda en sus ojos—, puede que *haya* recibido un susto, ¿sabes? Tal vez viera una lechuza o pisara un conejo. Le reprendí su estúpido pasear por la noche. Tu tía era una mujer muy original.

Tosió.

—Algunas veces —añadió— he creído que estaba tonta de remate. Todas esas bobadas semimísticas eran muy peligrosas en sus condiciones. Y ahí es donde llegamos al asunto que quería tratar con vosotros. No quiero molestar a vuestro padre. Le he persuadido de que tome las cosas con calma. Ha sido un gran golpe para él. Está en sus habitaciones y no quiero que se le moleste. Ahora, Val, deseo que toda esa pandilla que tu tía introdujo en la casa salga de aquí antes de mañana —hizo una pausa, y sus ojillos brillantes se encontraron con los interrogadores del joven—. No sé cuántos hay —continuó—, o quiénes son. Son algunos..., ¡hum...!, bohemios, según he oído. Han puesto nervioso a tu padre. No sé qué pensaba hacer tu tía llenando la casa de extraños.

Penny pareció un poco sorprendida.

—Solamente hay siete, y ahora están en Cup House —dijo—. No los vemos mucho. La tía se los guardaba para ella sola.

—¡Oh!, ya veo —el doctor parecía considerablemente aliviado—. Tu padre me había dado la sensación de que había todo un ejército de lunáticos acampados en algún sitio. Entonces no será tan difícil. No creo que quieran quedarse, ¿verdad?

El viejo se había animado considerablemente. Se veía con claridad que se había quitado un peso de encima.

—Hay una cosa más —continuó, más despacio de lo acostumbrado; era evidente que sopesaba las palabras antes de decirlas—. En cuanto al funeral, me gustaría..., ¡hum!, que fuese tranquilo, ¿sabéis? Cuánto menos ruido, mejor. No creo que haya ninguna necesidad de llenar la casa de visitas. Nada de últimas miradas y nada de toda esa basura morbosa. Siento ser tan franco —disculpóse, dirigiendo sus observaciones a Val—, pero en quien tenemos que pensar es en tu padre. Se acerca tu veinticinco cumpleaños, ¿sabes, pequeño?, y esa es una fecha muy penosa para ti y para él —hizo una pausa para que las palabras hicieran su efecto, y entonces añadió—: No hay ningún pariente que se pueda ofender, ¿verdad?

Penny lo pensó.

—Están los hermanos de tío Lionel —recordó, dudosa.

—¡Oh!, no hay necesidad de preocuparse de ellos. Escríbeles y olvídalos.

El doctor se libró de la familia del fallecido sir Lionel Pethwick con un gesto de la mano.

Penny puso la suya en su brazo, afectuosamente.

—Señor —agradeció—. Está intentando acallar todo por nosotros.

—¡Mi querida niña! —el viejo pareció escandalizado—. Nunca oí semejante tontería. No hay que callar. Ha sido una muerte perfectamente normal. Me limito a pensar en vuestro padre, como os he dicho. Vosotros, los jóvenes, estáis demasiado predispuestos a escuchar las supersticiones de los labradores. No hay nada de mirada de horror en un rostro muerto. Lo que es horripilante es la muerte misma. Un caso de muerte repentina, como esta, siempre es horrible. Voy a darte un sedante, Penny. Uno de los hombres puede venir conmigo a traértelo. Tómalo tres veces al día y vete pronto a la cama. También hablaré con Robertson, Val, al ir hacia Sudbury. Puedes dejármelo todo a mí. Arreglaré las cosas para que el funeral sea el miércoles. No me consideréis insensible, pero cuanto antes se termine con todas estas cosas, mejor. Vosotros sois gente joven y moderna. Estoy seguro de que me comprendéis. Ahora me voy —añadió, volviéndose rápidamente hacia la puerta—. No os molestéis en bajar conmigo. Antes de salir quiero decirle una palabra a Branch. Creo que ese viejo bribón es más capaz que todos vosotros. Adiós. Me daré una vuelta mañana. Adiós, querida Penny.

Cerró la puerta firmemente tras él y le oyeron marchar por el *parquet* del pasillo. Penny se volvió a su hermano, con ojos muy abiertos y asustados.

—Val, sospecha algo —se alarmó—. Todo esto de un funeral tranquilo... no es su forma de ser. ¿No recuerdas que mamá decía que en un funeral estaba tan orgulloso como si se sintiese responsable de todo? No me gusta cómo se han presentado las cosas. Pobre tía Di; era una espina, pero nunca pensé que terminaría todo tan rápido y de una forma tan horrible. Daría cualquier cosa por oírla contar de nuevo su reacción física de la puesta del sol en Mónaco.

Val estaba confundido.

—¿Quieres decir que no crees que fue un ataque al corazón? —preguntó.

—¡Oh!, bobadas —repuso Penny—. Claro que fue. Pero creo que el doctor siente, como yo, que debió de ver algo horrible en Pharisees Clearing. Por aquí alrededor hay algo que no comprendemos... Lo sé desde hace tiempo. Yo...

Una suave llamada a la puerta le hizo guardar silencio, y los dos se volvieron para ver un rostro pálido y medio oculto por enormes gafas, que los miraba desde el umbral.

—Entra el hombre sospechoso —dijo míster Campion, introduciendo el resto de su persona—. A propósito, abajo me he encontrado un irritado caballero que me ha dicho que hay un buen tren a las seis quince desde Hadleigh. Espero que no fuese su padre, pollos —a continuación añadió torpemente—. He oído en el pueblo que había ocurrido algo terrible.

Val se acercó a él.

—Mire, Campion —dijo—, todo es infernalmente misterioso y terrible. Dos paletos han traído a tía Di. La encontraron en un claro del bosque bastante cerca de aquí. Estaba muerta, y ellos insisten que tenía una expresión de absoluto terror en su

rostro; pero, naturalmente, sabemos que eso es imposible. Ese que acaba de ver era el doctor. Va a certificar la muerte, pero no puede remediar el pensar que no sería tan afable si no conociese a la familia tan bien. Mi padre se ha encerrado en la biblioteca, y el doctor dice que en cuanto podamos debemos deshacernos de la pandilla de tía Diana.

Hizo una pausa para respirar.

—¿Una expresión de horror? —preguntó míster Campion—. Ahí es donde salimos a flote. Siento muchísimo que esto haya sucedido, Gyrth. ¿Qué tal van las cosas con su padre?

—Oh, bien —el muchacho habló rápidamente—. Debía de haber vuelto antes. Tenía mis asuntos demasiado metidos en la cabeza. Creo que el viejo se preocupaba por mí. Le está muy agradecido a usted. Quería que enviase a buscarle anoche. Tuve que hacerle un informe de quién era usted... No le importa, ¿verdad? Parece que comprende la situación perfectamente. Con franqueza, quedé sorprendido de lo dispuesto que estaba a aceptar toda la historia.

Campion no contestó, pero sonrió afablemente al muchacho. Val parecía aliviado.

—Ahora será mejor que vaya y de modo cortés tire a patadas a toda esa pandilla de bohemios —añadió—. Supongo que no quiere entrevistarlos, Campion.

El joven del rostro agradable y majadero sacudió la cabeza.

—No —objetó—, creo que será mejor que no nos conozcamos. Solamente una cosa. Supongo que Branch hará sus equipajes.

—Sí, eso supongo —Val estaba casi impaciente.

—Bien —dijo Campion—. Asegúrese que los hace. A propósito, él y Lugg estaban teniendo una reunión de viejos amigos en el vestíbulo, cuando he subido —se volvió a la chica—. Me pregunto si mientras su hermano está dando prisa a los invitados querría acompañarme al claro, donde encontraron a lady Pethwick.

Penny le dirigió una mirada de sorpresa, pero la expresión de míster Campion era tan suave y boba como siempre.

—Naturalmente —respondió la muchacha.

—Tal vez podamos ir por un atajo, si existe —persistió míster Campion—. No quiero que se descubra mi mal gusto.

Val miró a su hermana y dudó.

—No sabemos el sitio exacto —se disculpó Val.

—Naturalmente —asintió Campion, y siguió a su guía saliendo de la habitación.

Bajaron por una escalera isabelina, pasaron por un corredor de piedra y salieron a la rosaeda. Al salir Campion parpadeando, la muchacha puso una mano sobre su brazo.

—Mire —observó—; desde aquí se ve Cup House.

Su acompañante siguió la dirección de su mirada y vio un edificio rectangular, que había estado completamente oculto desde el frente de la casa por la enorme ala del Este.

Estaba situada en un pequeño jardín propio y constaba de dos pisos contruidos de piedra de pedernal reforzado con roble; se advertía claramente que la planta era la capilla del Cáliz, mientras que la parte alta tenía varias ventanas que indicaban un juego de habitaciones.

Míster Campion observó la estructura.

—Supongo que los amigos de su tía estarán en la parte alta —dijo.

—¡Oh, sí! —repuso Penny rápidamente—. La capilla está cerrada.

Míster Campion dudó.

—No hay duda —aventuró— de que la reliquia en este momento está segura.

La joven le miró con sorpresa.

—Claro que lo está —replicó—. Me temo que toda esta historia de pintar a mi tía con el cáliz le ha dado una impresión errónea. Siempre ha habido dos criados allí durante las sesiones de pintura: Branch y otro, y la reliquia ha sido devuelta a su sitio, y las puertas cerradas con llave, después de cada sesión. Sobre la capilla hay tres habitaciones —continuó—, que antiguamente eran las habitaciones de la “camarera del Cáliz”. La tía tenía la habitación grande como una especie de estudio, pero las dos pequeñas son los dormitorios de los dos hombres que cuidan de este jardín y del edificio de la capilla. Hay una escalera exterior al primer piso.

—Ya —se dio por enterado míster Campion.

Anduvieron por un ancho camino de hierba hacia la entrada al final del jardín. Por algún tiempo fueron en silencio; después la joven habló casi abruptamente.

—Míster Campion —confesó—, anoche hice que Val me lo contase todo... Me refiero al peligro que corre el cáliz. Me tiene que dejar que le ayude. Verá que soy tan útil como él. Para empezar —añadió bajando la voz—, no tengo la sombra del cuarto sobre mí. Además —continuó con sonrisa torcida—, ahora soy la camarera del cáliz, ¿sabe? Tengo derecho a entrar en esto y puede contar conmigo.

La respuesta de míster Campion fue inesperada.

—Le tomo la palabra —dijo—. Ahora creo que será mejor que nos demos prisa.

Pasaron por la puerta del jardín y cruzaron el ancho campo al otro lado. Era un medio parque con una gran línea de árboles a la izquierda; muy pronto entraron por una puerta de hierro rodeando el bosque y tomaron un camino que llevaba al corazón del mismo.

—Pharisees Clearing —dijo Penny— está al otro lado de esto. Realmente es una franja de hierba que separa nuestro bosque de la propiedad de Tye Hall, donde vive Beth.

—Ya —comentó míster Campion—. ¿Y dónde está Fox Hollow?

Le lanzó una rápida mirada.

—¿Lo recuerda? Está más alto; al otro lado de su propiedad. Papá, realmente, tenía motivos para preocuparse, ¿sabe? El profesor Cairey no caza, así que no se puede esperar que lo comprenda. Y de todas formas, solo quiere preguntar. Papá es bastante bobo en eso.

—¿Profesor? —preguntó Campion pensativamente—. ¿De qué es, profesor?

—De arqueología —respondió Penny—. Pero ¿usted no cree...?

—Mi querida señorita —interrumpió míster Campion—, los árboles no me dejan ver el bosque. “Y en la noche, imaginando algún temor, qué fácil es que un arbusto parezca un oso”. Vea —añadió con repentina seriedad—; si su tía encontró la muerte por alguna maquinación, no solo me encontraré con el agua al cuello, sino que, para mayor escarnio, se me habrán olvidado en casa los flotadores —se detuvo y miró en derredor—. Supongo que este es un lugar excelente para los cazadores furtivos.

Penny sacudió la cabeza.

—No creo que haya un hombre, mujer o niño en todo Sanctuary que se acerquen a una milla de Pharisees Clearing después del anochecer —dijo. Dudó durante unos segundos como si no supiese si seguir o no—. Me llevo muy bien con la gente del campo —añadió repentinamente—, y, como es natural, oigo mucho de lo que corre entre ellos. Creen que este bosque está encantado..., no por un fantasma, sino por algo muchísimo peor. Que yo sepa, nadie lo ha visto; pero ya puede imaginarse lo que es la gente del campo.

—Creí que eso ya había muerto —repuso su acompañante—. Desaparecieron las lecheras y los rústicos ancianos de mi juventud. Ni siquiera se los puede ver en pinturas.

Penny sonrió ligeramente.

—Aquí estamos muy atrasados —observó—. Hasta tenemos nuestra bruja, la pobre mistress Munsey. Vive con su hijo en un pequeño gallinero bastante lejos del pueblo. Son dos retrasados mentales, ¿sabe?, los pobres. Pero contra ellos hay un mundo de prejuicios, y los dos tienen tan mal genio, que no se puede hacer nada por ellos. Sammy Munsey es el idiota del pueblo, pero la vieja es venenosa. Y por eso... —dudó—; seguramente creerá que soy una tonta por mencionar esto, pero maldijo a tía Di en la última luna llena, y anoche también era luna llena.

Enrojeció y miró furtivamente a su acompañante, cuyo mentecato rostro no demostraba más que un educado interés. Parecía absurdamente moderna con su traje de crepé de China, con los morenos brazos colgando a sus costados, y ciertamente era raro oírle hablar de la arcaica práctica de brujería como si creyese en ella.

—Ahora que lo he dicho, suena estúpido —observó—. Después de todo, puede que no sea verdad. Son solo murmuraciones.

Campion la observó inquisitivo.

—¿Ha maldecido mistress Munsey a alguien antes con tan buen resultado? —preguntó—. ¿Cómo levantó su negocio, por decirlo así?

La joven se encogió de hombros.

—En realidad no tengo idea —contestó—. Lo único que sé es que en mil seiscientos veinticuatro se quemó una buena cantidad de brujas en la capilla de la Virgen de la iglesia (este pueblo pudo escapar de Cromwell, ¿sabe?), y en la lista, nombre sí y nombre no era Munsey. En parte es eso, y, además, la pobre criatura está

completamente calva. En invierno está bien; lleva una especie de gorro; pero cuando hace calor se pasea sin nada en la cabeza. Tía Di siempre estaba intentando ser buena con ella, pero hacía las cosas de una forma que no servía más que para molestarla. ¿Cree que desvarió?

—Mi querida jovencita —dijo su acompañante juiciosamente—, hay muchas profesiones extrañas. Hay algo anormal en la brujería. Yo solía ser una especie de brujo, y una vez, durante un viaje a Oslo, intenté convertir en foca a un señor muy antipático. En realidad, la vulgar criatura cayó por la borda, y solamente pudieron izar una pequeña morsa; pero nunca estuve seguro de si lo conseguí o no. Tenían los mismos bigotes, pero eso era todo. Muchas veces me he preguntado si tuve éxito. Después de eso me dediqué a las piezas de aparatos de radio.

Penny lo observó con sorpresa, pero él parecía estar perfectamente serio. Para entonces estaban a medio camino a través del bosque. El lugar era de cuento de hadas, con arcos de fresco verde, con musgo en el suelo y un minúsculo riachuelo corriendo entre las raíces.

Señaló un lugar bañado por el sol al final del camino.

—Esa es la entrada de Pharisees Clearing —advirtió—. Pharisees quiere decir “hada”, ¿sabe?

Míster Campion movió la cabeza:

—Tenga cuidado como habla de las hadas en un bosque —observó—. Pueden pensar que no es respetuoso.

Continuaron caminando, y al fin llegaron al borde del claro. Era un vallecito, rodeado de altos árboles, que poseían, incluso a aquella luz de la mañana, un aspecto ligeramente siniestro.

La hierba era verde grisácea y había grandes piedras diseminadas; un lugar desnudo y desagradable, menos invitador aún después de la hermosura del parque.

La joven se detuvo, estremeciéndose.

—Fue aquí —dijo suavemente—. Por lo que pude entender a Will Tiffin, la tía yacía bastante cerca de esta salida, mirando hacia arriba con esa horrible expresión en su rostro.

Campion no se movió, estudiando la escena. Su pálida cara parecía más atontada que de costumbre. La joven suspiró hondo.

—Míster Campion —expuso—, tengo que informarle de algo. Hasta ahora no he dicho nada, pero creo que si no se lo cuento a alguien me volveré loca.

Estaba hablando impulsivamente; el calor subía a sus mejillas.

—Esta mañana temprano, Will Tiffin me ha contado, y le he hecho jurar que no se lo diría a nadie más, que cuando encontró a mi tía yacía de cara al cielo, ni retorcida ni doblada, como sucedería si hubiese estado en el lugar que cayó, sino tiesa y recta, con las manos cerradas y los ojos cerrados. No ve... —su voz tembló y se convirtió en un susurro—. Will dijo que parecía como si la hubiesen colocado como un cadáver.

CAPÍTULO 8

EL TOQUE PROFESIONAL

— **M**e hará un favor, míster Lugg, si deja de referirse a mí como número setecientos cinco. Sir Percival le hizo el honor a mi padre de olvidar mi pequeño desliz hace veinticinco años.

Míster Branch, una personilla dignificada, con corbata y chaqueta negra, hizo una pausa estudiando a su desastrado amigo como algo poco atractivo a sus ojos.

—No es bueno pensar en eso —añadió, olvidando su voz oficial y hablando con su natural acento de Suffolk.

Míster Lugg, resplandeciente, vestido de negro, sorbió por la nariz porfiadamente.

—Como usted quiera —accedió—. De todas formas, usted sacó aquello de la bolsa como si supiese algo.

Señaló con la cabeza hacia una pila de acuarelas y estudios a lápiz que había sobre un *bureau*. Los dos hombres estaban en uno de los dormitorios, situado en el frente de la mansión, de momento en desuso.

El hombrecillo los tocó nerviosamente.

—No estaré contento hasta que salgan de casa —dijo—. Mi trabajo normal no es hacer los equipajes. Si se armase jaleo, el ama de llaves se olería algo raro.

—No habrá jaleo. ¿Cuántas veces más tengo que decírselo? —míster Lugg estaba irritado—. Míster Gyrth y mi joven amo han dicho que ellos cargan con toda la responsabilidad. El estar aquí dándose la gran vida le ha vuelto blando, hijo mío.

Míster Branch miró al hombre grande que estaba enfrente de él.

—Su míster Campion —repuso—. No me extrañaría nada si su nombre empezase con K. Y, pensándolo bien, su nombre de pila debería ser Rudolph.

La gran boca de míster Lugg se abrió.

—¿Cómo se le ha ocurrido eso? —demandó.

Su amigo sacudió la cabeza.

—Un sirviente confidencial de la familia en una gran casa sabe las cosas por una especie de instinto —observó—. Los gustos de la familia, el comportamiento, pequeños trucos de costumbres, etcétera.

A pesar suyo, míster Lugg quedó impresionado.

—¿Cómo se ha enterado?

—Hace cosa de una hora —respondió Branch, precisando— fui a la habitación de míster Campion para ver si la criada había hecho su trabajo. Por casualidad vi su pijama. Es de seda con rayas moradas y comprado en Dodds. Esto no me dijo mucho

Pero entonces observé un trocito de franela, cosido en la tienda, a través de la espalda. Eso es una idea tonta, una idea de mujer. También creo que podría poner mi dedo sobre la mujer que hizo que Dodds lo hiciera. Una cosa así viene por costumbre. No lo haría una esposa. Tiene que ser una madre quien lo haga para que le dure toda una vida. Empecé a pensar, y recordé dónde lo había visto antes. Entonces, claro, lo supe. El dorado aristócrata que viene aquí algunas veces es el individuo apropiado para tener un hermano como su joven amo.

Calló un momento. Lugg estaba mortificado.

—Branch —protestó—, ¿quién cree que soy yo? ¿El doctor Watson?

Era evidente que el mayordomo no le entendía, y Lugg se echó a reír.

—Es usted muy listo, pero no tiene educación —añadió desdeñoso—. ¿De qué le sirve toda su sabiduría? ¿Para qué la utiliza? ¿Para la estafa?

Branch estaba sorprendido, y se lo manifestó. Después decidió explicarse.

—Cuando aún vivía la señora y solíamos dar fiestas —empezó—, también tenía que observar quién estaba en la casa. ¡Oh!, yo era muy útil a la señora. Casi dependía de mí. Cuando venía alguien, a la mañana siguiente, a la hora del desayuno, ella alzaba una ceja ligeramente, si había alguna duda; y si yo sabía que eran O. K., afirmaba con la cabeza.

—¿Sí? —preguntó míster Lugg, fascinado por esta parte de la vida de alta sociedad—. ¿Y si no estaba satisfecho?

—Entonces la ignoraba —repuso Branch majestuosamente.

Míster Lugg dio un silbido.

—Duro método para un individuo con parches en los pantalones —observó.

—¡Oh, no; usted no me comprende! —respondió Branch en tono vehemente—. Durante los últimos catorce años ha habido un par de calzoncillos con remiendos que venían con bastante regularidad. Puestos por la misma duquesa, que Dios bendiga. Puedo reconocerlos desde una legua; es una clase de punto cruzado que aprendió en Francia —sacudió la cabeza—. No; esta sabiduría mía es por instinto. No puedo explicarlo.

—Bien; ya que es usted tan listo, ¿qué hay de esta pandilla que se acaba de ir? —preguntó Lugg, ansioso de ver si del notable calificativo podría resultar algo práctico—. ¿Hay algo interesante aquí?

Branch continuaba desdeñoso.

—Farsantes —dijo—. Farsantes de baja estofa, eso es lo que eran. Bonitos equipajes comprados para esta ocasión. Algo que mostrar a los sirvientes. No todos los pares de piernas cubiertas por buenas medias dieron sus primeras patadas en Berkeley Square, puede creerme.

Míster Lugg, picado por esta exhibición de talento, estaba preparado para devolverle la pelota.

—Bien; como quiera que sea, aquí le devuelvo su reloj —dijo alargándole una gran patata dorada, y, cogiendo un gran montón de dibujos, salió del dormitorio.

Anduvo suavemente por el corredor y llamó a una puerta a mano izquierda. La voz de Penny le dio permiso para entrar, y se encontró en un saloncito perfectamente decorado en rojo y oro.

Míster Campion y la hija de la casa estaban en pie al lado de la ventana, ocultos al exterior por pesadas cortinas de damasco. El joven, que se había vuelto al entrar Lugg, alzó las cejas.

—Tengo los trabajos, señor —murmuró secamente, aunque el descolorido esplendor de la mansión y la belleza de Penélope infundía cierto respeto a su voz—. Son lo que usted pensaba.

—Bien —agradeció Campion—. Espera un momento, Lugg. Estoy mirando cómo nuestro joven huésped y tu amigo Branch están metiendo a los cerebros en un par de coches.

—¡Hum!...

Míster Lugg avanzó de puntillas y se quedó respirando fuerte por encima del hombro de su amo. Podía verse un grupo de gente extrañamente vestida rodeando un venerable Daimler y un Panhard todavía más anticuado —ambos pertenecían a la casa—, que estaban estacionados delante de la puerta principal.

Lugg susurró a su amo:

—Ese es el tipo que vi con Natty. Ese de la barba roja. De él viene todo esto.

Palmoteo la pila de papeles que tenía en su mano.

—¿Reconoces a algunos de los otros? —míster Campion habló en voz baja.

Míster Lugg permaneció silencioso un momento. Luego sorbió por la nariz, pesaroso.

—No puedo decirlo —declaró—. Me parecen conocidos. Tienen ese aspecto de “Dios nos hizo así y así es como nos quiere”.

Penny tocó el brazo de míster Campion.

—Albert —rogó—, ¿conoce a ese hombre de la barba roja?

Míster Campion se apartó de la ventana y se dirigió a la mesa situada en el centro del saloncito.

—Muy bien —respondió—. Es un antiguo empleado mío. Por eso me alegro tanto de que no me hayan visto. Su nombre de negocios, antes que le diese por el arte y se dejase barba, era Arthur Earle. Es un joyero copista, y uno de los mejores —se volvió a Penny y sonrió—. Cuando lady Ermyntrude le da a su compañero de baile el reloj del viejo Earl para no morir de hambre, el viejo Earl se despierta todas las mañanas gracias a una copia perfecta de nuestro Arthur. Lo mismo sucede con el dogal de rubíes de lady Maud y el collar que sir George le dio a la pequeña Eva en su veintiún cumpleaños. Todos son copias del original hechas por nuestro amigo Arthur. Arthur es uno de los muchachos que hacen que la sociedad sea lo que es hoy —tomó el montón de papeles de Lugg—. Esto supongo que es su trabajo. Ahora veremos.

En el camino se oyó el sonido de ruedas, y casi inmediatamente entró Val.

—Bien; ya se han ido —anunció—. ¡Hola! ¿Qué tiene ahí?

Míster Champion estaba muy ocupado extendiendo los dibujos.

—Una muestra de arte —respondió—. Cuando se den cuenta de que han perdido todo esto sabrán que no estamos completamente en la oscuridad; pero no podemos remediarlo.

Los dos hermanos se inclinaron impacientes. En conjunto había alrededor de una docena de dibujos, todos ellos retratos de lady Pathwick. El cáliz figuraba en todos los dibujos. En realidad, era el único objeto que el artista había intentado tratar con realismo, mientras que el dibujo de la señora era ultramoderno.

Míster Champion rió.

—A nuestro amigo no se le han escapado muchos detalles del tesoro —comentó—. Es un milagro que su tía no se diese cuenta de lo que perseguían. Miren; aquí está el cáliz por el lado derecho, del izquierdo, por arriba; hasta ha apuntado las medidas aquí. Y supongo que tiene una idea bastante acertada del peso. Eso es lo que yo llamo un trabajo concienzudo.

Val le interrogó con la mirada.

—No comprendo nada —manifestó.

—Mi querido amigo —dijo míster Champion—, nuestro amigo Arthur es un concienzudo trabajador, a pesar de su sombría reputación. Ha debido de ser un poquito actor, también, para engañar así a su tía. Estos son planos —con la mano señaló los dibujos encima de la mesa—. Yo diría que, dándole el material, nuestro Arthur podría sacar de esto una buena copia del cáliz.

—Pero si podían hacer una copia que nos engañase, ¿por qué no se la dan a su cliente mahometano? —preguntó Val.

Míster Champion se sintió ofendido.

—¿No tiene respeto por los sentimientos de los coleccionistas? —repuso—. Arthur no podría hacer nada que engañase a un experto.

—¿Así es que pensaba cambiarlo? —era Penny la que hablaba, con los ojos brillantes de rabia y las mejillas enrojecidas—. Para darles tiempo suficiente a sacarlo del país antes que nos enterásemos de nada. ¡Cerdos! ¡Oh los insufribles cerdos! ¡Cerdos en el sentido que le dan los franceses! ¿Por qué no telefona a la comisaría de Policía y hace que los arresten?

—No es conveniente —objetó míster Champion—. Ahora hemos inutilizado sus cañones de forma bastante efectiva. Y, después de todo, no sé qué les podríamos imputar. Él puede declarar que le hemos robado sus dibujos, lo que resultaría bastante molesto. Saldrían a relucir los antecedentes de Lugg y todos estaríamos metidos en el ajo. Además —continuó gravemente—, Arthur es una pieza pequeña del juego; tan pequeña como Natty Johnson. Eso es lo que me preocupa —añadió con desusada violencia—. Está todo lleno de pececillos, pero no hay ni una sola trucha. Y el pez gordo es el único que nos puede servir de algo. Me gustaría saber qué es lo que vio su tía anoche.

Recogió los dibujos y los rasgó limpiamente una y otra vez.

—Ahora puedes irte a jugar a las hogueras, Lugg —dijo, dándole los trozos.

El salón iba oscureciéndose y en cualquier momento sonaría el gong para la cena.

La pequeña reunión fue interrumpida por la entrada de Branch, que penetró sin ninguna ceremonia. Su normal serenidad había desaparecido completamente.

—Míster Val, señor —saltó—, ¿quiere salir al corredor? Hay un extraño mirando por la ventana de la capilla.

Con una suave exclamación, Val fue con el mayordomo al otro dormitorio, en el lado opuesto del corredor seguido por todos los demás. Por la ventana se podía ver perfectamente Cup House.

—¡Ahí! —señaló Branch, indicando el edificio.

Era casi de noche, pero pudieron ver la figura de un hombre balanceándose sobre un montón de piedras y mirando a través de una de las enrejadas ventanas de la capilla. Estaba oculto de las ventanas del piso bajo por varios arbustos, y aparentemente se creía a cubierto. Tenía una linterna en la mano, con la que intentaba penetrar las tinieblas del interior del edificio.

Cuando le estaban mirando, fascinados, el improvisado pedestal sobre el que estaba sumido el intruso se derrumbó bajo sus pies, haciéndole caer con un estruendo de piedras. Se levantó con rapidez y dirigió una mirada hacia la casa.

Incluso a aquella distancia las facciones eran visibles, revelando a un atractivo hombrecillo de setenta años con una barba a lo Van Dike y larga nariz.

Desapareció rápidamente, como una sombra, a través de la rosaleda.

Penny jadeó; ella y el mayordomo cambiaron una mirada. Cuando al fin habló, su voz temblaba violentamente.

—Branch —pudo emitir—, ese..., ese se parecía mucho al profesor Gardner Cairey.

Branch tosió.

—Con perdón, señorita. *Era él.*

CAPÍTULO 9

LA GROSELA CRIATURA

Si la gran impopularidad de lady Pethwick produjo en la casa una emoción más análoga al disgusto que a la pena por su muerte, el pueblo de Sanctuary hirvió de excitación con la noticia, y se contaban las cosas más extravagantes.

Míster Campion se paseaba por la vecindad de forma tranquila e ineficaz. Sus ojos seguían indiferentes tras sus gafas, pero sus oídos estaban alerta. En muy poco tiempo supo, y de muy buena tinta en cada caso, que lady Pethwick había sido *a)* asesinada por los gitanos; *b)* enfrentada con el diablo, que se había aparecido a la directa instigación de mistress Munsey, y *c)* de acuerdo con los más listos, había muerto a causa de la bebida, drogas o simple mal genio.

Hasta la ecuánime mistress Bullock se negaba a aceptar el veredicto del doctor.

Míster Campion se ausentó en la tarde del funeral; pasó el día y parte de la noche buscando y, finalmente, entrevistando a su viejo amigo Jacob Benwell y su madre, mistress Sarah, *mère* y *compère* de la tribu gitana de los Benwell, que había creído necesario salir de Fox Hollow la mañana que fue encontrada lady Pethwick en Pharisees Clearing.

Al día siguiente, por la tarde, después de la comida, a la que no compareció sir Percival, míster Campion estaba en el cuarto de juego, en pie al lado de la ventana, contemplando con atención la rosaleta, cuando entró Lugg con expresión de suave rabia en su rostro.

—Acaba de venir una visita —expuso—. Turistas a caballo. Al día siguiente del funeral..., ¿me comprende? No es lo más apropiado, me parece.

Este anuncio fue seguido, casi inmediatamente, por la entrada de Penny. Sus ojos brillaban oscuros y furiosos.

—Albert —dijo—, ¿ha visto alguna vez una cosa igual? Acaba de llegar mistress Shannon con dos extraños. Tiene el valor de decir que ha venido a darnos el pésame e incidentalmente a enseñarles el cáliz a sus amigos. Observamos la regla de abrir la capilla a los visitantes los jueves; es parte de la Roy al Charter. Pero esto es demasiado, ¿no?

Se detuvo para tomar aliento.

—¿Mistress Dick Shannon? —repitió míster Campion—. ¡Ah, sí; ya recuerdo! El maravilloso altavoz. ¿Dónde está ahora? Supongo que su padre le estará haciendo los honores...

—Mi padre no puede soportarla —repuso Penny—. Está empeñada en que le

venda unos caballos. Esa es la verdadera razón por la que ha venido. Mire, será mejor que baje y nos preste su colaboración. Mi padre le tiene afecto. Si puede deshacerse de ellos, tal vez le ofrezca mi mano o le proponga para entrar en su club. De todas formas, venga.

Salió de la habitación y Campion la siguió. Casi inmediatamente oyeron la penetrante voz de mistress Dick.

—Naturalmente, la bebida es mejor que la locura en una familia, como le dije a la madre.

La frase llegó hasta ellos cuando bajaban por la escalera.

Penny gruñó.

—Me apuesto algo a que está hablando de uno de mi familia —susurró—. Es su tema de conversación.

Mistress Dick, con sus dos amigos detrás, que para hacerles justicia parecían bastante turbados, estaba plantada, con los pies muy separados, en el centro del enorme vestíbulo. Los tres llevaban trajes de montar. Mistress Dick estaba particularmente elegante.

Una vez más, míster Campion sintió la ligera atmósfera de importancia que parecía exhalar su audaz personalidad.

El coronel sir Percival Gyrth, sostenido por su hijo, escuchaba a la dama. Era un vigoroso viejo de la verdadera especie de caballeros, pero había algo en él que sugería que alguna preocupación privada le había minado su normal buen humor y sencillo carácter. De momento, estaba bastante fastidiado. Sus regordetas manos estaban cruzadas a su espalda, y sus ojos, azules y reidores, como los de sus hijos, tenían un brillo de antipatía. Era, sin duda, un hombre feo, bien afeitado, con cabello gris y rostro de rasgos duros. Al entrar Campion le miró esperanzado.

—¡Ah! —anunció—, déjeme que le presente. Mistress Shannon, este es un amigo de Val. Míster Campion, míster Albert Campion.

La mirada fría de mistress Dick pasó por el rostro del joven. Si hubiera expresado con palabras su desprecio, no habría sido más patente. Por fin le honró con una ligera y helada inclinación. Entonces se volvió a sus acompañantes.

—Mayor King y míster Horace Putman —presentó y ostensiblemente se deshizo de todos ellos como despreciables.

El mayor King demostró ser una persona alta, amable y triste, ligeramente ronca; se veía claramente que no estaba a gusto. Por otra parte, míster Putman era un hombre bajo con ojos pequeños, rostro retorcido y arrugado. Él también se sentía extraño, pero no dejaba que eso le preocupase.

—¿Bien? —con esta simple palabra, mistress Dick los reunió a todos—. Ahora, Benny Gyrth, si nos lleva al museo, iremos. Me temo que los caballeros estarán aburriéndose. ¿Continúa manteniéndose completamente irrazonable sobre esos añojos, coronel?

Cuando respondió sir Percival, su tono era tan encantador como siempre, lo que

decía mucho en favor de su educación.

—Mi querida señora, no quiero vender. Y de momento —añadió—, me temo que no me siento con ánimo de hablar de negocios de ninguna clase.

—¡Oh, claro! ¡Pobre Diana! —mistress Dick no lo sentía en absoluto—. Siempre creo que es mejor afrontar los hechos —continuó, gritando las palabras como un altavoz de feria—. La sensiblería nunca sirvió de nada. Lo que me extraña es que no sucediese hace años. Ese Gobden es un idiota. No le dejaría que me tratase ni los sabañones.

Toda la familia Gyrth estaba en ascuas. Solo su educación salvó a mistress Dick y sus *protégés* de salina patadas. Míster Campion, entre tanto, sonreía estúpidamente, como si para él la dama tuviese un atractivo irresistible.

Mistress Dick se fue hacia la puerta.

—Vamos —alentó—. No estoy muy interesada en estas cosas, pero míster Putman se divierte con toda esta basura antigua.

Penny se echó atrás.

—El cáliz está cubierto —objetó—. Siempre lo está diez días después de una...

La palabra “muerte” se extinguió en sus labios al interrumpirla mistress Dick.

—Entonces, descúbralo, querida —dijo—. Vamos todos... No podemos tener a los caballos esperando. ¡Cómo ha abandonado este lugar desde la muerte de su esposa, coronel! ¡Pobre Helen! Siempre le gustaba hacer las cosas por lo grande.

Impelida por la fuerza de su vigorosa personalidad, la pequeña compañía la siguió. Por lo menos tres de ellos estaban quejosos de su ultrajante monólogo, pero no le importaba nada el efecto que pudiese crear. Esta cualidad era la que le había conseguido la posición sin par que sin duda alguna ocupaba en el campo. Todo el mundo la conocía, nadie la quería, y la mayoría de la gente la temía. Su asombroso éxito con cualquier clase de caballos le había ganado una gran admiración. Nadie la desairaba, porque todavía no había nacido la lengua capaz de hacerlo. Su grosería y estudiada descortesía eran famosas en cincuenta millas a la redonda, y, a pesar de todo, iba y venía por donde se le antojaba, porque la única forma de detenerla hubiese sido darle con la puerta en las narices, y este método no se le había ocurrido a las conservadoras mentes de sus principales víctimas.

Fuera, en el camino de grava, era evidente, la aversión de los miembros de la casa de seguir hacia Cup House; pero, al final, el coronel, dándose cuenta de que no se podía remediar, decidió terminar con el asunto lo más pronto posible. Branch fue enviado a buscar las llaves y la pequeña procesión se dirigió hacia el ala este, atravesaron una pequeña puerta y entraron en la roaleda. Mistress Dick continuaba la primera, haciendo comentarios calculados para hacer saltar los nervios más templados.

—¡Qué roaleda más pobre, coronel! Pero las rosas son como los caballos, ¿sabe? Si no los entiende, es mejor dejarlos estar.

Se hizo a un lado para que pasase Branch a abrir la pesada puerta de roble y

hierro de la capilla. La cerradura era antigua y prodigiosamente dura, así que el pequeño mayordomo experimentó considerable dificultad en introducir la vieja llave, y hubo una pausa momentánea mientras intentaba darle vuelta.

Antes que Val pudiera adelantarse para ayudarle, mistress Dick ya había intervenido. Apartó a Branch como si fuese una tela de araña, y con un simple movimiento de sus dedos hizo saltar la cerradura. Mayor King rió nervioso.

—Tiene una muñeca muy fuerte —observó.

Le disparó una fría mirada.

—En mi profesión no se puede ser débil —dijo.

El desagradable míster Putman rió.

—Eso va por usted, mayor —dijo—. Esta mañana estuve viendo a mistress Shannon trabajando con Bitter Aloes. Esa yegua le vencería a usted —añadió, volviéndose a la dama—. Tiene el diablo en el cuerpo. Creí que la iba a matar. Una mujer mala y una yegua viciosa son incorregibles. Piérdalas o péguelas un tiro; es la única solución.

Se volvió al resto de la gente, que no estaba nada impresionada.

—Allí estaba Bitter hecha una furia, coceando con las patas delanteras como un campeón de boxeo —dijo—, y mistress Shannon cogida a la cuerda, con un látigo en la mano como un domador de caballos. Al fin le bajó los humos al bruto. Nunca había visto nada igual.

Con esta conversación entraron los no deseados visitantes en la sagrada capilla del cáliz.

Era un cuarto bajo, cuyo techo ligeramente abovedado estaba sujeto por columnas inmensamente gruesas de ladrillo y piedra, y solo entraba la luz, que aun en los días más claros era débil, por sus estrechas ventanas romboidales, colocadas a intervalos irregulares en las paredes. El piso estaba lleno de tumbas y en varias de ellas había finos bronce. El vacío de la habitación era absoluto, salvo un altar de piedra al final del cuarto, cuya parte alta estaba cubierta por un paño rojo sostenido por dos arañas de bronce.

En la pared, en el centro del altar, había una fuerte reja de hierro sobre una cavidad de la piedra, iluminada ingeniosamente por un fuste inclinado, situado mucho más arriba; estaba sellada por una gruesa plancha de cristal, colocada en una época posterior a la construcción de la capilla.

Una pirámide de terciopelo negro bordado ocupaba por completo el centro del nicho.

El coronel Gyrth explicó:

—En cuanto ocurre una muerte en la familia, se cubre el cáliz. Esto fue puesto hace tres días. Es costumbre no tocarlo hasta después de diez días —dudó señalándolo.

Mistress Dick habló:

—Supongo que la reja se abre con otra llave. ¡Qué cantidad de cuento! ¿Hay

señal de alarma en el tejado?

El coronel llegó a la conclusión de que la única forma de deshacerse de sus desagradables visitantes era enseñarles el cáliz y terminar de una vez. Era hombre pacífico y amable, y, dándose cuenta de que mistress Dick no se daría por satisfecha de otro modo, se dispuso a complacerla. Tomó la llave más pequeña, que le alargó Branch, e inclinándose sobre el altar tiró cuidadosamente de la reja, que se abrió como una puerta. Con manos reverentes levantó la negra cubierta.

A míster Campion, que siempre se inclinaba por lo cómico, aquello le recordó inmediatamente un juego de manos. Momentos después, su metáfora mental se hizo absolutamente cierta.

Hubo una sofocada exclamación del coronel y un levé gritó de Penny. Al quitar el paño solo habían quedado al descubierto un par de ladrillos tomados de uno de los pilares.

No había rastro alguno del cáliz.

Mistress Dick fue la única de todos los presentes que no se dio cuenta inmediata de que había ocurrido una calamidad.

—No es esta mi idea del humor—su estentórea voz resonó a través de la fresca y oscura capilla—, esto es de muy mal gusto.

Val miró fijamente a míster Campion, su padre miró a Branch. Ea estupefacción se pintó en todos los rostros.

Fue el coronel el primero en rehacerse y proporcionarles la segunda sacudida en cinco minutos.

—Claro—observó—; lo había olvidado. Me temo que va a quedar desilusionado hoy, míster Putman. El cáliz lo están limpiando. Otro día será.

Con marcada compostura sonrió y se volvió a otro lado, susurrando a Val cuando pasaba por el lado de él:

—Por el amor de Dios, saca a esta gente de casa, hijo, y después ven con los demás a la biblioteca.

CAPÍTULO 10

DOS SEÑORAS FURIOSAS

El coronel sir Percival Gyrth paseaba arriba y abajo por su biblioteca, mientras sus dos hijos, con míster Campion y Branch, estaban en pie mirándole sin saber qué hacer.

—Gracias a Dios que se ha ido esa mujer —el viejo se pasó la mano por la frente—. No sé si mi explicación la ha satisfecho. Eso espero, o tendremos a todo el país aquí dentro de veinticuatro horas.

Val miró fijamente a su padre.

—Entonces, ¿ha desaparecido de verdad?

—Naturalmente —no había engaño en la consternación que expresaba la voz del coronel—. Desaparecido en el aire. El domingo por la noche lo cubrí yo mismo, inmediatamente después de enterarme que ese entrometido de Carey estaba dando vueltas por el jardín. Entonces estaba perfectamente seguro. Traje las llaves y las puse en mi mesa. Branch, usted y yo, supongo, somos las únicas personas que sabíamos dónde estaban guardadas.

La expresión de Branch era patética, y su amo le tranquilizó.

—No se preocupe, hombre. No estoy acusando a nadie. Es ridículo. No ha podido evaporarse.

Por un momento no habló nadie. La rapidez de la pérdida había dejado atónitos a todos.

—¿No sería mejor que llamase a la Policía, señor? ¿O prefiere que telefonee? —sugirió Branch.

Sir Percival dudó.

—Creo que no. Gracias, Branch —repuso—. De momento, por lo menos, no. ¿Saben? —continuó volviéndose a los otros—. El hacer pública una cosa así trae consecuencias muy serias. Somos los verdaderos guardianes del cáliz para la Corona. Quiero que la capilla esté cerrada con llave como siempre, Branch, y que no se mencione la pérdida a los criados todavía.

—Pero ¿qué hacemos? —preguntó Val sin aliento—. No podemos sentarnos y esperar a que aparezca.

Su padre le miró curioso.

—Quizá no, hijo mío —dijo—. Pero hay un detalle que puede que se les haya ocurrida a todos ustedes. El cáliz es grande y pesado, y ningún extraño ha dejado la casa desde que lo encerré yo mismo. Nadie, excepto nosotros, podía tener acceso a él,

y todos estamos particularmente interesados en mantenerlo aquí.

—De acuerdo con eso —formuló Val—, no puede haber desaparecido. Y si ha sido así, ¿dónde está? ¿No puedes hacer venir al jefe de Policía? Era amigo tuyo.

Su padre dudó.

—Sí, naturalmente —asintió—, aunque no veo lo que podría hacer, excepto divulgar la noticia y preguntar a los criados... Registrar la casa, probablemente, y armar mucho ruido. No; debemos encontrarlo nosotros mismos.

Había un aire de asombrosa determinación en su tono que no pasó inadvertido a los demás.

—No voy a llamar a la Policía —insistió—. Todavía no, por lo menos. Y les ruego que no lo mencionen a nadie. Estoy convencido de que la reliquia está aún en la casa. Ahora, si me lo permiten, quisiera estar solo.

Salieron todos, menos Val, que fue hasta la puerta, cerrándola detrás de los otros, y se acercó al viejo, que se había sentado a su mesa.

—Mira, papá —alegó—, si has escondido el cáliz por alguna razón, por el amor de Dios, dímelo. Estoy que salto con todo este asunto, y, francamente, creo que tengo derecho a saberlo.

—Por todos los santos, hijo, no seas loco —la voz del viejo era casi irreconocible, y el rostro que levantó hacia su hijo estaba gris—. Esta es una de las cosas más serias y terribles que he experimentado en mi vida —continuó con voz sincera—. Tanto más cuanto que estamos en una situación en que es imposible llamar a la Policía de momento.

Miró al joven fijamente a los ojos.

—Serás mayor de edad dentro de una semana. Si tu cumpleaños fuese hoy, quizá encontrase una forma más fácil de explicártelo.

A primera hora de la mañana siguiente, míster Campion bajó la ancha escalera, atravesó el vestíbulo y salió a la luz del día. No parecía haber razón alguna para que se sintiese particularmente contento. Hasta aquel momento sus actividades en Sanctuary se parecían a cualquier cosa menos a un éxito ostensible. Lady Pethwick había muerto a las ocho horas de su llegada, y ahora el principal objeto de su visita había desaparecido casi delante de sus narices.

Se sentó en uno de los ornamentados bancos de piedra de la entrada y contempló el sonriente mundo.

Momentos después oyó el sonido que estaba esperando, y empezó a andar descuidadamente por el camino de coches. Todavía iba por el centro del camino cuando oyó la bocina de un coche, que se repitió varias veces y le hizo volverse para encontrarse con Penny, en su cochecito *sport* de dos plazas, mirándole reprobadoramente. Tuvo que detenerse para no atropellarle. Míster Campion le sonrió tontamente desde detrás de sus gafas.

—¿Adónde va, mi bonita amiga? —preguntó—. ¿Quiere llevar a un pobre viajero?

La joven no pareció precisamente alegre ante la sugerencia.

—Voy a la ciudad a ver a mi modista. Le llevaré hasta el pueblo, si quiere.

—Yo también voy a Londres —expuso Campion, metiéndose en el coche—. Está muy lejos de aquí, ¿verdad? —continuó con aparente imbecilidad—. Sabía que nunca llegaría andando.

Penny le miró con las mejillas encendidas.

—Estoy segura de que no puede marcharse y dejar Tower sin protección —dijo. En su voz había una nota divertida.

—No sería nunca de un gran hombre —aconsejó míster Campion—. Recuerde lo que les ocurrió a las vulgares niñas que le tiraron piedras a Elisha. Puedo imaginarme muy pocas muertes más horribles que la de morir comido por un oso —añadió.

Por un momento, la joven guardó silencio. Estaba considerablemente fastidiada por la presencia del joven.

—Óigame —advirtió—, si realmente quiere saberlo, Beth va a venir conmigo. Voy a encontrarla al final del camino.

—No importa —observó Campion—. No me molesta ir apretado. No me haga que la fuerce a llevarme —continuó—. No lo haría ni en sueños; pero de una forma u otra tengo que ir a Londres, y Lugg me ha dicho que no podía utilizar el Bentley.

La joven le miró incrédula.

—¿Qué es ese Lugg? —preguntó.

Su compañero se ajustó las gafas.

—Depende de lo que quiera saber —respondió—. Yo diría que definitivamente humano. ¡Oh, sí; sin duda alguna! Estado..., ninguno. Pasado..., asqueroso. Ocupación..., mi ayuda de cámara.

Penny rió.

—Pensé si sería su guardián —sugirió.

—¡Ja, ja! —rió Campion, ligeramente ofendido—. Espero tener un viaje divertido. No quisiera que me fuesen tomando el pelo durante todo el camino. ¡Ah!, ahí está su amiga esperándonos. ¿Quiere que me siente en el portamaletas?

—¡No! —negó Penny tan vehementemente, que casi saltó. Se mordió el labio como si estuviese enfadada consigo misma y añadió más tranquila—: continúe donde está. Beth puede meterse.

Detuvo el coche al lado de la carretera donde Beth Cairey, elegante y atractiva en azul marino y blanco, esperaba. Pareció sorprenderse de ver a Campion.

—Esta encantadora criatura ha insistido en que le llevemos —explicó Penny—. Espero que no te aplastemos aquí delante.

Míster Campion le hizo sitio entre él y la conductora.

—No pude rehusar —añadió Penny excusándose con Beth—. Tendremos que aguantarle.

Míster Campion seguía pareciendo estar encantado consigo mismo.

—¡Qué suerte que ya no quede nadie más para meterse aquí!, ¿verdad? —observó cerrando la portezuela—. Me encanta ir en el coche de otro; se ahorra mucha gasolina.

—Es estúpido y bastante vulgar —observó Penny, y míster Campion quedó silencioso.

—Supongo que puedo comerme mi *sandwich* y beber la cerveza mientras no tire la botella en la carretera —dijo cuando ya habían recorrido un par de millas sin hablar—. Tengo unas cuantas naranjas para ofrecerles si quieren.

Penny no se molestó en responder. Impertérrito, míster Campion continuó:

—Tengo un sonajero muy gracioso para tocarlo en Londres. Y un par de narices para que se las pongan ustedes. Tengo también un par de globos, que podríamos atar a la capota.

Penny rió de mala gana.

—Albert, usted es un idiota —exclamó—. ¿Qué cree que está haciendo aquí? ¿A qué va a Londres?

—A comprar una cinta para mi sombrero de paja —dijo míster Campion—. La que tengo ahora la hizo mi tía. No es adecuada, como diría Lugg.

Penny aminoró la marcha.

—Está poniéndose ofensivo —advirtió—. Me están entrando ganas de hacerle salir y que continúe andando.

Míster Campion la miró con recelo.

—Le pesaría toda su vida —dijo—. Todavía tiene que ver lo mejor de mi actuación. Espere hasta que me oiga recitar; espere hasta que haya bailado claqué; espere hasta que se retiren las nubes.

—Yo le haría apearse —dijo Beth—. Hemos recorrido una buena distancia; le sentaría bien regresar andando.

Estaban en la intersección de uno de los caminos, a bastante distancia de cualquier casa, y la carretera estaba desierta.

—No hagan que me apee —rogó Campion—. Una vez conocí a un hombre que hizo apearse de su coche a una persona respetable, después de llevarle bastante distancia, lo mismo que usted y por la misma razón. Todo porque de pronto empezó a disgustarle. Y cuando llegó a casa se encontró con que una maleta que llevaba en la trasera del coche había desaparecido. Suponga que le ocurriese eso a usted. ¿Verdad que no le gustaría?

Penny detuvo el coche y paró el motor. Las dos jóvenes estaban ya furiosas, pero fue Penny quien desvió la conversación.

—¡Qué tonta soy! —dijo—. Tendrá que salir a darle a la manivela. El arranque automático no funciona.

Míster Campion se movió obediente para salir, y al hacerlo se arrodilló en el asiento y echó mano al bulto que sobresalía del portamaletas. El siguiente movimiento fue tan rápido, que ninguna de las dos jóvenes se dio cuenta de lo que

sucedía hasta que hubo salido limpiamente del coche a la carretera con la maleta en los brazos. Penny ya había pisado el arranque y el coche estaba en movimiento antes que se diese cuenta de su pérdida.

Míster Campion dejó la maleta en el suelo y se sentó sobre ella. Penny detuvo el coche; ella y Beth descendieron y corrieron hacia él. Estaban rojas de furia, y en los ojos de Beth había un brillo de desafío que era positivamente peligroso.

—Míster Campion —exclamó Penny—, ¿quiere hacer el favor de poner la maleta en el coche? Naturalmente, ya no puedo consentir que vuelva a subir, y si alguna vez tiene la osadía de aparecer por Tower, haré que le tiren.

Míster Campion parecía abatido, pero continuaba sentado sobre la maleta.

—No sea irrazonable —rogó—. Me hace poner melodramático y ligeramente bobo.

Las dos jóvenes le miraban fascinadas. Estaba jugueteando con un revólver que había sacado del bolsillo.

Ahora Penny estaba enormemente alarmada.

—Pero ¿qué está haciendo? —demandó—. No puede comportarse así. En cualquier momento puede pasar otro coche. Entonces, ¿qué le pasaría a usted?

—Entonces, ¿qué le pasaría a *usted*? —repitió míster Campion en seguida.

Con la mano libre hizo saltar las cerraduras de la maleta. Beth dio un grito.

—Por favor..., por favor, déjelo estar —susurró.

Míster Campion sacudió la cabeza.

—Perdón —dijo—. El deber es el deber, señorita. ¡Hola! ¿Es eso un coche?

Las inexpertas muchachas cayeron en el viejo truco. Se volvieron impacientemente, y en aquel momento de respiro, míster Campion abrió la maleta y puso a la vista un bulto grande envuelto en una mantita de viaje.

Beth hubiese saltado sobre él, pero Penny la detuvo.

—No sirve de nada —observó—. Estamos perdidas. Y se quedaron donde estaban, con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes, mirándole fijamente mientras desenvolvía y sacaba a la luz el medio metro de gloria que era el cáliz de los Gyrth.

CAPÍTULO II

MISTER CAMPION APRUEBA

Míster Campion quedó en pie al borde de la carretera, con los verdes campos detrás de él y las hojas de los árboles haciendo dibujos en sus rostros y en sus ropas. Tenía el cáliz en los brazos, brillando a la luz del sol.

Penny y Beth le miraban, ruborizadas y un tanto asustadas. Penny se daba cuenta de la enorme gravedad de la situación. Fue Campion quien habló primero.

—Como aficionadas —observó—, solamente sirven para demostrar la cantidad de talento que hay por ahí por descubrir.

Volvió a envolver el cáliz y lo metió en la maleta.

Durante todo el rato Penny estuvo silenciosa, y al dirigir la vista hacia ella, Campion temió que estuviese a punto de echarse a llorar.

—Mire —dijo sonriente—, sé que piensa que me he metido en esto más bien injustificadamente; pero considere mi posición. En este asunto ocupó el mismo puesto que el genio de la lámpara. Dondequiera que esté el cáliz, puedo aparecer en cualquier momento.

La expresión de Penny no cambió durante unos segundos; luego apareció una sonrisa en las comisuras de sus labios.

—¿Cómo demonios lo ha sabido? —preguntó.

Míster Campion suspiró aliviado.

—Por el proceso de eliminación —dijo levantando la maleta y dirigiéndose al coche—, combinado con un poco de sentido común, que siempre nos asiste para llegar a la correcta conclusión con la máxima exactitud y el mínimo de trabajo. Lo que traducido quiere decir: lo adiviné.

Puso la maleta en el portamaletas una vez más, y sostuvo la portezuela para Penny y su compañera.

Penny se echó atrás.

—Eso no es justo —dijo—. Haga el favor de explicarse.

Míster Campion se encogió de hombros.

—Bueno; no fue muy difícil, ¿verdad? —comentó—. En primer lugar, era evidente que la capilla no había sido robada. *Ergo*, alguien había abierto la puerta con la llave. *Ergo*, debió de ser usted, porque las otras dos personas que podían saber dónde estaba eran su padre y Branch, y ellos, si me permite decirlo, son un poco conservadores en cuanto al cáliz.

Penny se mordió el labio y saltó al asiento del conductor.

—De todas formas —dijo—; soy la camarera del cáliz.

—Correcto —admitió míster Campion—. De ahí su natural sentido de la responsabilidad —dudó un momento y la miró con cara de lechuza—. Me apuesto a que podría decirle lo que iba a hacer con él.

—¿Bien? —le miró desafiante.

Míster Campion puso la mano sobre la parte de la maleta que sobresalía del portamaletas.

—Usted iba a poner esto en el depósito de seguridad de Chancery Lane —aseguró.

Penny se quedó atónita y Beth dejó escapar un leve grito. Míster Campion continuó:

—Había contado con los diez días de luto para guardar el secreto, y no dudo que intentaba confesárselo a Val y a su padre antes que tuviesen un momento de preocupación. Por desgracia, mistress Shannon lo estropeó todo y ha tenido que darse prisa. Y por eso la estaba esperando esta mañana. ¿Continuamos?

Penny le miraba espantada.

—No es justo que parezca tan idiota —exclamó involuntariamente—. Hace confundirse a la gente. Supongo que ni siquiera le importa saber que ha acertado.

El joven de cara simple y suaves modales parecía incómodo.

—Todas estas alabanzas me turban —dijo—. Debo admitir que no estaba seguro, hasta que subí al coche esta mañana, de que tenía usted el tesoro en la maleta. Hasta que se tomó tanta molestia para que no me sentase al lado de la maleta, no supe que mi castillo de naipes era un sólido edificio con cimientos.

Penny tomó aliento.

—Bien —dijo—; supongo que tendremos que regresar.

Míster Campion puso una mano sobre el volante.

—Por favor —rogó con algo de seriedad en el rostro—, por favor, escúcheme un poco más. Ustedes dos tienen que ser amigas mías. Estamos todos metidos en el ajo. Estudien los hechos. Aquí estamos, sentados en medio de una carretera pública, con una pieza de antigüedad en la trasera del coche. Para empezar, eso es malo. Luego, y esto es mucho más importante, si fui bastante inteligente al adivinar qué era lo que iba a hacer, ¿qué hay de nuestros entremetidos amigos que están preparados para el crimen?

—¿Quiere decir que pueden salir a mitad del camino? —preguntó Penny aprensiva. Este aspecto de la cuestión no se le había ocurrido—. Y, a pesar de todo —añadió con un destello de sospecha en los azules ojos—, es perfectamente ridículo. ¿Cómo va a saber ningún extraño que el cáliz no está en Cup House? Solamente mi padre, Val, Branch, usted y yo sabemos que ha desaparecido.

—Olvida —dijo Campion suavemente— que ayer tuvimos visitas, y el desagradable míster Putman, que está utilizando a su amiguita mistress Shannon, tenía una cara que me era vagamente familiar.

Los ojos de Penny brillaron.

—¿Ese repugnante hombrecillo? —aventuró—. ¿Es el... pez gordo de quien estaba hablando? ¿Recuerda? Cuando dijo que el riachuelo estaba lleno de pececillos, pero que no había ninguna trucha.

Míster Campion la observó gravemente.

—Me temo que no —declaró—. Pero indudablemente es de la pandilla. Creo que su verdadero nombre es Matthew Sanderson. Por eso estuve tan callado; tenía miedo de que me reconociese. No creo que fuese así, pero lo que sí está claro es que se dio cuenta de que el cáliz había desaparecido. ¡Caramba!, no podía pasarle inadvertido. Si es el hombre, y creo que lo es, estoy dispuesto a apostarme a que no está a más de veinte millas de aquí.

Penny le miró desesperada.

—He sido una loca —opinó—. Regresemos inmediatamente.

Campion dudó.

—Espere un minuto —dijo, y dirigió una mirada a Beth—. No sé si deberíamos meter a miss Carey en todo esto...

En el rostro de la mayor de las jóvenes apareció una expresión de determinación.

—Estoy con Penny —aseguró.

Para su sorpresa, él afirmó *con* la cabeza gravemente.

—Le he dicho a Val que entraría en el juego —comentó—. Debe de estar esperándonos en un pequeño bar llamado The Case is Altered, justamente fuera de Coggeshall.

—¿Val? —Penny estaba sorprendida—. ¿Qué sabe él de todo esto?

—Poco más o menos, lo mismo que yo —explicó Campion—. Mientras usted gritaba sus planes para el viaje anoche, en el teléfono del vestíbulo, él y yo estábamos discutiendo los precios del ganado y cosas por el estilo en el fumador. Le dije lo que pensaba y le convencí de que le dejase hacer el trabajo y sacar la cosa de la casa para nosotros.

—Entonces, ¿cree que es una buena idea... lo de la caja de seguridad? —preguntó Beth ansiosamente—. Le dije a Penny que era la única forma de tenerlo seguro.

Míster Campion no respondió en seguida. Estaba sentado en el coche y estudiaba el cuadro de mandos pensativamente, como si estuviera decidiendo cuanto tenía que decir.

—Bueno; de momento es difícil —aventuró finalmente—. Aunque quizá lo tengamos que hacer al final. Me pregunto si podríamos ganar a nuestro amigo Arthur Earle en su propio juego. En la ciudad hay una antigua tienda, o más bien el miembro que queda de una antigua tienda, que nos haría una magnífica copia del cáliz, y preferiría jugar al escondite con esa, en vez de hacerlo con el verdadero. Supongo que habremos de enseñarles el anzuelo, ¿saben?, para pescar al pez gordo.

—Una cosa —insinuó Penny—. ¿Qué hay de papá? ¿Sabe algo? Parece que he

hecho el ridículo bastante bien.

Míster Campion parecía, si fuera posible, más tonto qué de costumbre.

—Siento decirle que a su padre —murmuró, y Penny estaba segura de que mentía— he preferido no decírselo. Pero ese no es el punto importante de la cuestión. Lo que tenemos que arreglar ahora es cómo llevar el cáliz hasta Londres.

Penny hizo arrancar el coche.

—No sé si voy a estar conforme con todo esto —objetó—, pero quiero ver a Val. Usted no habla en serio de ese ataque en la carretera, ¿verdad?

Míster Campion la contempló solemnemente.

—La caballerosidad de la carretera —expuso— no es lo que solía ser cuando yo conducía mi viejo coche Richmond, ¿sabe? Natty Johnson no es Duval, pero puede que haga un buen Abbershaw, y el viejo Putman Sanderson puede sacar un trabuco. Mi opinión es que vamos a divertirnos de una forma u otra.

—Pero si eso es verdad —dijo Beth, indignada—, ¿por qué continuamos? ¿Cómo sabe que no nos van a detener antes de llegar a Coggeshall?

—Deducción, querida señora —explicó míster Campion amablemente—. Hay dos carreteras de Sanctuary a Coggeshall. Podíamos haber tomado cualquiera de las dos. Después de Coggeshall hay que ir derechos a Kelvedon, y por la carretera principal. Supongo que estarán patrullando la carretera principal, buscándonos.

A pesar suyo Fanny estaba impresionada.

—Bien; usted hace las cosas a conciencia —gruñó.

—Y limpiamente —siguió míster Campion—. En mi última casa, la señora dijo que ningún hogar estaba completo sin uno de estos... higiénicos, coloreados... y solamente por diez céntimos. Campion, hoy has de estar consciente. Claro que podríamos intentar tomar un atajo; pero, considerándolo todo, creo que las líneas de teléfono estarán seguramente ocupadas, y al mismo tiempo estoy ansioso de ver a nuestros amigos entrar en acción. Creo que cuanto antes nos marchemos, mejor.

Penny afirmó con la cabeza.

—Está bien —admitió sin resentimiento—. Lo dejamos en sus manos.

The Case is Altered era un edificio de ladrillo rojo y sin pretensiones, apartado de la carretera y con una rotonda de grava en el frente. Míster Campion descendió, sacó con precaución la maleta, se adelantó a las muchachas y entró en el bar, un lugar desagradable, decorado con grandes oleografías de *The Empty Chair*, *The Death of Nelson* y *The Monarch of the Glen*, y con grandes cantidades de porcelanas, muebles de bambú y un ramo de flores de papel. La atmósfera olía a manteles de hule y cerveza pasada. Cuando entraron. Val los estaba esperando con expresión divertida. Penny enrojeció al verle, y al ir hacia él levantó la cabeza desafiante.

—¿Bien? —dijo Penny.

Él la besó.

—La prudencia es la mejor política, nena —dijo—. ¿Quieres cerveza?

Penny tomó a su hermano por el brazo.

—Val, ¿te das cuenta? —exclamó—. Estamos a varias millas de casa con... con la *cosa*, en este momento, en una maleta. Me siento como si nos fuese a matar un ravo por imprudentes.

Val pasó el brazo por sus hombros.

—Déjalo en manos de Albert —manifestó—. Él adivinó el juego. Parece que tiene uno propio.

Se volvieron a Campion interrogadores, y él sonrió.

—Bueno, miren —alegó—, si no quieren jugar a las flechitas o beber cerveza, creo que cuanto antes empecemos mejor. Sugiero que nos dividamos. Penny, usted y yo nos llevaremos la preciosa maleta en el coche de dos plazas. Val y miss Cairey vendrán detrás de nosotros, por si los necesitamos. ¿Tiene bastante gasolina?

Penny le miró sorprendida.

—Eso creo —aseguró; pero ante su expresión de duda, añadió, riendo—: Iré a asegurarme, si quiere.

Míster Campion pareció más tonto que antes.

—Hombre prevenido vale por dos —dijo, ausente.

Penny salió, dejando la puerta abierta, y volvió a asegurarse cuando el joven apareció en la puerta con la maleta.

—Si no le importa, nos vamos —dijo—. Val está liquidando con la buena señora del establecimiento. Nos seguirán inmediatamente.

Penny miró en derredor.

—¿Dónde está el otro coche? —preguntó.

Al lado de la entrada del bar había una furgoneta Ford, pero no había señales de ningún coche particular.

—Detrás de la casa —respondió Campion—. Allí hay una estación de gasolina.

Depositó cuidadosamente la maleta en el interior del coche y se sentó al lado de la muchacha.

—Ahora corramos como rayos —propuso alegremente—. ¿Qué le parece dejarme conducir a mí? Tengo testimonio de todos los magistrados del país.

La joven le dejó el sitio un poco a regañadientes, pero pronto cambió de parecer al ver la forma en que conducía Campion. Lo hacía con la aparente omnipotencia del motorista nato, y todo el tiempo fue hablando de cosas sin importancia, de modo que no la dejaba pensar en nada más que él mismo.

—Adoro los coches —dijo extáticamente—. Una vez conocí a un hombre..., a propósito, era pariente mío..., que tenía uno de los modelos más antiguos. Creo que al principio no era más que una *patinette*, pero lo fue mejorando hasta dejarlo estupendo. En 1904 iba realmente bien. Estaba lleno de artilugios; al fin creo que se pasó de la raya, pero cuando lo conocí se podía encender un cigarrillo en cualquier tubo debajo del capó, y mi pariente hacía té en el radiador, además de haber instalado un cesto de merienda mecánico entre las dos ruedas traseras. Por fin, un día el coche se murió en Trafalgar Square, y así... —terminó dogmáticamente— nació la primera

cafetería. Al estilo Phoenix, ¿sabe? Pero quizá no le guste esto. Después de todo, he sido bastante pesado esta mañana, ¿no?

Penny le sonrió ligeramente.

—En realidad no me disgusta usted —repuso—. No; continúe. Algunas personas conducen mejor cuando hablan. Bueno, eso creo; ¿y usted?

—Esa no es la forma en que debería hablar una jovencita —dijo míster, Campion, reprochándola—. Lo que más deploro son los modales de las chicas modernas. Cuando yo era joven, muchos años antes que fuese a la India (¿sabe?, para enterarme del motín), las mujeres eran mujeres. ¡Vaya que sí! ¡Cómo se ruborizaban al pasar yo!

Penny lo miró de reojo. Estaba tan pálido y con la misma cara de tonto de siempre y parecía extremadamente serio.

—¿Está intentando entretenerme o simplemente sacándoselo de la cabeza? —preguntó.

—Emancipada, eso es lo que es usted —sentenció míster Campion, perdiendo el acento angloindio que había adoptado al final de su perorata—. Emancipada y orgullosa de si misma.

Penny se echó a reír.

—Realmente no es antipático —dijo—. ¿Cuándo empieza el baile?

—En cualquier momento a partir de ahora —advirtió míster Campion alegremente al entrar en la carretera principal.

Penny miró por encima de su hombro nerviosamente.

—Todavía no hay señales de los otros —observó.

Su compañero pareció débilmente perturbado.

—No puedo remediarlo —repuso.

Eran alrededor de las once y media, y aunque viernes la carretera no estaba tan transitada como lo estaría más tarde. Míster Campion conducía como una fiera, pasando todo lo que se le presentaba por delante. En la larga recta fuera de Witham una vez más empezó su peculiar diálogo.

—Siempre hay poesía —dijo—. Aquí tenemos el precioso pensamiento diario:

Estaba en el jardín un ex mayor
tocando el bombardino con pasión.
Brotaba de sus labios la sonata
con ruido solemne a hoja de lata,
y...

—No me gusta el aspecto del coche que acaba de pasamos. Es un viejo Staff Benz, ¿verdad? Estese quieta, y por lo que más quiera no intente golpear a nadie. Si pierde la cabeza no importa, pero no intente golpear.

Al decir las últimas palabras pisó el freno y detuvo el auto en el momento justo en

que el coche alemán, tan pesado como un camión y tan rápido como un coche de carreras, se cruzó diagonalmente delante de ellos y se detuvo. Todo fue tan bien medido, que no había escapatoria. Solamente la maravillosa forma de conducir de míster Campion los libró de estrellarse.

Lo que sucedió inmediatamente se produjo a la velocidad y con la precisión de un bien planeado atraco. Casi no se habían detenido los dos coches cuando cinco hombres saltaron del Benz; solo permaneció en él el conductor; los restantes rodearon el coche *sport*. No hubo indicios de violencia. Hasta que Penny no levantó la cabeza y vio el rostro del hombre que se había estacionado a su lado no se dio cuenta de que los recién llegados eran realmente hostiles.

Miró a míster Campion con expresión horrorizada y vio que el hombre que había al lado del joven había puesto una mano sobre su cuello con ademán aparentemente amistoso; lo único que lo estropeaba es que ésa mano sujetaba un revólver.

Un tercer hombre se apoyaba sobre el capó, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, mientras que un cuarto, con notable frialdad, se colocó detrás del Benz para indicar a los posibles automovilistas que todo iba bien, a fin que siguiesen su camino y no se detuvieran creyendo que había habido un choque.

Todos eran fuertes y llamativamente vestidos, del tipo bien conocido por los apostadores de las carreras.

Penny abrió la boca. Se daba cuenta vagamente de que otros coches circulaban por la carretera. El hombre de su lado la agarró por un brazo.

—Cierre la boca, señorita —recomendó suavemente—. Nada de gritos. Vamos, ¿dónde está?

Penny miró a Albert. Este estaba sentado inmóvil, sin expresión alguna.

—No..., no —dijo Campion con voz ligeramente aguda—. No deseo suscribirme. No soy un amante de la música. Vayan a tocar a la casa de al lado.

La mano del extraño continuaba descansando cariñosamente en su nuca.

—Nada de chistecitos —observó—. ¿Dónde está?

—Debería tomar glicerina para su voz y menta para su aliento, amigo —continuó míster Campion—. No me grite. No soy sordo.

Su interlocutor llamó al que se apoyaba negligentemente contra el capó.

—No hay nada en la delantera del coche —expuso—. Echa un vistazo en el portamaletas.

—¡No! —Penny no pudo reprimir un pequeño grito de horror.

El hombre del revólver, que parecía ser el jefe, sonrió.

—Gracias, señorita —profirió sarcásticamente—. Una chica y un lunático. Es como robarle el biberón a un bebé.

—Ahí no está más que mi almuerzo —dijo míster Campion; pero Penny notó que en su voz se reflejaba el nervosismo.

—¿De verdad?

El tercer hombre levantó la maleta.

—Aquí está —anunció—. Pesa un quintal. El resto del coche está vacío.

Demasiada espantada para hablar, Penny miró la carretera para ver solamente un Rolls Royce y una furgoneta, a la que daban paso sus perseguidores.

—Estas cerraduras están machacadas —comentó una voz tras ella—. Dame la navaja.

El hombre del revólver miró la carretera un poco aprensivamente.

—Mételo en el coche —ordenó—. Aquí no hay nada más. Venga, muchachos, démonos el *piro*.

En diez segundos todos sus compañeros estaban metidos en el Benz con la maleta. El conductor dio la vuelta al coche en un periquete y el hombre del revólver se metió en él de un salto al pasar por su lado. Habían escogido un momento en que no había moros en la costa, y todo estuvo terminado en menos de cinco minutos.

Míster Campion quitó el freno y encendió el motor, pero en vez de volverse y perseguir a los ladrones, como Penny esperaba que hiciese y medio temía, continuó hacia Londres como si no hubiera sucedido nada.

Al llegar a Witham sé permitió dirigir la vista hacia su compañera. Hasta entonces el coche había acaparado toda su atención. Se estremeció al notar que ella estaba llorando. Por primera vez aquel día le fallaron los nervios.

CAPÍTULO 12

CON EL BEBÉ EN LOS BRAZOS

— **Y** ni una sola vez pidió perdón —recitó míster Campion al tomar la curva y detener el coche a un metro de la gasolinera de Huguenot's Arms.

Penny se secó rápidamente las lágrimas.

—¿Se puede saber de que está hablando?

—Poesía —exclamó míster Campion—. Lo primero para mí. La savia del alma. Es la última línea de un soneto neogeorgiano, que le estaba recitando cuando el grosero ese, de instintos adquisitivos, nos interrumpió. ¿No recuerda lo que recitaba antes? Aquello del ex mayor en el jardín. Será mejor que se lo recite entero.

—No lo haga —rogó Penny—. Es usted muy amable queriendo distraerme, pero usted es un extraño y no puede comprender lo que significa para mí lo que ha sucedido. Esa maleta contiene la cosa más importante del mundo. Me temo que he perdido mi valor completamente. Debemos ir a la Policía.

Míster Campion estaba inmóvil, contemplándola con cara de lechuza.

—Usted es la primera persona que he conocido que siente tanto la pérdida de un par de botellas de *bitter* —repuso—. No tenía ni idea de que se fuera a poner así.

Penny le miró fijamente. Poco a poco iba comprendiendo la verdad.

—Albert —dijo—, usted...

El puso la mano sobre su brazo.

—No estropee la diversión —rogó—. Mire.

De pronto oyeron el ruido del motor de una furgoneta y a poco penetró en el patio. Al verla salió un suspiro de alivio de los labios de Penny.

Val conducía. Llevaba una gorra echada sobre los ojos y un impermeable amarillo abrochado hasta la garganta. Sobre su hombro se veía una hebilla que sugería la presencia de una cartera de piel. Para completar el conjunto llevaba un lápiz detrás de la oreja. La metamorfosis era perfecta. Hubiese engañado a cualquiera.

El *chef-d'oeuvre* del equipo era Beth. Llevaba en la coronilla su elegante sombrero, se había pintado los labios hasta dejarlos pegajosos; ostentaba en la frente un caracolillo de gitana y se había quitado la chaqueta, quedando solo con falda y blusa. Sonreía complacida, con los ojos negros bailando de contento. Y entre sus brazos, asido fuertemente, podía verse un precioso bulto envuelto en toquillas blancas y con un velo en la parte superior.

—Todo arreglado con unos toques de sentido común —expuso Campion—. Nuestro joven Harry llevando a su amor y al *chaval* de paseo en las horas de trabajo.

“Domesticidad contra Eficacia” y “Todo el Trabajo por su Cuenta”.

Penny rió.

—Usted es estupendo —dijo—. ¿Y el bebé...?

—Vale su peso en oro. Dejémoslo así —respondió Campion—. Ahora, puesto que el viaje ha degenerado en juerga, ¿qué le parece si entramos en un reservado? Espero que Val lo habrá encargado por teléfono.

Diez minutos después, en un pequeño cuarto maloliente del primer piso de la vieja casa, míster Campion presentó sus excusas a Penny.

—Me he portado como un cochino —confesó Campion con verdadero arrepentimiento en los ojos—. Pero es que en Coggeshall no había tiempo para explicaciones, y puede que usted no hubiera estado de acuerdo. Y tenía muchas ganas de darles un vistazo a los amigos de tío Beastly en acción. No creí que hubiera verdadero peligro; y no lo había, ¿sabe? ¿Quiere perdonarme?

Penny estaba sentada en una desvencijada mecedora.

—No sé preocupe —disculpó débilmente—. ¿Qué hacemos ahora?

Beth, que estaba arreglándose ante el espejo que había sobre la chimenea, se volvió a su amiga.

—Cuando os pasamos y aquel hombre que os tenía detenidos nos dio paso creí que me moría —recordó—. Si hubiera sido un bebé de verdad lo hubiese matado del apretón. En aquel momento no sospecharon de nosotros. Más tarde, cuando nos pasasteis otra vez, supimos que todo iba bien.

Penny se pasó la mano por la frente.

—¿Quién fue el inventor de todo esto? —preguntó—. Supongo que tú tenías las toquillas y demás, Val.

Su hermano afirmó con la cabeza.

—Cuando saliste a ver si tenías bastante gasolina nosotros dos dimos el cambiazo, y después se lo expliqué a Beth. Se ha portado maravillosamente.

Le dirigió una mirada admirativa. Beth cambió la conversación.

—¿Ha sabido lo que quería sobre los *gangsters*, míster Campion? —preguntó—. Quiero decir, si ha reconocido a alguno de ellos.

—Sí y no, como dicen en los círculos legales —dudó Campion—. El insípido trasto que se apoyaba en el capó, Penny, era nuestro Natty Johnson, una vieja espina clavada en el alma de Lugg. Los otros eran rateros, o ladrones, y el caballero que me hizo cosquillas en la nuca con un revólver es “Fingers” Hawkins, un viejo asociado de “Putham” Sanderson. Todos ellos concienciosos trabajadores, cuyos servicios pueden obtenerse por un salario moderado. No pude ver al conductor, aunque era una bonita pieza de trabajo profesional. Probablemente ahora están tragando cerveza y jugando a ver quién dice el taco más gordo. Por eso no debemos esperar represalias de momento. No nos tienen animosidad personal. Esperarán instrucciones antes de hacer nada más. Por desgracia esto no nos dice mucho.

Val se inclinó hacia adelante.

—Supongo que ahora enviaremos a estas dos niñas a casa —sugirió.

—Una observación así habría de expresarse mejor —repuso míster Campion suavemente—. Lo que estaba esperando era poder persuadir a nuestras dos jóvenes amigas para que tomasen el tren de las doce y media hacia Hadleigh, mientras nosotros íbamos a la ciudad en su coche con el tesoro —miró de uña a otra dubitativo—. Supongo que se van a poner furiosas.

Penny parecía desilusionada, pero Beth rió.

—Tienen valor —admitió—. Supongo que tendremos que dejarles hacer lo que quieran. Esto es trabajo de hombres fuertes.

Imitó la expresión rimbombante de Val y este rió.

—Se ha estado metiendo conmigo durante todo el camino —dijo—. Espere hasta que hayamos terminado todo esto y le enseñaré la parte más brillante de la vida del campo.

Beth sonrió.

—Ya ha tenido sus momentos —dijo, dándole el bulto envuelto en toquillas.

—¿Y la furgoneta? —preguntó Penny.

—No hay que preocuparse —respondo Val—. Ya lo he arreglado con el hombre para dejarla aquí. Es de un tal Mudd, de Ipswich. ¿Salimos?

Insistió en acompañar a las jóvenes a la estación, mientras míster Campion sacaba el coche y se iba a comprar otra maleta.

—¿Cuándo volverán? —preguntó Penny desde la puerta.

—Mañana, si todo sale bien —Campion habló ligeramente—. Entre tanto confíe en Lugg, mi *alter ego*. No creo que haya ninguna posibilidad de jaleo; pero si pasara algo, Lugg es tan eficaz como un batallón de policías y casi tan precioso. Pasará a la historia. A propósito, dígame que no se ponga mis calcetines. Y tampoco mi *jersey* con los colores del colegio. Tengo espías en todas partes.

Penny salió riéndose. Míster Campion miró en aquella dirección reflexivamente.

—¡Qué chica tan simpática! —observó en voz alta—. ¿Por qué, en nombre del cielo, no esperó un poquito Marlowe Lobbet y la escogió a ella en vez de Biddy?

A los veinte minutos él y Val ya estaban en la carretera. El más joven parecía mucho más alegre que antes.

—¿Sabe una cosa? —le confió después de un largo silencio—. Hay algo completamente distinto en Beth. Tiene cierto encanto. He odiado a las mujeres durante tanto tiempo, que es maravilloso encontrar a una que me haga cambiar de idea. A pesar de ser usted un pájaro tan raro, debe de saber lo que quiero decir.

—Olvida que estoy casado con mi arte —dijo míster Campion con gran solemnidad—. Desde que me dediqué a la caza, las mujeres no han tenido lugar en mi vida.

—Hablo en serio —repuso Val, algo enfadado.

Una ligera expresión de preocupación asomó a los pálidos ojos de míster Campion.

—En serio, viejo amigo —dijo—. En mi Hamlet, Ofelia se casa con Macbeth. Y ahora, por todos los santos, piense en el trabajo que tenemos entre manos.

Val se recostó contra el asiento.

—Usted conduce magníficamente —observó, y recordando a Beth, añadió—: No estoy seguro de si es su voz o son sus ojos lo más atractivo. ¿Qué diría usted?

Míster Campion no respondió inmediatamente y el cochecito corrió hacia la ciudad. Hasta lo menos una hora después no volvió a hablar.

—Si no le importa, iremos directamente allí —propuso, torciendo por Aldgate y dirigiéndose hacia esa antigua parte de la ciudad ligeramente sombría que se llama Poultry.

Val se irguió.

—En absoluto; es una buena idea —dijo—. Pero, Campion, ¿está seguro de que no hay peligro?

Míster Campion se encogió de hombros.

—Melchizadek es bastante seguro. Favorecido por la gente más empingorotada desde el primer George, ¿sabe? Y tan silencioso como una tumba. También es un viejo amigo mío. Pero, claro, no creo que sea inmune a las balas, si llegamos a eso. De todas formas, me gustaría saber su opinión y las posibilidades de conseguir una copia. Francamente, Val, ¿de qué tiempo es este cáliz?

El joven dudó.

—Es difícil decirlo —habló al fin—. Desde luego, de antes de Cromwell.

El rostro que el conductor volvió hacia su compañero estaba lleno de asombro.

—Oiga —dijo—, usted no querrá decir que este trasto que tenemos en la maleta tiene mil años, ¿verdad?

—Mi querido amigo, claro que los tiene —Val estaba un poco herido—. Usted conoce todas sus leyendas igual que yo.

Míster Campion quedó silencioso y el otro continuó:

—¿Por qué se asombra?

—Por nada —respondió su compañero—. De pronto la idea me vino a la mente de golpe, eso es todo. Hemos estado jugando al escondite con él toda la mañana, y repentinamente me he dado cuenta de toda su importancia. Ya hemos llegado.

Metió el coche con gran destreza por una callejuela y lo detuvo delante de una tienda antigua, o más bien un edificio con un escaparate que estaba medio cubierto con pintura dorada y negra, de tal forma que parecía uno de los muchos establecimientos de venta al por mayor que abundaban en la vecindad. La pesada puerta, con brillantes apliques de bronce, estaba entreabierta. Míster Campion se apeó y levantando la maleta nueva penetró en el edificio. Val le siguió.

Debajo mismo de la aldaba había una brillante placa que decía: “I. Melchizadek”. Val observó que no había ninguna otra placa comercial en todo el edificio. Siguió a Campion hasta una gran oficina con un largo mostrador de madera. Todo parecía callado y desierto, y salvo varios estuches con preciosas reproducciones de oscuras

medallas y joyería diplomática, no había signos del negocio de la casa.

Nada más entrar, apareció detrás de un escritorio un joven afable, que se dirigió a ellos. Míster Campion sacó una tarjeta del bolsillo y se la tendió.

—¿Quiere preguntarle a míster Melchizadek si puede dedicarme unos minutos? —rogó.

El joven tomó la tarjeta y repitió el nombre en voz alta.

—Míster Christopher Twelvetrees.

—¡Hola! —dijo Val—; usted se ha...

Ante su asombro, míster Campion le hizo una señal de silencio y le dijo al empleado:

—Está bien; míster Melchizadek me conoce.

Al desaparecer el joven, míster Campion se volvió hacia su amigo.

—Debería haberle prevenido de mis muchos *noms de guerre* —observó—. No se le olvidará, ¿verdad? Soy Christopher Twelvetrees hasta que salgamos de aquí.

Considerablemente aturdido, Val tuvo el tiempo justo para afirmar en silenciosa aquiescencia, cuando se abrió la puerta de la oficina por la que marchó el empleado y entró el viejo más sorprendente que había visto en su vida.

Míster Israel Melchizadek era un milagro de finura: el refinado intelectual judío. Mirándole le recordaba a uno irremisiblemente que sus antepasados habían tenido antepasados que conversaron con Jehová. Rondaba los setenta años era alto, esbelto, con un rostro fino y delicado, que muy bien podría haber sido esmalte pulido. Iba bien afeitado y con el cabello blanco muy corto. Se acercó a ellos con la mano extendida.

—Míster Twelvetrees —reconoció—. Me alegra mucho verle.

Su voz tenía una extraordinaria calidad, que realzaba la peculiar nota oriental de toda su persona. Míster Campion le estrechó la mano y presentó a Val.

El joven sentía que unos ojillos negros y astutos estudiaban su rostro. A pesar suyo estaba impresionado. Míster Melchizadek echó una ojeada a la maleta.

—Si quiere tener la bondad de pasar a mi despacho, míster Twelvetrees —dijo—, podremos hablar sin ser oídos y sin que nos interrumpen.

Los condujo a través de una segunda puerta por un corredor y les hizo entrar en un lujoso cuarto, que era un perfecto marco para su notable personalidad.

El suelo estaba cubierto por una antiquísima alfombra persa y de las paredes colgaban buenas pinturas: un David, un Zoffany, y sobre la repisa, la cabeza de una preciosa mujer, por Laszlo.

La mayor parte del despacho la ocupaba una enorme mesa. Después de colocar sillas para sus visitantes, míster Melchizadek se sentó detrás de la mesa.

—Ahora, míster Twelvetrees —formuló—, ¿qué puedo hacer por usted? ¿Desea que le haga una copia, quizá? ¿Es por casualidad la de un famoso cáliz?

Míster Campion alzó las cejas.

—¿Tomando el camino más largo, señor? —inquirió afablemente.

El viejo sacudió la cabeza y por un momento entreabrió los finos labios en una sonrisa.

—No, amigo mío —repuso—. Tengo demasiados clientes para seguir cualquier camino que no sea el mío.

Campion suspiró.

—Gracias a Dios. Bien, claro; tiene razón. Veo que aprecia la gravedad de la situación. Lo que tiene ahí no es nada más ni nada menos que el cáliz Gyrth.

Levantó la maleta y la depositó reverentemente sobre la mesa. El viejo se levantó, acercándose.

—Nunca lo he visto —dijo—, aunque, claro, su historia, o más bien su leyenda, la conozco bastante bien. Realmente esta va a ser para mí una experiencia muy agradable, míster Gyrth —añadió mirando a Val—. Durante los últimos doscientos años hemos tenido el privilegio de manejar muchos tesoros; a pesar de ello este es un acontecimiento memorable.

—Tiene más de mil años —observó míster Campion con voz engolada, y Val pensó que un poco estúpida, como si estuviese particularmente ansioso de impresionar al viejo—. Más de mil años.

Abrió cuidadosamente la maleta, y separando la manta que lo cubría extrajo el cáliz, que todavía continuaba envuelto en las toquillas.

Míster Melchizadek estaba sorprendido y hasta un poco perplejo, según le pareció a Val, por esta poco apropiada envoltura. Se mantuvo en silencio hasta que míster Campion quitó la última toquilla y puso el dorado cáliz en sus manos.

La escena fue de las que Val no olvidaría nunca. El alto y austero viejo asió el magnífico trabajo con delicados dedos. Dio vueltas y más vueltas a la reliquia, estudiándola a través de una lente de joyero; la examinó por todas partes y finalmente la colocó sobre la mesa. Parecía un poco confundido y a disgusto.

—Míster Twelvetrees —advirtió lentamente—, usted y yo somos viejos amigos.

Míster Campion le miró a los ojos.

—Míster Gyrth y yo —dijo con aparente desatino— podemos jurar que este es el cáliz Gyrth. ¿Qué nos puede decir sobre él?

Por primera vez Val se dio cuenta de que algo iba mal, y levantándose de la silla se acercó a la mesa y se colocó al lado de los otros.

Míster Melchizadek volvió a tomar el cáliz.

—Esta es una pieza preciosa —afirmó—. El trabajo es magnífico, y el dibujo es casi una reproducción del que hay en San Michele, en Vecchia. Pero no es medieval. No estoy seguro, pero creo que si me deja mirar en mi archivo puedo decirle la fecha exacta en que fue hecho.

De los labios de Val salió un grito inarticulado y abrió la boca para hablar, iracundo. Míster Campion le hizo callar.

—Espere un momento, viejo —murmuró—. Esto se complica por momentos. Creo que estamos a dos pasos de un buen descubrimiento.

El silencio que siguió fue interrumpido por la tranquila voz de míster Melchizadek:

—Preferiría que no le bastase mi palabra, míster Twelvetrees. Quisiera una segunda opinión. Soy muy viejo y pueden ocurrir notables fenómenos. Me pregunto, por tanto, si me permitieran introducir a un amigo mío en esta discusión. Por casualidad está en la habitación contigua y es uno de los expertos más famosos del mundo en estas cosas. Estaba de visita cuando ustedes han llegado y me hizo el favor de esperar hasta que estuviese libre. ¿Qué responden? —se volvió de Campion a Val.

El joven estaba de color escarlata y francamente confundido. Míster Melchizadek tosió.

—Pueden confiar en su discreción como lo harían con la mía —murmuró.

—¡Oh, claro que sí! —afirmó Val rápidamente, y míster Campion corroboró con un gesto.

Míster Melchizadek salió de la habitación en silencio.

Val se volvió a Campion.

—Esto es para volverse loco —dijo secamente—. Es...

Míster Campion le puso una mano sobre el hombro.

—Cálmese —aconsejó—; déjelos hablar a ellos. Creo que al fin empiezo a ver claro.

No tuvo tiempo para más confidencias, pues míster Melchizadek reapareció acompañado por un ágil hombrecillo, de frente despejada y barba puntiaguda a lo Van Dyke. Su apariencia les era familiar a ambos y le reconocieron antes que míster Melchizadek iniciase la presentación.

—Este caballero es el profesor Gardner Cairey, una gran autoridad americana. Profesor Cairey, permítame presentarle a míster Gyrth y a míster Christopher Twelvetrees.

CAPÍTULO 13

MELCHIZADEK FECIT

Tras las presentaciones se hizo una larga pausa. El profesor Cairey miraba a los dos jóvenes con una ligera expresión de duda en sus ojos, y Val, por primera vez, pudo echarle un buen vistazo.

Era un apuesto hombrecillo, con el mismo delicioso aire de reprimida diversión que se advertía en su hija. Su rostro era inteligente y vivo, sin llegar a ser desconcertantemente astuto; en él había un aire de cordialidad que impresionó inmediatamente a los dos.

Fue el primero en hablar, con voz tranquila y agradable, y un tono marcadamente norteamericano que subrayaba en cierto modo su apreciación de la extraña situación. Sonrió a míster Melchizadek.

—Esto es un problema como una catedral —expuso—. La suerte me ha abandonado. No estoy en buenas relaciones con los Gyrth, y además, les debo mis excusas.

Luego rió, e instantáneamente se relajó la tensión. Champion tomó por el brazo a Val para que no hablara; el profesor Cairey, continuó:

—He sido lo que mi hija llamaría un entrometido. En realidad, hasta tuve el atrevimiento de introducirme en su jardín, hace uno o dos días, míster Gyrth. Espero que no me vieran; pero, si se dieron cuenta, prefiero explicarme.

Val no pudo ya contenerse.

—Me temo que sí que le vimos, profesor —atacó—. Usted estaba ojeando el interior de la capilla.

El viejo sonrió.

—Así fue —admitió—. Estaba a mitad de mi libro, *El impacto de la Commonwealth sobre la decoración de la iglesia anglicana del Este*. Y no me importa decirle que esperaba... bueno, alguna ayuda de su familia. Pero no sé cómo me puse a malas con su padre, y estaba tan lejos de su capilla como si me hubiera quedado en mi casa de Westport, Nueva Jersey —dudó y los miró con ojos brillantes y sonrientes—. Me aguanté mientras pude, y la otra noche, sin estar enterado de sus trastornos, sentí repentinamente la necesidad de echar una ojeada allí y terminar mi capítulo, aunque me persiguiese el jardinero.

Val enrojeció.

—No he estado en casa —repuso—. Y, claro, me temo que mi pobre tía hiciese las cosas difíciles. Estaré encantado de enseñarle el lugar cuando quiera. A propósito,

parte del camino lo he hecho con su hija.

Míster Campion, que hasta entonces había permanecido en silencio, miró al profesor con ojos que reían detrás de las gafas.

—Profesor Cairey —preguntó—, usted es autor de *La superstición antes de Cotton Mather*, ¿no es cierto?

El profesor Cairey enrojeció.

—Así es, míster Twelvetrees —concedió, pronunciando el nombre con extraña entonación—. No creí que en esta parte del Océano se preocupasen por eso.

Val tuvo la desagradable impresión de que los dos interlocutores se hablaban con cierto aire juguetón que no podía terminar de comprender.

Los modales de míster Campion se hicieron casi reverentes.

—Le debo mis excusas, señor —se disculpó—. No me importa hacerle saber que creíamos que era un pájaro de cuenta. Lo que es más, estábamos convencidos de que iba tras el cáliz.

Míster Melchizadek parecía horrorizado, y murmuró una palabra de protesta. El profesor le calmó con una sonrisa.

—Así era —dijo—, hasta cierto punto —volvióse hacia Val para explicarle—. Estoy familiarizado con la historia de su gran tesoro, míster Gyrth. Es una de las siete maravillas del mundo, en mi opinión. Estaba, naturalmente, ansioso de echarle un vistazo. Había oído que solamente se enseñaba al público una vez a la semana, y pensaba valerme de ello; solo que, como he dicho, el cáliz estaba oculto tras unos barrotes y con mala luz; además, había esa pequeña historia de incomodidad entre su tía y mistress Cairey, y mientras esperaba y deseaba que los pequeños contratiempos desapareciesen, su pobre tía murió. Naturalmente, me era imposible ir de visita.

Val, que parecía haber caído completamente bajo los efectos de la encantadora personalidad del viejo, se hubiese metido en una corriente de excusas, ya que reconocía los malos modales por parte de la fallecida lady Pethwick, cuando la suave voz de míster Melchizadek le detuvo.

—Creo —aventuró— que si permite al profesor Cairey examinar el cáliz, podría darnos una opinión muy interesante para todos.

—No faltaba más.

Míster Campion se apartó de la mesa y dejó ver el cáliz.

El profesor se acercó a él con entusiasmo. Lo tomó, le dio vuelta y probó el metal con su pulgar.

—Por favor, présteme su lente, Melchizadek —rogó—. Esto es una cosa preciosa.

Le miraron fascinados. Sus entendidos dedos acariciaban la ornamentada superficie. Siguió casi movimiento por movimiento lo que había hecho míster Melchizadek. Finalmente, volvió a depositarlo sobre la mesa.

—¿Qué quieren saber? —preguntó.

—¿Qué es? —preguntó míster Campion rápidamente a su vez, antes que Val tuviese tiempo de abrir la boca.

El profesor lo pensó.

—Es un cáliz de iglesia —expuso—. El diseño es del Renacimiento. En cuanto al trabajo, yo diría que se hizo mucho tiempo después. Tiene unos ciento cincuenta años.

Val miró a Campion tontamente, y míster Melchizadek tomó el tesoro.

—Eso me pareció —dijo—. Si me permite, míster Gyrth, creó que podría probarlo. No quise sugerirlo hasta contrastar mi opinión.

De un cajón tomo un cuchillo de hoja fina, y después de estudiarla pedrería de la base del cáliz a través de su lente, durante unos minutos, empezó a hacer presión en la base de uno de los rosetones. Repentinamente dejó escapar una exclamación de satisfacción, y dejando el instrumento desatornilló la piedra cuidadosamente y la dejó sobre la mesa. Al acercarse todos a su alrededor señaló el pequeñísimo espacio que quedaba al descubierto.

Allí, había una simple inscripción, grabada sobre el metal:

I. MELCHIZADEK FECIT

1772

—Mi bisabuelo —explicó míster Melchizadek, simplemente—: el fundador de esta firma. Invariablemente firmaba todas las piezas que hacía, aunque a veces era necesario que lo hiciese donde no lo pudiera ver un observador casual.

—Pero —repuso Val, rehusando permanecer silencioso—, ¿no comprende lo que esto significa? Esto es lo que ha pasado durante los últimos años..., bien, desde que mi padre nació hasta ahora, por el cáliz de los Gyrth.

Por un momento el profesor quedó tan estupefacto como Val. Luego, una luz de comprensión cruzó por sus ojos. Se acercó a míster Campion.

—Míster Twelvetrees —murmuró—, quisiera tener unas palabras con usted y míster Gyrth en privado. Quizá haya algún lugar donde podamos hablar.

Míster Campion le observó astutamente a través de sus pesadas gafas.

—Lo estaba deseando.

Entre tanto. Val, aún aturdido, contemplaba el trabajo del bisabuelo de Melchizadek como si no lo hubiera visto nunca. El profesor Cairey se hizo cargo de la situación. Se despidió del viejo judío, con quien parecía estar en buenos términos; el cáliz fue devuelto a su maleta, y diez minutos más tarde los tres hombres se habían metido en el dos asientos y se dirigían al oeste de la ciudad.

Se le ocurrió a Val que esta buena acogida del profesor Cairey había sido un poco repentina, por no decir otra cosa. Pero el profesor demostró tan evidente *bona fide*, y su disposición fue tan agradable, que a los diez minutos de su encuentro estaba decidido a confiar en él. Comoquiera que sea, nunca creyó que míster Campion fuera el poseedor de un espíritu confiado, y estaba sorprendido.

Antes de llegar a Piccadilly, Campion se había presentado a sí mismo con encantadora *naïveté*, y cuando estaban subiendo las escaleras ya hablaban con míster Cairey como si fueran dos viejos amigos.

Val, que estaba enormemente sorprendido de la forma despreocupada en que míster Campion se había acercado al lugar, le lanzó una mirada al colocar este una silla para su visitante.

—La última vez que estuve aquí —dijo—, me hizo comprender que podía ser golpeado en cualquier momento si salía por esa puerta. ¿Ya no hay peligro ahora?

—Ahora —respondió Campion—, el daño está hecho, en lo que a ellos se refiere. En este momento ya estará claro para todos que usted y yo vamos juntos en este juego. El meterle una bala a usted sería tanto como pedir la destrucción. La buena noticia ha sido traída desde Aix a Ghent. Su padre sabe que hay peligro, Scotland Yard sabe que todos los criminales están metidos en el ajo. Puede que estén por ahí fuera los “chicos de George”, pero lo dudo.

El profesor Cairey, que había escuchado esta conversación con los castaños y redondos ojos llenos de interés, habló suavemente.

—No he podido llegar a entender lo que hay de malo en todo esto.

Val se encogió de hombros.

—Después del descubrimiento de míster Melchizadek —formuló lentamente—, la inquietud se ha vuelto absurda. Lo que es más, todo es un trágico fracaso —añadió con amargura.

El profesor y Campion cambiaron una mirada. Fue el viejo el que habló:

—Yo no perdería el tiempo pensando en eso, hijo. Bueno —añadió, volviéndose a Campion—, será mejor que se lo confiese a míster Gyrth ahora mismo, y quizá después podamos marcharnos.

Val miró rápidamente a Campion, que se adelantó con modestia.

—La situación es muy delicada —murmuró—. No obstante, quizá tenga razón y ahora sea el momento de poner las cosas en claro. La verdad es, Val, que tuve mis dudas acerca del cáliz en el momento en que vi la fotografía. Antes de verle a usted, por tanto, le hice una visita a mi viejo amigo el profesor Cairey, el mayor experto que existe en este asunto, quien, según descubrí, vivía en la casa de al lado del antiguo hogar. Esto no es tanta coincidencia como parece, ¿sabe? El profesor confesó que había alquilado una casa al lado de la suya. No se podía afirmar nada con certeza solo por la fotografía, aunque tenía enormes dudas.

Hizo una pausa y el americano afirmó con la cabeza. Campion continuó:

—Como había muy poco roce entre su tía y sus nuevos vecinos, no podía introducir en seguida al profesor Cairey en el seno de la familia. Siento decir, por tanto, que le visité, y le pedí que se encontrase conmigo en casa de Melchizadek. Sabía que necesitaría más de un experto para convencerle de que el cáliz no era lo que se suponía —se detuvo y miró al joven dubitativamente—. Lo siento muchísimo. Le iba a persuadir de que lo trajese para sacar una copia, y entonces las chicas, muy

convenientemente, lo robaron.

Val se dejó caer en una silla, cubriéndose el rostro con las manos.

—Es más de lo que puedo soportar —se lamentó—. Parece que es el final de todo.

El profesor se inclinó en su silla; la expresión en su inteligente rostro era muy amable.

—Óigame —dijo—, no quiero inmiscuirme en los planes de su familia, según los cuales se les da a conocer a ustedes un secreto a determinada edad. También aprecio lo delicado del asunto que voy a discutir. Pero, si me lo permite, me gustaría decirle ciertos hechos que se me han ocurrido, como se le ocurrirían a cualquiera que mirase este asunto desde la parte de fuera, sin haber pasado la vida asociado con una idea.

Hizo una pausa. Val, con el rostro alzado, le escuchaba con intensa atención.

—Para mí —continuó el profesor—, yo diría que esa preciosa pieza que tiene ahí en la maleta, y que ha estado en su capilla durante los últimos ciento cincuenta años, es lo que podríamos llamar un cáliz falso. Como comprenderá, la mayoría de las ideas antiguas eran nociones simples, obvias; sencillos métodos de conservar un tesoro. Ahora bien: en mi opinión, el falso cáliz, como lo llamamos, es el último de una gran serie del último tipo, y, probablemente, de diferente diseño. El verdadero cáliz siempre se ha mantenido oculto, mientras que la copia tomó su lugar para satisfacer la curiosidad de los visitantes, ladrones, etc.

Val tomó aliento.

—Le comprendo —dijo, con un chispazo de esperanza en sus ojos—. ¿Quiere decir que el verdadero cáliz es demasiado valioso para tenerlo en exposición?

—Exactamente..., cuando había merodeadores como su gran patriota Cromwell —el profesor hablaba con una nota de risita ahogada en la voz—. Hay dos o tres ejemplos de casos anteriores análogos al que nos ocupa. He hecho un estudio de estas cosas, ¿sabe? Podría contarle más de la historia del cáliz que cualquier otra persona en el mundo que no fuese de su familia. Por ejemplo, en tiempos de Ricardo II se dijo que había sido robado, y otra vez poco después de la Restauración. Pero las tierras de los Gyrth nunca fueron confiscadas por la Corona, como hubiese sucedido de haber sido el verdadero cáliz. La reina Ana emitió otro veredicto, ratificando, por decirlo así, la posesión del genuino cáliz por su familia.

Hizo una pausa, ante la sorpresa del joven, y Campion sonrió.

—El profesor es un verdadero hijo de su país; sabe más de nosotros que nosotros mismos —observó.

Val se recostó en su silla.

—Óigame —rogó—, si este es el cáliz falso, como usted lo llama, ¿por qué no podemos dejar a esos infernales ladrones, quienesquiera que sean, que lo cojan, y no decimos ni una palabra más?

Míster Campion sacudió la cabeza.

—No sirve —rechazó—. En primer lugar, se darían cuenta, exactamente igual

que nosotros; en segundo lugar, a menos que el asunto de la confiscación de tierras y demás fuese discutido, sabrían que no se habían hecho con el verdadero y no estarían contentos hasta lograrlo. “Ethel” y “George” son infernalmente tenaces. No, nuestro plan original es el único. Tenemos que encontrar el pez gordo y pescarlo.

—¿Se da cuenta, míster Gyrth? —añadió el profesor, lentamente—. Todo lo que le he dicho estaría perfectamente claro para un ladrón inteligente. Me imagino que la gente con quien tiene que tratar son hombres de gusto y discernimiento. Una vez tengan este cáliz pueden llegar a la misma conclusión que yo. Por desgracia, ha sido descrito por varios antiguos escritores. Los delincuentes modernos tienen muchas más oportunidades de conocer hechos históricos que sus compañeros medievales.

—Mi querido amigo —comentó Champion—, no ponga esa cara de funeral. Aún no saben esto, puede estar seguro. Probablemente solo hay cinco personas en el mundo, de momento, que conozcan la existencia de un segundo cáliz, y para poder conservar el secreto del verdadero debemos agarrarnos al cáliz falso como lapas.

—Sí, lo comprendo —Val hablaba lentamente—. Pero, ¿dónde está el verdadero cáliz? ¿Enterrado en algún sitio?

El profesor se aclaró la garganta.

—Como soy un extraño —comenzó—, apenas me atrevo a sugerirlo; pero me parece bastante obvio, considerando la mente medieval, que este detalle se aclarará en su vigésimo quinto aniversario.

Val profirió violentamente:

—¡*El cuarto!* ¡Claro!

Por un momento quedó suspenso. Luego, su expresión cambió, y en sus ojos apareció algo muy parecido al temor.

—Pero eso no es todo —dijo.

Era evidente que el tema que tanto tiempo había sido tabú le había indignado cordialmente, pues hablaba a borbotones, casi con alivio, de poder, al fin, hablar de sus sospechas.

—El cuarto en el ala este —prosiguió solemnemente—, contiene algo terrible, ¿sabe, Champion? Puede que esté loco, pero no puedo remediar el sentir que no es un simple museo. Toda mi vida, mi padre ha estado bajo el efecto de una gran impresión. Quiero decir, tiene algo en su memoria, algo que es casi demasiado grande para él. Y a mi abuelo le sucedía lo mismo. Este no es tema del que se haya hablado mucho y yo nunca se lo había mencionado ni a un alma; pero ahí *hay* algo temible.

Se hizo un corto silencio al terminar de hablar, y el profesor se levantó.

—No creo que haya ninguna duda —dijo suavemente— de que el verdadero cáliz, que está hecho de oro rojo inglés, y es, probablemente, un poco mayor que el hueco de la mano de un hombre, tiene un terrible y eficaz guardián.

CAPÍTULO 14

CINCUENTA Y SIETE VARIEDADES

— **T**odas estas cosas ya están ordenadas, como dijo la vieja en el congreso de la iglesia —observó míster Campion—. Todo tiene fin, y estamos adelantando un poco. Dentro de un momento tendremos otra experta opinión. Mi amigo el inspector Stanislaus Oates es una persona encantadora. Aparecerá todo alegre, y extraoficialmente nos aclarará los puntos extraños.

Se dejó caer en un sillón enfrente de Val y encendió un cigarrillo. Su amigo se revolvió inquieto.

—Estamos teniendo un verdadero día de expertos, ¿no es cierto? —observó—. Me gusta el profesor. ¿Por qué lo ha tenido escondido tanto tiempo?

Míster Campion extendió las manos.

—Simple astucia —dijo—. Un estúpido deseo de impresionar. También debe recordar que no le conocía a usted muy bien. Podría no haber sido el joven apropiado para tomarlo como socio. Aparte de eso, mistress Cairey, una encantadora señora, y su tía estaban jugando al femenino juego de escupe, araña y corre.

Val frunció el ceño.

—Tía Di —repuso—, era lo que Adolphe, el hermano de tío Lionel, solía llamar un fallo de la Naturaleza. Recuerdo que una vez me dijo: “Val, pequeño, nunca se encuentra una mujer que sea una estúpida completa. Muchos hombres han ganado esa distinción, pero nunca una mujer. La excepción que confirma la regla es tu tía Diana”. No la quería. Me preguntó qué le diría a mistress Cairey. Apuesto a que fue algo ofensivo.

—Algo sobre que “los padres peregrinos eran no conformistas”. Seguro —comentó Campion con prosopopeya, ajustándose las gafas—. Hola —añadió—, pasos en la escalera. “Y ese, si no me equivoco, Watson, es nuestro cliente”. Ha venido temprano. Normalmente nunca le dejan libre hasta después de las seis y media.

No se tomó la molestia de levantarse, pero gritó alegremente:

—¡Introdúzcase, *Byng Boy!* Levante el pestillo y entré.

A esta invitación siguió un largo silencio. Míster Campion gritó otra vez:

—Entre. Todos somos amigos aquí. Deje las esposas en el gancho provisto por la administración.

En el pasillo exterior se oyó un paso, y al momento la puerta del cuarto donde estaban sentados se abrió con precaución y apareció una pequeña cara pálida, rematada con un sombrero flexible. Míster Campion se levantó de un salto.

—¡Emite Walker! —dijo—. ¡Paria! ¡Para! ¡Lárgate! Va a subir un policía.

El pálido y feo rostro se abrió en una sonrisa.

—No importa —repuso—. Estoy libre bajo fianza. Todos mis papeles están en orden. Tengo algo que decirle. Algo que le hará saltar.

Míster Campion volvió a sentarse.

—Entra —dijo—. Cierra la puerta cuidadosamente. Ponte tieso y límpiame el labio superior.

La sonrisa se ensanchó.

—Puedo dejarme crecer el bigote si quiero, ¿no? —comentó míster Walker, sin malicia. Iba vestido con un sucio traje lleno de grasa de motor. Se acercó a Campion con suave balanceo.

—Puedo hacerle un buen servicio —ofreció—. Pero le costará uno de cinco.

—Justo lo que dicen en Harley Street, aunque no con tanta franqueza —dijo míster Campion alegremente—. ¿Qué me ofreces? ¿Píldoras? ¿O quieres proponerme para ingresar en tu club?

Ernie Walker señaló a Val con el pulgar.

—¿Qué hay de este? —preguntó.

—Todo en orden. Es el lord Harry —respondió Campion—. Nadie importante. Continúa. ¿Cuál es tu cuento?

—He dicho que uno de cinco —porfió Ernie, quitándose el sombrero, por deferencia, según pensó Val, al título que le acababa de adjudicar su amigo.

—Así nunca conseguirás un empleo —dijo míster Campion, con reproche—. Continúa con tu cuento.

Ernie le guiñó un ojo a Val.

—Se las sabe todas, ¿eh? —dijo—. Si fuese tan listo como se cree, me hubiera *guipado* esta mañana.

Míster Campion levantó la vista.

—¡Santo Dios! Tú conducías el Benz —dijo—. Si no tienes cuidado, tendrás todos tus papeles rotos por orden.

—Calma, calma. No estaba haciendo nada. Solo estaba llevando a unos amigos de paseo —la expresión de Ernie era de la mayor inocencia—. Y si no quiere saber nada, no se lo diré. Empiezo a tratarle como a un amigo y usted se me pone antipático —se puso el sombrero.

—No hay necesidad de colocarte el gorro —dijo míster Campion suavemente—. Supongo que te han alquilado para el trabajo.

—Exactamente —afirmó Ernie—. Y pensé que a lo mejor quería pagar uno de cinco para saber quién me ha alquilado.

Míster Campion suspiró.

—Si te has tomado todas estas molestias para decirme que Matthew Sanderson no me quiere —dijo—, eres más idiota que yo, *Gunga Din*.

—Si es asunto de llamarse nombrecitos —expresó míster Walker con calor,

intentando no dejar ver su desilusión—, me sé el papel tan bien como cualquiera.

Campion alzó una mano.

—Silencio —ordenó, indicando a Val—. Recuerda la aristocracia. ¿Es eso todo lo que tienes que ofrecerme?

—No, no lo es. Matt Sanderson me alquiló, es verdad, pero está trabajando para otro individuo. Mientras estaba conduciendo el coche tuve los oídos alerta y oí cómo hablaba de ese gran tipo. Siempre me digo que uno nunca sabe cuándo puede ser útil un poco de información.

Los ojos de míster Campion brillaron tras las gafas.

—Ahora estás empezando a ponerte ligeramente interesante —dijo.

—Son cinco del ala, amigo —recordó Ernie—. Cinco, por el nombre del tipo para quien trabaja Sanderson.

Míster. Campion sacó la cartera.

—Es una manía esto de los cinco. Tu padre se hubiese conformado con media corona —sacó cinco billetes, como un jugador de póquer.

—Ahora —ordenó—, vomita.

Ernie se volvió afable.

—Es usted un caballero —dijo—, eso es lo que es usted. Uno de los mejores. Bien; oí que Sanderson le decía a uno de sus compinches, un extraño en el juego: “Tendré que dar cuenta de esto a *Daisy*”. Eso fue cuando estábamos echándonos al colete la cerveza que dejó en la maleta. A propósito, no supe que era usted hasta que le vi en el coche. Cómo se ha reído de ellos. Estaban que se subían por las paredes.

—El *Daisy* —repitió Campion—. ¿Estás seguro?

—Ese fue el nombre. Lo recuerdo porque Alf Ridgway, el tipo a quien solían llamar el *Daisy*, fue colgado hace dos años. En Manchester.

—Ya —se contentó míster Campion, y cambió de conversación—. ¿Qué tal va el negocio de coches?

—Mejor que nunca —míster Walker hablaba con entusiasmo—. La semana pasada vendí uno maravillosamente repintado en Norwood. Mi hermano lo *chorizó* en Newcastle. Lo trajo al garaje y lo dejamos como nuevo, papeles y todo. Yo fui el que dio la *jeta*. El sucio gorgojo a quien se lo vendí, un respetable comerciante, también me pasó un par de billetes falsos. Sinvergüenza, eso es lo que es la gente la mitad de las veces.

—Silencio —ordenó Campion—; aquí viene Stanislaus.

Ernie se guardó los billetes a toda velocidad y se volvió a la puerta, expectante. Un momento después apareció el inspector Stanislaus Oates. Era alto y de aspecto gris, con cierta tendencia a engordar de estómago.

—Hola —saludó—, ¿deja siempre la puerta abierta? —luego, al ver a Ernie, añadió con aparente impertinencia—: ¡Mi madre!

—Me marchaba ya, señor —en verdad, Ernie ya se dirigía hacia la puerta—. Vine de visita. Lo mismo que usted, supongo —añadió, guiñándole un ojo a su huésped.

Campion rió entre dientes.

—Cierra la puerta cuando salgas. Y recuerda mirar siempre la marca de agua.

—¿Qué es eso? —preguntó Oates, receloso. Pero la puerta ya se había cerrado tras el ladrón de coches y estaban solos.

Campion presentó a Val, y le sirvió un *whisky* con seltz al detective. El hombre de Scotland Yard se dejó caer en una silla.

—¿Qué está haciendo con esa rata? —preguntó, señalando con la mano hacia la puerta por la que había salido míster Ernest Walker. Se volvió a Val, apologeticamente:

—Cada vez que vengo a ver a este hombre me encuentro a alguno de los que tenemos en nuestros ficheros, bebiendo en la cocina o soleándose tumbado en el felpudo. Este hombre es un irreformable.

—Calma —pidió míster Campion—. El nombre de Lugg es sagrado. Me alegro muchísimo que haya venido. Usted es precisamente el hombre que necesito. ¿Por causalidad conoce a un tipo, rico e influyente entre la baja capa social, llamado el *Daisy*?

—Fue colgado en Manchester el 27 de noviembre de 1928 —recordó el hombre de Scotland Yard, rápidamente—. Un caso repugnante. Un cuerpo cortado en pedazos y demás. Recuerdo la ejecución. Estaba lloviendo.

—Equivocado —repuso míster Campion—. No es por ahí. Me refiero a una persona muy superior. Aunque hay una probabilidad entre cien de que sea un aficionado.

—Conozco cincuenta y siete variedades de *Daisy* —dijo míster Oates—, si se utiliza como apodo. Pero son pequeños pececillos, muy pequeños todos ellos. Exactamente, ¿qué es lo que se trae entre manos ahora? ¿O es un secreto de Estado otra vez?

Rió, y a Val empezó a gustarle este hombre tranquilo, de ojos saltarines.

—Bien, voy a tomar el camino más corto —dijo míster Campion, y añadió—: es el opuesto al largo, ¿me comprende?

Por un momento el inspector permaneció en silencio. Luego, suspiró y dejó el vaso.

—Ya sabe que goza de todas mis simpatías —advirtió—. Si está jugando con fuego, un día de estos se quemará. ¿Qué ayuda espera de mí?

—No se preocupe —dijo míster Campion, ignorando la última pregunta.

—Estaré vivo en el veintiún cumpleaños de mi ahijado. Aún faltan diecinueve, ¿no? ¿Cómo está His Nibs?

Por primera vez el rostro del inspector se animó.

—Espléndido —respondió—. Todas las noches se lleva a ese Mickey Mouse que le envió usted. Se dará cuenta de que estoy aquí extraoficialmente. Si no ha perdido ya lo que quiera que estuviese cuidando, ¿por qué no lo deja en nuestras manos, y en paz? Lo malo de usted es que está infernalmente apegado a su trabajo. Se meterá en

algún jaleo.

Míster Campion se levantó.

—Mire, Stanislaus —dijo—; usted sabe, lo mismo que yo, que en el noventa y nueve por ciento de los casos la policía es la única que puede proteger a un hombre y su propiedad. Pero en el que hace cien, cuando la publicidad es fatal y la única salida es una drástica extirpación, entonces el individuo tiene que darse aire y hacer las cosas por sí mismo. De lo que quiero hablarle es de esto: ¿ve esa maleta que hay ahí? —señaló la maleta nueva de fibra que descansaba sobre la mesa—. Eso tiene que ser protegido durante los próximos días. Lo que contiene es de bajo valor intrínseco, pero los agentes de nuestros amigos del camino largo van tras ello. Y una vez que lo consigan estará en peligro un gran tesoro del Estado. ¿Me comprende?

El inspector lo pensó.

—Hablando oficialmente —repuso—, debería decir: “Mi querido señor, métalo en un banco, o en una caja fuerte, en el guardarropa de una estación de ferrocarril, o... démelo a mí y me lo llevaré al Yard”.

—Exacto —confirmó míster Campion—. Pero hablando por usted mismo, personalmente, a un amigo que está metido en esto hasta el cuello, ¿qué?

—Entonces —dijo el inspector—, no lo sacaré de aquí. Este es casi el lugar más seguro de Londres. Está sobre una importante estación de policía. Puede colocar un policía en la escalera, una pareja en la carbonería del viejo Rodríguez y un hombre vestido de particular en el tejado. Puede alquilar protección de la policía, ¿sabe?

—Estupendo —alabó Campion—. ¿Qué le parece a usted, Val? ¿Se está usted aquí con una pequeña fuerza de policía a su alrededor, mientras voy a Sanctuary y bajo un intenso esfuerzo para localizar al *Daisy*?

Val afirmó con la cabeza.

—Haré todo lo que quiera. Estoy completamente en sus manos. Hay una cosa. Solo disponemos de cuatro días. El próximo miércoles es día 2.

—Eso es —admitió Campion—. Bien, cuatro días, entonces. ¿Puede fijar la guardia, Stanislaus?

—Seguro —afirmó el inspector tomando el teléfono. Después de diez minutos de instrucciones intensivas, colgó—. Ya está. Les he evitado tener que rellenar interminables formularios. Le costará un poco caro. Supongo que el dinero no es pega. A propósito, ¿no le han pasado una orden para prestarle asistencia no oficial en todo lo que usted pida?

Campion le dirigió una mirada de aviso y el inspector cortó para observar rápidamente:

—Probablemente lo habré soñado —miró a Val curiosamente, pero el joven no se había dado cuenta del incidente.

—Ya está todo arreglado —dijo Campion—. Me esperaré hasta que usted esté acomodado, y me iré a Sanctuary mañana por la mañana. Aquí encontrará de todo, Val. Supongo que todo irá bien con su *pater*.

Val sonrió.

—¡Oh, sí! —manifestó—. Parece que le cayó en gracia desde que oyó hablar de usted la primera vez, lo que es bastante extraño; pero, bueno, todo el asunto es incomprensible. Ya he dejado de maravillarme.

El inspector se levantó y se colocó al lado de su amigo.

—Tenga cuidado —advirtió—. Cuatro días no es mucho tiempo para echar mano a un experto de los *inconnus* y poner punto final detrás de su nombre. Y, además, no me gustaría nada verle a usted colgado.

Míster Campion le tendió la mano.

—Un sentimiento que le acredita, amable señor —ironizó. Bajo la ligereza de sus palabras había una nueva solemnidad, y los pálidos ojos brillaban duros y resueltos tras sus gafas.

CAPÍTULO 15

PHARISEES CLEARING

Cuando Champion entró en el camino de coches de Tower, a las diez de la mañana siguiente, Penny salió a su encuentro antes que entrase en el garaje. Vino corriendo a través del césped, con las trenzas rubias golpeando sobre sus mejillas.

Champion detuvo el coche al saltar ella sobre el estribo. Se dio cuenta inmediatamente de su excitación, y sus primeras palabras lo confirmaron.

—¡Me alegra tanto que haya venido! —exclamó—. A Lugg le ha ocurrido algo terrible.

Míster Champion se quitó las gafas, como para verla mejor.

—Está bromeando —repuso, esperanzado.

—En absoluto —los azules ojos de Penny permanecían oscuros y llenos de reproches—. Lugg está en la cama, con una especie de ataque. Como dijo usted anoche, por teléfono, que llegaría hoy temprano, aún no he llamado al doctor.

Míster Champion la contemplaba con incrédula sorpresa.

—¿Qué quiere decir? ¿Una especie de ataque? —preguntó—. ¿Apoplejía o algo así?

Penny parecía incómoda; sostenía una batalla para decidirse a hablar. Al final tomó aliento y se sumergió en la historia.

—Sucedió esta madrugada —empezó—. Me desperté al oír una especie de terrible quejido debajo de mi ventana. Me asomé, y allí estaba Lugg sobre el césped, saltando como un maniático y armando un terrible escándalo. Me precipité en su auxilio, pero antes, Brach, que tiene su cuarto encima del mío, salió y le dio un empujón hacia adentro. Nadie podía hacer nada por él. Estaba temblando y rabiando. Puede que suene absurdo esto, pero me pareció que tenía un ataque de histeria.

Míster Champion se puso las gafas.

—¡Qué historia tan extraordinaria! —comentó—. ¿No habrá encontrado la llave de la bodega, por casualidad?

—¡Oh, no! No era nada parecido a eso —Penny habló con desacostumbrada gravedad—. ¿No ve lo que ha sucedido? Ha estado en Pharisees Clearing. Ha visto lo que vio tía Di.

Sus palabras parecieron adentrarse lentamente en el cerebro de míster Champion. Se quedó sentado en el coche, en el centro del camino, mirando al frente.

—¡Caramba! —dijo al fin—. Ese es un paso en la dirección correcta. Solo quise

tener al viejo diablo, ocupado. No tenía idea de que pudiera presentársele tamaña diversión.

Puso el coche en movimiento y lentamente se dirigió al garaje, con la joven a su lado.

—Albert —profirió severamente—, usted no le mandó ir allí por la noche, ¿verdad? Porque si fue así, es usted el responsable directo de esto. No me creyó cuando le dije que había algo tenebroso allí. Parece olvidar que mató a tía Di.

Míster Campion se sintió herido.

—Su tía Diana y mi amigo Magersfontein Lugg son dos personas bastante distintas —repuso—. Solamente le dije que se entretuviera descubriendo lo que había allí. Iré ahora mismo a verle. ¿Qué dice Branch de esto?

—Branch es muy discreto —murmuró Penny—. Mire, será mejor que deje el coche y que se vaya directamente a verle.

Míster Campion subió a saltos la escalera que conducía a las habitaciones de los criados. Encontró a Branch de guardia a la puerta del dormitorio de Lugg. El viejecillo parecía muy abatido, y su alegría al ver a míster Campion era casi penosa.

—¡Oh señor! —exclamó—. Me alegro que haya venido. Esto es todo lo que puedo hacer para mantenerle tranquilo. Si grita mucho más alto, no nos quedará un criado en toda la casa la próxima noche.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Campion, con la mano en el picaporte.

—No dudo que fue a Pharisees Clearing, señor.

El acento de Suffolk era ostensible en la voz del viejo. Míster Campion abrió la puerta y entró.

El dormitorio estaba oscurecido, y de una cama, en un rincón, salía un lastimero quejido. Cruzó la habitación, levantó la persiana y dejó que el sol entrase a raudales. Luego, se volvió al objeto que le miraba aturdido desde la cama, debajo del edredón.

—Bueno, ¿qué diablos pasa? —preguntó Campion.

Míster Lugg se rehízo. La vista de su amo pareció revivirle y recordarle esos chispazos de truculencia que todavía surgían en su naturaleza.

—He dimitido —contestó al fin.

—Eso espero —dijo Campion agriamente—. Cuanto antes te vayas y dejes de ponerme en evidencia, mejor para mí.

Míster Lugg se sentó en la cama.

—Qué nohecita he pasado —se quejó débilmente—. Casi perdí la razón por usted, y así es como me trata.

—Tonterías —rechazó Campion—. Me voy, dejándote en una casa respetable, y tú organizas un escándalo a medianoche y te comportas como una histérica cría de elefante.

El brillante sol, combinado con la actitud de su amo, actuaron como un tónico en el tembloroso Lugg.

—Le diré una cosa, compañero —dijo solemnemente—. Perdí el valor, lo mismo

que le hubiera pasado a usted de haberlo visto. ¡Qué cuadro!

Míster Campion continuó, enfadado:

—Seguramente te silbaron dos lechuzas —observó—. Y tú saliste corriendo y por poco tiras la casa a gritos.

—Un par de terroríficas lechuzas —puntualizó míster Lugg solemnemente—. Y algo más. Le diré una cosa: pase usted la noche en aquel bosque y por la mañana le llevó a Colney Hatch. Eso es lo que mató a lady Pethwick, solo de verlo; *eso* fue la causa. Y ella no era ninguna ñoña, se lo puedo asegurar. Era una mujer con la cabeza muy bien puesta. Otra, sin esas condiciones, hubiese estallado.

En la voz ruda de míster Lugg había una nota de seriedad, a pesar de tan pintorescas observaciones, y sus negros ojillos estaban francamente espantados. Míster Campion se hallaba impresionado. Él y Lugg habían pasado por pruebas bastante horrorosas y sabía que en lo que se refería a peligros concretos los nervios de su amigo eran de hierro.

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó, más amistosamente que antes—. ¿Intentó perseguirte una señora de blanco con la cabeza debajo del brazo?

Míster Lugg miró en derredor con miedo.

—No haga chistes con lo sobrenatural —dijo—. Puede reírse ahora, pero no lo hará después. Lo que vi en el bosque anoche era un monstruo. Y lo que es más, es ese monstruo del que me hablaba aquel individuo de la taberna. El que guardan en el cuarto secreto.

—¡Cierra el pico! —ordenó Campion—. En eso estás equivocado. Te dije que lo olvidases.

—Está bien, hombre listo —admitió míster Lugg sombríamente—. Pero lo que vi no era de este mundo, puedo asegurarlo. Por el amor de Dios, baje de las nubes y escuche esto seriamente o creeré que he perdido la chaveta.

Aquella súplica del independiente y segurísimo Lugg era demasiado para Campion. Se ablandó visiblemente.

—Oigámoslo —aceptó—. ¿Animal, vegetal o mineral?

Míster Lugg abrió la boca para hablar, y la cerró de nuevo. Los ojos se le salían de las órbitas al tratar de recordar la escena de su aventura.

—Que me maten si lo sé —dijo al fin—. Estaba sentado en el claro, como usted me mandó, fumándome una pipa y deseando que no estuviese todo tan silencioso, cuando oí una especie de canto; no música de iglesia, sino la clase de canto que puede emitir un animal, ¿comprende? Me enderecé un poco sorprendido, claro. Y entonces lo vi en pie, en el espacio iluminado por la luna que pasaba entre los árboles —hizo una pausa dramática—. Era la cosa más repugnante que he visto en toda mi vida. Era una cosa enorme, con unas piernecitas muy cortas y cuernos en la cabeza. Vino hacia mí, pero le diré algo más: lo olí. Olía a podrido, como algo muerto. Perdí la cabeza del todo y volví a la casa a cuarenta por hora, gritando como un loco. Creo que hice el ridículo. Pero a cualquiera le hubiera pasado lo mismo, estoy seguro.

Míster Campion se acodó sobre los pies de la cama. Lugg estaba contento de ver que su animosidad se había convertido en interés.

—¿Cuernos? —preguntó—. ¿De qué clase de animal?

—No eran de un animal corriente —respondió Lugg con decisión—. Le diré una cosa —concedió—: era como una cabra de tres metros de altura y andaba sobre las patas traseras.

—Esto huele mal —comentó Campion—. ¿Estás seguro de que no era una cabra?

—¿Está intentando hacerme pasar por tonto? Le digo que aquello medía tres metros de alto y tenía manos humanas..., porque se las vi. Se destacaban contra el cielo.

Míster Campion se levantó.

—Lugg, tú ganas —reconoció—. Perdona. Ahora levántate. Y recuerda esto: pase lo que pase, no digas una palabra a los otros criados. Y si saben que viste un fantasma, bien: no tenía nada que ver con el cuarto, ¿sabes? No digas ni una palabra de eso. A propósito, en la ciudad me encontré con un amigo tuyo: Ernie Walker.

—No le crea una palabra —los últimos vestigios de la historia de Lugg habían desaparecido—. Su trabajo es ante todo; ésa es la clase de tipo que es Ernie. Un cochino escarabajo que grita llamando a su mamá por un paquete de cigarrillos mojados.

Míster Campion sonrió.

—Parece que no puedes ver un fantasma sin que yo me vea con malas compañías en tu ausencia, ¿verdad? —dijo afablemente—. Ahora levántate y finge que tuviste un ataque biliar.

—¡Oh!, eso no es exactamente lo que me ha pasado —refunfuñó Lugg—. Si no le importa diré que ha sido un ataque al corazón. Tengo mi amor propio, tanto como usted.

Campion salió y se detuvo un momento en el rellano, con su insustancial expresión más marcada que nunca. Se dirigió al despacho de sir Percival, en el primer piso, y permaneció allí unos veinte minutos. Salió más pensativo que nunca. Estaba a punto de bajar cuando una figura, que había estado acurrucada en la ventana al final del corredor, se estiró, y Penny se acercó a él.

—¿Bien? —dijo—. Espero que ahora estará convencido de lo de Lugg.

Para su sorpresa, Campion la tomó del brazo.

—Ahora, mi querida dama, está a punto de convertirse en mi doctor Watson —propuso—. Usted hará las preguntas tontas, y yo las responderé con toda la sabiduría que me hace ser el favorito en todos mis clubs. Solían reírse cuando me levantaba a hablar. Ahora se burlan de mí. Pero ¿me importa? No; hablo con la cabeza. Me gustan los hombres sencillos, los hombres que llaman al pan, vino y al vino, pan.

—Deje de farolear —comentó Penny plácidamente, al salir al jardín—. ¿Qué va a hacer?

Míster Campion se detuvo y la observó seriamente.

—Óigame —dijo—: ¿no se ha peleado con Beth, ni nada de eso?

—Claro que no. ¿Por qué? Anoche estuve hablando por teléfono con ella. Naturalmente, quería saber todo lo referente al motivo por el que Val se había quedado en la ciudad. Parece que se llevan sorprendentemente bien, ¿sabe?

—Como viejos amigos —aseguró míster Campion—. Lo observé ayer. ¡Oh!, no estoy tan ciego como usted cree. Un corazón joven sigue palpitando debajo de mi nuevo chaleco protector. No, solamente he preguntado lo de Beth porque ahora vamos a visitar a su padre, que es una persona muy distinguida, a pesar de ser amigo mío. Debería habérselo dicho antes, pero ¡qué quiere!

—Hable en serio —pidió la chica—. Parece que olvida que yo no sé apenas nada de todo esto.

—Vamos a ver al profesor Cairey —continuó míster Campion—. No en la carroza de Baco ni nada de eso, sino en el coche de San Fernando. ¿Ve? Ahora se está volviendo una chica mayor, y puede que resulte útil. En términos generales, la situación es esta: me quedan tres días hasta el cumpleaños de Val. Tres días en los que he de encontrar al causante de todo esto y hacerle frente. La única pista que tengo es que el apodo es: el *Daisy*.

Penny lo miró, dudosa.

—Es casi imposible, ¿verdad? —dijo.

Míster Campion no contestó, sino que prosiguió.

—Está perfectamente claro para mí, y probablemente para usted, mi querido Watson, que hay algo sospechoso en Pharisees Clearing... Algo muy sospechoso si tengo que creer a Lugg. Tengo la impresión de que si podemos hacernos con ese fantasma tendremos la pista del *Daisy*.

—Pero —repuso Penny—, si el *Daisy*, como usted le llama, es responsable del fantasma y asustó a tía Diana intencionadamente, ¿por qué continúa rondando?

—Ese —observó míster Campion— es el punto que hay que tomar en consideración. Claro que puede que Lugg esté como un cencerro y se haya imaginado toda la historia.

Penny le echó una rápida mirada.

—Usted no cree en eso —afirmó.

Míster Campion la miró a los ojos.

—Usted —dijo— cree que es algo sobrenatural.

La joven echó a andar y el color subió a sus mejillas.

—¡Oh! —saltó repentinamente—, si usted supiese de los campesinos tanto como yo; si se hubiera criado con ellos, escuchado sus historias y oído sus creencias, no sería tan superficial sobre cosas que no son..., bueno, normales. Claro, no digo nada concreto. No lo sé. Pero desde la muerte de tía Di han venido a este distrito más y más gitanos. Dicen que hay un pequeño ejército.

Míster Campion alzó las cejas.

—La buena de mistress Sarah —dijo—. Haga siempre todo lo que pueda por la

tribu de los Benwell, Penny. Son los mejores gitanos del mundo.

Penny estaba sorprendida.

—Parece que sabe un poco de todo —dijo—. ¿Para qué vamos a ver al profesor?

—Porque —respondió Champion—, si nuestro duende de Pharisees Clearing es un genuino fenómeno local, puede apostar lo que quiera a que el profesor Cairey sabe todo lo que hay que saber sobre él. Además, cuando uno se tiene que enfrentar con algo sobrenatural no hay nada tan alentador como una mente y una explicación científicas.

Encontraron al profesor intentando poner un toldo de lona verde en el jardín de su atractiva casa estilo Tudor, que se alzaba entre las flores. El viejo se levantó para recibirlos con una genuina expresión de bienvenida en el rostro.

—Esto es encantador. Espero que habrán venido a comer, ¿verdad? Mistress Cairey está por la casa con Beth.

Penny no sabía cómo empezar, y fue míster Champion quien tomó las cosas por su cuenta.

—Profesor —empezó—, estoy en otro lío. Hemos venido a pedirle ayuda.

—No faltaba más —el entusiasmo del profesor era indudable—. El juez Lobbet, uno de mis mejores amigos, le debe la vida a este joven —añadió, dirigiéndose a Penny—. Veamos: ¿qué puedo hacer por ustedes dos?

—¿Ha oído hablar alguna vez del fantasma de Pharisees Clearing? —preguntó Penny, incapaz de contener su curiosidad por más tiempo.

El profesor pasó la vista de uno a otro, con una curiosa expresión en sus redondos ojos oscuros.

—Bien —dijo—, no sé que creerán de mí, pero tengo idea de que poseo una fotografía de eso. Vengan a la biblioteca.

CAPÍTULO 16

FENÓMENO

En las profundidades del estudio del profesor, un cuarto fresco, antiguo, con paredes de cemento y limpias vigas de roble, Penny y míster Champion escucharon una extraordinaria historia.

—No quiero que me comprendan mal —empezó el profesor, al arrodillarse delante de un exquisito *secrétaire* y abrir el último cajón—. Admito que he estado metiendo las narices en los asuntos de los demás y que he violado la propiedad ajena. Al otro lado del Océano no tiene importancia poner los pies en el jardín del vecino —añadió tímidamente.

Penny parecía terriblemente incómoda.

—No se burle de nosotros, profesor —rogó—. Ese fue un desgraciado accidente. Tía Di lo hizo difícil para todos, y mi padre hizo el tonto con lo de los gitanos.

El profesor se detuvo con la mano en el tirador del cajón.

—¿Usted no cree que tenía razón? —dijo—. Pues esta vez su padre la tenía. He perdido media docena de gallinas por culpa de esos vagabundos. Los eché de mi propiedad ayer por la mañana cuando vi que habían regresado.

Penny casi no le oía.

—El... el fantasma —tartamudeó—. ¿Es real?

El profesor la miró con curiosidad y no le respondió directamente.

—Ya lo verá —prometió—. Como iba diciendo, violé su propiedad. Oí ese cuento del fantasma mucho antes que su pobre tía muriese y, naturalmente, me interesó el asunto. Soy algo así como una autoridad en brujería medieval; es una especie de pasatiempo para mí, ¿sabe?, y había ciertas peculiaridades en los cuentos que oí que me interesaron. Estuve en el bosque de su padre varias noches, esperando, y puedo asegurar que no vi nada. Aun así, llevaba un revólver y puede que eso tuviera algo que ver.

Hizo una pausa y miró a Penny fijamente.

—Probablemente usted sabrá estas historias mejor que yo —dijo.

Ella afirmó con la cabeza.

—He oído varias cosas —admitió—. Pero ¿y la fotografía?

—A eso iba —continuó el profesor—. No sé si usted lo sabe, pero hay una forma de colocar una trampa para fotografiar a los animales en la noche. Es un bonito artefacto arreglado de forma que cuando el animal pisa un hilo que atraviesa el camino, la máquina se dispara simultáneamente con el *flash*. Coloqué una cosa así

dos o tres noches y, al fin, hace cosa de quince días, me dio resultado. Ahora se lo enseñaré.

Se levantó con un sobre en la mano. Mientras le miraban, lo abrió y sacó una brillante reproducción.

—La he ampliado —observó—. No es buena, se lo advierto. No es buena, pero les dará una idea.

Míster Campion y Penny se inclinaron sobre ella impacientes. Como todas las fotografías tomadas en la noche con *flash*, solo una parte de la foto era clara, y la fotografía, convenientemente ampliada, mostraba una impresión de ramas y hojas en blanco y negro. Pero en el borde del círculo de luz, y muy oscurecido por las sombras, había algo que evidentemente era una figura que corría.

Era muy alta y con cuernos. Eso era todo lo que estaba claro. El resto estaba oculto, en su mayor parte, por la maleza y las exageradas sombras del follaje. Normalmente, la foto podría haber sido considerada como falsa, un arreglo de luz y sombras; pero ante la historia del profesor y la horrorizada descripción de Lugg tenía un extraño significado. De este modo, cada sombra en la figura, que podría haber pasado por accidental, sugería algo horrible.

Campion miró al profesor.

—¿Tiene una explicación satisfactoria para todo esto? —preguntó.

La respuesta del profesor Cairey fue cauta.

—Hay una posible explicación, y si es la verdadera, será uno de los ejemplos más interesantes de la supervivencia medieval que haya oído nunca. Como es lógico, no he querido sacar esto a relucir últimamente, ni tampoco volverme a meter en terrenos ajenos. Se darán cuenta de que la situación era un poco delicada.

—Bien —terminó Campion, enderezando la espalda—, lo primero es cazar al fantasma. Una alegre noche para nuestro pequeño Albert.

El rostro del profesor enrojeció de entusiasmo.

—Iré con usted —dijo—. He estado deseando hacerlo más de un mes.

En el entusiasmo del profesor había algo infantil que Penny casi no compartía.

—Oigan —propuso Penny suavemente—, si realmente piensan darse un paseo por Pharisees Clearing esta noche, creo que puedo presentarles al hombre más apropiado para ayudarlos. El joven Peck. Trabaja para usted, ¿no es cierto, profesor? Él y su padre saben más de Sanctuary que todo el resto de la gente junta.

Los ojos del profesor Cairey destelleaban.

—Estaba a punto de sugerir lo mismo —comentó—. En realidad, el viejo Peck ha sido mi fuente de información en este asunto. Es un buen viejo —añadió, volviéndose a míster Campion—. Me costó tres semanas poder entender de qué estaba hablando, pero ahora nos llevamos a las mil maravillas. Tiene una casita al final de mi bosque de sauces y se pasa el día sentado al sol “escuchando”, como él dice. Su hijo le regaló una radio. Miren —continuó—, si se quedan a comer, después iremos y veremos de interesar al joven en esto.

—¡Oh! No podemos abusar de usted así —protestó Penny. Pero el gong de la comida la hizo enmudecer, y el profesor los condujo triunfante al comedor.

Mistress Cairey, una graciosa mujercita de ojos grises y cabello blanco, recibió a los inesperados visitantes con los brazos abiertos. Cualquiera que fuese su riña con lady Pethwick, no permitió que su recuerdo ensombreciese la visita de los dos jóvenes. Mister Campion pareció ser un viejo favorito suyo, y Penny era amiga de Beth. Con su agradable presencia, la comida resultó alegre, a pesar del siniestro trabajo que les esperaba y que estaba en las mentes de tres de los comensales, por lo menos.

—Me alegro que Albert ya no se mantenga en secreto —dijo, mientras se sentaban alrededor de la bonita mesa georgiana, en el gracioso comedor lleno de flores—. Beth y yo cumplimos la promesa —continuó sonriendo al joven—. No dijimos ni una palabra de que le conocíamos. Creí que este era un condado bastante anticuado. Nunca soñé que a mi alrededor iba a haber tanto misterio.

El profesor sonrió.

—A madre le gusta guardar sus secretos en la cocina —ironizó, mientras el rostro, todavía bonito de su mujer, enrojecía.

—¿No voy a oír nunca el final de esta burla, papá? —se quejó—. Me está tomando el pelo —añadió, volviéndose a sus visitantes—, porque cuando vine aquí y vi esta casa quedé tan encantada con el viejo homo de ladrillo, las bombas para el agua y la cervecería del siglo XVIII, que decidí no colocar la instalación eléctrica que habíamos planeado, sino que comencé a llevar la casa como en los viejos tiempos, y hago el pan, la cerveza y la crema de Devonshire como antiguamente. Tuve seis chicas en la cocina antes de terminar, y no pude conseguir que ni una de ellas hiciese las cosas como debía.

El profesor rió entre dientes.

—Hemos sacado una licencia para hacer cerveza —dijo—. ¿Y cree que alguno de los trabajadores de la granja consienten beberla? Nunca en su vida. Prefieren gastarse sus cuatro peniques e irse a la taberna del pueblo.

—Lo bueno fue lo de la nevera —recordó Beth.

La pequeña mistress Cairey rió.

—No sé cómo se las arreglan para vivir sin hielo —le dijo a Penny—. Me aguanté durante mucho tiempo, para que papá no se riese de mí. Entonces, un día, Beth y yo nos fuimos a Colchester y encontramos exactamente lo que quería. La mitad del pueblo vino a verlo, y no se creerían la de cuentos que oímos de enfermedades que solamente podían ser curadas con un cubito de hielo.

Penny sonrió.

—Son terribles —dijo—. Por el amor de Dios, no se deje llevar demasiado de su buen corazón. Todos estos pueblecitos de por aquí realmente son antiguas propiedades que han crecido demasiado para que el dueño cuide de ellas. Los impuestos de diez chelines por libra han estropeado el sistema feudal. Pero la gente

espera que se cuiden de ellos. Si viven en su tierra se consideran parte de la familia.

—Uno puede llegar a quererlos —comentó mistress Cairey plácidamente—. Aunque quieren sus “dádivas”, como ellos las llaman.

Terminó la comida, y al levantarse y salir al jardín, Penny sintió como si hubiese terminado el intermedio en un mundo de penosa excitación.

El profesor tuvo unas palabras en privado con Campion, bajo el pretexto de enseñarle una magnífica planta.

—Creo que deberíamos dejar a las señoras al margen de este asunto —propuso.

—Por supuesto —afirmó míster Campion—. Pero no sé qué decirle de Penny. Es una jovencita con la cabeza muy bien puesta, y según veo, una vieja amiga del valioso caballero que vamos a visitar. No creo que quiera venir a la caza del fantasma, pero su influencia con los Peck puede sernos útil.

El profesor dudó un momento.

—Si es lo que yo creo —dijo— no es para mujeres. Ahora bien: como usted dice, miss Gyrrh puede ser de gran ayuda al principio. Si me perdona un momento, quiero decirle unas palabras a madre.

Cinco minutos después el interesante caballero había tenido éxito en satisfacer los temores y la curiosidad de la parte femenina, y los tres, a través de una minúscula puerta, se dirigieron por el camino de grava de la rosaleta hacia un gran prado verde, un cinturón de musgo donde sacudían sus ramas un grupo de sauces.

Anduvieron en silencio durante la mayor parte del camino, y en el momento justo de llegar al claro, Penny no pudo contener sus temores.

—Profesor —dijo—, usted sabe algo. Dígame que no cree que este... fenómeno, supongo que lo llama así, es definitivamente sobrenatural.

El viejo no le respondió inmediatamente.

—Mi querida señorita —expuso al fin—, si resulta que es lo que yo creo, es mucho más desagradable que cualquier fantasma.

No ofreció ninguna otra explicación y ella no quiso hacerle más preguntas, pero sus palabras la habían dejado estremecida, y el horror que siempre parece dormir en la maravilla del campo inglés en pleno verano, un amago de ese misterioso temor que los antiguos llamaban pánico, se hizo patente.

El *cottage* de los Peck era una de esas pintorescas y antihigiénicas viviendas que despiertan admiración y envidia en los corazones de todos los que no tienen que vivir en ella. El techo estaba cubierto de musgo y todo el edificio estaba casi en sombras a causa de la maleza y los arbustos que crecían a su alrededor. Un camino de ladrillos y hierbas conducía a la abierta puerta principal. Un viejo, con un estropeado sombrero de fieltro, estaba sentado en una silla baja, de madera, al lado de un espantoso altavoz, que en ese momento lanzaba al aire una nasal reproducción de la música de gramófono de Radio París.

Al acercarse, el viejo les dirigió una ojeada, y levantándose con evidente desgana apagó el aparato. Míster Peck padre era, sin duda alguna, un viejo sin atractivo, con

una piel como ladrillos rojos y arrugado rostro. No tenía un solo diente en su boca. En la barbilla se había dejado crecer tres pelos tiesos. Iba vestido de extraña manera. Destacaban los notables pantalones de lona blanca bien remendados y el chaleco de lana verde y roja. Desde luego, el difunto era mayor. Tenía los nudillos deformados por el reumatismo, y el dorso de sus manos era tan peludo como las patas de un oso.

—El viejo “topo” —observó míster Campion, *sotto voce*.

—Cállese —dijo Penny reprochadoramente, y se adelantó a saludar a su amigo. Este se llevó la mano al sombrero.

—Buenos días, señorita.

—Buenos días —replicó Penny cortésmente—. ¿Está su hijo por ahí?

Míster Peck miró por encima de su hombro.

—¡Perce! —gritó—. Aquí te buscan.

—¡Voy! —respondió una voz desde el fondo del *cottage*; al momento apareció un joven campesino, alto y flexible. Iba en mangas de camisa, con chaleco. Sonriendo, les ofreció asiento a la entrada del *cottage*.

—¿Les molestaría sentarse aquí, señores? —rogó—. Le traeré una silla a miss Penny.

Se sentaron, e inmediatamente la pequeña reunión adquirió cierto aire de conspiración. El joven Perce se colocó detrás de la silla de su padre; los rápidos ojos castaños no se apartaban de sus visitantes, esperando que explicasen el objeto de su visita.

—Mis articulaciones van mal —comentó míster Peck padre como para abrir la marcha.

—Le enviaré un poco de linimento de la cocinera —ofreció Penny.

—¡Hum! —gruñó míster Peck, sin alegría ni reproche.

—No le haga caso —dijo Percy, enrojeciendo ante las indiscreciones de su padre—. Está mejor que nunca. ¿Verdad, padre?

—No, no lo estoy —replicó su padre, y añadió, saliéndose por peteneras—. He oído decir que hubo un entierro muy modesto. Su tía era veneno para muchos de nosotros. A pesar de todo, no me gusta hablar mal de los muertos.

Una violenta patada en la silla casi le hizo caer de narices y se quedó callado, murmurando. Sus dos temas de conversación habían sido rechazados, así que ahora estaba dispuesto a dejar hablar a los demás.

Cumplidas las formalidades, fue Penny quien abordó el importante asunto.

—Percy —rogó—, quiero que llesves a míster Campion y al profesor Cairey a Pharisees Clearing esta noche. Creen que allí hay... un animal que quieren cazar. ¿Comprendes? No te dará miedo, ¿verdad?

—No, señorita. No me asustaré.

El joven parecía bien dispuesto, pero una sombra cruzó por su rostro.

Su padre gruñó.

—No hay ningún animal, señorita —dijo—. Es un espíritu, como le dije al amo

Cairey.

Habló tan convencido, que míster Campion le dirigió una mirada inquisitiva. El profesor cortó rápidamente.

—No queremos que se cuente nada de todo esto, ¿comprende, Peck?

El muchacho rió.

—Nosotros no hablamos, señor —aseguró—. ¿Quiere cogerlo con una trampa o va a matarlo de un tiro?

—Oh, con trampa, claro —aseguró firmemente el profesor.

Penny alzó la vista.

—Percy —dijo—, ¿recuerdas que cuando éramos pequeños Val y yo te ayudamos a cazar un gato que se había vuelto salvaje allá en Happy Valley?

—Lo hicimos con una red, ¿no? —indudablemente la idea le había gustado a míster Peck hijo—. Sí, podríamos hacer eso. Suponiendo que sea algo real.

—No cazarán nada —observó su padre, aceptando el tabaco que le ofrecía el profesor—. Es un espíritu. Echarán la red y pasará a través de ella como si fuese agua. Pueden convertirse en el hazmerreír, si quieren; a mí no me importa.

—Oiga —preguntó Campion, tomando parte en la conversación por primera vez—. Ese fantasma de Pharisees Clearing ¿es nuevo o existe ya hace tiempo?

El viejo Peck lo pensó.

—Siempre ha habido algo raro allí —admitió—. No es una cosa regular. A veces sí y a veces no, podríamos decir. Recuerdo que cuando era niño todo el pueblo estaba asustado. Luego desapareció. Hace unos cinco años lo vio uno, y desde entonces nadie ha ido allí de noche. Estoy seguro de que es un espíritu.

Penny miró al más joven.

—¿Qué crees tú? —le preguntó.

—No lo sé, señorita —el muchacho estaba confundido—. Nunca lo he pensado. Nunca se ha mezclado en mis cosas. Pero nunca he estado allí por la noche. Eso es un misterio; eso es lo que es. De todas formas, no tengo miedo. He arreglado la radio para el viejo y si puedo manejar eso puedo manejar cualquier fantasma. Parece que eso es mágico —observó, señalando la masa de complicada maquinaria situada detrás de la silla del viejo.

El profesor se levantó.

—Entonces, ¿estará en Tye Hall a eso de las once y inedia con una red? —preguntó.

Míster Peck hijo se tocó un imaginario sombrero.

—Estaré, señor.

—Yo no iría —insistió su padre, pagado de sí mismo—. Me quedaré oyendo una banda alemana; ellos no parecen celebrar el sábado como nosotros, los herejes. Y si ustedes fuesen listos —añadió, con repentino vigor—, se estarían en la cama, lo mismo que yo. Por la noche suceden más cosas de las que creemos. Usted estése fuera de todo esto, señorita. En Pharisees no hay corderos salvajes. Y sea lo que

quiera lo que salga de todo esto, no será nada bueno.

—Estaré allí —repitió su hijo, escoltándolos por el camino. Al entrar en el campo llegaron hasta ellos las melodías de Soldiers Chorus.

CAPÍTULO 17

LA RED

— **S**i esa lechuza canta otra vez me va a dar un ataque —dijo Beth, nerviosa.

Estaban los cuatro, las dos chicas, el profesor Cairey y Champion, sentados en la biblioteca a la luz de una vela, en Tye Hall, esperando que fuesen las once y media y llegase el joven Perce con la red. Mistress Cairey se había retirado, pero ni el profesor ni míster Champion pudieron conseguir que las dos jóvenes siguiesen su ejemplo.

Hasta entonces Champion se había mostrado agradablemente fatuo; pero ahora, al acercarse el momento, hasta él parecía haberse calmado ante el carácter imponente de la ocasión. El profesor era él dirigente de la partida. El infantil entusiasmo que había mostrado durante el día había cedido su puesto a un humor brusco y mandón; se preparaba para la expedición como si fuese un negocio.

—Linterna, manta y una botella de bolsillo —enumeró, colocándolas en la mesa—. No debería coger una pistola, por si pierden la cabeza. Me gustaría que vosotras dos os fueseis a la cama y os mantuvierais al margen de todo esto.

—Tonterías —dijo Beth—. Vamos a guardar el fuerte para ustedes. Vean o no al fantasma, les gustará tomar algo caliente cuando regresen.

Míster Champion, que había estado en pie al lado de la ventana, se volvió.

—Tendremos un poco de luna —observó—. Me gustaría saber con qué vamos a enfrentarnos, profesor. ¿Debo esperar una figura encadenada, o están las cadenas *passé*?

El profesor sacudió la cabeza.

—No voy a aventurar conjeturas —dijo—, por si mi idea fuese completamente equivocada. En todo caso, las chicas estarán seguras aquí. No saldrán manos de lugares raros y nadie soplará las velas. Es raro cómo crujen estas casas viejas por la noche —observó involuntariamente.

Beth se sentó en el brazo del sillón de Penny.

—Nos cogeremos las manos hasta que regresen —sugirió—. Hace calor esta noche, ¿verdad?

Apenas dejó de hablar, el opresivo calor de la noche se hizo casi insufrible. Era una noche agobiante, y el jardín estaba misteriosamente silencioso; cuando gritaba una lechuza sonaba como si el horripilante sonido estuviese en la habitación.

En la espera cayó sobre ellos un largo silencio y hasta la frase más trivial parecía nerviosa.

Un fuerte repiqueteo en la ventana los hizo saltar violentamente y no descansaron hasta oír una voz que con enorme acento de Suffolk decía confidencialmente:

—Aquí estoy, señor.

Al momento aparecieron en la ventana la cabeza y los hombros de míster Peck hijo. También él estaba un poco nervioso, y su sonrisa era más bien tímida. Había prestado especial atención a su apariencia, pues iba a la caza de fantasmas con la “gente bien”. Llevaba peinados hacia atrás los rizos castaños formando un estupendo tupé en la parte alta de la cabeza, de tal modo que parecía tener los pelos de punta, lo que le daba un sorprendente aspecto de terror.

—Vi una luz; así que vine aquí, señor —dijo—. No deseaba asustar a las damas. ¿He llegado a tiempo?

Era evidente que estaba intentando parecer tan tranquilo como si aquella excursión fuera la cosa más normal del mundo. Rápidamente el profesor reunió sus cosas.

—Saldremos por la puerta del costado —le dijo a Campion—. Espere un minuto, ¿quiere, Peck? En un momento estaremos con usted.

—Buena suerte —deseó Penny.

Míster Campion siguió al ligero y rejuvenecido profesor, por el pasillo de piedra y a través de la media puerta de cristal del jardín. Salieron al blando césped, y el profesor lo condujo por el lado de la casa, donde se veía la silueta del joven Peck contra la ventana. Al acercarse, algo pasó entre sus pies.

—Es *Neb*, señor —respondió Peck a la exclamación del profesor—. Mi perro. He pensado traerlo conmigo. Para que me haga compañía. Es tan callado como un muerto. ¿Verdad, pequeño?

Las últimas palabras iban dirigidas al perro. Se inclinó a palmotear algo que empezaba a hacerse visible a medida que se iban acostumbrando a la oscuridad. *Neb* resultó ser un perrazo de enorme cabeza, sin rabo y con orejas de becerro. Se movía como una sombra detrás de su amo; se le había adiestrado con esa sorprendente perfección que a menudo es reconocida como sospechosa en algunas partes del campo.

—¿Tiene la red? —preguntó míster Campion al cruzar el césped.

—Aquí está, señor. Es un trozo de una vieja. Pensé que no podríamos manejarnos con una completa —se volvió de medio lado para enseñarles un pesado rollo de cuerdas entrelazadas que colgaban de su hombro—. También he traído un farol —añadió, volviéndose al profesor—, pero no lo he encendido en la casa.

—Eso podemos dejarlo —dijo el profesor—. Yo llevo una linterna.

Míster Peck agarró su farol.

—Si no le importa, me gustaría conservarlo, señor —repuso.

Al adentrarse en la oscuridad, el silencio se hizo más opresivo, solo roto por el ruido de sus pisadas en la hierba.

El joven Peck detalló su idea:

—Como han dejado en mis manos lo de colocar la trampa, señor —aventuró—, pensé que a lo mejor les gustaba saber cómo iba a colocarla. Espero encontrar un árbol que tenga una rama saliente, y me sentaré en ella con la red, y cuando la cosa pase por debajo se la echaré encima.

La simplicidad de este plan pareció llenar de orgullo al joven. Míster Campion y el profesor no parecían tan satisfechos.

—Imagínese que no pasa por debajo de su árbol —objetó míster Campion.

Pero el joven Peck estaba preparado para esta emergencia.

—No dudo de que pasará, señor —dijo. Calló, y después de pensarlo un momento hizo una curiosa observación—: *Eso persigue a la gente, señor. Estuve hablando con el viejo a la hora del té. Me lo dijo, y pensé que si estaba en el árbol, señor, ustedes sabrían cómo... conducirlo allí. Claro que no podemos decir si estará, ¿no es eso?*

Míster Campion rió entre dientes.

—Ya veo —dijo—. Somos el cebo además del pobre pescado.

Míster Peck sacudió la cabeza.

—Eso es, señor —susurró—. Ahora, si no les importa, debemos guardar silencio. Yo iré delante, si les parece bien.

Pasó delante de ellos, pisando tan silenciosamente como un gato; tras él corría, sin ruido, el perrazo. Durante algún tiempo anduvieron en silencio. Míster Campion se había quitado sus gafas; una costumbre suya cuando la acción estaba próxima. El calor era casi insoportable. La luna era muy pálida; sin embargo, las estrellas brillaban con todo su esplendor.

El cinturón de árboles, a los que estaban aproximándose, era negro como el azabache y nada invitador. Las pequeñas lechuzas belgas de que está infestada esa parte del campo cantaban desmayadamente de cuando en cuando. Siguieron el camino y entraron en el bosque del profesor, que se correspondía con el grande, perteneciente a Tower, situado al otro lado del claro, y a través del cual Penny hacía tan solo una semana había conducido a míster Campion la mañana en que murió lady Pethwick.

El joven Peck se irguió y continuó decidido, en tanto las ramas hacían el camino casi invisible. Repentinamente, *Neb* empezó a oliscar, con la gran cabeza pegada a los talones de su amo. Al rato se detuvo y emitió un aullido, que hizo detenerse al joven.

—¿Qué es, pequeño? —susurró Peck.

El perro se volvió silenciosamente y desapareció en la oscuridad, para regresar un momento después con algo colgando de la boca. El joven se inclinó y encendió una cerilla. La débil luz mostró al enorme perro amarillo con un conejito en la boca. El animal estaba muerto, con un trozo de alambre alrededor del cuello.

Peck se lo quitó al perro y el profesor sacó la linterna.

—¡Vaya! —susurró el muchacho al tirar el conejo al suelo—. Por aquí hay alguien que no tiene miedo a los fantasmas. Este no hace ni media hora que ha muerto.

Se irguió, y con el perro caminando obedientemente tras él, echó a andar una vez más. El camino era el marcado por los leñadores en invierno; conducía directamente, a través de la maleza, a un espacio abierto más allá.

Pharisees Clearing resultaba bastante misterioso a la luz del día, pero por la noche era francamente espantoso. El estrecho sendero de piedra entre los árboles presentaba un aspecto fantasmal a la luz de las estrellas; allí, entre las largas hileras de árboles, el aire era sofocante.

El profesor tomó el brazo de míster Champion.

—Es casi demasiado bueno para ser verdad —murmuró.

Campion afirmó con la cabeza.

—Este es el lugar y la hora exacta. ¿Cuándo empieza la función?

Pero si Champion podía sentirse alegre, míster Peck no compartía su alegría. Al detenerse en las sombras, al borde del claro, su voz llegó a ellos alarmada y seca.

—Creo que este es el sitio. Ustedes lo traen aquí y yo lo cazo —murmuró, indicando el roble bajo el que se había detenido. Luego desapareció en la oscuridad como una sombra; se oyó el suave rastro de las suelas de goma de sus zapatos trepando por el árbol. Ascendía en la oscuridad como un mono, con doce kilos de cuerda arrollados a su cuerpo; gruñó suavemente mientras subía. Momentos después escucharon un susurro sobre sus cabezas.

—Esperaré hasta que llegue el momento.

—¿Dónde está el perro? —preguntó el profesor suavemente.

—Al pie del árbol. No se moverá.

Míster Peck lo tenía todo arreglado.

—¿Qué hago yo ahora? —preguntó míster Champion.

A su alrededor, en todo el bosque, parecía haber sonidos indeterminados, como animales que se arrastran furtivamente y sofocadas respiraciones en la oscuridad. Ninguno de ellos se sentía insensible ante el aterrador momento, pero cada hombre tenía un interés particular en el asunto.

—Creo —susurró el profesor—, que si usted se va hacia la izquierda yo haré lo mismo hacia la derecha. Tomé mi fotografía donde el camino del bosque del coronel alcanza el claro. Si los tres esperamos a la misma distancia alrededor del óvalo, nuestro fantasma podrá escaparse, si es que aparece.

—Me gustaría haber traído mi vara de fresno —expuso míster Champion con evidente sentimiento, al marchar hacia la dirección indicada.

Se movía a lo largo de la margen del bosque, manteniéndose a la sombra de los árboles. Aparte del espantoso momento en que saltó una liebre a sus mismos pies, no tuvo emoción alguna hasta que llegó a un lugar situado a unos veinte metros, según sus cálculos, de la entrada del bosque de Tower. Allí se sentó sobre la hierba a esperar.

Por el absoluto silencio del bosque supuso que el profesor había llegado a su punto de observación, al otro lado del claro ligeramente iluminado. La idea de que

tres hombres y un perro estaban esperando ansiosamente la aparición de algo desconocido entre las sueltas piedras y la hierba, hacía que la escena fuese todavía más terrorífica. Dobló las rodillas hasta su barbilla y se preparó para una larga espera.

Los minutos transcurrían lentos. Una o dos veces sonó un soñoliento graznido detrás de él, y, al acostumbrarse sus oídos a la tranquilidad, en algún sitio cercano a Tower oyó un pájaro nocturno repitiendo su canto como el viejo pito de un policía.

Y entonces, por primera vez, míster Campion tuvo la sensación de que algo se movía torpemente en las profundidades del bosque. Volvió la cabeza y escuchó con los cinco sentidos. Ciertamente no había nada sobrenatural en esto. Los movimientos eran los de un hombre, o un animal igual de pesado. Durante unos minutos quedó confundido; pero un nuevo ruido confirmó sus sospechas: el duro che metálico del muelle de una trampa al ser colocada.

Estuvo escuchando el ruido, que se iba alejando poco a poco, con ciertas pausas entre una y otra trampa. Evidentemente, alguien prestaba poca atención a aquella cosa que había matado a lady Pethwick y había puesto fuera de sí a Lugg.

Una vez más todo quedó en silencio. Las iluminadas saetas de su reloj marcaban las doce y media. Suspiró y tornó a acomodarse. En la oscuridad, su rostro, con los ojos semicerrados, tenía la misma expresión de afable simpleza.

—Ángeles y arcángeles me defienden; eso espero —dijo en voz muy baja, y se subió el cuello de la chaqueta para cubrir la blancura de su camisa.

El opresivo calor de la noche había dejado paso a la fresca brisa de la madrugada, que gradualmente se había vuelto pegajosa, cuando sus sentidos despertaron ante uno de los sonidos más terribles que había oído en su vida. No era muy alto, pero su calidad lo compensaba.

Aquel sonido solo podía describirse como un suave aullido, que se acercaba rápidamente entre los árboles; le recordó desagradablemente la descripción de Lugg: “La clase de canción que podría cantar un animal”. Ni siquiera entre las razas nativas, de las cuales tenía cierta experiencia, había oído nunca nada tan adecuado para poner los pelos de punta. Tal vez lo más horrible del sonido era su ritmo monótono. Subía y bajaba marcando un compás definido. El agudo era alto y tembloroso.

El sonido se acercaba rápidamente. Casi de improviso vio la figura.

No había llegado por el camino del bosque del coronel, como esperaba, sino por una estrecha abertura de la parte norte del claro; ahora se había detenido, dibujándose contra el cielo.

Míster Campion se puso en pie, con una sensación vaga de dolor en las adormecidas piernas. La criatura, o lo que quiera que fuese, tenía un aspecto verdaderamente horroroso. Era inmensamente alta, como había dicho Lugg, y casi inconcebiblemente delgada. Su cabeza estaba coronada por caprichosos cuernos. Su cuerpo era grotesco y contrahecho.

Avanzó por el claro, todavía aullando. Al aproximarse pudo verla mejor míster Campion.

Se sintió repentinamente enfermo.

Casi en el mismo momento la criatura se situó a favor del viento y llegó a sus narices un fuerte olor putrefacto.

De un salto salió de su escondite. La figura se detuvo, volviéndose hacia él. Míster Campion alcanzó a ver un solo ojo, muerto y repulsivo.

Se mantuvo inmóvil en tanto se acercaba la figura. Desde alguna parte el perro de míster Peck había empezado a aullar penosamente. Míster Campion empezó a moverse con cautela, dirigiéndose hacia el aullido del perro, permitiendo que la aparición le ganase terreno poco a poco. Cada vez que se le acercaba un paso él retrocedía, conduciéndola lentamente hacia la trampa.

De repente, se lanzó a plena carrera hacia él. Campion dio media vuelta y se dirigió corriendo a la abertura. La cosa cornuda se abalanzó tras él.

Pasó ante el quejumbroso perro. Por un momento la figura casi le dio alcance. Notó un movimiento sobre su cabeza y algo pareció batir en el aire. La red cayó sobre su perseguidor, y un terrible aullido casi humano puso eco y temblor entre las hojas.

—¡Sujeten el perro! —gritó el profesor, que llegaba corriendo—. ¡Por el amor de Dios, sujeten el perro!

CAPÍTULO 18

SOBREVIVIENTE

Al bajar la linterna, la mano del profesor temblaba violentamente. El perro, después de su primer ataque frenético, se apretó temblando contra el tronco del árbol, mientras míster Champion se inclinaba sobre la forcejeante masa inmersa en la pesada red.

El cegador rayo de luz, tras la intensa oscuridad, parecía sumarse a la confusión. La criatura, lo que quiera que fuese, había dejado de debatirse y yacía inmóvil, peluda, sin forma, bajo la red.

El hecho de que el “fantasma” yaciese a sus pies capturado trajo a la memoria de los dos hombres la poca esperanza de éxito que habían tenido la noche anterior. Allí estaba, todavía incomprensible, aquella masa grotesca y maloliente.

Peck se dejó caer de la rama, y vieron su rostro pálido y brillante, con grandes gotas de sudor.

—¡Válgame Dios! —repetía una y otra vez como para sí mismo—. ¡Válgame Dios!

El profesor se inclinó sobre la red. Cuando habló, había en su tono más excitación que horror:

—Lo sabía —afirmó—. Tenía razón. Este es uno de los casos de sobrevivencia más notable que he oído nunca. ¿Sabe lo que hemos cogido?

—Una mujer —respondió Champion.

—Una bruja —corrigió el profesor—. Cuidado..., despacio ahora. Me temo que se haya desmayado.

Con mucho cuidado empezó a levantar la red. El joven Peck, haciendo de tripas corazón, se puso a la altura de las circunstancias, demostrando verdadero heroísmo. Con temblorosas manos empezó a encender el farol.

Míster Champion y el profesor comenzaron a quitar suavemente la enredada malla. La figura no se movió.

—¡Madre mía! ¡Espero que el susto no la haya matado! —en la voz del profesor había verdadera preocupación—. Traiga ese farol aquí, ¿quiere, Peck? Bien. Ahora sujete esta linterna.

Y entonces, al caer la luz ininterrumpidamente sobre la cautiva, el horror de Pharisees Clearing quedó al descubierto.

Difería en muchos aspectos del supuesto fantasma corriente. Sobre todo, porque nada de su horror se perdía al verlo claramente.

Era la figura de una mujer vieja, casi desnuda, con una gran piel de cabra sin curar, hecha trizas, arrollada a su delgado cuerpo. La cabeza estaba cubierta por el cráneo de un animal, del que aún colgaba el pelo, y su rostro permanecía oculto por una máscara de pelo, con pequeñas aberturas para los ojos. Sus delgadísimos brazos parecían haber sido manchados con sangre; el efecto era inenarrable.

El profesor asió el cráneo por los cuernos y tiró de él. Campion se volvió de espaldas, sintiéndose enfermo. Cuando volvió a mirar le aguardaba un nuevo sobresalto. La cabeza de la mujer estaba al aire. Sobre sus cerrados ojos, la frente parecía alargarse indefinidamente. Estaba completamente calva.

La aliviada voz del joven Peck aclaró la pregunta que se había formulado en la mente de los dos hombres.

—Esta es la vieja mistress Munsey —dijo—. Mi viejo dice que es una bruja, pero nunca le presté demasiada atención. ¡Válgame Dios, quién lo hubiera pensado! Nunca creí en sus cuentos.

El profesor sacó la manta.

—Ya que sabemos quién es, simplifica mucho las cosas —dijo—. ¿Dónde vive? Supongo que vivirá sola.

—Vive con su hijo, señor: Sammy —indicó míster Peck, que iba recobrando su valor al descubrir que el “espíritu” tenía forma humana—. Es natural; ninguno de los dos están en sus cabales.

—¿Puede conducirnos a su *cottage*? —preguntó Campion—. ¿Está lejos? Tendremos que cargar con ella.

—No, no está lejos. Eso sí: está bastante apartado de cualquier otra cosa.

Entre tanto, el profesor había logrado desenganchar a la vieja de la malla y la había envuelto en la manta.

—Se me ocurre —propuso—, que si podemos llevar a esta pobre criatura a su casa antes de hacerla volver en sí, puede que sea mejor para todos. El descubrimiento de que aún está aquí, en medio de sus posesiones, y con nosotros, puede hacerla rabiar.

El joven Peck, que se había retirado momentos antes, reapareció con un montón de ligeros troncos, arrancados de la valla que separaba las dos propiedades.

—Recordé que había visto esto —observó—. Ahora, si están preparados, señores, lo mejor será que la tumbemos aquí y atajemos por el claro. No es más que media milla.

Colocaron la repelente figura sobre las parihuelas improvisadas y echaron a andar. Tras el primer momento todos habían enmudecido. Este extraordinario final a tan extraordinaria expedición los había dejado sin palabras. Peck era la cabeza de la procesión. El farol colgaba a su lado, derramando su luz sobre el camino. Su perro corría detrás de él, bajo las parihuelas; el profesor y Campion iban atrás, dando traspies en el desigual camino.

Durante algún tiempo el profesor permaneció sumergido en sus pensamientos,

pero cuando el sendero los llevaba a través de la salida norte del claro miró a Champion.

—¿Lo comprende? —preguntó.

—Vagamente —confesó Champion—. Si no lo veo no lo creo.

—Lo sospeché siempre —confió el viejo—. Los cuernos de cabra y esos cuentos de los encantamientos me dieron inmediatamente la idea. Es un caso interesante. Que yo sepa, no ha habido uno que se le parezca en cincuenta años. Es un ejemplo de un punto muerto. La civilización moderna se extiende por todo el país, por todo el mundo, y aun así, aquí y allá se encuentra un lugar que no ha cambiado en trescientos años. Esta mujer es una lunática, naturalmente —añadió de inmediato, al ver que las rojas orejas del joven Peck se estiraban para no perder palabra—. Pero no tengo la menor duda de que descende en línea directa de brujas practicantes. Algunas de sus creencias han pasado a ella. Ese disfraz, por ejemplo, es auténtico, y un canto como el que oímos ha sido descrito por varios expertos. Probablemente ella se da cuenta de lo que está haciendo de una forma vaga. Es de lo más interesante..., de lo más interesante.

—Sí, pero ¿por qué? —preguntó Champion, más confundido de lo que quería admitir—. ¿Tiene algún motivo? ¿Se lo ha ordenado alguien?

El profesor lo pensó.

—Debemos enterarnos —insinuó—. Yo diría, debido a que sus comerías nocturnas han sido tan frecuentes, que debe tener alguna razón de peso. Pero, sin duda, eso se sabrá. Naturalmente —continuó casi esperanzado—, esto puede que haya durado años. Puede que su madre hiciera lo mismo. Se asombraría si supiera la cantidad de brujería que se ha practicado en este país, y en el mío, en los últimos trescientos años. No hace tanto tiempo que las autoridades dejaron de quemarlas. Dos años antes de nacer yo, D. D. Home fue expulsado de Roma por brujo. Todavía sobreviven en gran parte todas estas supersticiones de una u otra forma. Se encuentran historias extraordinarias de esta clase en los reportajes de la policía que publican los periódicos locales.

—Ann así, esto es un poquito raro, ¿no? —dijo Champion, indicando la figura que llevaban.

—Oh, ¿esto? —dijo el profesor—. Eso diría yo. Esta es una superviviente de las primeras formas de brujería; pero, después de todo, si se encuentra en este país gente que se sienta en sillas de hace trescientos años y usa cucharas isabelinas para remover el *pudding*, ¿por qué no había de encontrársela muy raramente, lo admito, practicando los ritos negros de hace tres o cuatro siglos? Sin duda, aprenderemos mucho más cuando llegemos a su casa.

—Me molesta ser cruel —observó Champion, enderezando su espalda y cambiando de mano—; pero, ciertamente, desearía que esta buena señora se hubiera provisto de una escoba.

—Es ahí mismo —observó Peck, interviniendo en la conversación con

naturalidad—. Al otro lado de esta cuesta.

En cinco minutos estuvieron en la parte alta del prado. Se acercaba la madrugada; el cielo reflejaba un color blanquecino por el Este y la luz del farol comenzaba a hacerse amarilla.

El *cottage* de la vieja ya era ligeramente visible. Consistía en una habitación perteneciente, a todas luces, a un *cottage* derrumbado hacía largo tiempo. Al acercarse más vieron la heterogénea colección de maderas, barro y tabiques alquitranados, rodeada de un trozo de tierra completamente esquilhada. A unos dos metros de la puerta se volvió el joven Peck.

—Me parece que lo mejor será que la dejemos aquí, señor —sugirió—, mientras nos enteramos de si Sammy está en la casa. ¿Quieren esperar?

Colocó su parte de las parihuelas en el suelo con evidente contento, y ellos le imitaron, enderezando sus doloridas espaldas. Míster Peck, farol en mano, se dirigió a la extraña puerta con el perro a sus talones. Suavemente tocó en ella con los nudillos, y al no recibir respuesta, abrió y entró.

Instantáneamente se oyó un grito de terror, y una figura salió por la puerta y desapareció a toda velocidad en las sombras del costado de la cabaña. El incidente fue tan inesperado que hizo saltar los nervios de los dos hombres, casi más que con cualquiera de los otros sucesos acaecidos.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó el profesor.

Le contestó Peck, que apareció en la puerta:

—Ese era Sammy —explicó—. No me ha dado tiempo de nada. ¿La metemos? Este es un lugar estupendo para criar cerdos.

Una vez más la levantaron y entraron en la cabaña. Peck colgó el farol de un clavo del techo, que derramó la luz por la más mísera de las habitaciones.

Una colección de muebles paupérrimos estaba desparramada por la habitación de techo bajo. Había una cama en un rincón, y por una puerta que conducía a otro cuarto se veía un segundo catre. A la izquierda de la puerta aún quedaba rescoldo de fuego, el suelo estaba cubierto de escombros.

El profesor paseó la vista en derredor con marcado disgusto.

—Esto no debería permitirse —opinó—. Aunque es difícil intervenir, lo sé. Si me ayuda, Campion, la pondremos sobre el catre.

Levantaron a la pobre criatura, todavía envuelta en la manta, y la colocaron sobre la cama.

—¿De quién es esta tierra? —inquirió.

—Realmente no pertenece a nadie, señor —dijo Peck—. Esto es un trozo de desecho, por decirlo así. Han vivido aquí muchos años. Su madre también vivió aquí. No hay nadie que pueda hacer nada por ella.

El profesor sacó su frasco y, vertiendo un poco de coñac en el vaso, se lo hizo tragar a la mujer,

que se removió molesta y murmurando unas cuantas palabras ininteligibles.

Peck no pudo evitar avisarle:

—Tenga cuidado, señor, pues le maldecirá.

El profesor admitió, sonriéndose:

—No lo dudo.

En este momento apareció una figura en la puerta, y vieron un rostro blanco y espantado que los contemplaba.

—Entra —ordenó míster Campion con voz decidida y suave—. Tu madre se desmayó en el bosque.

Sammy Munsey penetró tímidamente en el cuarto, moviéndose de un lugar a otro como un animal asustado. Por fin, se detuvo debajo de la luz; entonces vieron que era más bajo de lo normal y que iba vestido con harapos. Sonreía estúpidamente, balanceando los brazos.

De repente pareció que se le había ocurrido una idea y saltó:

—La han visto en el bosque. No me toquen. No quiero que me persigan. No he hecho nada.

Con esto quedó exhausto, y míster Peck, que había estado husmeando por la cabaña, se adelantó con dos liebres recién muertas. Sammy se las quitó de un manotazo y las escondió en su espalda como un niño; estaba temblando de miedo y de furia.

—Poniendo trampas —dijo míster Peck con indignación—. Por eso no trabajan. En el pueblo era un misterio cómo vivían.

Sammy miró a su alrededor, a ver por dónde podía escapar, pero el camino de la puerta estaba bloqueado por su acusador. Por un momento juró violentamente, y luego, como si se diese cuenta de su incapacidad, se volvió como un loco hacia la figura que yacía en la cama.

—¡Madre, nos han descubierto! —gritó, sacudiendo a la vieja—. ¡Nos han descubierto!

La vieja abrió los ojos, pálidos y húmedos, inyectados en sangre.

—Los maldeciré —murmuró con rencor—. Ninguno de ellos se atreverá a acercarse a mí.

Volvió la cabeza y vio al profesor, y levantándose sobre un codo dejó escapar un torrente de insultos que, a pesar del interés de este, lo dejaron bastante horrorizado. Como no se fue corriendo de su presencia, el genio de la vieja sufrió un cambio repentino.

—Déjenme en paz —lloriqueó—. No les he hecho ningún daño. No les haré daño si se van.

Sammy cortó sus lloriqueos; su temor era penoso.

—Nos han encontrado —repitió—. Nos han descubierto.

Las palabras no parecieron penetrar en la mente de la vieja hasta unos momentos después. Empezó a levantarse.

—No pude evitarlo.

Campion se dio cuenta de que estaba tan mentalmente enferma como su hijo. En los ojos ribeteados de rojo hubo un destello de inteligencia. Al recorrer con ellos la habitación pareció darse perfecta cuenta de la situación.

—¿Asustaba a la gente en Pharisees Clearing para que su hijo pudiera colocar los cepos? —preguntó.

Le miró bizqueando.

—¿No se lo llevará si se lo digo?

—No le tocaré —prometió Campion—. Lo único que quiero saber es por qué se vestía así.

La estúpida expresión de su rostro calmó las sospechas de la vieja, tranquilizándola.

—No está cuerdo —comentó—. No podría cazar si algo interviniera en su trabajo. No sabe cómo cuidar de sí mismo. Él no se asustaba de mí. Pero a los otros... los atemorizaba —rió, respirando ruidosamente al pasar el aire por sus labios.

El profesor se inclinó sobre ella.

—¿Quién le enseñó a hacer todo esto? —preguntó.

Ella pareció descubrir un desafío en su pregunta y respondió acremente:

—Lo aprendí cuando era joven. Sé más de lo que usted cree. ¿Dónde está el traje?

El profesor comenzó:

—Si se refiere a la piel de cabra, está en el bosque.

La vieja intentó saltar de la cama.

—Debo ir allí —insistió—. Tiene poder..., más del que usted cree.

—Irás muy pronto —prometió míster Campion—. Muy pronto. Ahora échese hasta que esté más fuerte.

Mistress Munsey se dejó caer de espaldas, obediente, pero su mirada recoma la estancia con sospecha, y su boca se movía sin articular palabras.

Míster Campion se inclinó sobre ella de nuevo.

—¿Por qué se le apareció a lady Pethwick? —le preguntó—. Ella no hubiera prohibido a nadie que cazase.

La vieja se sentó de un salto. Estaba espantosa, con su pelada cabeza y sus encías sin dientes.

—No hice nada de eso —respondió de inmediato.

—Entonces, quizá fuese Sammy —sugirió míster Campion, tranquilamente.

Los ribeteados ojos de mistress Munsey se volvieron venenosos. Alzóse del catre y quedó en pie a su lado, sosteniendo la manta alrededor de su escuálido cuerpo.

—Le maldigo —dijo con concentrado odio en su voz, extrañamente desconcertante—. Que sea una línea recta, una línea torcida, una simple y una quebrada. Por llama, por agua, por una masa, por lluvia y por arcilla. Por una cosa que vuela, por otra que reptar. Por un ojo, por una mano, por un pie, por una corona, por una espada y por una calamidad le maldigo. *Haade, Mikaded, Rakeben, Rika,*

Rita, Lica, Kasarith, Modeca, Rabert, Tuth, Tumch.

Al terminar su perorata se dejó caer sobre la cama, donde quedó tumbada respirando entrecortadamente.

El profesor, que había escuchado toda esta arcaica invectiva con descarado contento, sacó del bolsillo un pequeño *block* y escribió unas cuantas palabras.

Míster Campion, tras recibir el arcabuzazo de la vieja, se mantuvo firme. Ahora que había probado que estaba bastante fuerte para una entrevista se sintió más cómodo.

—Asustó a lady Pethwick hasta causarle la muerte —repitió, hablando lenta y deliberadamente, como si lo hiciera con un niño—. Después, cuando vio lo que había hecho, cruzó sus manos y le cerró los ojos. ¿Por qué lo hizo? Si fue un accidente, díganoslo.

Sammy, que había estado escuchando con la boca abierta, ahora habló intentando salvar a su madre de lo que creía una gran acusación.

—Ella siempre se escondía de la gente alta, hasta que *Daisy* nos habló de la señora. Antes de eso ella solo perseguía a la gente del pueblo.

—¡No le escuchen! —gritó su madre, bailando arriba y abajo de la cama con furia—. Él no sabe nada. Les está mintiendo.

Pero míster Campion había oído bastante para interesarle.

—¿Quién es *Daisy*? —preguntó, escondiendo toda sombra de interés en su voz—. ¿Quién es, Sammy?

—¡No puede echarle la culpa a *Daisy*! —gritó mistress Munsey—. No quería que ella muriese. Me dijo que la asustase de forma que tuviera que guardar cama varios días. No ha hecho nada.

—¿Quién es *Daisy*? —insistió míster Campion. Los pálidos ojos eran duros, y aquella vez no había despiste en su rostro.

—No puede culpar a *Daisy* —mistress Munsey repitió las palabras vehementemente—. Moldeé la imagen de la señora, la mutilé y la quemé.

Hizo esta desconcertante declaración sin orgullo ni remordimiento, y el profesor contuvo el aliento.

—Esa imagen ¿era de arcilla o de cera? —preguntó.

—Era de barro —respondió mistress Munsey, con rabia.

Míster Campion no oyó esta parte de la conversación; su imaginación estaba enteramente ocupada con Sammy. Repitió la pregunta una vez más.

El medio idiota no quería mirarle, pero inclinando la cabeza, musitó unas palabras casi ininteligibles.

—Quiere decir miss *Daisy* —respondió—. Una vez mi padre, cuando todavía vivía, trabajó para ella.

Fue Peck quien, dando unos pasos, terminó la desconcertante información.

—Perdóneme, señor. Se refiere a mis *Daisy*. Mistress *Daisy* Shannon, la que tiene los caballos. Aquí la llaman mistress Dick.

—¡Condenación! —exclamó míster Campion.

CAPÍTULO 19

¿QUE DEBERÍA HACER YO?

— **E**sta ha sido una de las experiencias más notables de mi vida —le dijo el profesor a míster Campion, cuando iban de regreso de casa de mistress Munsey a Tye Hall—. Ya sé que no debía hablar así. Lo comprendo muy bien. Habrá complicaciones sin fin. Pero le citaré a usted como testigo si alguna vez escribo un libro de reminiscencias. Espero que ese joven Peck sepa guardar silencio.

Míster Campion pareció salir de sus pensamientos y tontos cálculos.

—¿Eh? —preguntó, intentando con gran esfuerzo recordar las últimas palabras del viejo—. ¡Oh Señor! Sí, será tan silencioso como una tumba. En primer lugar, me parece que no cree que haya sucedido. Además, por aquí están acostumbrados a guardar secretos. Puede que el viejo Peck se entere de algo, pero nadie más.

Anduvieron en silencio. Estaba amaneciendo, el aire era fresco y el rocío brillaba sobre la hierba, en la que trazaba delicados dibujos.

—Un caso genuino —repitió el profesor—. ¿Oyó lo que dijo del traje y lo de la imagen que hizo? La idea de hacer una imagen de arcilla y romperla o mutilarla para asegurarse de que ocurrirán los mismos males a la persona en cuestión es una de las ideas más antiguas del mundo, una práctica auténticamente tradicional. Y esa maldición que le ha echado a usted, Campion, es magia puramente tradicional. Cada símbolo, la línea recta y demás, representan un espíritu malo.

Míster Campion se encogió de hombros.

—Ya que está metido en eso, podría contrarrestarlo con una buena bendición —repuso—. Espero que no surta efecto. Si hace, voy a pasar una bonita temporada. Y de momento necesito a los ángeles a mi lado.

El profesor le miró de reojo.

—Y la notable acusación contra esa señora llamada Shannon —recordó—. No lo ha tomado en serio, ¿verdad?

El joven no respondió. Su rostro era tan inexpresivo como de costumbre, y lo único que demostraba era un poco de cansancio. El profesor sacudió la cabeza.

—Una mujer como mistress Munsey puede decir cualquier cosa —observó, y continuó pensativo—: puede saberse exactamente cómo ha sucedido. Allí estaban, sin amigos y casi desamparados, y el muchacho no es lo bastante listo para cazar a gusto, a menos que no se le moleste en absoluto. Entonces su madre piensa, con esa imaginación retorcida, que tiene la mejor manera de ayudarlo, y viene a su memoria lo que le enseñó su madre cuando era una niña... Todas esas creencias, y el extraño

poder de la cabra. Las raras y medio olvidadas doctrinas acudieron a su memoria, e instintivamente las pone en práctica. No tenía que temer a los guardas, ¿sabe? No protejo mi bosque, así que no tengo guardas. Temía a los otros tramperos. Todo el mundo estaba contra Sammy. No es esta la primera ni la última comunidad que no siente simpatía por los tontos. Es una historia realmente primitiva y, probablemente, un ejemplo de las primeras razones para la brujería: los débiles asustan a los fuertes. Es de lo más interesante.

—¿Qué les sucederá? —preguntó míster Campion.

—He estado pensando en ello —el rostro del profesor demostraba simpatía—. El pastor de este pueblo es un viejo muy decente. Se llama Pembroke. Él y yo nos llevamos muy bien. Es un literato, pero un hombre que no ha dejado que la enseñanza del espíritu le haya cegado el conocimientos del mundo. Le hablaré de estos dos. Quizá pueda hacerse algo por ellos. Necesitan que los cuiden y deben ser cuidados. ¡Santo Dios! Si madre hubiese visto a esa mujer, puede que se hubiera vuelto loca. Me imaginaba, más o menos, lo que iba a suceder, pero me dio un buen susto.

—¿Un susto? —repitió míster Campion—. Yo estaba mareado antes de terminar. ¡Pobre Lugg! Otro susto como ese y se muere. ¿Por qué mistress Munsey se tomó tanto trabajo en arreglar el cuerpo de lady Pethwick?

—Instinto otra vez —señaló el profesor—. Esa vieja casi no piensa. Trabaja por instinto y superstición. Cierta creencia dice que si a un muerto se le deja con los ojos abiertos, le vigilará toda la vida.

Llegaron a la portilla del jardín.

—La mayor parte de esta historia nos la guardaremos para nosotros —dijo el profesor.

—Naturalmente —admitió míster Campion—. Recogeré a Penny y nos iremos a Tower.

Cuando entraron en la biblioteca la chimenea estaba encendida, y sobre la mesa había una cena fría. Penny y Beth estaban locas de excitación, y sus hundidos ojos y pálidas mejillas demostraban que la vigilia no había estado exenta de terrores. Beth besó a su padre.

—¡Uf! Me alegro que hayan vuelto ya —dijo—. Cuando se hizo tan tarde y no regresaban, Penny y yo pensamos que el fantasma había huido con los dos. ¿Encontraron algo?

El profesor las contentó con una ligera relación de los hechos.

—Era, simplemente, una pobre mujer que daba vueltas asustando a la gente para que su hijo cazase —comentó, aceptando agradecido el café que le tendían—. Nada de que asustarse.

—¿Mistress Munsey? —preguntó Penny en seguida.

El profesor alzó las cejas.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó.

—Suenas como cosa de ella —respondió Penny.

—Me parece demasiado sencillo —dijo Beth, un poco defraudada—. Si hubiesen visto las cosas que hemos *imaginado*, sentadas aquí, solas, tendrían un cuento diferente que contar.

Míster Campion se levantó.

—Penny, creo que deberíamos regresar a Tower. El venir a comer y estarnos hasta el desayuno de la mañana siguiente no es lo más apropiado. Lugg estará disgustado. Su libro de etiqueta considera bastante mal las esperas largas.

Penny estuvo de acuerdo.

—Estoy en seguida —prometió, y, a pesar de las protestas del profesor, insistieron en regresar.

El profesor estrechó la mano de Campion en el vestíbulo.

—Puede dejarlo todo en mis manos —murmuró—. Veré lo que se puede hacer.

Al salir del jardín, Penny se volvió a Campion con sospecha.

—Ahora —dijo—, vomite. ¿Qué ha sucedido de verdad?

—La desmedida curiosidad femenina debería ser reprimida en todas las ocasiones, pues su demostración está muy mal considerada entre la gente bien educada —repuso míster Campion malhumorado—. Eso también está en el libro de etiqueta. En la página cuatro. Y con ilustraciones.

—¿Cómo se atreve a comportarse así —observó la joven—, cuando entraron los dos con unas caras como si hubiesen pasado el fuego del infierno juntos? ¿Era mistress Munsey? ¿Fue en busca de tía Di por su propia voluntad o se lo mandó alguien?

Míster Campion la miró pensativamente.

—No fue bonito —dijo—. Hasta el perro de Peck se asustó. Estaba muerto de miedo y anduvo dando vueltas y aullando como una vieja en un velatorio. El profesor fue fuerte y silencioso, claro, pero los esfuerzos de mistress Munsey lograron que hasta sus mejillas empaldecieran. La llevamos a su residencia, donde me dijo la buenaaventura de forma más bien pesimista, según creo. Luego nos dimos la mano todos y regresamos a casa. Ya está, ahí tiene toda la historia recién sacada del homo.

—Está bien —se ofendió Penny—. Ya me enteraré de todos los detalles. No necesita molestarse.

—Me apuesto algo a que lo hará usted —dijo Campion con alegría—. Beth le sacará toda la historia a su pobre padre, y las dos, la pequeña Annie Mile y la pequeña Addie Noid, lo comentarán juntitas como dos viejas.

Penny quedó silenciosa durante un buen rato.

—¿Hay algo de *Daisy*? —aventuró al fin.

Míster Campion le echó una rápida mirada.

—Bueno —dijo—. Se me había olvidado que le hablé de eso. Mire, Penny, esto es terriblemente serio. Júreme, por los huesos de mi tía Joanna en su caja, que nunca le dirá una sola palabra a nadie sobre *Daisy*, especialmente a Beth o a su padre. Porque aunque mistress Munsey le dio el susto a su tía, fue *Daisy* quien lo ingenió

todo. No creo que intentase matarla, pero... no lo sé.

En su rostro había una seriedad desacostumbrada, y Penny, mirándole fijamente, se sintió orgullosa de la expresión casi implorante de sus ojos.

—Prométalo —insistió.

—Está bien —dijo—. ¿Entonces ha sabido algo?

Campion afirmó con la cabeza.

—Puede que sea importante y puede que no —dijo—. Francamente, espero que no lo sea.

Penny no respondió: continuó andando a su lado con las manos a la espalda y su rubia cabeza inclinada.

—Por cierto —exclamó Campion repentinamente—, cuando le aseguré a su padre que Val estaría aquí para su cumpleaños, pasado mañana, no me dijo nada del procedimiento general. ¿Qué sucede generalmente en esas ocasiones?

—Creo que hace muchos años era un gran acontecimiento —respondió Penny, dudosa—. En tiempos de mi abuelo la familia era bastante rica, ¿sabe? Madre nos solía contar que en el veinticinco cumpleaños de papá tuvieron una gran fiesta, con ceremonia en la iglesia, teatro, una fiesta en casa y un baile nocturno para los labradores. Papá tenía que estar apartado de todos los festejos, porque a medianoche se celebraba la ceremonia del Cuarto, cuando su padre y el vicario lo iniciaban en el secreto; claro es —dijo rápidamente— que no hablamos mucho de esto.

—Ya veo —dijo míster Campion lentamente—. Supongo que hoy en día lo hacen sin vicario.

—Bueno, no tenemos vicario particular, si es a eso a lo que se refiere —dijo sonriendo—, aunque el viejo Pembroke, el vicario de aquí, tenía habitaciones en el ala Este cuando mi padre estuvo en la guerra. Eso fue cuando éramos niños. Creo que cenará con nosotros la noche del cumpleaños. No habrá ninguna otra clase de celebración, en parte porque no tenemos mucho dinero y también por la pobre tía Di. Estoy pensando que usted cree que mi padre se ha comportado de un modo muy curioso en todo este terrible asunto por la forma en que se ha mantenido fuera de él; pero no es posible que le comprenda si no se da cuenta de que es un hombre con algo especial en su mente. Quiero decir —añadió bajando la voz—; no se lo diría a nadie más que a usted, pero el secreto le absorbe. Hasta cuando creyó que había desaparecido el cáliz no le impresionó mucho. ¿Me comprende? Por eso es tan raro y reservado y casi nunca le vemos.

Hizo una pausa y miró a Campion. El joven de la cara pálida y aire despistado se volvió a ella.

—No soy el tonto que parezco —dijo suavemente.

Una ola de comprensión pasó por el rostro de la joven.

—Creo que usted y mi padre hacen muy buenas migas —opinó—. Generalmente odia a los extraños. ¿Sabe que usted es una de las personas más notables que he conocido en mi vida?

Levantó su rostro hacia él, demostrando toda la admiración de su edad.

—No me piropee —exclamó Campion, nervioso—. Mi hermana, la que se casó con el Squire, se avergonzaría de usted.

—Está bien —dijo Penny alegremente—. No tengo proyectos respecto a usted. Creo que Val y Beth están camino del altar. Val parece que se ha repuesto de su complejo con las mujeres.

—Dentro de unos años —expuso Campion— será usted un peligro. Vendré a sentarme al final de la iglesia cuando usted se case y lloraré entre todas las solteronas. Siempre he creído que una cosa así de pintoresca hace bien en una boda. ¿No lo cree usted?

Penny no iba a dejar que la apartasen del asunto que le interesaba.

—Se le ha metido algo en la cabeza —dijo.

Le cogió del brazo con encantadora sencillez.

—Hablando por boca de mis autoras favoritas: “¿Es una mujer, muchacho?”. ¿O es que no está acostumbrado a trasnochar?

Para su sorpresa, él se detuvo y se volvió hacia ella.

—Mi querida niña —dijo con gran solemnidad—, le diré, con las palabras del peor actor que he oído en la escena: *El hombre que levanta la mano a una mujer, excepto para acariciarla, no es digno de tal nombre*. Lo que quiere decir: “No pegues a la señora en la cabeza, papá, o la policía te llevará”. Esta es la situación más enojosa en que me he encontrado en mi vida.

Penny rió, sin darse cuenta del significado que se escondía tras sus frívolas palabras.

—Me dedicaré a ella —observó— esté donde esté, permaneceré fiel a usted.

Míster Campion se permitió una sonrisa de duda.

—Dudo que lo haga —murmuró.

CAPÍTULO 20

LA LLAMADA

— **D**espírtese, señor, El inspector Stanislaus Oates está personalmente al teléfono. Ahora tendremos ocasión de ver esa preciosa bata suya. Me estaba preguntando cuándo iba a aparecer.

Míster Lugg metió la cabeza por la puerta del dormitorio de su amo y habló con pesada jocosidad:

—Le ha estado llamando todo el día. Le esperan dos telegramas. Pero no he querido despertarle. Me dije: déjale disfrutar de su precioso sueño.

Míster Campion saltó de la cama; presentaba un aspecto deplorable a la luz de la tarde.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¿Qué hora es?

—Cálmese, cálmese. Las cuatro y media —míster Lugg se acercó con una floreada bata—: Cuando está medio despierto me recuerda a Buster Keaton. Cepíllese el pelo antes de bajar, Hay una criadita que le ha tomado gusto al teléfono.

Míster Campion se ató el cinturón de la bata y cogió sus gafas.

—¿Qué es eso de que ha estado llamando todo el día? —preguntó—. Si es verdad, te romperé la cabeza, Lugg.

—Tengo que mantenerle vivo. Mi trabajo depende de eso —observó su ayuda de cámara sentenciosamente—. El haber estado fuera toda la noche cazando fantasmas no le ha favorecido nada. Parece un cadáver medio frío. ¡Eso es..., zarandéeme! —añadió al pasar míster Campion por delante de él y bajar las escaleras a toda velocidad hacia donde estaba el teléfono.

La regordeta criadita, evidentemente una cautiva de los encantos de Lugg, estaba cogida al receptor, que entregó a míster Campion. Dio un paso atrás y se hubiese quedado a una respetable distancia, pero sin duda donde pudiera oír, si Lugg no la hubiese enviado hacia la cocina con un gesto de la mano.

—Oiga —se escuchó una voz lejana al otro lado del cable—, ¿es usted? Al fin. Estaba a punto de ir a buscarle. Lo siento muchísimo, muchacho, pero le han echado mano.

Por un momento, míster Campion permaneció en silencio y luego respondió débilmente cuando Oates ya se extrañaba de su mudez:

—¡Oh, sí, le oigo muy bien! ¿Qué quiere?... ¿Que le dé la enhorabuena?

—Calma —llegó hasta él la implorante voz—. Fue una jugada de lo más ingeniosa. Usted mismo hubiese picado. A eso de las dos de esta madrugada metieron

en la comisaría de Bottle Street un montón de borrachos, al mismo tiempo que llegaban unos treinta amigos suyos. Hubo una terrible pelea, y el hombre que estaba de servicio al pie de su escalera se unió al jaleo como un majadero. En la confusión, uno de ellos subió a su piso. Desde entonces he estado intentando hacerme con usted. ¿Qué ha estado haciendo? ¿Chapotear en el rocío?

A pesar de la ligereza de su tono, a míster Campion no le pasaba inadvertido que su viejo amigo estaba desesperadamente preocupado.

—Estamos haciendo todo lo que podemos —continuó la voz— y algo más. ¿Puede darnos alguna pista?

—Espere un minuto —rogó Campion—. ¿Qué hay de nuestro joven Hércules?

—¡Oh! ¿Gyrth? Eso es lo malo —susurró la distante voz—. Le golpearon en la cabeza, claro; pero en el momento en que nuestro hombre del tejado se dejó caer por la claraboya, se rehizo y corrió en busca de su propiedad. Francamente, no le pudimos encontrar. En la calle había una pelea de todos los demonios, y ya sabe qué clase de lugar es este. Hemos echado mano a los de siempre, pero no parecen saber nada. También hemos cogido a una media docena de los de la pelea. La mayoría de ellos son hombres listos. ¿Tiene usted algo para que podamos seguir?

Míster Campion se quedó pensativo. Ahora estaba completamente despierto.

—¿Tiene una pluma ahí? —preguntó—. Escuche. Hay dos muchachos, Darky Farrel y un judío pequeñito llamado Diver. Puede que estén en el ajo y puede que no, pero los he visto en el asunto. ¡Oh!, los ha cogido, ¿verdad? Bien, trabájelos. También está Natty Johnson, claro. La única otra persona que se me ocurre es Fingers Hawkins, el de Riverside. ¿Qué le parece?

—Una sucia listita. Está bien; déjenoslo a nosotros. Estese ahí, ¿quiere? Si sucede algo le llamaré. Aquí estamos bastante malhumorados, naturalmente. Son una buena pandilla; todos de los de las carreras, según he apreciado.

—Eso también se me había ocurrido a mí —repuso míster Campion—. No deje que le aplasten la cabeza por mí. ¡Ah, Stanislaus!, déle un beso a ese poli de la escalera, de mi parte.

Colgó y se volvió para encontrarse cara a cara con su ayudante, y esto pareció llenarle de repentina furia.

—Ahora ya la has hecho —dijo—. Si enredamos todo este asunto, será debido a tu complexión de gallina. ¡Bah! ¡Vete al infierno!

Míster Lugg permaneció inmovible.

—Está mezclado con una buena pandilla, ¿verdad? —dijo—. Conozco a algunos hombres de pelo en pecho que enrojecerían si se vieses mezclados con los nombres que usted acaba de mencionar por el teléfono. Pelean con navajas y botellas rotas. Es la clase de pelea que no me gusta. Nadie me ha llamado *snob*. No, de verdad; pero un hombre ha de echar una raya en algún sitio.

Esa vez míster Campion no se ablandó con su actitud.

—Prepárame el baño, saca el coche, tráeme un mapa y desaparece —le ordenó, y

salió corriendo escaleras arriba, dejando a míster Lugg sin habla y espantado.

Poco más de una hora después, Penny, que estaba sentada en el espacioso salón, cuyas ventanas daban a la entrada de coches, se sorprendió al oír abrirse suavemente la puerta de la habitación de su padre, al otro lado del vestíbulo, y ver a míster Champion con chaqueta *sport* y sin sombrero bajar corriendo los escalones de la puerta principal, metiéndose en su coche, que le estaba esperando, y salir a una velocidad alarmante.

Se había imaginado que bajaría muy pronto a tomar el té con ella, y estaba a punto de meterse el orgullo en un bolsillo y llamar a Lugg para pedirle información, cuando apareció Branch con un sobre abultado.

—Míster Champion me ha pedido que hiciese el favor de entregarle esto, señorita —dijo, y se retiró.

Con la curiosidad considerablemente picada, Penny rasgó el sobre y extrajo su contenido. Para su sorpresa, allí había una hoja plegada, otro sobre y un bolsito hecho de seda barata. El papel estaba cubierto de escritura apretada.

“Querida Penny: He ido a hacer una visita a ciertos amigos para enseñarles mi traje nuevo. Puede que sea tan bien acogido que no me dejen marchar, así que no me espere hasta que me vea llegar. Le dejo a Lugg como una especie de rehén. Déle tres comidas al día, querida mía, y nada de alcohol.

”Me pregunto si le importará entregarle la carta que le adjunto, que he pegado para demostrar mi mala educación. Sin duda se la enseñará. Pero no quiero que él la lea hasta que yo esté bien lejos, ya que Lugg ha sido adiestrado en la persecución de coches. Respecto al bolsito tan cursi, que, como verá, no está hecho para ser abierto, solo sé que contiene una porción de la barba de un viejísimo amigo mío (un profeta de vía estrecha). Esto también es para Lugg.

”Recuerde su promesa, que solo estará en vigor mientras yo viva, claro. No se ponga nerviosa, pase lo que pase. Si tiene dudas, acuda al profesor, que es una mina de información y el mejor hombre del mundo.

”Estamos gozando de un clima muy benigno para esta época del año, ¿no es cierto? El rostro es el de un sello de una guinea. El corazón es el corazón de un eso.

”Créame. Sinceramente suyo,

W. Shakespeare. (Para usted, Bill.)”

La joven se quedó sentada dándole vueltas al papel sobre sus rodillas hasta que entró Branch con la musita del té. Pero aunque estaba comida por la curiosidad, hasta

bien pasada media hora no llamó a Lugg. El coronel Gyrrh nunca tomaba té, y todavía estaba sola cuando se abrió la puerta para admitir la preocupada cara del *alter ego* de míster Campion.

El hombre grande tenía horror al salón y cruzó como si el piso no estuviese seguro.

—¿Dígame, señorita?

En silencio, Penny le entregó el sobre. Lugg lo tomó y, olvidando las enseñanzas de Branch, lo abrió y empezó a leer la nota, sosteniendo el papel muy cerca de sus ojillos brillantes.

—¡Vaya! —exclamó repentinamente—. ¿No se lo dije? Ahora ya la ha hecho. Un cabezota, eso es lo que es.

Se fijó en la expresión de Penny y, recordando dónde estaba, fue a retirarse como un elefante cuando ella le detuvo.

—Yo también he tenido una carta de míster Campion —expuso—. Me pide que le dé esto —añadió, entregándole el bolsito de seda roja—. Dice que probablemente me enseñaría su carta.

Al principio, Lugg dudó, pero por fin se sintió aliviado de tener un confidente.

—Aquí la tiene —dijo desmañadamente—. Eso le demostrará lo cuidadoso que es —lanzó el sobre sobre sus rodillas—. Puede que sea demasiado para usted.

Penny desdobló la misiva y empezó a leerla.

»Imponderable imbécil y cretino: Espero que esta te encuentre como me deja a mí, de muy mal humor. De todas formas, no te preocupes, listo.

»He tenido que recurrir al truco Moran. Si no estoy de vuelta mañana por la mañana, que alguien le lleve la barba del profeta a mistress Sarah, en Heronhoe Heath. No tengas ataques de nervios otra vez, y si llega lo peor, no falsees mi nombre con malas referencias. Te descubrirán. Deja el “Ábrete, sésamo” a mistress Sarah y los pollos. Tuyo disgustadísimo».

Penny dejó caer la nota.

—¿Qué quiere decir todo esto? —preguntó.

—Pregúnteme otra cosa —respondió Lugg salvajemente—. Escaparse de mí, eso es lo que ha hecho. Sabía que yo no se lo dejaría hacer. Esto es el fin. Antes de darme cuenta estará leyendo los “Se necesita”. Ni siquiera me ha dejado una referencia. ¡Válgame Dios! En menudo lío estamos metidos.

—Desearía que se explicase —dijo Penny, cuya paciencia estaba empezando a fallarle—. Bueno, ¿qué es el truco Moran?

—¡Oh, eso! —repuso míster Lugg—. Eso era una tontería. Ahora es suicidio. Una

vez íbamos contra un tipo que se llamaba Moran, un asesino entre otras cosas, que se rodeaba de una colección de matones negros. ¿Qué hizo nuestro hombre sino meterse en su casa, más fresco que una rosa, y forzarlos a que le raptasen para enterarse de lo que se traían entre manos? “La curiosidad le matará un día”, le advertí cuando le saqué de aquella. “Qué gran satisfacción será para usted, cuando esté tocando el arpa, el que tengan un montón de acusaciones contra el que se lo haya cargado”.

Penny se levantó de un salto.

—Entonces ¿sabe quién es? —exclamó.

—Claro que lo sabe —repuso míster Lugg—. Probablemente lo sabía desde la cuna; por lo menos, eso es lo que le dirá. Pero lo que está claro es que nosotros no lo sabemos. Se ha largado de un humor estúpido y me ha dejado en la estacada. Si lo vuelvo a ver vivo, le mato.

La muchacha lo observó asustada.

—Y si el cáliz está seguro con Val, ¿para qué hace todo eso?

Lugg la miró de reojo.

—Depende de muchas cosas, señorita. Hay un montón de cosas que no sabemos ninguno de los dos. Todo lo que podemos hacer es cumplir sus órdenes y esperar lo mejor.

—¿Quién es mistress Sarah? —inquirió.

—La “madre superiora” de un puñado de gitanos —respondió míster Lugg desconsoladamente—. Son sus grandes amigos, y yo los desprecio, con perdón de la señorita.

Penny levantó la vista.

—Lo llevaremos los dos mañana por la mañana —dijo—. Heronhoe Heath está a unas cinco millas a campo traviesa. Mistress Shannon tiene sus cuadras de caballos de carreras al final de él. Iremos en coche.

Lugg alzó una ceja.

—¿Mistress Shannon? ¿Es esa la que vino a husmear al día siguiente de la muerte de su tía? —preguntó—. ¿La de la voz por todo lo alto y la jeta descarada?

—Eso es —afirmó Penny, sonriendo a pesar suyo.

Míster Lugg dejó escapar un silbido.

—Odio a las mujeres —declaró con impertinencia—. Sobre todo a las que están metidas en negocios.

CAPÍTULO 21

EL CARROMATO AMARILLO

Heronhoe Heath, una ancha faja de tierra bordeada por la carretera de Ipswich por un lado, y Heronhoe Creek por el otro, estaba medio cubierta de vistosos matorrales cuando míster Lugg y Penny entraron saltando en el dos asientos a la mañana siguiente de la marcha de míster Champion. El sol era tan brillante, que sobre la ensenada, al final del erial, flotaba una nube roja de calor, a través de la cual los rojos edificios de las caballerizas de mistress Shannon eran difíciles de distinguir. En tres millas a la redonda no había ninguna otra casa.

El campamento gitano estaba igualmente separado del mundo. Yacía acampado a lo largo de la orilla del erial como un brillante pañuelo extendido sobre la hierba al lado de un remanso de agua clara que corría por la ensenada.

Ya cerca del campamento, las marcas de las ruedas de los carros hacían el camino intransitable. Penny detuvo el coche.

—De aquí en adelante tendremos que caminar —anunció.

Míster Lugg suspiró y se apeó del coche, seguido por la joven. Hacían una extraña pareja.

Penny llevaba un traje blanco e iba sin sombrero, mientras que Lugg llevaba los convencionales traje negro y sombrero hongo de los sirvientes de la clase alta, cuya respetabilidad había estropeado por completo echándose el sombrero sobre un ojo, con lo que adquiría un truculento aire de desafío, aumentado por la paja que llevaba entre los labios.

No dejaba de murmurar por lo bajo.

—Mírelos —dijo—. Vagabundos. ¡Válgame Dios!, no me pescará a mí pasando mi vida en una tienda de campaña.

Penny estudió la escena con aprobación. Los alegres carros pintados, con sus altas velas de lona, las coloridas ropas tendidas en las cuerdas y las docenas de pequeños fuegos, con el humo subiendo casi perpendicularmente en el tranquilo aire, presentaban un conjunto francamente atractivo. También había inmundicia y fealdad, pero en general el efecto era definitivamente agradable.

Lo que más impresionó a la joven fue el número de carros y carromatos; parecía haber sus buenos cuarenta, y se dio cuenta de que no estaban rodeados de las numerosas tiendas de campaña, como es corriente en los grandes campamentos, sino que todo ello tenía cierto aire temporal, realzado por la presencia de un gran carromato amarillo de los que utilizan los feriantes.

Aunque había conocido gitanos desde que era niña, nunca pudo visitarlos. Sus campamentos le habían estado prohibidos, y solo sabía de ellos que tenían la tez oscura, que hablaban suavemente y que poseían una gracia especial para vender lo invendible de una forma que hubiera hecho enrojecer de envidia al mejor viajante de comercio.

Todo ello hacía que fuera temblando al lado del desconsolado Lugg, en tanto se dirigían al corazón del grupo. Los chiquillos medio desnudos que jugaban alrededor de los carromatos les sonreían al pasar y gritaban cosas ininteligibles con chillonas voces. Míster Lugg continuaba imperturbable.

Un joven que estaba acodado sobre la puerta de un carromato, con sus magníficos brazos cruzados delante del pecho, que parecía de cobre, en contraste con el desafortunado estampado blanco y rojo de su camisa, le echó un vistazo a Lugg y estalló en una ruidosa carcajada, que coreó la mitad de la tribu. Por todas las rendijas imaginables empezaron a asomar cabezas, y por un momento Penny temió que el recibimiento no fuera muy cordial.

Míster Lugg no se dejó amilanar.

—¿Dónde está mistress Sarah? —preguntó con estentórea voz—. Tengo un mensaje para ella. Privado e importante.

El nombre produjo un efecto sedante entre la gente que se iba congregando, y el joven que había anunciado su llegada de tan original manera abrió la puerta inferior de su carromato y bajó las escaleras.

—Vengan —dijo, y los condujo, a través del desigual erial, hasta el mismo corazón del campamento, donde se alzaba un carromato realmente magnífico, decorado con un retrato del rey y la reina, en un lado, y cuatro delfines rodeando una lúcida representación de los hermanos siameses, en el otro. Los broncees, a la entrada de este exquisito carromato barroco, estaban pulidos hasta parecer de oro. En el frente del carromato se abría un balconcillo, tras el cual, sentada en el pescante del cochero, estaba una monstruosa mujer vieja y gorda; llevaba atado a la cabeza un gran pañuelo de algodón amarillo y verde, y una inmensa bata de colores cubría su redondo cuerpo. Sonreía mientras sus ojos negros estudiaban a los visitantes con una especie de regocijo real.

El guía le dijo unas cuantas palabras en un idioma incomprensible para la joven. La sonrisa de la mujer se ensanchó.

—Suba, señorita —rogó, extendiendo una mano para indicarle los pintados escalones que conducían a la oscuridad del carro. El sol cayó sobre los anillos de sus dedos, haciendo destellar las piedras preciosas.

Penny subió los peldaños y tomó asiento delante de la mujer, mientras Lugg trepaba tras ella, colocándose en el último escalón. La gente se quedó por allí curioseando. Penny veía rostros impacientes y morenos charlando en una jerga que no podía entender.

La monstruosa señora, que parecía ser mistress Sarah, se volvió a la gente. Su

sonrisa había desaparecido. Unas pocas frases vitriólicas, supuso Penny, dispersaron a la gente como niños traviesos. Con los ademanes de una duquesa, mistress Sarah se volvió a sus visitantes.

—¿Quién la envía, señorita? —preguntó con persuasiva voz.

Míster Lugg sacó el bolsillo de seda rojo y se lo dio a Penny, quien a su vez se lo pasó a la vieja. Los gordos dedos morenos lo tomaron, y con sus largas uñas negras soltó el cordón que lo cerraba. Al momento el contenido yacía en su mano.

Penny lo observó con curiosidad. Era un anillo de pelo, hecho con minúsculas trenzas, tejidas con microscópico intrincamiento. Lo sostuvo en alto y rió.

—¡Orlando! —dijo con evidente contento—. No se preocupe, señorita. Sarah sabe. Mañana. Sí, él dijo al día siguiente. Muy bien. Estaremos preparados. Adiós, señorita.

Penny, considerablemente espantada repitió:

—¿Orlando?

Míster Lugg le respondió sepulcralmente:

—Es uno de sus nombres. Vamos. La audiencia ha terminado.

Estaba en lo cierto; la vieja sonrió, hizo una inclinación de cabeza y no pareció dispuesta a continuar la conversación. Penny tuvo la impresión de que su huésped había recibido una información que había estado esperando. Al descender los escalones la joven, la afable vieja diosa se inclinó.

—Usted tiene cara de buena suerte, querida —auguró—. Encontrará un buen marido. Pero no será Orlando.

Muy confundida por este inesperado anuncio, Penny le dirigió una sonrisa y echó a andar detrás de Lugg, que se dirigía al cochecillo tan aprisa como le permitía su dignidad.

—Entre los gitanos se llama Orlando —explicó—. Es una mujer bastante graciosa, ¿verdad? ¿Ha visto sus sortijas? Lleva casi mil libras en los dedos. Todas hechas por tipos pobres como nosotros. Una vez me dijo la buenaventura. Un viaje a través del agua —dijo—. Al mes estaba en Parkhurst.

Penny no le escuchaba.

—Pero ¿qué quiere decir? —preguntó Penny—. ¿Qué les ha dicho que hagan?

Míster Lugg hizo un exagerado gesto de desesperación.

—Son viejos amigos suyos —continuó—. Algunas veces se marcha con ellos. A mí no me lleva... Me deja en casa para que le cuide el pájaro. Esa es la clase de hombre que es. Tiene que acostumbrarse a estas cosas. Presiento que se armará un buen escándalo antes que terminemos.

Entre tanto ya habían llegado al coche y Penny no respondió; pero al acomodarse en el asiento del conductor, aún les pasó otro carro que se dirigía al campamento. Volvió la vista hacia los establos, que eran medio visibles en la distancia. Por un momento apareció un brillo de comprensión en sus ojos, pero no compartió sus pensamientos con Lugg.

Se fueron a casa por los retorcidos caminos de Sanctuary.

—¡Eh! ¿Qué caramba es esto? —saltó Lugg cuando habían torcido diecisiete veces en un palmo de terreno.

Penny, que ya se había acostumbrado a su familiaridad, sonrió.

—Por carretera es muy largo, pero a campo traviesa son solamente cinco millas. Este camino data de los tiempos en que había que eludir las propiedades de los ricos hacendados.

Al pasar por Tye Hall, Beth y su padre estaban en la puerta. Le hicieron señas con la mano y Penny detuvo el coche y saltó fuera.

—Oiga —le dijo a Lugg—, llévese el coche a Tower; yo iré andando.

Murmurando todavía, míster Lugg obedeció, y Penny retrocedió por el polvoriento camino hasta donde estaban sus amigos.

—Estamos esperando al cartero —le explicó Beth alegremente—. ¿Dónde está tu divertido amiguito esta mañana?

—Dios sabe —respondió Penny—. Se fue anoche, dejándome una nota en la que me comunicaba que se iba de visita. Creo que sabe algo.

El profesor, que vestía un fresco traje de *shantung* amarillo y un sombrero panamá, se acarició su bien cuidada barbita con una mano morena y fina.

—¿Es eso todo lo que dijo? —preguntó—. Yo diría que eso suena bastante extraño.

—¡Marcharse en un momento así! —dijo Beth—. No parece cosa de él.

—Creo que se trae algo entre manos —repuso Penny, ansiosa de hacer desaparecer cualquier impresión errónea—. Nos dejó a Lugg y a mí el recado más curioso del mundo. Allí es donde hemos estado. Hemos llevado un bolsito de seda roja a una vieja que parecía esa figura de hotel que hay en su salón, profesor, toda envuelta en estampado de colores. Es una especie de reina de los gitanos, creo. Hay toda una tribu acampada en Heronhoe Heath.

Los redondos ojos del profesor se agrandaron.

—Vaya, eso sí que es extraño —comentó, sumergiéndose en profundos pensamientos.

—Ella pareció comprenderlo todo perfectamente —continuó Penny—. Lo que es más de lo que he podido hacer yo. Y dijo algo de mañana, como si él le hubiese dado una fecha, o algo así. Es una persona extraordinaria, ¿sabe?

Beth abrió la boca para decir que estaba de acuerdo, pero no llegó a hacerlo al ver una aparición apoyada contra la puertecilla del jardín. Dejó escapar una exclamación de sorpresa. El profesor y Penny se volvieron y distinguieron a la espeluznante figura.

—¡Val! —Beth corrió hacia él, seguida por los otros dos. El joven estaba pálido como un muerto. Parecía enfermo, y al hacer un movimiento hacia ellos se tambaleó como un borracho. El profesor quitó el pasador de la portilla. Tomó el brazo del joven y se lo pasó por los hombros, y así lo llevó, casi a rastras, por el camino hacia la casa.

—No decirle nada ahora, niñas —el profesor habló con firmeza, cortando así el

torrente de preguntas—. Tiene muy mal aspecto. Beth, corre a la casa y trae coñac y agua fría. Penny, querida, échame una mano con el otro brazo.

—Estoy bien —exclamó Val, débilmente—. Creo que me han drogado. Acabo de llegar, les oí hablar y vine. Soy un asno estúpido.

—Cálmese. No hable ahora —le aconsejó el profesor al dirigirle hacia la casa, entrando por una puerta lateral—. No, está bien —le dijo a una excitada criada que salió a su encuentro—. No alarme a mistress Cairey. El joven Gyrrh ha venido un poco débil, eso es todo.

La criada se desvaneció con un “sí, señor” y el profesor los introdujo en la biblioteca, donde Beth ya estaba esperando con el coñac y el agua.

Val no consintió en seguir callando un minuto más.

—Estaba pidiéndolo y lo he conseguido —dijo, dejándose caer en un sillón—. ¡Cielos! Tengo la cabeza como después de cincuenta cenas con champaña.

—¿Qué ha sucedido? —preguntaron Penny y Beth a coro, y añadió su hermana, como si se le hubiese ocurrido un pensamiento repentino—. ¿Dónde está el cáliz?

Los ojos nublados de Val se endurecieron un momento, e intentó levantarse al recordar. Al momento volvió a dejarse caer sin fuerzas.

—Lo han cogido —explicó apáticamente—. ¿Dónde está Champion?

Penny dejó escapar un sonido inarticulado y se sentó al lado de la mesa, pálida y temblorosa.

Beth parecía mucho más preocupada por Val que por ningún cáliz. Con sus amables cuidados, el joven empezó a recuperarse. La miró agradecido.

—Les estoy molestando muchísimo —se disculpó—. No sé cómo llegué a ese campo. Me desperté, les oí hablar y me arrastré hasta aquí, y aquí estoy.

—Ahora, muchacho, díganos —dijo el profesor— qué ha sucedido. ¿Puede recordarlo?

Val lo pensó un momento.

—Estaba en el piso de Champion —empezó—. Me quedé leyendo hasta muy tarde, con el cáliz sobre mis rodillas. Un sitio imbécil para ponerlo, según parece. No me había desnudado; no pensaba irme a la cama. De madrugada, sobre las dos o las tres, oí un escándalo fuera. Me asomé a la ventana y vi una batalla campal en los alrededores de la comisaría de Policía. Me estaba preguntando qué pasaba cuando oí a alguien detrás de mí, en el piso. Debía de tener una llave maestra.

Se detuvo para ordenar en su mente los confusos recuerdos.

—¡Oh!, bien —continuó—; entonces —maldito dolor de cabeza, me está cegando —, me dieron un golpe en la cabeza, pero no antes que pudiese echarle un vistazo al individuo que me lo dio. Le reconocí. Cuando estaba sin un penique iba a toda clase de tascas. Y había una en Soho, en Berwick Street, al lado del mercado, donde solía ver toda una colección de tipos raros entrando y saliendo. Creo que en la trastienda tenían un cuarto. Bueno, pues este tipo que me golpeó era un hombre al que había visto allí muchas veces. Le reconocí inmediatamente. Tiene una cara bastante rara,

con una curiosa nariz en forma de porra.

Se detuvo otra vez y el profesor movió la cabeza comprensivamente.

—¿Entonces, le hizo perder el sentido? —sugirió.

—Eso es —afirmó Val—. Pero no creo que estuviese sin sentido más de un par de minutos. Recuerdo que me puse furioso y corrí escaleras abajo; la única cosa que está clara en mi pensamiento es ese sucio agujero en Berwick Street. Abajo aún continuaba la batalla. A empujones pasé a través de ella. Creo que al hacerlo envié a un poli por los aires. Claro que debería haberme llevado unos cuantos conmigo, pero en aquel momento no se me ocurrió. De todas formas ya tenían bastante con aquello.

—¿Y cuando llegó a Berwick Street? —preguntó Beth, que había escuchado todo el relato de su héroe con entusiasmo.

—Bueno —dijo Val—, entré allí como un toro de lidia y le pregunté al propietario por el tipo que buscaba. Me metió en la trastienda, donde esperé, rabioso, hasta que entró un sujeto como una catedral, y antes que me diese cuenta de nada tenía en la cara una toalla empapada en eter, cloroformo o algo parecido. Eso es todo lo que recuerdo, hasta que me he encontrado sentado al borde del huerto, aquí cerca, sintiéndome como un muerto medio resucitado. Por cierto —añadió repentinamente—, ¿qué día es hoy? Quiero decir...

—Mañana cumplirá usted los veinticinco años —dijo el profesor—. Por su aspecto ha debido estar tumbado en ese huerto desde esta madrugada. Gracias a Dios que el tiempo es seco.

—¿Cómo he llegado ahí? —preguntó Val, aturdido—. Les diré que estuve tumbado en un garito de Berwick Market anoche... No, no pudo ser anoche. Entonces sería anteanoche. Creo que me inyectaron algo. El cloroformo no me podía haber tenido todo ese tiempo bajo sus efectos. ¿Dónde está Champion? Debo decírselo. Aunque supongo que a estas horas ya lo sabrá todo por la Policía.

—Albert se ha ido —dijo Penny—. Y nosotros hemos perdido el cáliz. Y... ¡ya está claro! Ayer le estuvieron llamando por teléfono todo el día. Yo estaba en la cama entonces, pero Mary me lo dijo esta mañana. Por eso se fue. Seguramente no quiso alarmarnos ni a mi padre ni a mí.

Fue interrumpida por la llegada de mistress Cairey, que metió la cabeza por la puerta abierta.

—Papá, querido —dijo—, ahí está el cartero. Hay un paquete especial por el que tienes que pagar, y me preguntaba si usted también querría sus cartas, Penny, querida. Si viene conmigo, se las dará. ¡Dios bendito! —exclamó, entrando en la habitación. Val había despertado todos sus instintos maternos—. Usted está enfermo, míster Gyrth. ¿Puedo hacer algo por usted?

Casi mecánicamente, Penny salió con el profesor. Su cabeza era un caos por el nuevo cariz que habían tomado los asuntos. ¿Por qué no podía nadie darse cuenta de que había desaparecido el cáliz?

El cartero, un rubicundo y sudoroso irlandés, estaba apoyado graciosamente en su

bicicleta delante de la puerta principal.

—Tengo dos cartas para ustedes, señorita —anunció al terminar con el profesor—. ¿Su hermano no estará aquí por causalidad? —añadió alzando un esperanzado ojo azul hacia ella.

—Sí, sí que está —respondió Penny, muy sorprendida por la extraña coincidencia.

—¡Qué suerte! Lo otro que hay para Tower es este paquete para él. Si no le importase, señorita... —el hombre ya estaba abriendo la saca de lona y al momento Penny se encontró con un pesado paquete en los brazos.

—Tiene suerte de haberlo recibido. A mí me parece que pasa del peso. Buenos días, señorita.

Se tocó su ridículo sombrero y saltó sobre la bicicleta.

Penny, con el paquete en los brazos, regresó lentamente al despacho. En el momento de entrar en la habitación, algo en el tamaño y en el peso del paquete la hizo estremecer.

—Val —dijo sin aliento—, abre esto. Creo... ¡Oh, no lo sé! De todas formas, ábrelo.

Había algo en su imperativo tono que despertó el interés del joven.

—¿Qué podrá...? —comenzó—. ¡Oh, mañana es mi cumpleaños! Probablemente será algún regalo estúpido de algún pariente.

A pesar de todo, aceptó el cortapapeles que le alargaba Beth y cortó los cordones, dejando al descubierto una fuerte caja de cartón, como las utilizadas para empaquetar botellas grandes. Parecía habersele contagiado parte de la excitación de su hermana, porque la mano que destapó la caja temblaba violentamente.

Sacó un puñado de paja de embalar y dejó escapar una exclamación. El profesor, mistress Cairey y Beth se inclinaron hacia él. Cuidadosamente sacó el alto y esbelto cáliz de oro, que había hecho el abuelo de míster Melchizadek.

—¡El cáliz! —exclamó Penny con un sollozo—. ¡Oh Val, todo está arreglado!

Los rostros de las otras dos mujeres expresaban su alegría, pero el profesor y Val cambiaron una mirada.

—¿Cómo...? —dijo Val sin aliento—. Esto es increíble. ¿Hay algún mensaje? ¿Quién lo envía?

Una desesperada búsqueda les convenció de que no había señal alguna y que la dirección estaba escrita con letras de imprenta. El matasellos era ilegible.

El profesor se aclaró la garganta.

—Creo poder comprenderlo —anunció palmoteando los restos del paquete—. Pero lo completamente incomprensible es cómo llegó usted hasta aquel huerto esta mañana. ¿Quién le dejó allí y por qué? No tiene sentido.

Penny, que había estado mirando fijamente a su hermano durante los últimos minutos, alargó repentinamente la mano.

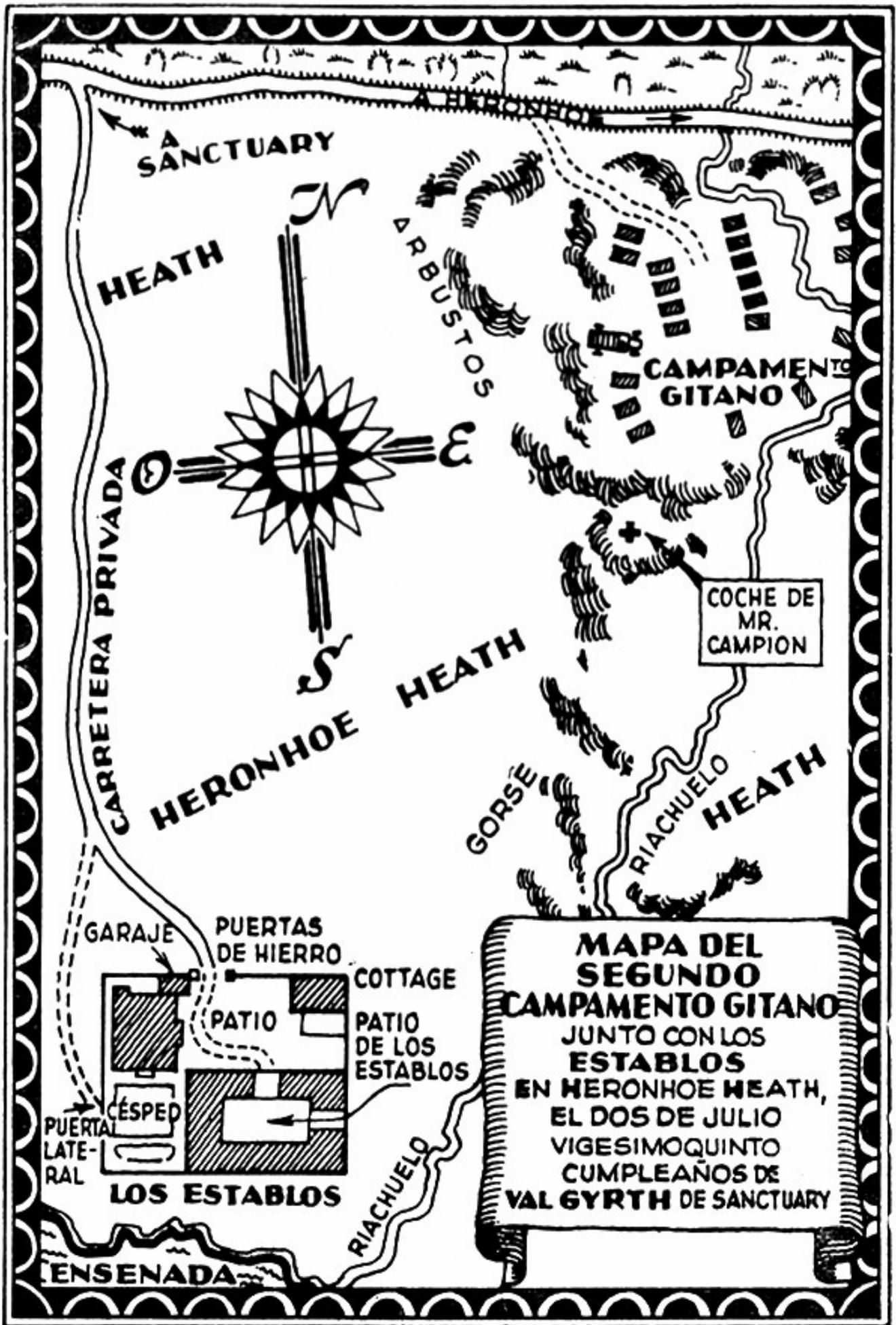
—¡Val, tu solapa!

Instintivamente el joven se llevó la mano a ella, y en su rostro apareció una expresión de desconcierto al quitarse una florecilla silvestre y contemplarla.

—¡Qué raro! —comentó—. Ciertamente no recuerdo habérmela puesto. Además, está bastante fresca.

Penny se la arrebató de un manotazo.

—¿No ves lo que es? —preguntó levantando la voz—. En ese huerto donde despertaste hay cientos de ellas. Es un *campion* blanco. Solamente hay una persona en el mundo a quien se le ocurriría una cosa así.



**MAPA DEL
SEGUNDO
CAMPAMENTO GITANO**
 JUNTO CON LOS
ESTABLOS
 EN HERONHOE HEATH,
 EL DOS DE JULIO
 VIGESIMOQUINTO
 CUMPLEAÑOS DE
VAL GYRTH DE SANCTUARY

CAPÍTULO 22

EL TRUCO DE LAS TRES CARTAS

Aquella noche míster Campion detuvo su coche entre los arbustos de Heronhoe Hearth y aspiró con deleite. Si había algo distinto en él, era que su aire de tontería estaba más acentuado y, a pesar de su evidente ansiedad, había algo en su porte que demostraba su contento consigo mismo.

Aunque había estado conduciendo todo el día, no se veían signos de cansancio en su esbelta figura. Cerró el coche con llave, puso esta en su bolsillo y, por un momento, se quedó inmóvil con la mano sobre la capota.

—El adiós del caballista a su caballo —observó en voz alta al vacío aire, y entonces, volviéndose bruscamente, echó a andar.

Detrás de él las luces del campamento gitano brillaban en la oscuridad, y por un momento dudó, indeciso ante las invitadoras luces. Se apartó de allí resuelto y se contentó con saludarlas con un largo silbido, que muy bien podría haber sido el de uno de los infinitos pájaros de la ensenada. Se detuvo para escuchar los sutiles ruidos de la noche. Casi inmediatamente le devolvieron el saludo: dos silbidos melódicos que sonaron agradables y confortantes. Míster Campion, muy satisfecho al parecer, continuó su camino.

Los establos de mistress Dick aparecían como una mancha rectangular proyectada contra un cielo gris. Había calculado mal la distancia y el paseo fue más largo de lo que esperaba. Cuando al fin llegó a los edificios, se detuvo un momento a la sombra de uno de los altos muros y escuchó con atención. No se oía sonido alguno y, convencido de que no había sido descubierto, empezó a actuar lentamente alrededor de los muros, moviéndose silenciosamente y utilizando su linterna a intervalos.

El edificio era tan sólido como había esperado. Un alto muro rojo circundaba todas las dependencias, formando un bloque grande rectangular; a un lado estaba la carretera privada, que había tenido buen cuidado en evitar desde la carretera principal.

La gran puerta de hierro de la entrada estaba cerrada a piedra y lodo. Atisbo cuidadosamente a través de ella y se sintió aliviado al observar que el lugar estaba oscuro. La casa y el jardín ocupaban la tercera parte oeste del rectángulo. Enfrente de él había un cuadrado con un *cottage* a la izquierda, mientras los establos ocupaban el resto del bloque. Estaban colocados en las cuatro esquinas del cuadrado. Tenían dos pisos, grandes puertas de madera al patio, y una segunda entrada de coches pasaba por delante de la puerta principal en una suave curva, para terminar en el patio de los

establos.

Solo en la oscuridad, míster Campion se puso alerta. Le pareció oír un murmullo de voces en algún lugar de la casa. No intentó entrar hasta haber dado una vuelta alrededor de los edificios, y cuando estuvo de vuelta a la puerta, fue considerablemente meticulado.

El muro necesitaba ser reparado; muchos de los ladrillos estaban medio sueltos a causa de la salinidad del ambiente. Míster Campion se metió las gafas en el bolsillo, y habiendo buscado un lugar adecuado al lado de las cocinas de la casa, por donde colgaba una enredadera, empezó a trepar. Era una ascensión francamente difícil por la altura del muro, rematado con trozos de cristal, que la enredadera cubría ligeramente. A duras penas consiguió su propósito, y silenciosamente se dejó caer al suelo. Una vez más se detuvo a escuchar, conteniendo la respiración. Tampoco se oía ruido alguno, pero se seguía escuchando el murmullo de voces al otro lado de la casa.

Se ajustó de nuevo las gafas y continuó su visita de inspección. No se observaban ni perros ni guardianes. Después de un cuidadoso reconocimiento de los establos, cuyas puertas permanecían abiertas, míster Campion se convenció de que la información que había reunido en su visita de aquella tarde a Londres era correcta en todos sus aspectos. Los establos de caballos de carreras de mistress Dick casi no se podían llamar así. Aunque había veinte, solo uno parecía estar ocupado.

El *cottage* de al lado también estaba vacío, y todo presentaba un aspecto ruinoso. Solamente el césped y el patio estaban cuidados. El jardín parecía una selva.

Con mucho sigilo se acercó a la única abertura iluminada del edificio; dos puertas de cristales que daban al césped. Había tenido buen cuidado de evitar el rayo de luz, pero ahora se fue hacia él. La hierba amortiguaba sus pisadas.

Las ventanas estaban cubiertas por unos finos visillos de tul; al acercarse, la luz de dentro los hizo completamente transparentes. Entre las ruinas de lo que había sido un estupendo cuarto, cinco hombres y una mujer estaban sentados alrededor de una mesa jugando una partida de póquer.

—No es un mal grupo —se dijo para sí míster Campion al pasar la vista de un rostro a otro. Eran Matthew Sanderson, más astuto que nunca mientras repartía las cartas; el mayor de cara de caballo, y Fingers Hawkins, el que le había detenido en la carretera, un poco incómodo entre sus superiores, pero en mangas de camisa. Completaban el grupo masculino un hombre de cabello gris y ojos pequeños, a quien no reconoció, y un mestizo pequeñito e insignificante, cuya presencia le sorprendió.

Mistress Dick dominaba el grupo por pura fuerza de personalidad. Como siempre, estaba llamativamente elegante; su vestido blanco y negro contribuía a hacerla casi teatral en su extrema autoridad. Su blanco rostro estaba torcido con una media sonrisa. Llevaba el pelo cortado como un hombre, dejando al descubierto sus curiosas orejas de fauno. Alrededor del cuello llevaba un collar de cuentas rojas; este toque femenino hacía un mal efecto en su angulosa forma masculina.

—¿No iguala, mayor? —preguntó, al poner las cartas sobre la mesa, el de la cara

roja—. Nunca tiene el valor de ver una cosa hasta el final. Sandy, he estado vigilándote. Estás jugando todo lo que sabes.

Sanderson bajó sus cartas.

—Me extraña que no la haya estrangulado nadie, Daisy —dijo, con más admiración que amenaza.

Mistress Dick se quedó como si tal cosa.

—Mi marido lo intentó —observó.

—Supongo que lo haría usted antes —observó el mayor, riendo.

La mujer clavó los ojos en él con mirada insolente.

—Solía decir que el *whisky* no era bastante fuerte —dijo—. A veces pienso que lo que le mató fue el alcohol desnaturalizado con que solíamos mezclarlo.

Sanderson se volvió hacia otro lado.

—Usted me hace gracia —observó—. De la forma que habla, no comprendo cómo no tiene miedo al chantaje.

Mistress Dick, rió.

—Quisiera ver al hombre con bastantes agallas para hacerme chantaje a mí —alardeó—. Que sean cinco, Tony.

—No precisamente chantaje —dijo Fingers Hawkins desde el otro lado de la mesa—. Pero conseguirá algo de nosotros.

—Eso y mucho más conseguiréis vosotros —mistress Dick se expresó en tono desdenoso—. Lo elevaré al límite, Tony. ¿No quieres quedarte? Gracias. Es mía.

Tiró sus cartas a la vez que mister Campion tocaba en la ventana con los nudillos.

El suave sonido sorprendió a todos los presentes, menos a mistress Dick, que casi no levantó la vista de las cartas que estaba recogiendo.

—Abre esa ventana, Fingers —ordenó—. Hay algo arañándola.

El hombre grande se dirigió a la ventana con precaución, y levantando la falleba, abrió la media puerta de un tirón; al hacerlo saltó de costado.

Mister Campion, pálido, sonriendo e inefablemente atontado, apareció en el marco.

—Buenas noches a todos —saludó, entrando en la habitación—. ¿Hay alguien que tenga una buena pista para el Cáliz Ascot Gold?

Fingers Hawkins pasó por detrás de él y desapareció en la oscuridad.

—Está solo —anunció, entrando en la habitación y cerrando la ventana.

Con esta información el espíritu de los presentes, que momentáneamente había sido incierto, ahora era casi bullicioso. Sanderson empezó a reírse.

—El solito —ironizó—. ¿No es simpático y confiado? Estábamos diciéndole a Daisy que debía de invitarle a usted para que tuviese unos días de descanso hasta que se terminase la diversión, y aquí está.

—Ten cuidado. Quizá haya un camión heno de polis fuera —dijo el mestizo, nerviosamente.

Sanderson se volvió a él.

—Cierra la boca, Moggie —incredulo—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que la policía no está mezclada en este asunto? ¿Para qué crees que van a cogerte... estando vivo?

—Bueno; yo podría comprenderlo —sugirió míster Campion, afablemente—. De todas formas, allá cada uno con su gusto, ¿no, mistress Dick?

Mistress Dick no se tomó la molestia de mirar hacia él.

—¿A qué ha venido aquí? —preguntó, barajando las cartas—. Creo que no le conozco.

—Tonterías —respondió míster Campion—. Nos conocimos en casa del querido vicario. Debe de recordarlo. Yo iba pasando la bandeja de las pastas. Usted tomó dos. Luego los dos soltamos la carcajada.

Mistress Dick alzó las cejas y le contempló fríamente.

—Usted debe de estar más loco de lo que me imaginaba —contestó; sus estentóneos gritos llegaban hasta él por encima de la mesa de juego—. ¿Qué está haciendo aquí?

—He venido de visita —explicó míster Campion firmemente—. Eso debe de estar claro hasta para la inteligencia menos despejada.

—Sandy —ordenó mistress Dick—, tira fuera a esta criatura.

—Ni que se lo piense —Sanderson hablaba con entusiasmo—. Daisy no le concede toda la importancia que merece, míster Campion. Me encontraré muy seguro teniéndole a usted como invitado durante los próximos días. ¿Lleva arma?

—No —respondió míster Campion—. No me gustan las armas de fuego. En mi opinión, hasta las cerbatanas son peligrosas.

—No diga tonterías. Tengo la mía apuntándole.

Míster Campion se encogió de hombros y se dirigió a Fingers.

—Haga su trabajo —le ordenó, levantando los brazos—. Me encanta ver trabajar a un profesional.

—Ya está bien —dijo el ratero, incómodo. Sin embargo, obedeció la orden de míster Campion, y un momento después movió la cabeza.

La alegría de Sanderson creció.

—Bien, ¡qué amistoso se pone esto! —dijo—. ¿Qué se cree que está haciendo? Usted ha hecho muchas chifladuras en su vida, pero ahora se ha pasado de la raya. ¿Cuál es su idea?

—Ten cuidado con él —advirtió el caballero que respondía por el nombre de Moggie—. Es tan escurridizo como una anguila. Me apuesto lo que quieras a que tiene algo metido en la manga. Probablemente ese gran perro de Lugg está por ahí.

—Escríbalo, fírmelo, envíelo a nuestra oficina central y le regalaremos una magnífica pluma estilográfica completamente gratis —tanteó míster Campion—. Todos los testimonios, por pequeños que sean, los ponemos en tumo para cuando sean necesarios.

Mistress Dick colocó las cartas en un arreglado montón, y volviéndose en la silla

contempló a su visitante.

—¿Por qué ha venido aquí, jovencito? —preguntó—. Está empezando a aburrirme.

—Aguarde —repuso míster Champion—. Aguarde hasta que recupere mi personalidad. Espero que no le moleste. He estado mirando en sus establos. Hay una cosa que no he llegado a comprender del todo. Muchos establos para una sola yegua. Supongo que la preciosa criatura tiene una nueva casa cada día, como Alicia en la loca fiesta.

La expresión de la mujer no cambió, pero sus fuertes manos huesudas dejaron de jugar con las cartas.

—Quizá sea mejor que se esté aquí unos días —observó—. Enciérrale en uno de los establos, Sandy, y luego, por lo que más quieras, continúa en el juego.

—Primero será mejor que se asegure de que *está* solo —replicó Sanderson—. No me sorprendería que lo estuviese. Es lo bastante presumido para hacer cualquier cosa.

—Si encuentran a alguien ahí fuera no tiene nada que ver conmigo —advirtió míster Champion—. No; como les dije antes, es una visita perfectamente normal. He saltado el muro, trepando por una enredadera de madreSelva. Arriba y abajo, sin ayuda de nadie. Moggie no lo hubiese hecho mejor. Francamente, no me explico qué está haciendo aquí un gato ladrón.

—No tiene por qué explicárselo —interrumpió Sanderson, rápidamente—. No tiene que pensar en nosotros. Lo que tiene que cuidar es su propio pellejo. Fingers, tú y el mayor id a echar un vistazo por los alrededores.

—Eso está bien —alabó míster Champion—. Y silben todo el tiempo. Así sabremos que son ustedes. Mientras tanto, quizá les podría enseñar algunos trucos de cartas. O le diré la buenaventura, mistress Shannon. Usted tiene cara de buena suerte.

Para sorpresa de todos, mistress Dick arrojó el paquete de cartas hacia él. Míster Champion las tomó y las barajó con gran solemnidad.

—Corte tres veces y formule un deseo —propuso.

Sus pálidos ojos eran suaves e inocentes, y en su rostro había una expresión infantil. Ella cortó; una sonrisa medio divertida, medio burlona, aún torcía su pequeña y fina boca.

Míster Champion colocó las cartas con aire prodigioso.

—Veo muchas bribones a su alrededor —empezó alegremente—. Uno gordo —añadió, mirando de reojo al mayor, que se iba retirando.

Sanderson rió.

—Usted es un fresco —formuló con una nota de admiración en su voz—. Continúe.

—Veo un gran contrato —continuó míster Champion, colocando las cartas de una en una—. Y mucho jaleo. ¡Oh, caramba, caramba, caramba! Todo cartas negras. Parece que van a ahorcar a alguien.

—Cierre el pico —ordenó Sanderson, extendiendo la mano como si pensase tirar

todas las cartas de la mesa—. Está haciendo tiempo o algo así.

—¡Chist! —siseó míster Champion—. Por esto voy a tener la mano cruzada con plata..., espero. Ahora, aquí hay todo un montón de dinero..., debería decir un puchero de dinero. ¡Ah!, no se deje arrastrar por las riquezas, señora. Aquí viene la carta de la suerte. Está muy cerca, pero no llega a tocarle. Hay por medio un joven rubio. Yo tendría cuidado con él, mistress Dick.

Continuó charlando, olvidándose aparentemente de donde estaba.

—Aquí hay una mujer vieja y su hijo, que si no tiene cuidado le descubrirán el juego. Es una mujer idiota, con un hijo todavía más idiota. Tendrá que contestar muchas cosas —dijo, y fue interrumpido por el regreso de los dos hombres.

—Todas las puertas de hierro están bien cerradas. En el erial no hay ni un alma. Está solo —expuso el mayor—. ¿Nos lo llevamos?

—No interrumpen —amonestó míster Champion, reprobadoramente—. El caballero está leyendo el más allá y no debe ser interrumpido hasta que todo haya pasado. Ahora, veamos.

Se sentó un momento, contemplando las cartas que había colocado en semicírculo sobre la mesa. Estaban distribuidas de forma que un lado miraba a mistress Dick y el otro estaba debajo de su mano.

—¡Oh, sí! —manifestó al fin, como si se le hubiese ocurrido un nuevo pensamiento—. Y también hay un viaje.

Se inclinó sobre la mesa y puso una carta delante de la mujer a alguna distancia de las otras, de forma que todas ellas formasen una interrogación.

—Veo un viaje muy largo —repitió—. Bueno, en realidad *usted toma el camino más largo*.

Y luego, mirando la mesa fijamente, barrió las cartas con la mano y se levantó.

—La sesión ha terminado —sentenció—. ¿Algo más para el *bureau* de información? Sanderson, déjeme que le diga su pasado.

La explosiva risita del mayor fue cortada por una sola mirada del caballero a quien se había dirigido.

—Tú deja de enredar —dijo Sanderson—. ¿Dónde le pongo, Daisy? En el pajar, ¿no?

—Me parece que lo está pidiendo a gritos —observó Moggie.

Fue mistress Dick quien resolvió la cuestión.

—Ponle en el pajar de encima de la puerta —dijo—. Dejadle allí un par de días para que descanse.

Sanderson sonrió.

—Me di cuenta de que vería las razones —observó complacidamente.

Puso la mano sobre el hombro de Champion y tiró de él hacia la puerta. Fingers Hawkins le cogió por el otro brazo, y así, ignominiosamente, míster Champion fue escoltado hacia los establos que había examinado no hacía mucho; por el camino protestó todo el rato. Deberíamos hacer saber que, en general, estaba muy satisfecho.

CAPÍTULO 23

SEÑORA, ¿QUIERE USTED HABLAR?

A las ocho de la tarde del dos de julio, el día del cumpleaños de Val Gyrth, míster Champion languidecía en el pajar de encima de entrada de los establos de mistress Dick. Era prisión efectiva. Las ventanas estaban enrejadas para evitar la entrada, más que la salida, pero en los dos casos eran igual de eficaces. Las dos puertas, una a cada lado, que conducían a dos cuartos más, estaban cerradas con llave. Aunque hubiese deseado escaparse, no era fácil hallar ningún procedimiento.

La atmósfera era sofocante bajo el techo en desnivel, y su cama, que consistía en una manta sobre una pila de paja, no podía decirse que fuera cómoda. Con todo, no estaba descorazonado. Durante el día había tenido frecuentes visitas, pero hasta entonces la única persona a quien quería ver no había aparecido.

Mientras Sanderson parecía arder de curiosidad, mistress Dick no se había tomado la molestia de asomarse por allí.

Este era el único factor en sus planes que había fallado, y allí estaba, en completa oscuridad. Se daba perfecta cuenta de que todo dependía del carácter de mistress Dick.

Durante el día había llegado a la conclusión de que a las órdenes de la señora había muchos más hombres de los que encontró jugando al póquer, pero se sintió animado ante el recuerdo del carromato amarillo estacionado muy cerca de allí.

Se levantó y miró por la ventana. Por el dorado cielo del oeste se acercaban enormes nubes oscuras, de tono azulado. Un ruido en el patio le hizo asomarse por la otra ventana, y se quedó mirando una escena igual a la descrita por Sanderson al desinteresado grupo de Cup Mouse al día siguiente de la muerte de lady Pethwick.

Mistress Dick, asistida por un aterrorizado muchacho y el descontento mayor, estaba tratando de cambiar su única yegua de un establo a otro. Formaban un extraordinario cuadro la mujer, alta, angular y más masculina que nunca con sus pantalones de montar y una blusa blanca abrochada hasta el cuello y con corbata del mismo color. Su cabeza de pelo corto estaba descubierta, y la luz del atardecer caía sobre su pálido y pervertido rostro. El animal, una yegua preciosa con la piel como satén negro y una sola pezuña blanca, estaba nerviosa. Muy alta, pesada como un podenco, los músculos de la espalda, al moverse, se agitaban como agua tranquila ondulada por el viento.

Se negó a entrar en el segundo establo, y retrocedía, coceando furiosamente con las patas delanteras. Mistress Dick sostenía en una mano las riendas y en la otra un

látigo. Una y otra vez se negó la yegua, pateando en el patio de tal manera que los ladrillos hacían eco. Pero la mujer era indomable; una docena de veces se salvó por pura destreza, con un sólo movimiento de su muñeca de acero.

Míster Campion se acordó del nombre de la yegua: *Bitter Aloes*. En el mismo instante, la batalla que se libraba fuera llegó a su final. La yegua, al cargar salvajemente contra su dueña, se había visto recompensada con un maligno puñetazo en la nariz dado por un puño femenino, pequeño, pero muy fuerte, y mientras se rehacía del inesperado ataque, la mujer aprovechó la oportunidad para meterla en el establo sin protestar. Un momento después apareció mistress Dick, ceñuda y triunfante, terriblemente consciente de su victoria. Aceptó las felicitaciones del mayor, con un “No seas idiota”, que llegó claramente hasta la prisión de míster Campion, y una vez más quedó desierto el patio.

Durante algún tiempo permaneció asomado a la ventana, ligeramente preocupado. La presencia de Moggie, el pequeño mestizo, le confundía. También estaba allí el hombre de pelo gris, de quien no podía acertar su especialidad.

Por lo demás, estaba contento de esperar. Si mistress Dick hubiese tenido una pizca de feminidad hubiera ido a verle después del episodio de la buenaventura. Estaba un poco sorprendido de que no lo hubiese hecho ya. La pregunta que le reconcomía en aquel momento, y la sola razón para su situación presente, era si mistress Dick sería la única empleada de la Société Anonyme, el aficionado que con la ayuda del profesional Matthew Sanderson y sus secuaces, era directamente responsable de la aventura del cáliz Gyrth; la empleada cuya muerte, de acuerdo con las reglas de la sociedad, constituiría la única razón para abandonar el trabajo.

Por su propio bien, tanto como por el de ella, míster Campion deseaba con todo fervor que no fuese así. Él y Val habían arrinconado mentalmente este aspecto de la cuestión, concentrándose en la inmediata protección del cáliz. Pero el problema había estado siempre dando vueltas en su cabeza, y ahora creía Campion que había llegado la hora de encontrar una solución.

A pesar suyo apartó su pensamiento del tema y lo volvió a Tower. Se imaginaba la tranquila y solemne cena que estaría celebrándose en aquel momento; sir Percival a la cabecera de la mesa, con Val a su derecha, Penny enfrente de su hermano y Pembroke, el viejo pastor, a su lado. La conversación sería forzada, estaba seguro, a pesar de lo íntimo de la reunión. La sombra del cuarto secreto pesaría sobre ellos; el cuarto secreto que contenía el verdadero cáliz Gyrth, y algo más, algo que parecía no haber abandonado nunca la mente de sir Percival. Se preguntaba si Val reaccionaría de la misma forma que su padre, o si el compartir el secreto aligeraría el peso de la mente del viejo.

Fue interrumpido en sus reflexiones por el sonido de un motor en el patio, y, al mirar por la ventana opuesta a la que ocupaba, vio a Sanderson sacando el coche del garaje.

Algo en esta vulgar acción le alarmó sin razón alguna.

Se estaba preparando una tormenta, y el calor, que durante todo el día había sido opresivo, ahora era insoportable. Sanderson entró en la casa, y Champion pudo estudiar el coche a su gusto. Sobre el asiento delantero vio un mazo de cuerda sólida y flexible, anudada a intervalos. Se sintió desconcertado; entre las rejas, su pálido rostro tenía una expresión de descontento casi infantil. Había cierta atmósfera de preparación; iba a suceder algo.

El sonido de una llave que se introducía en la cerradura le hizo girar sobre sus talones.

Mistress Dick entró en el cuarto. Llevaba el traje que le había visto en el patio, y el pequeño látigo colgaba de su muñeca. Se detuvo con la espalda contra la puerta, las piernas ligeramente separadas, mirándole insolentemente.

Míster Champion sintió la extremada fuerza de su personalidad, por primera vez directamente sobre él solo. Antes había conocido personalidades desagradables, pero nunca en una mujer, y fue este hecho el que le privó de su normal urbanidad.

—Esta mañana no se ha afeitado —dijo ella repentinamente—. Me gusta que los hombres sean limpios. No le quiero en este pajar ni un minuto más. Sígame, ¿quiere?

Míster Champion se sintió herido al obedecer su orden, y soportó que le condujera a través de una serie de pajares parecidos, hasta que llegaron a un departamento con paja por el suelo que era, si es posible, más caluroso y más polvoriento que el que acababa de dejar, a pesar de que en una de las paredes había una gran reja que hacía las veces de ventana.

Mistress Dick entró tras él y cerró la puerta.

—Le quiero tener aquí, porque las dos puertas tienen cerrojo por fuera —observó—. Ahora, jovencito, desembuche: ¿a qué ha venido aquí?

Míster Champion se quedó pensando.

—Me ha lastimado con eso de que no me había afeitado —quejóse—. Ninguno de sus amigos se fiaba de mí con una navaja. Una vez llevé barba. Fíjesela llamaba “Cinismo”, “Persuasión”, “Nacida de la mejilla”. Bastante bonito, ¿no cree?

Mistress Dick se permitió una de sus amargas sonrisas.

—He estado oyendo cosas de usted —dijo—. El cinismo parece ser su punto fuerte. Siento que se haya visto mezclado en esto. Podría haber resultado usted divertido. Comoquiera que no tiene nada que decir, está bastante claro por qué ha venido. Como es un prisionero, tiene una estupenda excusa que ofrecer por su fallo a la persona que le ha empleado. Conozco ese modo de proceder.

Míster Champion sonrió.

—Es una buena idea —alabó—. ¿Cómo ha llegado a esa maravillosa conclusión?

Mistress Dick continuó, inmovible.

—Por pura inteligencia —dijo campanudamente—. ¡Qué lástima que nunca pueda utilizar esa excusa! Sandy piensa que usted sabe demasiado para dejarle escapar. Nunca he pagado chantaje, y ahora puede estar seguro de que no voy a empezar a hacerlo.

—Eso debe de ser cosa de la gente con quien se asocia —dijo míster Campion con dignidad—. Mi Unión no permite el chantaje. No tenía idea de que fuese a ser un invitado eterno. Espero que no crea que voy a llevar una máscara de hierro.

Mistress Dick alzó las cejas expresivamente, pero no habló, dejándole continuar.

—Imagino que sus intenciones son tenerme aquí hasta que haya terminado sus asuntos con los agentes de Londres.

La mujer le dirigió una mirada penetrante.

—Usted sabe muy bien que todavía no hemos tenido éxito —repuso—. Fue usted muy listo, míster Campion, haciendo todo aquel teatro con el cáliz falso. Un poco infantil, quizá, pero bastante efectivo. Nos hizo perder muchísimo tiempo.

Los pálidos ojos de míster Campion destellaron detrás de las gafas. El golpe había dado en el blanco.

—Entonces ya se han enterado, ¿eh? —comentó—. Han sido muy rápidos. El pequeño Albert se ha tomado las cosas con mucha calma, según veo. ¡Bien, bien, bien! ¿Qué va a hacer ahora? ¿Un precioso concurso a la caza de tesoros y dar premios? Le diré cuándo está caliente.

—No me divierten las tonterías —despreció mistress Dick—. En realidad, tengo muy poco sentido del humor.

—Bien, eso es original —dijo míster Campion cortésmente—. ¿Quiere que le haga una sugerencia? Tome el cáliz que ya tiene. Ha estado expuesto en Cup House desde que fue hecho. Presénteselo a la persona que la ha empleado. Si dicen algo puede responderles que, por lo que usted sabe, es el único cáliz Gyrth que existe. Me imagino que pagarán.

—Ahora empieza usted a ser verdaderamente divertido —declaró mistress Dick. Del bolsillo de sus pantalones de montar sacó un paquete amarillo de cigarrillos y encendió uno—. No parece estar muy bien informado. El cáliz fue enviado a Tower anteayer. Sé muy bien dónde está el verdadero cáliz y voy a conseguirlo.

—Con Matt Sanderson, Fingers Hawkins, Natty Johnson, el mayor, el viejo tío Tom Moggie y todo —comentó míster Campion—. No conseguirá más que oler el dinero, ¿no cree? Mamá, ¿vale la pena? Papá tiene que llevarse su parte, ¿sabe?

Mistress Dick dejó de fumar; el cigarrillo colgaba de sus finos labios.

—Yo soy la que está llevando adelante este asunto —exclamó—. Yo fui la encargada, y la responsabilidad, además de la recompensa, son enteramente mías.

Por un momento míster Campion quedó en silencio. Luego tosió, y levantando los ojos a ella, la contempló solemnemente.

—Si realmente es responsable de todo esto —dijo con gravedad—, la situación se vuelve extremadamente incómoda y difícil. En fin, para decirlo de una manera cruda: si se ha de terminar el asunto satisfactoriamente, uno de nosotros, o los dos, tendrá que retirarse.

—Eso —comentó mistress Dick— ya se me había ocurrido. No saldrá de aquí vivo, amigo.

—¡Amenazas! —exclamó míster Campion, recuperando su buen humor—. ¿Se cree que va a patear mi espectáculo? Usted lleva ventaja porque está vestida para su parte; pero déme un par de bigotes y verá cómo también yo hago un villano estupendo.

La luz se iba debilitando por momentos, aunque podía distinguir su blanco rostro al otro lado del pajar. Se sintió en desventaja al ver que se le escapaban las sutiles variaciones de su semblante.

—Me interesaría saber —preguntó ella repentinamente— quién le ha empleado. Los Gyrth, supongo. ¿Cómo pudieron enterarse? Siento que hayan malgastado su dinero. El cielo sabe que tienen bastante poco.

—Supongo que usted también necesita dinero —replicó Campion con voz tranquila.

—Naturalmente. He gastado dos fortunas en mi vida —dijo mistress Dick, sin orgullo ni pesar—. Por eso tengo que hacerme con otra. No creerá que voy a dejar que se interfiera una rata como usted.

—Usted me estima en muy poco —amonestó míster Campion con firme cortesía—. Mis puntos fuertes son: hombría, inteligencia y recursos.

Por primera vez durante la entrevista, levantó la voz en las últimas palabras. Instantáneamente se oyó el patear de unos cascos bajo sus pies, seguido por varios terribles golpes contra la madera, que hicieron temblar el edificio.

—*Bitter Aloes*— observó mistress Dick significativamente—. Está en el establo de ahí abajo. Se halla usted en buena compañía. Hable bajo, porque es arisca con los extraños.

—Tampoco es muy dócil con la señora de la casa —observó míster Campion, bajando la voz—. Las he visto jugar en el patio como un par de gatitos. Pensé que la cogería a usted con las patas delanteras.

—El año pasado mató a un chiquillo —la voz de mistress Dick era seca y sin expresión—. Querían que la matase de un tiro, pero pude escapar de ello. Vi cómo sucedía. No fue una muerte bonita. Esas patas delanteras son como martillos de acero.

Míster Campion se encogió de hombros.

—Tiene usted un gusto muy raro para escoger animales —observó—. Fingers Hawkins y *Bitter Aloes* hacen una buena pareja. Pero ¿qué le parece si cortamos el melodrama y volvemos a los negocios? En primer lugar, simplemente por curiosidad, claro, ¿cómo espera salir de todo esto?

—¿Qué puede impedírmelo? —respondió mistress Dick con plácida seguridad—. Parece olvidar por qué fui invitada a entrar en este asunto. Mi posición es inasaltable. Puedo ir a donde quiera con entera impunidad. Esa es la ventaja de una profesión y una reputación como la mía.

—Ya veo —reconoció míster Campion—. Y esta reputación suya, más su estado financiero, casi desesperado, han firmado el contrato, como decimos los hombres de

negocios. Pero lo que quería saber es cómo espera escapar con bien. ¿Continuando aquí, por ejemplo?

—¿Por qué no? Una mera sospecha no puede turbar una posición como la mía. Aunque me arrestase la policía, ¿qué razón podían achacarme para robar un cáliz de oro? No es vendible, ¿sabe?, y no soy de la clase de personas que coleccionan ornamentos de salón. La policía no es gente que indague sobre las personas que me han empleado. Una vez lo haya conseguido puedo hacer con él lo que quiera. Los Gyrth no se atreverán a pregonar su pérdida en el extranjero. Francamente, no veo cómo podría llegar a ello la policía. Ha dejado de impresionarme el ordinario sentimiento campesino. Puedo asegurarle que he resistido escándalos muchos mayores del que pueda levantar esto.

Míster Campion estaba silencioso, y ella le dirigió una inquisitiva mirada en la semioscuridad.

—¿Bien? —dijo.

—Estaba pensando en lo inteligente que son esos que la han empleado —comentó Campion, lentamente—. Tiene razón. Usted es inasaltable. Solo hay un punto peligroso en su programa.

—¿Cuál?

—Yo —dijo Campion modestamente—. Conozco las reglas de la sociedad tan bien como usted. ¿Está pensando matarme?

—Sería absurdo dejarle que se mezclase en mis asuntos —expuso mistress Shannon—. Podría haberme sido útil; pero como están las cosas en este momento es un condenado estorbo. No estoy pensando en matarle. Me estoy preparando para matarle.

—Así que esto es Suffolk —dijo míster Campion—. Recomiéndeme Chicago. Me molesta poner inconvenientes, pero ¿no se le ocurre que el tener un cadáver por ahí va a ser algo más que un estorbo social? Sé que la policía siempre está preparada para perdonar. Son gente amistosa. Pero no hacen la vista gorda cuando hay un cadáver por medio. ¿Me va a enterrar en el jardín o me tirará a la ensenada? Dígamelo.

La mujer no respondió, y Campion siguió su perorata.

—Sin embargo, antes que se meta de lleno en el trabajo, me permitirá que haga mis ejercicios de canto. Escuche esto.

Echó la cabeza hacia atrás, y el agudo silbido que había sonado a lo largo del erial la noche anterior hizo eco ahora en el pequeño cuarto. La reja de encima de la cabeza de míster Campion estaba abierta al erial, y el sonido escapó claramente hacia el cielo, más allá. Silbó otra vez, y la yegua volvió a patear en su establo.

Mistress Dick empezó a reír.

—Si está contando con ese puñado de gitanos —exclamó—, lo mejor será decirle que los eché de aquí esta mañana. Está usted solo. Me parece que ha jugado muy mal sus cartas. Además, es un fracasado de tal calibre que está empezando a irritarme.

Los ojos de míster Campion eran duros y ansiosos detrás de sus gafas, pero la

encantadora expresión de despiste no le había abandonado.

—Hablando de fracasados —repuso—, ¿dónde está su éxito? No mucho más cerca que cuando empezó. No tiene el cáliz.

—Pero sé dónde está —dijo mistress Dick, lentamente—. Fui tonta al no imaginármelo antes. Está en ese cuarto secreto del ala este, del que arman tanto jaleo, claro. No tuve duda alguna en cuanto descubrí que el cáliz que estaba en la capilla era falso. Conseguiré el cáliz esta noche.

Hablaba con completa seguridad, con un tono que desechaba toda otra posibilidad como absurda. Míster Campion se irguió.

—Ya veo —comentó suavemente.

Se quitó las gafas y se las metió en un bolsillo. La oscuridad invadía el pajar, y aunque no estaba del todo desprevenido para lo que siguió, lo repentino del ataque le cogió un poco de sorpresa. Vio el movimiento del brazo de la mujer con la manga blanca, y al momento el latigazo le dio en pleno rostro y le envió tambaleándose contra la pared.

Medio inconsciente oyó el sonido de voces fuera, pero no tuvo tiempo para pensar con claridad. Mistress Dick le estaba azotando con el látigo con la misma pericia y exactitud con que había domado a la yegua que estaba pateando en el establo. Levantó los brazos para protegerse la cara, y se hizo atrás hasta quedar acorralado en un rincón.

Mistress Dick le siguió, tanteando el piso del pajar con el pie. Al fin encontró la que buscaba. Con un simple movimiento del tacón soltó un pasador de hierro de una trampa, precipitando al joven entre una tormenta de pezuñas.

Instintivamente Campion alargó la mano para salvarse y cogió el borde de la trampa.

Por un terrible momento quedó suspendido en el aire. Mistress Dick se inclinó para cerrar la trampa y le dio una patada en los dedos como si estuviese apartando una piedra de su camino.

CAPÍTULO 24

“BITTER ALOES”

Bitter Aloes quedó tan asustada por la repentina intrusión en su establo, como míster Champion por su descenso. Se echó atrás, relinchando, con las patas delanteras manoteando en el aire. Fue este momentáneo respiro lo que salvó la vida de míster Champion.

En una esquina del establo, a metro y medio del suelo, había un antiguo cesto de hierro, lo bastante bajo para permitir al caballo que comiera la paja, pero lo bastante alto para que esta no cayera sobre el pesebre o el suelo.

Cuando mistress Dick dio la patada a los dedos de míster Champion, este cayó, y quedó exactamente debajo del pesebre de madera al recular *Bitter Aloes*. Apretándose contra un rincón para salvarse de las patas, su cabeza tropezó contra las barras del pesebre. La yegua, frenética de miedo y furia, se levantó sobre las patas traseras una vez más, manoteando furiosamente.

Champion saltó hacia el pesebre, metiéndose en él, y al fin se acomodó con la cabeza y los hombros tocando la trampa por la que había caído, y *Bitter Aloes* pateando a un palmo de sus pies. Aun en aquel momento no pudo evitar el maravillarse de los villanos manejos de mistress Dick. El cadáver de un extraño, y probablemente irreconocible, muerto salvajemente en el establo de un caballo de carreras, solo significaría una cosa para la mente del jurado, especialmente si la señora aportaba los necesarios detalles para demostrar que había entrado en el establo con un propósito malvado. Doce buenos hombres de Suffolk lo considerarían un caso de poética justicia.

La cabeza y los hombros, todavía doloridos por los latigazos, empezaban a dormirse en su incómoda postura. Champion sabía que no podría resistir mucho tiempo. Escuchó intensamente. *Bitter Aloes* se había calmado bastante, pero todavía podía oír su alterada respiración y el batir de su cola en la oscuridad. En el patio oyó ruido. Mistress Dick y sus compañeros se preparaban para salir. Se dio cuenta de que ella debía de tener planes de acción muy definidos, y su corazón falló al pensar en Tower completamente sin protección, exceptuando a Val y un puñado de criados, todos los cuales serían tomados por sorpresa. No sería solamente robo con violencia, sino robo con un grupo de hombres escogidos, cada uno de los cuales era maestro en su línea particular. Un grupo así no podía fallar, ya que tenían clara idea de dónde encontrar lo que buscaban. La dificultad de seguirlos después del robo sería enorme, hasta para Scotland Yard, y el tesoro nunca podría encontrarse.

Furioso consigo mismo *Campion* se levantó con cuidado sobre el peligroso artefacto e intentó forzar la trampa con toda la fuerza de su cabeza y hombros. Se oyó un crujido, y con verdadero horror descubrió que lo producían las alcayatas que sostenían el pesebre, y no la trampa.

Cesó en sus inútiles esfuerzos y se acurrucó una vez más, mientras *Bitter Aloes*, alarmada por el ruido, refulaba otra vez.

En ese momento se dio cuenta de que sonaban pisadas sobre su cabeza. Alguien se movía furtivamente. Se encogió en el rincón, temiendo por un momento que hubiese regresado *mistress Dick* para asegurarse de que la yegua había cumplido su cometido. Su alarma creció al oír quitar el pasador de la trampa. Esta empezó a descender.

Al momento la luz de una linterna cortó la oscuridad y envió a *Bitter Aloes* hacia atrás, dando golpes contra la pared del establo. *Míster Campion* permaneció muy quieto, mientras le recorría el cuerpo una docena de calambres.

La trampa se abrió un poco más, y una suave voz con acento americano murmuró:
—¡Eh, *Campion!*, ¿está ahí?

El joven se levantó tan rápidamente que las alcayatas crujieron.

—¡Profesor *Cairey!* —susurró.

—¡Oh, ahí está! —la linterna se dirigió a su rostro—. Creí que le había cogido. Espere un momento mientras deajo caer esta puerta. Entonces podrá izarse usted mismo.

La trampa descendió. *Míster Campion* bajó la cabeza. Un minuto después, ayudado por el profesor, estaba izándose al pajar. El americano tiró de la trampa y cerró el pasador.

—He visto que era hora de que me dejase caer por aquí —observó—. ¿Qué le ha pasado a su cara? ¿Se lo hizo el caballo?

—No, me lo hizo su dueña —respondió *míster Campion* amargamente—. Me ha salvado la vida, profesor. ¿Cómo se le ha ocurrido venir?

El viejo se levantó y se sacudió las rodillas antes de responder. Había más luz en el pajar que en el establo, y *Campion* podía ver su pequeña figura, con su traje de *shantung* y el triángulo de su barba a lo *Van Dyke*.

—Se me ocurrió algo —comentó suavemente—. Un detalle que pensé que a lo mejor se le había pasado. Así que me vine en una bicicleta a ver si le encontraba por casualidad. Me imaginé dónde estaba cuando *Penny* me dijo que había ido a ver a los gitanos. Di vueltas por el erial hasta que encontré su coche. Entonces estuve seguro. A propósito, le han pinchado las ruedas.

Míster Campion continuaba mirándole como si no pudiese creer a sus propios ojos, y la voz del profesor continuó con la misma suave precisión, como si estuviese sosteniendo la conversación más normal del mundo en su propia biblioteca.

—Esta tarde vine a ver a la señora —continuó—. Le di mi tarjeta y le dije que había venido a hablar de unos añojos a ver si le interesaban. Me envió a decir que no

podía recibirme, y el hombre que vi me acompañó hasta la puerta principal. Afortunadamente no había nadie por allí. Supuse que le tenían prisionero, y mirando los establos pensé que harían una gran prisión. Así que me metí en uno vacío. He estado allí unas horas. En mi opinión, es completamente necesario que regrese a Tower esta noche.

—¿Cómo ha llegado hasta *aquí*? —preguntó *Campion*, aún sorprendido por la actitud decidida del viejo caballero.

El profesor rió entre dientes.

—Esperé en el establo hasta que vi a esa mujer dando vueltas con su caballo. ¡Cielo santo! Creí que lo iba a poner donde yo estaba. Así que trepé por una escalera de mano hasta el piso alto, y no había esperado más de quince minutos cuando le oí hablar con ella. Mi oído no es lo que solía ser, y no pude enterarme lo que decían ninguno de los dos. Pero le oí caer a usted por la trampa y a ella salir. Tuve alguna dificultad en abrir la puerta y me costó un poco saber dónde estaba. El resto ya lo sabe. No me gusta ser descortés con las señoras, pero esa me parece un demonio.

Míster *Campion* se tocó el verdugón que tenía en la cara.

—Me inclino a creer lo mismo —dijo.

El profesor le puso una mano en el brazo.

—Debe darse prisa —advirtió—. No se preocupe por mí. Regresaré. Si van a intentar algo contra el verdadero cáliz lo harán esta noche. Por eso vine. Hay una parte de tradición que me parece que no sabe. Estoy interesado en estas cosas; por eso lo recuerdo. El viejo *Peck* me puso en antecedentes. Quise decírselo antes; pero con unas cosas y otras se me fue del pensamiento.

Bajó la voz aún más.

—El cuarto secreto de Tower tiene una ventana, pero no tiene puerta visible, como ya sabe. Ahora bien, en la noche del veinticinco cumpleaños del heredero, en esa ventana brilla una luz desde el anochecer hasta la salida del sol. Fíjese; antiguamente había una gran fiesta, así que todas las ventanas de la casa estaban iluminadas; pero ahora no hay ninguna fiesta. La posición de ese cuarto estará clara para cualquiera que se moleste en mirar desde las diez hasta la madrugada. ¿Me comprende? Eso no es todo, tampoco. Esta noche habrá preparativos especiales para descubrir la puerta. Si alguien registrase Tower ahora, encontraría indicios bastante claros de dónde está el cuarto, siempre que supiesen el piso y en qué dirección mirar. Pueden pasar treinta años hasta que vuelva a tener esta oportunidad. Creo que debería estar usted por allí.

Míster *Campion* guardó silencio durante un momento.

—Supuse que habría una luz, claro —dijo al fin—; pero nunca pensé que estuviese tanto tiempo. Desconocía la tradición. Me he equivocado en el tiempo. Tiene razón. Me he equivocado —corrió a la ventana—. Supongo que ya se habrá ido.

El patio de las cuadras estaba vacío, pero vio el coche grande todavía delante de

la casa.

—Debemos salir —propuso—. Iremos por donde usted ha venido.

El profesor le condujo. Bajaron la escalera en el pajar siguiente. Al momento dejó escapar una exclamación de descontento.

—Estamos encerrados —se lamentó—. Tendremos que volver atrás y subir hasta el piso superior. Si no podemos salir estamos perdidos.

—El cuarto que hay sobre la entrada tiene una ventana —recordó *Campion*, pensativamente—. He estado encerrado en él todo el día. Creo que podría salir de allí.

Afortunadamente las puertas de comunicación entre los dos pisos no estaban cerradas con llave, y pasaron de un pajar a otro hasta llegar al de encima de la puerta. Allí *míster Campion* se detuvo en seco, y el profesor, jadeando un poco, le alcanzó. En algún sitio, en la parte de afuera, se había levantado un ruido extraordinario.

—¡Eh! —exclamó al profesor—. ¿Qué es eso?

Míster Campion ya estaba en la ventana.

—¡La buena de *mistress Sarah*! —dijo, sin aliento—. Supuse que eso de haberles tirado del lugar era pura farfolla.

Tomó al profesor de un brazo y lo arrastró a la ventana. Juntos miraron la escena que se desarrollaba abajo.

Era algo extraordinario. La última luz de la puesta del sol bañaba el erial; se estaba levantando una suave brisa. En el momento en que se asomaron a la ventana vieron un inmenso objeto oscuro que se recortaba contra el cielo y que se acercaba a toda velocidad. Al llegar cerca pudieron descifrar lo que era. Un decrepito carromato, que *Penny* había visto en el campamento gitano, atiborrado de gesticulantes figuras.

Desapareció de la vista de los dos caballeros que al momento oyeron el enorme golpe, que hizo eco en la casa, al abrir las puertas de hierro. El carromato volvió a aparecer, golpeando la rueda trasera del *Delage* en su camino, y se detuvo en seco delante de la puerta principal. El ruido era endemoniado; las agudas voces de los gitanos habían perdido su musical siseo y se mezclaban con los chirridos de los frenos y los enfurecidos juramentos de los miembros de la pandilla de *mistress Dick*, que intentaban detener a los invasores.

Se armó un verdadero pandemónium. En su establo, *Bitter Aloes* añadió a la confusión coces furiosas a la puerta. Innumerables figuras corrían por el patio, entraban y salían de la casa y de los establos.

Los amigos de *mistress Dick* defendían su propiedad de este inesperado ataque con uñas y dientes. El profesor, con las manos en los barrotes de la ventana, silbaba bajito.

—Vaya, esta es la pelea más sucia que he visto en mi vida.

Míster Campion no respondió en seguida. Estaba trabajando en la otra ventana, de la que había aflojado los hierros durante el día.

—Han recibido mi señal —comentó al fin, entre vigorosas sacudidas a los hierros—. Se lo dije hace semanas. Nunca creí que hiciesen el trabajo tan

concienzudamente. Cuando recibiesen la señal tenían que atacar. Si no oían señal alguna debían llegar a las diez. Ayer Lugg les llevó la señal, así que han estado esperando todo el día. Son viejos enemigos de todo este grupo.

—No he oído disparos —dijo el profesor al mirar la batalla, con entusiasmo casi infantil.

—No utilizan armas de fuego —míster Champion tuvo que levantar la voz, porque el ruido de los hierros y el desgajamiento de la madera se había unido al tumulto—. Tienen prejuicios contra ellas. Si los cogen eso empeora las cosas. Sus propios métodos son igual de eficaces y ligeramente más sucios. ¿Quién gana?

—Es difícil saberlo —respondió el profesor—. Todos me parecen iguales. Creo que han evitado el ataque a Tower. No veo a mistress Shannon por ningún lado.

Se detuvo en seco, cuando sobre el tumulto sonó un disparo.

—Me apuesto a que es Sanderson —dijo míster Champion—. A ese hombre le colgarán antes que termine esto.

—Sea quien fuere —observó el profesor—, lo han atrapado. ¿Oye un coche?

—No puedo oír nada con este escándalo —gruñó Champion, al quitar uno de los barrotes de la ventana—. A mí me parece una de las antiguas creencias cristianas del infierno.

—Oiga, Champion —dijo el profesor, volviéndose un momento—, ahí fuera se están matando. ¿No encontrarán alguna dificultad sus amigos gitanos para salir de esta?

—Más que matar lo que hacen es ponerlos fuera de combate —al hablar míster Champion se iba apartando de la ventana—. Usted no conoce a los gitanos, profesor. Por la mañana no quedará de ellos ni rastro. Para la madrugada se habrán dividido y cada uno de ellos estará en una parte distinta del país. Algunos no viven más que para pelear. Esta es una de sus noches de gran gala. Escúcheme —añadió, mientras se preparaba a descolgarse por la estrecha abertura de la ventana—, lo mejor que puede hacer es quedarse aquí. Abriré la puerta de abajo y le dejaré salir. Si me ocurre algo, usted es amigo de Orlando, y cualquier gitano le sacará de aquí. No lo olvide, *Orlando*. Voy a perseguir a mistress Dick. Nunca olvidaré lo que ha hecho por mí esta noche, profesor.

El viejo regresó a la ventana.

—No me perdería esto por todo el oro del mundo. Es educativo.

—¡Allá voy! —exclamó míster Champion, y desapareció.

Se dejó caer sobre el centro del carromato, que en aquel momento era un oasis en medio de aquel tumulto, y buscó un arma a su alrededor. Dio con el pie en algo duro que se hallaba en el fondo del carro, y alargando la mano encontró una botella. Se arrolló el pañuelo a la mano y cogió la botella por el cuello. Entonces, manteniéndose agachado, dejóse caer suavemente del carro y descorrió el pasador de la puerta de la escalera de los pajaes.

—Todo arreglado, profesor —anunció en voz baja.

Cuando estaba a punto de dar la vuelta a la casa vio una figura que se le echaba encima, con la mano levantada. Champion alzó instintivamente el brazo para protegerse, y preguntó:

—¿Jacob?

La mano cayó a un lado.

—¿Orlando?

—El mismo —aseguró Champion, y añadió, llevando al gitano a la protectora sombra del carro—. ¿Dónde está la señora?

—Se dio el piro —respondió el gitano rápidamente—. Se fue en su cochecito rojo. El de la pistola se iba con ella, pero le hemos atrapado.

—¿Se dio el piro? —repitió Champion—. ¿Sola?

El hombre se encogió de hombros.

—No lo sé. Me parece que no; se fue en el cochecito rojo que estaba aparcado al lado de la puerta cuando llegamos. Se fue hace diez minutos. Se llevó un mazo de cuerda. Algunos de los muchachos salieron tras ella, creo; pero huyó.

Míster Champion se quedó helado. Los nervios de mistress Dick eran de acero. No tenía nada que perder y una vez que el verdadero cáliz estuviese en su poder estaría segura. La sangre fría con que había intentado deshacerse de él eliminaba cualquier duda sobre su escrúpulo personal. No había nada que la detuviera.

Se volvió al gitano.

—Voy a perseguirlos —dijo—, aunque Dios sabe cómo. Oye, Jacob, hay un viejo ahí arriba, un antiguo amigo de Orlando. Preocúpate de que salga. Dale un abrazo a mistress Sarah. Me reuniré con vosotros en la feria de Hull, si no os veo antes. Da la vuelta a la esquina y date el piro.

El gitano afirmó con la cabeza y desapareció silenciosamente por las escaleras a cumplir sus instrucciones.

Gran parte de la pelea se estaba librando dentro de la casa, donde había retrocedido la banda.

Míster Champion corrió por el patio, que ahora era una masa de botellas rotas, sangre y trozos de ropa. Fuera de los muros había suficiente claridad. El viento traía jirones de nubes por el pálido cielo, y las estrellas parecían muy cercanas.

Al pasar por el pequeño *cottage* salió una figura de las sombras y saltó hacia él. Blandió el arma y la dejó caer sobre algo duro. Su asaltante cayó al suelo. Vagamente vio la cara de Moggie en tierra, pero continuó corriendo con un solo pensamiento: mistress Dick y un mazo de cuerda.

Esperanzado, entró en el garaje y echó una ojeada en derredor. Para su desgracia, estaba vacío. Solo se distinguía la figura inerte de Matt Sanderson. El Delage estaba completamente destrozado, y el rojo Fraser Nash, en el que sin duda mistress Dick se dirigía a Tower a toda velocidad, eran los únicos vehículos que había contenido. Su propio coche, además de encontrarse a alguna distancia, estaba, según dijo el profesor, fuera de combate, y el carromato en que habían venido los gitanos

necesitaría por lo menos, la fuerza de una docena de hombres reunidos para lograr sacarlo del patio. Quedaba la bicicleta del profesor, que no hubiese sido bastante rápida aunque la encontrara.

El problema del transporte no parecía tener solución, y la velocidad era lo más importante del mundo. Hasta telefonar estaba fuera de la cuestión pues sabía por experiencia que el corte de los hilos era lo primero que hacían los gitanos. Lo único que podía hacer, pensó, era ir al campamento y tomar prestado uno de los caballos de mistress Sarah.

Se dirigió hacia allí a paso rápido por un camino diagonal. Oyó pisadas tras él y se detuvo.

Un hombre que llevaba una yegua se acercaba a él a toda velocidad. La figura delgada de míster Campion fue reconocida a la débil luz.

—¡Orlando! —llamó el hombre suavemente.

—¿Quién es? ¿Joey? —Campion reconoció la voz de Joey, el hijo de mistress Sarah, el experto en caballos de la tribu Benwell. Se acercó a él.

—Jacob me ha enviado a buscarle. El viejo que estaba con él me ha dicho que usted quería marcharse. Le presto esto —con un movimiento de cabeza el gitano indicó la yegua—. Tenga cuidado con ella. Será buena durante media hora. Después puede volverse un poco salvaje. Es una preciosidad, ¿verdad?

Míster Campion comprendió la situación perfectamente. Joey, que tenía más aptitudes para los negocios que para la guerra, había aprovechado la oportunidad para desvalijar los establos de mistress Dick, un acto en el que había sido descubierto por su compañero, el cual le había enviado inmediatamente en busca de míster Campion.

Al volverse para tomar las bridas, olvidando por un momento el empobrecido estado de los establos de la señora, vio un casco blanco. Instintivamente se echó atrás.

—¡Cielo santo! Se necesita tener valor. Esta es *Bitter Aloes*. La tienen como una especie de verdugo.

—Está bien —insistió Joey—. Correrá como un gamo durante media hora. Puede fiarse de mí. La he arreglado con una cosa.

Míster Campion miró la antes orgullosa cabeza, que ahora se mostraba con las orejas gachas, y los salvajes ojos ahora suaves. Parecía una locura intentar montarla.

El gitano le alargó el latiguillo.

—Dése prisa —susurró—. Déjela suelta cuando termine con ella. La buscaré con algo en la mano, que servirá para que me siga durante millas. Va a Sanctuary, ¿no?

Míster Campion miró a lo lejos. Sanctuary estaba a cinco millas en línea recta. Puede que mistress Dick ya hubiese alcanzado su meta. Se volvió al gitano.

—Gracias, Joey —dijo suavemente—. Voy a Sanctuary.

Y saltó sobre el brillante lomo de *Bitter Aloes*.

CAPÍTULO 25

LA VENTANA

Era una clara noche de verano con fuerte viento. Girones de nubes cruzaban el pálido cielo estrellado y el viento era fresco después del intenso calor del día.

El bosque crujía en la oscuridad y los arbustos susurraban.

No era una noche para quedarse en casa; todo parecía estar en libertad y el viento llevaba los sonidos a grandes distancias; se oían lejanos balidos, voces y ladridos de perros.

Muchas de estas cosas pasaron inadvertidas para míster Champion al correr a través de los campos. Sea cual fuere la brujería que había utilizado Joey con *Bitter Aloes*, había hecho desaparecer su mal genio, pero continuaba muy nerviosa, aunque de momento su innato salvajismo estaba aplacado. Champion, con las delgadas piernas alrededor de sus flancos, esperaba que lo de la media hora fuese cierto, pues necesitaba ese tiempo.

Después del primer arranque se olvidó del animal y se concentró en su punto de destino. Al llegar a la carretera, un reloj de Heronhoe dejó sonar once lentas campanadas; aquello le hizo abandonar su original idea de mantenerse en la carretera. El tiempo era demasiado precioso. Hizo saltar a la yegua por encima de uno de los setos que separaban uno de los prados entre él y Tower. *Bitter Aloes* saltó como un gato. Cuando la bestia se alzó, míster Champion pensó que seguramente el animal estaba gozando de lo lindo. Su retorcido temperamento estaba más contento cuando había peligro.

No se hacía ilusiones sobre lo que estaba haciendo. Cabalgar sobre un animal, que había sido arreglado por un gitano, por un camino completamente desconocido y en la semioscuridad, era más que temerario. Pidiendo que no llegasen ante ningún objeto insalvable y rezando que no se cruzase un alambre en su camino (el recuerdo de que aquel era un distrito de caza le alivió considerablemente en cuánto a eso), mantuvo la cabeza de la yegua en dirección a Sanctuary y la obligó a esforzarse más.

Tenía sus momentos de dificultad. Al levantar una bandada de perdices a sus pies retrocedió peligrosamente, y cuando un cordero se cruzó en su camino, alzó las patas delanteras y casi desmontó a míster Champion.

La suerte y su extraño sentido de la dirección los dejaron sanos y salvos en los prados situados en la cima de Saddlehill, y al bajar a toda velocidad por la ladera, míster Champion vio la meta de su viaje. El ala este de Tower, en Sanctuary, se recortaba contra el cielo al otro lado del valle.

En Tower, en el último piso, había una ventana iluminada. Se veía con claridad una luz roja circular.

Aunque se lo esperaba, le sorprendió. Estaba más alta de lo que había imaginado, y repentinamente la identificó con una curiosa decoración circular sobre las ventanas centrales del ala, un orificio que parecía trabajado en piedra.

De pronto vio las luces delanteras de un automóvil. Este torcía entre los árboles al final de la entrada de coches. Luego desaparecieron las luces. El pánico se apoderó de él. Metió los talones suavemente en los costados de la yegua y esta respondió en el acto.

Por un momento creyó que había perdido el control, pero se calmó al ver cómo galopaba cuesta abajo. Saltó una zanja en el camino, al pie de la colina, y continuaron por la estrecha carretera; los cascos hacían saltar chispas al chocar contra los adoquines. Casi se llevó por delante la puertecilla blanca situada al final del prado de la casa, y el empinado camino no la molestó; los efectos del tratamiento de Joey estaban desvaneciéndose y, de cuando en cuando, sacudía la cabeza furiosa, como si la irritasen las riendas.

Campion casi no se dio cuenta de su cambio de humor. Al final del camino de Tower se dejó caer de su montura, y el animal le soltó una coza cuando corría por el jardín hacia la casa.

Tenía la frente perlada de sudor y la expresión de su pálido rostro ya no era la de siempre. Un coche había entrado por el camino y había apagado las luces; eso había sido hacía unos quince minutos, pensó. Aun contando con que condujese como un demonio, mistress Dick no podía haber recorrido las doce millas de tortuosa carretera en menos tiempo.

Por fin había llegado. Estaba preparado para cualquier cosa. Las posibilidades de mistress Dick eran innumerables.

Miró hacia Tower por encima del ancho césped. El único ojo rojo, un significativo y silencioso testigo a los cientos de rumores sobre el secreto de los Gyrth, brillaba sobre él. Detrás de aquel ojo estaba el cáliz, protegido por algo desconocido, el intangible y quizá terrible guardián, al cual, probablemente, habían visto solo tres hombres vivos. Había oído docenas de “explicaciones genuinas”; los hombres se referían a ello en los clubs famosos; bien conocidos libros de reminiscencia daban una oscura idea de horrores inenarrables. El mismo Val había parecido un poco asustado al pensar lo que podría ser.

Se preguntaba cuántos ojos ansiosos estarían fijos en Tower aquella noche. La banda de expertos de mistress Dick había sido puesta fuera de combate; eso era cierto. Pero habría otros esperando para llevarse el tesoro a lugar seguro. La señora misma, pensó, se mantendría a distancia por miedo a ser reconocida, pero atacaría desde fuera.

De momento todo estaba en calma. En el edificio no había más que otras luces, las dos en el ala oeste: en el salón y en la biblioteca. Las habitaciones de la

servidumbre estaban oscuras; se los había enviado temprano a la cama, sin duda. Campion se imaginó a Penny sola en el salón, y a Val sentado con su padre y el viejo rector en la biblioteca. Y en algún sitio, en la oscuridad, un grupo de mirones sin miedo o sin escrúpulos, con los ojos fijos en la iluminada ventana de Tower.

Avanzó por el césped, manteniéndose en la sombra.

El misterioso silencio del jardín le llenó de aprensión. Podía jurar que no había nadie entre los arbustos y árboles que rodeaban el césped. Una vez más se detuvo rígido. En algún lugar se había producido un movimiento. Instintivamente levantó la cabeza. La vieja casa se alzaba contra el cielo. Sus ojos se dirigieron irresistiblemente a la ventana circular. Sobre ella, de pie en las almenas del ala este, había una figura.

Esperó en silencio, deseando que fuese Val o su padre; de pronto vio algo delgado, como una serpiente, que caía por delante de la luz roja. Forzando la vista distinguió lo que era: una cuerda flexible con nudos a intervalos.

Repentinamente la pregunta que le había rondado la cabeza tuvo una clara respuesta. Los bandidos iban a asegurarse del lugar exacto del tesoro antes de atacar abiertamente. La parte del mestizo en los planes de Sanderson se hizo obvia. Iba a ser el espía, posiblemente hasta el ladrón, si la ventana era accesible. La simplicidad del asunto le gustó. Hubiese sido muy fácil si estuviese el mestizo. Aunque Tower medía unos treinta metros de altura, un hombre valiente podía descender hasta la ventana apenas supiera la situación exacta. Sería peligroso, pero no imposible, para un hombre de la experiencia de Moggie.

Entonces recordó que Moggie estaba tumbado en el garaje con Sanderson en Heronhoe Heath. ¿Quién, entonces, estaba a punto de ocupar su lugar? No encontraba respuesta para esta pregunta por más que pensó.

Corrió hacia la casa. Su primer impulso fue decírselo al coronel, pero al llegar a la base del ala este vio por dónde había entrado el intruso. Una de las estrechas ventanas estaba abierta. Se introdujo por ella y, sin dudar un instante, cruzó el comedor, al lado del vestíbulo central, donde había una enorme escalera de caracol, una de las mejores del país. Subió por ella.

La madera crujía terriblemente bajo sus pies. Fue una larga ascensión en la oscuridad. La escalera subía hasta lo alto de la torre. Al fin empezó a estrecharse y notó el fresco viento de la noche en su rostro.

Repentinamente la débil luz que entraba por la puerta situada sobre su cabeza le indicó que estaba llegando al tejado. Se detuvo para escuchar. No se oía ruido alguno en la casa. Todo estaba tranquilo en la oscuridad. Subió la última media docena de escalones en silencio y, al fin, salió al centro de la torrecilla, en el tejado plano de piedra.

Por un momento miró a su alrededor, preparado para el ataque. El lugar estaba desierto. Con la espalda contra la pared dio la vuelta a la torrecilla. Un escalofrío de horror le recorrió el cuerpo. Estaba completamente solo.

Un movimiento, como el paso de una sombra ante él, le hizo adelantarse. Al

hacerlo, su muslo rozó contra algo que se extendía muy estirado desde el asta central y desaparecía por encima de las almenas. Lo tocó con la mano. Era una cuerda con nudos. En aquel momento se dio cuenta de que lo que nunca había previsto estaba sucediendo. Quienquiera que estuviese llevando a cabo el robo del cáliz, lo estaba haciendo solo.

La frente se le perló de sudor. Solo había una persona en este mundo que tuviese el suficiente valor para intentar una cosa así. Solo una persona pensaría que el precio merecía correr el riesgo. Se acercó al borde de la torre y sacó la linterna, que había tenido buen cuidado de no utilizar hasta ahora.

—Deténgase —ordenó firmemente—; será mejor que regrese.

Después, en el silencio, su voz le sonó teatral; las palabras, inadecuadas y ridículas. Escuchó atentamente, pero la respuesta fue fuerte, casi como si la persona estuviese en pie a su lado.

—Antes le vería en el infierno —exclamó mistress Dick.

Siguiendo la cuerda, se inclinó sobre el parapeto y dirigió la luz de la linterna hacia abajo. Aunque se lo esperaba, la escena le puso enfermo. Mistress Dick estaba contra la torre, como una mosca a la pared; sus manos de acero cogidas a la cuerda que la sostenía. Medio metro más abajo estaba la ventana circular cuya luz brillaba en la cuerda que golpeaba contra el muro de piedra. A la luz del día la altura era mareante por la noche era imposible ver el suelo, y Campion se alegró de ello.

La podía ver claramente. Todavía llevaba el traje de montar. Al mirarla, un pensamiento se introdujo en su cerebro. Mistress Dick era la empleada por la sociedad; la responsabilidad era solamente de ella. Si muriese, el peligro que se cernía sobre el cáliz dejaría de existir automáticamente.

La cuerda, que era lo único que la sujetaba a treinta metros de las losas, estaba bajo su mano. Si la, cuerda se soltase del asta de la bandera...

Se quedó mirándola fijamente. Podía encontrar justificaciones morales más que suficientes para esta ejecución, ya que no dudaba que sería una ejecución. Había incidentes en el pasado de mistress Dick que ningún jurado inglés hubiese perdonado, a pesar de su notoria benevolencia con las mujeres. Se agarró a las piedras. Sus nudillos se veían blancos a la pálida luz.

—Regrese —ordenó, posando la luz sobre su cabeza inclinada—. Regrese antes de mirar en ese cuarto o le juro que corto la cuerda.

Tan pronto como dejó de hablar, el significado de sus palabras le sorprendió. Una vez mistress Dick, el agente del sindicato más influyente del mundo, viese lo que estaba buscando, no habría poder en la tierra que le impidiese apoderarse de ello. Debía impedir que llegase a la ventana.

—Cortaré la cuerda —repitió.

Mistress Dick levantó la cabeza hacia él; en su horrible boca había una retorcida sonrisa.

—No se atreverá —afirmó—. No tiene el suficiente valor. Lárguese; ya le

arreglaré las cuentas más tarde.

Deliberadamente descendió otro poco.

—¡Vuelva aquí! —la voz de Campion era amenazadora—. Cójase fuerte. Voy a izarla.

Agarró la cuerda y empezó a tirar, pero ella era una mujer pesada e instintivamente supo que, a pesar de los nudos, no podría hacerlo.

Mistress Dick, que había permanecido inmóvil durante el intento, se mofó de él abiertamente.

—Métase en lo que le importe —dijo—. Si tiene que intervenir, baje y llame a un criado para que le ayude.

Su voz sonaba un poco más lejana, y supo que seguía descendiendo. Vio sus pies a la luz roja de la ventana.

—¡Vuelva! —llamó una vez más—. ¡Por el amor de Dios, vuelva!

—Un momento.

Las palabras llegaron débilmente al descender ella un nudo más, y, ajustando su posición, miró por la ventana.

Hubo una pausa que pareció un siglo. El hombre que se inclinaba sobre el parapeto con la luz de la linterna dirigida hacia ella, recibió parte del temblor que sacudió su cuerpo. La luz roja le daba de lleno en el rostro; vio temblar sus hombros, aparentemente fascinada por lo que veía. En ese momento el mundo pareció detenerse. Era como si Tower y el jardín estuvieren conteniendo la respiración.

Luego, en algún sitio por debajo de él, creyó percibir un sonido débil, casi indetectable. Un sonido tan intangible, que no era nada concreto; tan débil, que no supo lo que era. El efecto que produjo sobre mistress Dick fue instantáneo.

—¡No! —gritó claramente—. ¡No!

La última palabra fue suavizada al tomar aliento. Quedó balanceándose en la cuerda, colgada con los brazos extendidos. Por un momento el rostro quedó vuelto hacia el hombre que estaba en la torre. Vio los labios abiertos, sus ojos espantados de horror y un fino hilo de saliva que escapaba por un lado de la boca. Campion se inclinó más.

—Sujétese —advirtió sin darse cuenta de que estaba hablando en un susurro—. ¡Sujétese!

Campion vio cómo se aflojaban los dedos de mistress Dick y oyó el espeluznante sonido de la cuerda deslizándose de sus manos con terrible lentitud, abajo, fuera del alcance de su linterna.

El cuerpo cayó sobre las losas con un golpe seco, y luego... silencio. El guardián del cáliz de los Gyrth había protegido su tesoro.

Míster Campion, enfermo y temblando incontrolablemente bajo el aire frío, bajó las escaleras en silencio.

CAPÍTULO 26

¿QUIEN CONTRATÓ A MÍSTER CAMPION?

Los periódicos *Eats Suffolk Courier* y *Hadleigh Argus* del 7 de julio decían:

“TRISTE DESGRACIA EN SANCTUARY. EL “CORONER”
JUZGA DURAMENTE LA CURIOSIDAD.

”En la posada de los Three Drummers, en Sanctuary, se llevó a cabo una encuesta el sábado pasado ante el doctor J. Cobden, *coroner* del distrito, sobre Daisy Adela Shannon (44), de Heronhoe Stables, Heronhoe, que cayó desde la torre del ala este de la mansión de sir Percival Gyrth, Bt, en la noche del 2 de julio, mientras se estaba celebrando una fiesta de cumpleaños.

”El cuerpo fue descubierto por míster Alfred Campion, un invitado de Tower. Míster Campion, 17 Battle Street, Londres, W1, ha declarado que la noche del jueves estaba dando un paseo por el jardín a eso de las once y veinticinco, cuando vio a alguien moviéndose en lo alto de la torre del ala este. Creyó que se trataba de un miembro de la familia y le llamó. No recibiendo respuesta, se alarmó, alarma que aumentó al descubrir que una de las ventanas del comedor estaba abierta. Entró en la casa y corrió escaleras arriba, hasta salir al tejado. El jurado ha visto posteriormente la escalera, que es una de las mejores de Suffolk.

”Míster Campion, continuamos, dijo que al llegar al tejado de la torre se encontró solo. Bajó corriendo las escaleras de nuevo y halló el cuerpo sobre las losas, al pie de la torre. Inmediatamente avisó a la gente de la casa.

”Declaración corroborada por Roger Arthur Branch, mayordomo de sir Percival, y por el reverendo padre R. Pembroke, de la Rectoría Sanctuary, quien en aquel momento estaba en Tower de visita.

”El doctor A. H. Moore, de Sanctuary Village, dijo que la muerte fue producida por contusión del cerebro, seguida de fractura. La muerte fue instantánea.

”Fue identificada por W. W. Croxon, cirujano veterinario de The Kennels, Heronhoe.

”P. C. Henry Proudfoot declara que fue llamado a Tower a las once y

cuarenta y cinco en la noche de autos. Subió al tejado de Tower y allí descubrió la cuerda (enseñada) atada al asta de la bandera.

”David Cossins, de 32 Bury Road, Hadleigh, vendedor, declara haber vendido una cuerda a la finada el 18 o 19 de junio. Cuando se le preguntó si creía que la cuerda podría sostener el peso del cuerpo de una persona, el testigo opinó que sin duda alguna.

”Sir Percival, interrogado por el *coroner* sobre si podía ofrecer alguna explicación de la presencia de la finada en su propiedad a una hora tan intempestiva, respondió que no encontraba explicación lógica. Solo se hallaba ligeramente relacionado con la finada, que no estaba invitada a la fiesta de cumpleaños, de su hijo, completamente íntima, debido al reciente luto de la familia.

”Míster P. C. Proudfoot declara: Que un Fraser Mash de dos plazas, más tarde identificado como propiedad de la finada, fue encontrado aparcado entre los arbustos. Las luces estaban apagadas, y era: razonable pensar que esto fue llevado a cabo: por la finada.

”Interrogado, Proudfoot sugirió que la finada había intentado descolgarse hasta el alféizar de las ventanas centrales del cuarto piso de Tower, donde, de acuerdo con la superstición local, se celebraba algo con ocasión de un cumpleaños de la familia. Proudfoot pidió excusas al tribunal por la intrusión de las comunes supersticiones y murmuraciones locales, pero opinó que la finada había apostado su peligroso descenso con una tercera persona que no compareció. La finada era una deportista bien conocida en el distrito y se sabía que había hecho cosas parecidas en su pasado. Los testigos citaron el suceso de la carrera de automóviles Horse V. en 1911: cuando la finada desafió al bien conocido motorista capitán W. Probert en una distancia de veinte millas a través del campo.

”El *coroner* le dijo al jurado que se inclinaba a aceptar la razonable e inteligente explicación del policía, considerando que era la más verosímil en aquel caso. En su intento de llevar a cabo tan loca acción en una mujer de su edad, la finada había padecido un ataque de vértigo y caído.

”El *coroner* añadió que sería una lección para todos sobre los peligros de la curiosidad desmedida y el deseo de meterse en absurdas apuestas deportivas, que podían hacer peligrar la vida. Prosiguió diciendo que no podía expresarse con demasiada claridad en este asunto. Sentía, tanto como el resto del jurado, que tan desgraciado accidente hubiese acontecido al coronel sir Percival Gyrrh y a su familia, que ya sufrían de una muerte muy reciente. Dio instrucciones al jurado, por tanto, de dictar un veredicto de acuerdo con las pruebas. El jurado pronunció el veredicto de muerte accidental. El presidente del jurado (míster P. Peck, padre) declaró que deseaba secundar al *coroner* en sus palabras de

sentimiento.

”El funeral será mañana martes, en Heronhoe. En otra columna se da una lista de las personalidades deportivas fallecidas. Se sabe que la finada murió sin testar, y su propiedad, que está en muy malas condiciones, pues pocas ventanas están completas y muchas puertas están sacadas de las bisagras, estaba en manos de la Policía cuando nuestro corresponsal fue allí ayer”.

—Una explicación muy razonable e inteligente —observó míster Campion, dejando el periódico—. Tome nota de mis palabras, Val. Antes de damos cuenta, Proudfoot será sargento. Y además estará muy bien, como dicen por ahí.

Se recostó en su hamaca con los brazos detrás de la cabeza. Allí estaban los cuatro: Penny, Beth, Val y él, sentados bajo los árboles al fondo del jardín, en una brillante mañana, unos días después de los sucesos tan hábilmente expuestos por el *Argus*. Las aventuras de las semanas precedentes habían dejado su huella en los jóvenes, pero existía un inequívoco aire de alivio en los modales, que demostraba claramente que la tensión se había relajado.

Val había asumido un nuevo aire de responsabilidad durante los días que siguieron a su mayoría de edad. Parecía, como observó Penny, haber crecido. Ella y Beth estaban francamente alegres. Tumbadas en sus hamacas parecían un par de colegialas, con sus brazos desnudos y sus finas y largas piernas extendidas al sol que se filtraba entre las hojas.

El rostro de míster Campion aún mostraba las moraduras producidas por el látigo de mistress Dick; pero aparte de esta ligera desfiguración, parecía más afectuosamente fatuo que de costumbre.

—Son casi tan listos como los gitanos —observó Penny al tomar el periódico—: “Se libró una batalla contra una indeseable tribu de gitanos acampada en Heronhoe Heath. Desde entonces los gitanos han desaparecido y los heridos han sido trasladados a la enfermería de la Policía”. Creo que usted tuvo algo que ver en ello, Albert. ¡Oh, y pensar que todo está aclarado! Volver la vista hacia atrás es como una pesadilla con usted como héroe.

—Conmigo de conejo de Indias —corrigió míster Campion—. El profesor fue el héroe. Lugg le está pintando un pergamino que le vamos a regalar. Empieza: “Honorable señor y profesor”, y continúa con todas las palabras largas que ha oído desde el banquillo de los acusados. Todo eso sobre degradación, maldad y vicio sin igual. Los ha puesto todos en negativo, naturalmente. Cuando esté terminado será un documento estupendo. Quizá el profesor les dé una copia como regalo de bodas.

Sonrió a Val y Beth, que estaban con las manos enlazadas. Estos se sonrieron el uno al otro y míster Campion continuó:

—Si no hubiese sido por el profesor, míster Alfred Campion hubiese figurado, sin

duda alguna, en un papel muy distinto, y algún *coroner*, más cruel que el viejo doctor Cobden, estaría filosofando sobre el peligro de poner extraños animales en los establos de otras personas. El profesor es un tipo con toda la barba, como decimos en la legión. A propósito, ¿cómo están hoy los papás?

—Espléndidamente —respondió Penny—. He visto una encantadora escena al pasar por delante de la ventana de la biblioteca. ¿Sabe que se han retirado para discutir profundos secretos arqueológicos? Bien, pues al pasar por allí vi dos sillones al lado de la ventana abierta, dos pequeñas columnas de humo, y allí estaba papá enfrascado en *The New Yorker*, con la más indelicada señora en la cubierta, queridos míos, y al profesor regalándose con *Punch*. Demasiado encantador.

—Estrechándose las manos a través del Océano —declamó Champion—. Dentro de un minuto oiré el sonido de campanillas de plata.

Beth rió.

—La forma en que se han perdonado lo de los gitanos y el *faux pas* de tu tía. Di ha sido muy simpática —observó.

—Lo sé —dijo Penny—. Había que oírlos: “¡Mi querido señor!”. “¡Tonterías!”. “¡Mi querido señor!”. “¡Véngase a cazar unas cuantas perdices!”. “¡Cuentos!”. “Venga a mi casa a coger unas rosas”. Todos los muchachos juntos. Qué encantadores vecinos somos, ¿verdad?

—¿Sabéis una cosa? Esta es la primera vez en este verano que pienso que vale la pena vivir. A propósito, Albert, ¿cuándo arregló las cosas tan bien con su gruesa amiga mistress Sarah? Anoche, en la cama, estaba intentando descubrirlo.

—Irreverente curiosa —amonestó míster Champion, sorprendido—. Ella la hechizaría. Entonces lo sabría todo. Fui a ver a la dama en cuestión la noche antes de regresar a casa y encontrarme a Lugg tan curiosamente indispuerto. Ya lo había visto antes, claro, al principio del asunto. Me imaginé que podría necesitar un poco de ayuda más pronto o más tarde, así que les pedí que se quedasen por aquí. Como mistress Shannon estaba en Heronhoe, se me ocurrió que el bosquecillo estaba convenientemente situado. Se lo hice ver a mistress Sarah y no tuvo dudas sobre dónde iba a desarrollarse la diversión.

—Entonces ¿sabía todo lo de mistress Dick? —preguntó Val—. ¿Desde el principio?

—Bueno, sí y no —respondió míster Champion—. Pensé que ella podría estar metida en esto, pero deseé que no estuviera sola. Mistress Munsey casi me convenció, pero antes de visitar a mistress Dick me informé sobre ella en todas partes, y después de eso... Bien, me pareció muy posible. Estaba empeñada hasta las cejas y a punto de que la expulsasen del Jockey Club. Pregunté sobre ella a mi experto particular por teléfono, y la telefonista nos cortó la comunicación mucho antes que terminásemos. ¡Madre mía! ¡Vaya señora!

Val le miró espantado.

—Habla como si la admirase —dijo.

—Tenía una forma de ganarse la admiración... —repuso míster Campion acariciándose el rostro pensativamente—. La verdad es que no había ninguna diferencia entre ella y su yegua. Las dos eran ariscas, terribles, malas; pero ¡oh, cielos! Las dos tenían personalidad.

Val hizo una mueca.

—No me gustó nunca —declaró—. A propósito: jamás he comprendido por qué envió a mistress Munsey a tía Di. ¿Cuál era su propósito?

Míster Campion quedó pensativo.

—Al principio me dejó perplejo —admitió—; pero la misma bruja me dio una pista para la verdad. Val: su tía, tonta como era, nunca perdía de vista el cáliz, excepto cuando estaba en su nicho, medio oculto tras los barrotes de hierro. Arthur Earle, su amigo artista, se quejó probablemente a la dirección de que su huésped era una lata en ese aspecto, y mistress Dick, conociendo las peculiaridades de mistress Munsey y la manía de su tía de dar paseos por la noche, se le ocurrió dar el susto padre a la señora para que estuviese indispuesta uno o dos días. Durante ese tiempo el desilusionado artista, privado de su modelo, podría conseguir con facilidad permiso para continuar el retrato del cáliz. Ya ve usted: un hombre como Arthur querría pesarlo y examinarlo atentamente, lo que no podría hacer delante de su tía. Desgraciadamente para todos, mistress Munsey fue más allá de lo que pudo soportar su tía, y todos los planes se vinieron abajo.

Penny suspiró.

—Fue mala suerte la de la tía —dijo—. Míster Pembroke cuidará de los Munsey. ¿Lo sabía? Tendrán que ir a un asilo, los pobres.

El pensamiento de Val todavía seguía trabajando en el mecanismo de los originales planes de mistress Dick.

—Supongo —comentó amargamente— que empezaron con la idea de sobornarme para que les consiguiese una copia del cáliz. Le debemos mucho, Campion.

Su amigo pareció no haber oído la última parte de su observación.

—Creo que esa era la idea —admitió—. Después, el mayor y Sanderson vinieron a meter la nariz. Creo que el mayor fue el experto que aseguró que el cáliz no era el verdadero, una vez lo tuvieron en sus manos. Nunca me sentí peor que cuando me llamó Stanislaus para decirme que habían cogido la copia. Eso fue un golpe condenadamente bueno. Fue pura mala suerte por parte de Stanislaus el que tuvieron éxito. Si ese *poli* de la puerta hubiese sido más viejo, no hubiera sucedido.

Penny le sonrió desde donde estaba tumbada al sol como un gatito.

—Pensándolo bien, Albert —observó—, creo que usted no se hace buena propaganda. La modestia es muy simpática y encantadora, pero no conduce a nada. De acuerdo con lo que le ha contado a papá de todo este asunto, usted no ha hecho nada que valga la pena comentar.

Míster Campion le guiñó un ojo desde detrás de sus gafas.

La belleza es verdad; la verdad, belleza.
Todo gira alrededor de eso.

—Ovidio —subrayó—. Como sir Isaac Newton y su caña de pescar, no puedo decir una mentira.

—Aun así —insistió Penny—, podía haberlo contado un poco mejor. Por ejemplo, lo del rapto de Val. Cuando le pedimos que nos lo explique se limita a decir que lo encontró en un garaje, que lo trajo y lo dejó en ese huerto porque tenía prisa por regresar a Londres a ver a un encuadernador. Debe de aprender a contar sus historias y arreglarlas un poco. Un cuento así no le sirve de nada.

—Pero todo es la pura verdad —dijo míster Campion suavemente—. Y nada extraordinario en realidad. Cuando el inspector Oates me dijo por teléfono que Val había salido en persecución del hombre que le había robado su maleta, estaba perfectamente claro para mí que si hubiese cogido al ladrón hubiera regresado con él, y si no le había cogido, entonces los amigos del ladrón habían cogido a Val. Por tanto, Val era el invitado no deseado de alguien, que, casi con seguridad, sería míster Matthew Sanderson o uno de sus asociados. No querían qué estuviese por en medio, ¿sabe? Creían tener lo que estaban buscando, y una vez que hubiesen dispuesto de él, no tenían nada que temer. Supuse que lo habrían tirado en cualquier sitio y ya ni se acordaban de él.

Los ojos castaños de Beth se agrandaron de sorpresa.

—Pero podían haberle matado —exclamó.

—Difícilmente —repuso Campion—. No hay nadie que tenga más interés en evitar una muerte desagradable que el ladrón inglés. En Inglaterra, en nueve casos de cada diez, si hay un cadáver, hay una ejecución. Eso les hace variar de estilo cuando quieren deshacerse de la gente. Haciendo todas estas conjeturas a la velocidad del rayo, ¿qué hizo nuestro héroe? Sacó su pequeño coche y se fue de visita.

Hizo una pausa.

—Se les debía haber ocurrido a ustedes que todos mis amigos no son de la aristocracia. Así que, naturalmente, en uno de los patios interiores encontré a nuestro juvenil amigo echado sobre un montón de ruedas viejas de coche, esperando que lo llevaran a algún sitio donde se le encontrase “vagabundeando”. Relevé al caballero que estaba a cargo de su invitado, admiré el nuevo vestido de su señora, besé al bebé y regresé a casa. Fue tan abominablemente sencillo, que no tuve cara para contárselo todo, aunque hubiera tenido tiempo; así que le dejé donde creí que Beth podría encontrarle y me fui a ver a nuestra señora amiga, que empezaba a preocuparse. En realidad usted estaba en el garaje de Ernie Walker, Val. Se especializa en esas cosas. Fue el segundo sitio donde le busqué. No, Penny, siento decir que en este caso no me encuentro llevando mi corona de laurel con esa sensación de razonable satisfacción a que estoy acostumbrado. El profesor y los Benwell me merecen todos los elogios. La

forma en que se deshicieron de todo aquel grupo y se dieron el piro me llena de sentimiento hacia mi propia torpeza.

—¡Ah! —dijo Beth—, esa es la palabra: “darse el piro”. Mi padre estaba terriblemente interesado en su amigo gitano, que utilizaba las palabras más extraordinarias. ¿Qué quiere decir eso?

—Marcharse, desaparecer, desvanecerse, escaparse o, simplemente, irse. Jacob es un gran chico, pero Joey es el mago. Ese caballo era bastante manejable cuando monté, así que allí van sus últimas ilusiones, Penny; no soy un segundo Dick Turpin. Joey debía de tener el ojo puesto en *Bitter Aloes* hace días, y tan pronto como tuvo una oportunidad dejó la pelea y se metió en el establo con algún indecente potingue de los suyos. Los ladrones utilizan jeringuillas hipodérmicas, pero creo que él tiene sus métodos.

—No me he hecho ningunas ilusiones sobre usted —comentó Penny—. Creo que debían encerrarlo en una casa. Cuando oí que alguien había caído desde lo alto de la torre, estuve segura de que era usted. Sí, en una casa cómoda, con Lugg para que le vistiese y muchos simpáticos y amables guardianes que se reirían con sus chistes. En primer lugar, resulta que sé que eso de la herencia de su tío el obispo es todo cuento puro. Lugg dice que le dejó cien libras y un par de libros buenos.

Míster Campion se sintió incómodo.

—Maldito Lugg —exclamó—. Tanto como me he esforzado para parecer un rico aficionado. Lo siento, Val, pero esta curiosa criatura tendrá que saberlo. Sí, carita de ángel, el pobre y vulgar caballero es un profesional. Fui empleado, claro.

Se recostó en su silla; el sol brillaba en sus gafas. Los tres jóvenes se miraron.

—¿Empleado? —preguntó Val—. ¿Quién le empleó? No ha podido ser el viejo, porque... me molesta ser grosero, pero usted debe de ser..., bueno, bastante caro.

—Algo increíble —dijo míster Campion plácidamente—. Solo los más ricos del país pueden requerir mis servicios. Pero es que necesito muchísimo dinero para mantener todo mi ejército de espías y mis magníficos oficiales, por no decir nada del notable Lugg.

—Está mintiendo —rechazó Penny bostezando—. Aunque desearía que hubiese sido empleado. Ha hecho tanto por nosotros, que creo que debe tener su recompensa. Le ofrecería mi mano si pudiera soportarle en la casa. ¡Oh! —añadió repentinamente—, ¡miren!

Su exclamación fue ocasionada por la aparición de una magnífica limusina, cuyo largo cuerpo gris acero brillaba a la luz del sol al dirigirse a la puerta principal. Val y Penny cambiaron una mirada.

En el coche, sentado detrás del chófer, había una sola persona, esbelta y aristocrática.

—Ahí está —observó Penny—. Por eso, si te quedas a comer, Beth, lo tendrás que hacer con Albert y conmigo en el cuarto de desayuno. Por eso Branch lleva el traje de gala y la bandera ondea en la torre. Aquí llega el invitado de honor.

Beth se inclinó hacia adelante.

—¿Es él? —preguntó—. ¿Sin sombrero de copa? No he visto un buen sombrero de copa desde que he llegado a Inglaterra.

—¡Qué negligente! —comentó míster Campion, muy serio—. ¡Venir aquí en representación de la corona sin sombrero de copa! La cosa es absurda. ¡Qué caramba! Cuando un policía trae una citación, que es una especie de invitación de la corona, lleva sombrero de copa.

—¡No! —dijo Beth.

—No —repitió míster Campion—. De todas formas, el principio es el mismo. No creo que sea correcto venir aquí en una ocasión especialmente formal con un sombrero ordinario, que puede llevar cualquier hombre. Mire, Val, lo mejor será que se lo ponga usted para comer, para que aprenda. Tenemos la vieja bandera izada, condenación.

Beth estaba confusa.

—¿Por qué no comes con ese lord, “quienquiera-que-sea”?

—Porque es una ceremonia antiquísima —respondió Penny—. No la comida, a menos que la cocinera lo líe, sino todo el asunto.

—Dejando a un lado al honorable caballero —continuó Val— y volviendo a su última sensacional noticia, Campion, en la que ha dicho que no estaba divirtiéndose tirando y cazando por razones particulares, sino profesionales, ¿puedo preguntarle, si es así, quién le metió en esto y dónde está su esperanza de recompensa?

—¡Oh!, tendré mis cuatro peniques, no se preocupe, joven señor —dijo míster Campion—. El caballero que me metió en esto es un pez gordo.

Hacia ellos se acercaba míster Lugg con la gracia de un elefante. Al llegar a su lado vieron que su inmenso rostro blanco tenía una expresión casi reverente.

—¡Eh! —graznó al llegar junto a su amo—. ¿Ha visto quién ha venido? Ordena que vaya usted a la casa y se presente en la biblioteca. ¡Válgame Dios! También en mangas de camisa. Creo que se le está haciendo un agujero en los zapatos.

Míster Campion se levantó.

—No te preocupes, Lugg —le calmó—. No creo que se meta en eso.

En medio del asombro general, fue la curiosidad de Penny la que encontró voz.

—¿Usted? —preguntó—. ¿Quiere verle a usted? ¿Para qué?

Míster Campion la miró compasivamente.

—Creí que lo habían adivinado hace mucho tiempo —dijo—. Es la persona que me ha empleado. Si todo va bien podré invitarlos a cenar esta noche pescado y patatas fritas.

CAPÍTULO 27

EN AQUELLOS TIEMPOS HABÍA GIGANTES

A las tres y media de la tarde, con el fuerte sol trazando arabescos sobre el piso de la biblioteca del coronel, prestándole al austero cuarto parte de la alegría del jardín, cinco hombres rodeaban la pesada mesa donde estaba extendido un amarillo documento histórico.

La enorme casa estaba agradablemente silenciosa. En los arbustos cantaban los pájaros y un abejorro zumbaba contra la ventana. Los gruesos muros apagaban cualquier ruido de los quehaceres domésticos. El aire estaba perfumado por los viejos libros encuadernados en piel, mezclándose agradablemente con el aroma de las flores de debajo de la ventana.

El distinguido extraño, un hombre alto, de fríos ojos azules, cabello gris y una curiosa vocecilla seca, tosió formalmente.

—En realidad no hay necesidad de que lea esto, coronel —dijo—. Después de todo, lo hemos leído juntos varias veces. Le hace a uno sentirse viejo. Cada lectura significa una década más.

Suspiró y les dedicó una inesperada sonrisa débil a Champion y al profesor, que estaban de pie uno al lado del otro. El viejo americano estaba alerta y profundamente interesado, pero su compañero no hacía más que retorcerse la corbata con manos torpes, con una sonrisa casi imbécil en su afable y suave rostro. Val estaba al lado de su padre, con su joven rostro terriblemente serio; en sus modales había una sombra de nerviosismo. El recuerdo de su primera excursión al cuarto secreto, la noche de la muerte de mistress Shannon, estaba claro en su mente. Sir Percival presentaba un aspecto más humano que el acostumbrado ante Champion o el profesor. El compartir el secreto del cuarto con su hijo parecía haberle aliviado de un peso que había sido un poco excesivo para él solo.

—Creo que esta cláusula será suficiente —continuó el visitante, colocando el índice en una rúbrica al pie de la página.

Se aclaró la garganta otra vez y empezó a leer rápidamente y sin expresión:

—“Y dicho representante de su graciosa majestad o su heredero subirá a la cámara acompañado por el dueño de la casa y su hijo mayor, si este es mayor de edad, y le mostrarán y probarán a su satisfacción que el tesoro que guardan en nombre de la corona está entero y libre de imperfecciones, para que nos haga saber que han sabido guardar la lealtad y sagrada confianza. Eso será llevado a cabo durante el día, de forma que no sea necesario llevar vela o lámpara para ver el

verdadero estado del cáliz.

”Ordenamos, asimismo, que en caso de disturbios, o si la casa Gyrth estuviese en peligro, el dueño permita a dos testigos subir con ellos, hombres fuertes y honrados, que juren guardar secreto sobre el tesoro y la forma en que está guardado.

”Dado bajo nuestra mano y sello en este día... etcétera”. Creo que eso abarca todo el asunto, coronel.

Su tranquila voz se perdió en el silencio, y enrollando el pergamino se lo devolvió a su anfitrión, que lo encerró en una caja metálica, y esta en su mesa.

El visitante se volvió a míster Campion y al profesor.

—Hombres fuertes y honrados —repitió sonriéndoles—. Claro, comprendo, hablando con propiedad, mi querido Albert, que ese “si la casa Gyrth estuviese en peligro” es cosa del pasado. Pero estoy de acuerdo con el coronel que en las presentes circunstancias podemos acogernos a ese punto de esta... ¡hum!..., arcaica fórmula. Parece ser la única cortesía que podemos dedicarles por su tremenda ayuda en este desgraciado y desagradable asunto.

El profesor hizo un gesto.

—No hay nada que pueda considerar mayor honor —afirmó.

Míster Campion abrió la boca para hablar, pero lo pensó mejor y guardó silencio.

El coronel tomó un pequeño instrumento que parecía una minúscula palanca y abrió la marcha saliendo de la habitación. Los condujo a través del vestíbulo, y por un corredor de piedra, al comedor de gala, que tan poco se usaba, situado en el ala este. No se cruzaron con nadie. Branch había congregado a toda la servidumbre en sus habitaciones, al fondo del ala oeste, mientras Penny y Beth permanecían discretamente en el salón.

En la fresca sombra del enorme aposento el coronel se detuvo y se dirigió a ellos ligeramente avergonzado. El visitante le libró de un difícil deber.

—El coronel y yo —comenzó la frase con su familiar tos— creemos un deber seguir la tradición en este asunto. La entrada a... ¡hum!, la cámara es, y siempre lo ha sido, un secreto celosamente guardado, conocido solamente por mis predecesores y los del coronel. Estoy seguro de no ofender a ninguno de ustedes dos si les pido que me presten sus pañuelos para vendarles los ojos hasta llegar frente al tesoro.

El profesor sacó un enorme pañuelo blanco, que resultó mucho más útil que el de míster Campion. El acto de vendarles los ojos se llevó a cabo con gran solemnidad.

En cualquier otra ocasión el incidente podría haber sido absurdo, pero en aquella precaución había una grave seriedad que no molestó a ninguno de los que componían el grupo, después de los terribles sucesos de las semanas anteriores. Las manos de Val temblaban al atar el nudo en el pañuelo de míster Campion y parte de su nerviosismo fue contagiado al otro hombre. Después de todo, iban a compartir un secreto de una magnitud nada corriente. Campion no había olvidado la expresión del rostro de mistress Shannon cuando lo alzó hacia él, un momento después de haber mirado por la ventana del tesoro de la casa.

El profesor, tan ecuánime de ordinario, también se encontraba un poco nervioso. Era evidente que, a pesar de su vasto conocimiento arcaico, no tenía idea de lo que le esperaba.

La voz del visitante llegó a ellos en la oscuridad:

—Val, si usted toma del brazo a Champion, yo me cuidaré del profesor Cairey. Coronel, ¿quiere usted pasar delante?

Val pasó la mano bajo el brazo de Champion y este se sintió conducido detrás de la pequeña procesión.

—Tenga cuidado —la voz de Val sonaba insegura—. La escalera comienza aquí.

Ascendieron, y una vez más la madera crujió bajo sus pies. Subieron en silencio durante un tiempo que pareció interminable. Dieron tantas vueltas y revueltas, que casi inmediatamente perdió el sentido de la dirección. Había sufrido muchas experiencias extrañas en su vida, pero esta procesión era más enervante que nada de lo que había conocido. La curiosidad es una de las emociones humanas más naturales, pero llegó un momento en su camino en que casi deseó que el misterio permaneciese insoluble, por lo menos, para él. Podía oír la fuerte respiración del profesor y estuvo seguro que no era ocasionada por lo pendiente de la escalera.

La presión de la mano de Val sobre su brazo se hizo más intensa.

—Espere —emitió tan bajo que casi no se le oyó.

A esto siguió el silencio y continuaron. Las escaleras se habían terminado y estaban atravesando un piso de piedra. Luego hubo otra pausa. El aire continuaba siendo fresco, y muy cerca se oían cantar los pájaros.

—Dé un paso —susurró Val cuando la procesión se puso de nuevo en camino—. Mantenga la cabeza baja. Tendré que ir detrás de usted.

Míster Champion se encontró subiendo una escalera de caracol de piedra; allí el aire era escaso y había un débil, casi intangible, aroma a especias. Oyó el ruido de hierro sobre piedra y siguió adelante por un suelo llano. Val estaba junto a él, y una vez más oyó el ruido de hierro; luego se produjo un silencio completo. Los oídos le silbaban. Sintió que estaban en un lugar muy pequeño, y con ellos, estaba cierto, de esa forma instintiva en que se está consciente de esas cosas, había algo más, algo increíblemente viejo, algo terrible.

—Quítense los pañuelos.

Nunca estuvo seguro de si había hablado el coronel o el visitante. La voz era irreconocible. Sintió los dedos de Val, fríos como el hielo, deshaciendo el nudo detrás de su cabeza. Luego el pañuelo cayó de sus ojos.

La primera cosa que notó mientras parpadeaba fue la extraordinaria luz carmesí del cuarto, e instintivamente se volvió hacia su procedencia; la ventana circular, con el pesado alféizar de piedra, estaba cubierta por un cristal carmesí. El sol brillaba con toda su potencia y la minúscula celda parecía llena de partículas de brillante polvo rojo.

Campion apartó la vista de la ventana. El secreto de los Gyrth estaba ante sus

ojos.

Colocado exactamente debajo de la ventana, de forma que la luz cayese directamente sobre él, había un altar, y arrodillado ante él, una figura cubierta por una armadura de torneo.

Al mirar míster Campion, con el pulso de su garganta latiendo violentamente, la luz pareció concentrarse en la figura.

Era la de un gigante; al principio creyó que no era más que una enorme armadura, hecha para una persona de estatura legendaria; pero cuando sus ojos resbalaron lentamente por los enormes grilletes hasta las muñecas, vio manos humanas, amarillas y retorcidas como raíces de sauce. Entre ellas, descansando en el ara, el cáliz de los Gyrth, cuya historia se perdía entre los velos de la leyenda.

Era una pequeña copa, poco profunda, de oro rojo, bañado en los riachuelos de las montañas inglesas antes del tiempo de los romanos. La pequeña copa presentaba señales del martillo del orfebre largo tiempo fallecido. En el mismo centro rojo tenía una serie de rubíes sin tallar, como gotas de sangre. El primer *messire* Gyrth, aquel que ganó el nombre para Sanctuary, guardaba el cáliz.

Campion alzó lentamente sus ojos hasta el rostro de la figura y se sintió aliviado al ver que tenía bajada la celada. La cabeza estaba echada atrás. El mudo rostro de hierro se alzaba hacia la ventana circular por la que había mirado mistress Dick.

En la pequeña celda, con sus antiguos frescos y el piso cubierto con baldosas de colores, el silencio era completo. La puerta por la que habían entrado se ocultaba en la pared de piedra.

Volviéndose otra vez, Campion vio la gran espada del guerrero colgada en la pared, detrás de la figura arrodillada; la enorme empuñadura formaba una cruz tras su cabeza.

El profesor estaba mirando el cáliz con lágrimas en los ojos: un espontáneo tributo a su belleza que no intentaba ocultar.

Al mirar a la figura, Campion estaba obsesionado por la misteriosa sensación de que podría moverse en cualquier momento, que las momificadas manos podrían coger la espada de la pared y la enorme figura se elevaría sobre los impíos que habían molestado su vigilia. Con alivio oyó la voz del coronel:

—Si están dispuestos, señores...

No se pronunció ninguna otra palabra. Val volvió a atar el pañuelo; de nuevo oyó el ruido de hierro y la procesión comenzó el regreso. El profesor tropezó una o dos veces en la escalera y Campion sintió sus rodillas algo inseguras. Su fuerte impresión no se debía, particularmente, al espantoso cuadro entrevisto, aunque recordaba con repugnancia aquellas manos amarillas; tampoco la motivaba el solitario guardián, con su eterna vigilia sobre la reliquia. Era aquel “algo” por encima de la muerte en el gigante sin edad, algo misterioso que le llenaba de un temor casi supersticioso. Se alegró de que Penny no lo supiese, de que pudiese vivir y reír en una casa que ocultaba tan extraña pieza histórica entre sus paredes.

Cuando llegaron al comedor de gala continuaban silenciosos. El coronel miró su reloj.

—Dentro de quince minutos nos reuniremos en el jardín para tomar el té con las señoras —advirtió—. Mistress Cairey me prometió venir, profesor.

El viejo se sacudió el polvo de las manos, absorto. En la ropa llevaban telarañas y polvo. Campion se lo llevó a su dormitorio, dejando que su huésped atendiese al otro visitante.

No se había pronunciado una sola palabra de comentario. Nadie se sentía con fuerzas para conversar sobre aquello.

En el dormitorio georgiano de míster Campion se relajó la tensión.

—¡Cielo santo! —exclamó el profesor dejándose caer en una silla al lado de la ventana—. ¡Cielo santo!

Míster Campion miró al jardín por encima de su cabeza. La mesa blanca, rodeada de sillas, estaba colocada bajo los árboles. Branch se dirigía hacia ella empujando una mesilla de ruedas con el servicio de té, donde brillaba la plata, que ya era antigua cuando era niña la abuela de Penny. Mistress Cairey, Beth y Penny, frescas y encantadoras, con sus vestidos de florido *chiffon*, admiraban los macizos de flores. Era un encantador cuadro de este siglo, pacífico e inefablemente calmante, increíblemente aparte del mundo que acababan de dejar. El sonido de la porcelana al disponerla Branch sobre la mesa llegó agradablemente hasta ellos.

Fueron interrumpidos por la entrada nada ceremoniosa de Lugg, con una bandeja de vasos, un sifón y una botella.

—Branch me ha enviado con todo esto —expuso—. Yo lo tomaría. Un trago con sifón les sentará bien a cualquier hora del día.

Hasta el profesor, que se limitaba a un *whisky* con soda al día, en deferencia a los principios de su mujer, aceptó la bebida agradecido. Lugg se quedó por allí, buscando, aparentemente, la forma de iniciar una conversación.

—Por allá abajo no andan muy bien —sentenció—. Me he pasado la tarde ayudando a limpiar la plata a esa chica que me gusta. El viejo Branch no me ha quitado el ojo de encima en todo el tiempo. Si no contó las cucharillas una vez, las contó una docena. No he podido resistir el *mangar* esto —con cierto orgullo puso sobre el tocador un par de delicadas pinzas para azúcar.

Su amo le miró disgustado.

—No dejes tu cochino hueso a mis pies —le increpó—. ¿Qué esperas que haga con ello?

—Devolverlo, por mí —respondió míster Lugg tranquilamente—. No parecerá tan mal si le ven a usted. Tengo que pensar en mis antecedentes. No hay nada escrito contra usted.

—Márchate —ordenó Campion—. Voy a venderte a un diseñador de burros de juguete. Después del té puedes hacer mis maletas. Nos volvemos a Londres mañana por la mañana.

—Entonces, ¿ha terminado? —preguntó el profesor levantando la vista.

Campion afirmó con la cabeza.

—Se terminó. Se atienen a sus reglas, ¿sabe? Su empleada ha muerto; eso le pone fin. Abajo he estado hablando con el visitante. Está convencido de que ya no oiremos hablar más de ellos. El marajá ya ha tenido su ocasión. Son más *connoisseurs* que criminales. Este no es, exactamente, uno de sus éxitos, y creo que por algún tiempo no pondrán los ojos en los museos europeos.

—Ya veo —el profesor guardó silencio unos momentos. Luego frunció las cejas.

—Me pregunto... —empezó a decir y dudó.

Campion pareció comprender el pensamiento no expresado, porque se volvió a Lugg.

—Puedes regresar al lado de tu Audry —dijo—. Roba otra cosa y le contaré que guardas una fotografía de la Greta Garbo debajo de la almohada.

Al cerrarse la puerta detrás del desconsolado Lugg, el profesor guardó silencio y Campion continuó:

—No podía comprender por qué mi querido jefe, que está abajo, no me dijo al principio que existía un segundo cáliz. Ahora lo comprendo. Es un hombre de ideas muy conservadoras, y después del juramento del secreto supongo que no le quedaba más alternativa que dejar que lo descubriese por mi cuenta. Eso complicó las cosas al principio, pero no estoy seguro si a la larga no lo hizo más fácil.

El profesor afirmó con la cabeza distraídamente. Su pensamiento seguía en la experiencia de aquella tarde.

—Qué cosa más preciosa —exclamó—. Puede que parezca un poco inhumano, pero cuando esta tarde miré el cáliz se me ocurrió que en los últimos mil quinientos años ha costado la vida a Dios sabe cuántos ladrones y envidiosos, por mirarlo. Campion, ¿sabe una cosa? Creo que valía la pena.

Míster Campion no respondió. El pensamiento que le rondaba por la cabeza era el mismo que había tenido cuando con los otros estuvo en la pequeña celda mirando el cáliz y a su guardián. ¿Qué había visto mistress Dick por la ventana que se diferenciase de su propia experiencia? No era una mujer que se asustase fácilmente. Tampoco era de naturaleza imaginativa. Casi sin darse cuenta habló en voz alta.

—¿Qué vio cuando miró por la ventana? ¿Por qué dijo “no”? ¿A quién se lo dijo? ¿Qué ocurrió que le hizo soltarse?

Calló. En el jardín, la charla de voces femeninas se acercaba. Míster Campion continuaba confuso.

—No lo comprendo —terminó.

El profesor le miró.

—¡Oh! ¿Eso? —dijo—. Está bastante claro. La luz brillaba directamente sobre la figura. La cabeza está alzada hacia la ventana, ¿recuerda?

—Sí, pero...

—Sí —repitió el profesor pensativamente—. Creo que está perfectamente claro.

En la noche del cumpleaños, cuando ella miró, la celada estaba levantada. Vio el rostro... Me temo que fuese una impresión demasiado grande.

—Pero ella habló —insistió míster Campion—. Habló como si estuviese respondiendo a alguien. Y yo oí algo. Lo juro.

El profesor se inclinó y habló con desusado énfasis:

—Mi querido muchacho. Permítame que le diga que no sirve de nada pensar en estas cosas.

El suave sonido del *gong* en el vestíbulo rompió el silencio.

FIN DE
“EL CÁLIZ DE LOS GYRTH”



MARGERY LOUISE ALLINGHAM (20 de mayo de 1904, Londres - 30 de junio de 1966, Colchester, Essex) fue una escritora de novelas policíacas británica.

Publicó su primer cuento a la edad de ocho años, su primer novela a los diecinueve y su primer novela policíaca a punto de cumplir los veinte. Sus historias acerca del detective ficticio Albert Campion, se volvieron muy populares y novelas como *The tiger in the smoke* (El tigre en la niebla) de 1952 y *The China governess* de 1962, con su fino estilo intelectual y perspicacia psicológica, le granjearon al personaje cierta estimación dentro del género literario serio. Murió a los 62 años debido a un cáncer de mama.

La BBC produjo adaptaciones de ocho de sus novelas a finales de los años ochenta.

Notas

[1] Prologo escrito por Salvador Bordoy Luque para la edición de “Novelas escogidas” de Margery Allingham publicada por la editorial Aguilar en 1963. (*N. del E. D.*) <<